

Selección RNR

NURIA RIVERA

*La pasión
dormida*



Romance Actual

La pasión dormida

Nuria Rivera



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi hermana Rosa Mari,
que me llevó de la mano.*

CAPÍTULO 1

Diego Luján era de los que pensaban que pocas cosas se hacían por amor. La mayoría de las veces, lo que uno creía que era su deseo no era otra cosa que el deseo de otro.

Impaciente, como todo novio en el altar, dibujó un rictus risueño con el que saludar a aquellos que se le acercaban. En su fuero interno se reía de aquel circo en el que no creía, pero que había aceptado y dejado hacer a su prometida porque era su ilusión y así lo había soñado desde que era una niña. Le quedó claro que el rito religioso, que, si bien su suegra exigió, ella lo había relegado al decir que una boda por la iglesia era mucho más bonita, y pomposa, que una por lo civil y eso lo había convencido. A su lado, Javier, su hermano dos años menor, y Sergio, su mejor amigo, aguantaban estoicos. Agradecía su compañía, aunque sabía que estaban deseando poder irse al bar de enfrente, pero nunca lo dejarían solo. Hacía rato que Asier, el mayor de los Luján, le había enviado un mensaje en el que le decía que a la novia le había dado un ataque de angustia cuando le llevó el ramo. Como un tonto enamorado había tratado de hablar con ella, pero no lo había conseguido. Su amigo le había quitado el teléfono para evitar que la llamara, y también por si este sonaba en mitad de la ceremonia. La chica no se lo perdonaría. Asier regresó sin poder darle mejores noticias. Al final, no había podido seguir el ritual, para el que se había estudiado un pequeño poema, porque ella se había encerrado en el baño y el padre le había dicho que era mejor no agobiarla porque estaba muy nerviosa.

El tiempo pasaba e intranquilo esperaba que la música sonara y le anunciara que su querida novia había llegado y que en unos segundos la vería desfilar por aquel pasillo, engalanado de flores como toda la iglesia, hasta el hartazgo. Pero eso no ocurrió.

No hubo nada en concreto que lo pusiera en alerta. Algunas señales son imperceptibles, pero nos dan una claridad meridiana, y Diego supo, por la inquietud que empezó a sentir no solo en su interior, sino también en algunos bancos destinados a la familia de la novia, que ella no vendría. Después pensó que el hecho de que no hubiese ningún miembro directo de ella en la iglesia debería haberle dado alguna pista. Su buen amigo Sergio se lo confirmó al mostrarle su propio móvil. Ese que le había entregado. El mensaje era escueto: «Lo siento, no puedo hacerlo». La furia se apoderó de él. Diego Luján, que siempre se había caracterizado por ser un hombre tranquilo y educado, se transformó y de la rabia tiró uno de aquellos jarrones cargados de rosas, que se hizo añicos nada más tocar el suelo. Las rosas y el agua quedaron esparcidas entre los trozos de porcelana en aquel altar, como símbolo de un desastre inminente. El cura se atrevió a censurarlo, pero él no lo escuchó. Tampoco fue capaz de mirar a nadie. Salió a grandes zancadas por aquel pasillo que apestaba a flores y huyó como si fuera un reo liberado.

La llamó mil veces y mil veces recibió el mismo mensaje. Su teléfono estaba «apagado o fuera de cobertura».

Casi enloqueció. La buscó en la casa que iban a compartir, por supuesto que no la encontró. Nadie pudo, o quiso, darle razón de ella y dejó de esperar cuando, unas horas más tarde, sentado en el suelo en mitad del salón de la casa de su padre, aceptó la cruda realidad. Lo había abandonado.

Asier se sentía culpable por no poder añadir ninguna información, ya que él la había visto apenas unos minutos. También se sentía engañado porque, tal vez, algo en aquella casa se le había pasado por alto y no había sido capaz de detectarlo.

Sus hermanos y su amigo Sergio acamparon por los sofás. No intentaron

convencerlo de nada, tampoco se atrevieron a dejarlo solo. Parecía un muñeco roto. La americana estaba esparcida por el suelo, tirada de cualquier manera. Descamisado y con la corbata desanudada, ofrecía un aspecto hundido.

Lloró de rabia o quizás de dolor y todos los juramentos que soltó se los dedicó a la mujer que lo había humillado, dejado en ridículo y engañado. Miguel Luján, su padre, fue el único que se acercó a hablarle. Se sentó a su lado y lo imitó al recostar su espalda en el sofá. Diego nunca había visto a su padre por los suelos, ni con una copa en la mano, pero aquella vez en una tenía una botella de Chivas y en la otra, dos vasos.

—Pues no estamos tan mal. —Llenó los vasos y le ofreció uno—. Tenemos varias botellas.

Asier, Javier y Sergio se sumaron a la pequeña fiesta y los cinco acabaron con una buena cogorza.

A la mañana siguiente la resaca era considerable. Ni siquiera sabía cómo había llegado a su cama. Se duchó y rebuscó, en la habitación de Javier, algo de ropa con la que vestirse, la suya estaba en el nuevo piso. Cogió unos tejanos y una camiseta. Salió hacia la cocina y allí encontró a sus hermanos y a Sergio.

—No tienes casa, tío —dijo al ver a su amigo, con tono de fastidio.

—Por supuesto, pero aquí os cuidan mejor.

Julia, la hermana de su padre, les servía café y cortaba en trozos una tarta casera que tenía muy buena pinta. Le dio un beso en la cabeza cuando se sentó a la mesa.

—Ayer hablé con el padre de Miriam —comentó Asier, con cautela y lo miró a la espera de su reacción. Él no enfrentó su mirada, no quería volver a derrumbarse—. Dijo que se hacían cargo de los gastos del restaurante. Irán al piso a por sus cosas y se llevarán sus muebles.

—Que se los queden todos y el piso lo pones a la venta —respondió seco.

—¡Joder! Pero si te encanta —alegó Sergio.

—¿No vas a consultárselo? —preguntó Javier, con asombro—. A lo mejor quiere

—Me importa una mierda lo que ella quiera —cortó el tema.

—El piso es de Diego, yo se lo regalé y puede hacer con él lo que quiera —dijo Miguel. Le pasó la mano por el pelo como cuando era un niño y se sentó a la mesa.

—De acuerdo —afirmó Asier—. Mañana arreglaré los papeles y lo pondré a la venta. ¿Y el viaje?

—¿Qué viaje?

—¿Cuál va a ser? El de novios. —De pronto, cayó. Ni siquiera había pensado en eso.

En realidad, no había pensado en nada. Ni en hablar con el cura, disculparse y cancelar la ceremonia, ni en avisar al restaurante donde celebrarían la fiesta, ni al hotel donde iban a pasar su flamante primera noche como marido y mujer. No pensó siquiera en el dineral que se perdía por el camino. En nada, solo en su orgullo herido y en su maltrecho corazón. Por suerte, tenía un padre y unos hermanos que se ocuparon de esas cosas, y un amigo que no lo dejaba solo.

—¿Has olvidado que en dos días salías hacia Mauricio? —se sorprendió su hermano pequeño. Era cierto, no lo había recordado y eso era porque él no quería ir a las islas Mauricio, él quería visitar Nueva York, perderse en Manhattan, recorrer Brooklyn, ver algún musical y visitar el MoMA. Pero, sobre todo, no lo había recordado porque desde el día anterior sentía un agujero en su pecho y en su alma. Miró a su hermano y negó con la cabeza—. Yo me encargo. ¿Cancelo o pospongo?

—Cancela, a ver si tu amiga de la agencia puede recuperar algo No, cambia los billetes y que lo disfrute la tía.

—Es mucho dinero —refutó la aludida, pero él rechazó el comentario con la mano. La decisión ya estaba tomada—. ¿Estás seguro?

—Piensa las cosas, Diego —advirtió su padre—, quizás te quieras ir a otro

lugar.

—Está pensado. Te gustará, tía, y a Ramón, también.

Javier se levantó de la mesa con el teléfono en la mano y salió hacia el comedor.

En aquel momento no le importaba nada. Volvió a quedarse en silencio. Estaba en una especie de cortocircuito. Quería desaparecer del mapa. Casi ausente, también se levantó de la mesa, pero se dirigió hacia el frigorífico y sacó una cerveza bien fría. Obvió la mirada de la tía Julia y la de su padre, hasta Asier se lo quedó mirando, pero ninguno dijo nada.

Sergio no lo dejó solo en todo el día, tampoco sus hermanos. Trataban de animarlo, aunque no hizo caso a ninguno de los tres. Volvió a acostarse borracho y a amanecer con resaca. No recordaba qué había hecho en todo el día, pero tampoco le preocupaba, solo quería que pasase el tiempo y dejar de sentir aquel dolor en el pecho. Tampoco quiso pensar en las razones de lo que había pasado. No hurgar en la herida era como no saber. No quería saber nada. A mitad de la tarde el alcohol se agotó, pero no tuvo reparos en llamar a una de esas empresas que llevaban cualquier cosa a domicilio, sin importar la hora, y pidió un par de botellas de whisky.

El lunes desayunó con su hermano mayor. Asier llevaba muchos de los temas de dirección de la empresa inmobiliaria, junto a su padre. Era serio, responsable y, aunque pudiera parecer frío, Diego sabía que lamentaba mucho su dolor, pero también que empezaba a cansarse de esa actitud derrotista. Así que no se sorprendió cuando le dijo que cogiera el toro por los cuernos y se enfrentara a la vida. Después se fue a trabajar y él se regresó a su cuarto. Se estiró en la cama y miró al techo, como el que no tiene nada que hacer. Al rato alguien picó en la puerta.

—Déjame en paz, Sergio. Lárgate a tu casa de una puta vez.

—Soy yo, Diego. —La voz de la tía Julia sonó tranquila ante su exabrupto. Se incorporó en la cama y la hizo pasar.

—Disculpa tía, no estoy muy fino.

Se sentó en el borde del colchón y lo miró con fijeza antes de empezar a hablar.

—Yo también tuve una decepción —dijo y fue lo que menos se esperaba. La tía tendría cincuenta y cinco años. Le había conocido diferentes parejas pero, desde hacía quince años, Ramón ocupaba su universo. Sin embargo, no sabía que también tenía su pedacito de frustración—. Quizás por eso Ramón y yo no nos casamos, nos va bien como estamos. Cuando Bueno, ya no importa. A mí me hizo bien poner tierra de por medio. Marcharme y despejarme de la angustia. Volví renovada y con ganas de comerme el mundo.

—Mañana estaré mejor —respondió, no le apetecía hablar.

—Una botella nunca es buen lugar para esconderse —le advirtió con reproche y él no fue capaz de mirarla a la cara.

—Vale, tía, capto el mensaje.

Pero la tía Julia tenía una misión y no lo dejó hasta que no dijo todo lo que quería decirle.

—¿Crees que fue fácil para tu padre criaros solo?

No esperó respuesta y continuó.

—Tu madre murió antes de la cuenta porque un maldito borracho se la llevó por delante. No creo que le agrade verte así.

No le gustó escuchar aquello, no quería sentirse culpable.

Él tenía diez años cuando ocurrió. Asier, trece y Javier, ocho. Su padre lo pasó mal e hizo malabares entre los niños, que eran unos trastos, las tareas escolares y la inmobiliaria. Suerte a la ayuda de la tía Julia.

—Te agradezco el viaje que me regalas, pero...

—Mejor que alguien lo disfrute... Estoy bien, de verdad, en un rato salgo.

—Eso no es cierto. Mira, un sobrino de Ramón tiene un hotelito pequeño en Menorca. Lo acaban de abrir. Es un lugar encantador, tranquilo, con apenas gente. Podrías irte allí y poner tu mente y tu corazón en orden. He hablado con él, tiene habitaciones Piénsalo. Aquí tienes el teléfono.

—Tía, no necesito esconderme.

—¿Y qué crees que haces desde el sábado a las doce y media?

El día se le hizo largo y extraño. Después de comer, Sergio se pasó a verlo.

—Estás hecho un asco —fue su saludo.

—Gracias —respondió con sarcasmo y se movió del sofá, donde estaba tumbado—. ¿Una cerveza?

Se levantó, trajo una para su amigo y otra para él.

—¿Y Javi? Pensé que estaría contigo.

—Había quedado.

—Qué cabrón, no deja pasar una.

—Mejor una mujer cada día, así no se acercan demasiado y te joden.

Sergio trató de animarlo, pero acabó explicándole cómo corrían los chismes por la oficina. Trabajaban juntos en la inmobiliaria de su padre. Asier era el jefe. Le contó que alguien había grabado la escena en la que tiraba las flores al suelo y su posterior huida de la iglesia. Lo había colgado en YouTube. Por lo visto, la desgracia ajena seguía siendo motivo de risa para algunos, pero el masoquismo es parte de la condición humana y quiso ver las imágenes que de él circulaban por la red. No le gustaron.

Cayeron seis cervezas con Sergio y casi tuvo que echarlo para estar tranquilo porque no dejaba de decirle que no bebiera más.

Al cabo de una hora, decidió que necesitaba algo más fuerte y se tomó un *gin tonic* y luego otro, pero la mirada que su padre le dedicó cuando lo encontró tirado en el sofá le removió algo por dentro, incluso en aquel estado ebrio.

—¿Es que has perdido la cabeza? ¿Así piensas superarlo?

—Déjame, papá, no tengo ganas de sermones.

—Eliges mal camino, hijo. Tal vez deberías regresar al trabajo y estar ocupado en algo. Necesitas una ducha.

—Lo que necesito es olvidarme de todo. ¿Ya has visto el video?

Ni siquiera le contestó. Salió enfadado y Diego supuso que era para no

decirle algo de lo que luego tuviera que arrepentirse. En el fondo no estaba tan bebido como para no darse cuenta de que los demás tenían razón. Pero no lo reconocería, que se fueran al diablo si no querían verlo así. Su carácter se había vuelto una mierda, pero tampoco le importaba demasiado.

Sin embargo, a las ocho de la tarde tomó una decisión. Cogió el número de teléfono que le había dado la tía Julia, llamó al hotel y reservó una habitación. Compró un billete de avión hacia Menorca, sin fecha de regreso, para el último vuelo de la noche.

Justo cuando iba a embarcar, Sergio y su hermano Javier aparecieron a su lado. Cada uno con una pequeña maleta.

—Nos ha costado averiguar dónde te habías metido —dijo Javier sentándose a su lado, casi exhausto por la carrera que parecía que se habían dado.

—¿Qué hacéis aquí?

—No íbamos a dejarte vivir solo una aventura.

Lo hicieron reír y eso pareció bueno. Solo faltaban ellos para embarcar y los tres se dirigieron hacia el avión. Sergio contó que Asier les había dado vacaciones para que lo acompañaran, con la condición de que en quince días lo hicieran regresar.

Llegaron al hotel bastante tarde. Javier había tenido la precaución de alquilar un coche, un Volkswagen Tiguan, blanco que recogieron en el aeropuerto, pero se perdieron un par de veces hasta que con *Míster Google* encontraron el lugar.

Apenas les dio tiempo a ver nada. Comieron unos sándwiches, que fue lo único que les prepararon y porque eran «familia», y se fueron a la cama. Sergio y su hermano compartían habitación, pero él disponía de una *suite* para él solo, con excelentes vistas al mar de Cala en Bosch. El hotel era una casona grande con siete habitaciones y la suya tenía una pequeña terraza con un *jacuzzi*. Javier al verla no dudó en decirle que con seguridad alguna noche se la cambiaba.

Cayó roto aquella noche. El arrullo del mar lo ayudó a encontrar la paz que necesitaba.

A la mañana siguiente lo despertaron con insistencia. Sus planes eran salir de la cama lo más tarde posible, tumbarse en alguna hamaca, beber bajo una sombrilla y dejar pasar las horas, pero ni su hermano ni su amigo pensaban lo mismo.

Mientras desayunaban, el sobrino de Ramón pasó a saludarlos. Lluís era un hombre sencillo, agradable, muy simpático y con pinta de gay. Algo que cayó por su propio peso al ver cómo le miraba el culo a Javier. Pero este ni se inmutó, aunque se lo dejó claro desde el principio.

—Lluís, no te ofendas, pero a mí lo que me van son las tetas, grandes, de ser posible.

—No me ofendo, pero no pasa nada por mirar, ¿no?

—Bueno, aclaradas las cosas —bromeó Sergio—, ¿qué se puede hacer por aquí? Apenas pude ver nada en la web.

—Sí, es un poco desastre —respondió Lluís—. Pero pronto me la arreglarán. Con tanto trabajo para abrir, lo dejamos un poco de lado. He contratado una empresa para que me ayude a mejorar la imagen. Amigos de Salva, el chef, que por cierto es mi socio y mi pareja. —Y esto lo dijo con sorna, mirando a Javier—. Creo que vais a estar muy solicitados. No es muy común ver a tres tíos como vosotros por aquí, sin pareja. Parecéis sacados de un anuncio.

—Yo estoy fuera de juego —dijo Diego sin demasiado entusiasmo.

—Ya..., me lo contó la tía —se justificó—. Aunque nunca se sabe. Un clavo saca a otro clavo.

Una chica vino a avisar a Lluís que tenía una llamada en su despacho. Javier le dedicó una sonrisa y ella se ruborizó. Antes de marcharse bajó la voz y dijo en confidencia:

—Esa sonrisa es matadora. Espero que no rompáis muchos corazones entre el personal femenino.

Dicho esto, se marchó. Terminaron de desayunar y, aunque Diego alegó que quería quedarse en la piscina, no le hicieron caso y casi lo empujaron hasta el coche. Decidieron darse una vuelta por los alrededores y ubicarse. Javier y Sergio se disputaron quién conducía. Él no dio ninguna señal de que le apeteciera y se sentó en el asiento de atrás y perdió la vista en el paisaje que se deslizaba tras los cristales.

Pasaron todo el día de un lado a otro. En la playa, Sergio y Javi conocieron a unas chicas holandesas y pronto surgió la complicidad entre ellos. Les pidieron que les echaran crema solar y ellas no pusieron demasiados reparos. Cuando se acercaron a Diego, este se levantó como si tuvieran algo que pudieran contagiarle y los amigos lo justificaron alegando que no estaba de buen humor. Buscó un bar y allí lo encontraron unas horas después. De ahí fueron a comer a un sitio que ellas propusieron. Se entendían en inglés, aunque la comunicación era lo que menos le importaba a ninguno de los cuatro, porque las miradas que se dedicaban dejaban muy claras las cosas. Diego comprendió que sobraba en aquella ecuación y lo irritó el saber que habían ido para estar con él y a la primera de cambio se liaban con unas turistas. Las chicas los acompañaron al hotel y mientras él dormía la mona, ya que no paró de beber en todo el día, en una hamaca de la piscina, ellos se repartieron las habitaciones. A la hora de la cena se marcharon las holandesas y pudo volver a su cuarto y tirarse en su cama, no sin antes decirles que eso no se iba a repetir. Pidió que le cambiaran las sábanas y no sintió culpa al saber que los dejaba arrepentidos por haberse olvidado de él.

Pasaron algunos días y casi siempre los acababa igual. Al principio le siguieron la corriente, pero después se hartaron de sus borracheras. A la semana de la no-boda, Javier y Sergio lo acorralaron a la hora del desayuno.

—¿Piensas beber el resto de tu vida? —lo increpó su hermano con crueldad. Apenas había dado un sorbo al café.

No recibió bien la reprimenda y lo mandó a la mierda, pero ellos no se inmutaron. Siguieron metiendo el dedo en la llaga. Diego no había querido

hablar de lo que le había pasado e intuía que era lo que los otros buscaban, tirarle de la lengua. Ya le habían dado bastante tregua y comenzaron con el tercer grado.

—¿Has pensado por qué te dejó plantado? —preguntó Sergio, pero él lo obvió y miró para otro lado.

—¿No notaste que algo pasaba entre vosotros? —interrogó Javi—. ¿Había otro?

Ante su silencio Sergio se impacientó.

—¿Es que ahora no piensas hablarnos?

—¡Joder! Diego. No somos tus enemigos.

—Habla, tío. No te encierres, saca la mierda que llevas dentro.

Los miró exasperado. Estaban en una mesa en la terraza. No eran muchos huéspedes y la mayoría se marchaba casi a primeras horas de la mañana hacia la playa. Cerca, una única pareja desayunaba y parecía ajena a su conversación. Pero, así y todo, explotó.

—¡No, no, no! No sé por qué cojones me dejó plantado. No sé si había otro.

—A ver Vosotros follabais, ¿no?

—¡Pues claro que sí ! Solo que

No quería abrir la caja de los truenos. Sabía de sobra que nunca hubo pasión entre él y Miriam. Quizás se acabó el misterio, pero él la quería. Era su orgullo lo que estaba más herido. Sin embargo, no quiso pensar por qué eso le dolía más que su corazón.

—¡Dejadme en paz! —exclamó molesto—. No tengo idea de por qué me dejó. Llevaba días sin verla. ¡Si yo ni siquiera quería casarme por la iglesia! Lo único que sé es que unos días antes discutimos. Yo quería hacerlo y a ella le había dado por dejarlo hasta después de la boda, como si volviera a revirginizarse, yo qué sé. De ahí pasó a su tema recurrente. Creía que yo estaba poco reconocido en la empresa de papá. Que Asier se llevaba los méritos y creía que debía dirigir mi propia oficina. Dijo que ella esperaba casarse con alguien con ambiciones. Y yo le dije que, si eso era lo que

pensaba, se había equivocado de tío. No volví a verla. Me dejó porque era poco para ella.

—Si hubieras hablado con Asier o papá, te habrían dado el puesto. Hace tiempo que insisten. Es verdad que te has acomodado.

—Yo estoy bien como estoy. Gano suficiente y bien sabes que es bastante.

—Has dicho «solo que». Solo que ¿qué? —interrogó Sergio y él lo miró con rabia. Se negaba a hablar de algo así con ellos.

Dejó pasar un silencio, pero lo miraron como si esperaran que confesara la fórmula de la Coca Cola. Su hermano lo increpó y le dijo que tenía que analizar las cosas con frialdad para encontrar las respuestas y le creyó. Él quería a Miriam, tanto que le dolía el alma. Eso creía, aunque, si lo pensaba con indiferencia, algo no iba bien. Lo sabía desde hacía tiempo.

—No era divertida en la cama.

—¿No te la chupaba?

—¡Joder, Sergio!

—Mira, sin paños calientes. A los tíos eso nos encanta —se defendió.

Ahí estaba el gran problema. Miriam era muy suya, tenía sus cosas, que él respetaba, pero cuando se le cruzaban los cables lo castigaba en la cama. Pero no de una forma juguetona, que hasta podría ser divertida, sino sin sexo, como si fuera un niño al que se le prohíbe usar la *play* porque no ha hecho los deberes o caso a mamá. Así, con la perspectiva que le daban los días y su hermano y Sergio, que le tiraban de la lengua para que hablara, entendió que su novia y él tenían un problema del que nunca habían hablado y le aterrorizó pensar por qué razón le pasó por alto. ¿Qué pasaba con él? Que ella espaciara el sexo todo lo que podía era una cosa, pero lo que empezó a preocuparlo fue por qué se había acomodado a la situación. Además, ¿sería ese el tema por el que ella lo había abandonado? Estaba hecho un lío, aunque algo en su interior le dijo que el sexo quedaba fuera de la ecuación. La pregunta que lo atormentaba seguía en el aire y sin respuesta. ¿Por qué esperó al día de la boda para dejarlo? Seguía sin entenderlo.

—Nunca fue santo de mi devoción y lo sabes —confesó su amigo—. Si es una mujer plana, por Dios. Apenas tiene intereses, no trabaja y cree que las revistas del corazón son literatura, pero oye, allá ella si quería vivir de papá y luego de ti. —Lo miró furioso—. Ya sé que te duele, pero creo que es lo mejor que te ha pasado. ¿Te ha dejado? Supéralo y ni se te ocurra dejarla volver.

—Estoy con Sergio —añadió su hermano, eran un frente contra él—. Espabila, hay muchas mujeres por ahí. Necesitas un buen polvo. Cuanto antes, mejor.

En ese momento el teléfono de Javier sonó y apaciguó la tensión que se había creado.

—Es Asier, seguro que está cabreado porque no lo hemos llamado.

Javi se levantó y puso una distancia demasiado larga como para escuchar de qué hablaban. Sergio le dijo que debía tomarse las cosas de otra manera porque, si había elegido emborracharse todas las noches, él no pensaba dejarlo solo y su hígado no lo iba a aguantar. Tuvo que prometerle que lo intentaría.

Su hermano regresó con mala cara y supo que no traía buenas noticias.

—¿Le ha pasado algo a papá?

—No, papá está bien. Asier también.

—Entonces ¿qué pasa? —preguntó Sergio—. ¿Nos corta el grifo tu hermano?

—Miriam se la encontró en la calle. Le dijo que se iba a ir fuera una temporada.

Por la mirada que le dedicó supo que había algo que no decía, pero no quiso saberlo. Una idea le rondaba la cabeza. Miriam no lo quería; por lo menos, no lo suficiente como para considerar que necesitaría alguna explicación. Ni se había dignado a devolverle alguna de sus llamadas. Se recriminó seguir con su dolor si a ella le había costado tan poco abandonarlo. Pero dolía aceptar que no lo quería.

El resto del día procuró portarse bien. Después de cenar, ellos quisieron salir de copas, por no decir de caza, pero él solo pensaba meterse en la cama y se despidió. Al pasar por el bar se compró una botella de whisky y subió con la idea de darse un homenaje metido en el *jacuzzi*.

Con la vista perdida en la línea del horizonte, lloró de rabia e impotencia, de dolor y de una lástima hacia sí mismo que lo desarmaba, pero algo en su interior lo sacudió. Se retiró las lágrimas con las dos manos. Él no era aquel hombre débil que lloriqueaba porque le habían hecho daño. Él había sido fuerte, decidido, hasta chulo en sus buenos tiempos. Recuperaría su seguridad y autoestima. Se prometió que no volvería a llorar por ninguna mujer, cogería de ellas lo que le apeteciera. Con esa promesa a la luna ni siquiera necesitó terminarse la botella para caer rendido. Se metió en la cama con la idea de que Miriam moría para él aquella noche de San Juan.

CAPÍTULO 2

La vida te sorprende cuando menos te lo esperas. Con ese pensamiento me levanté aquel sábado de mediados de junio para ir al trabajo. Algo que no me hizo demasiada gracia. Había sido una semana intensa y tener que regalar aquellas horas me molestaba, sobre todo, porque no me sentía reconocida. Después de marcharme de la empresa de informática de mi padre, pensé que en una agencia distinta tendría una oportunidad, pero después de tres años seguía siendo ayudante o la chica para todo. Era ingeniera informática, como mi padre y mi hermano mayor. Me había formado en *Community Manager* y dominaba todo lo relacionado con las redes sociales, el marketing digital, el diseño de webs y la fotografía, que era una de mis pasiones. Empezaba a pensar que quizás debía buscarme un camino en solitario y ser mi propia jefa.

Me gustaba trabajar con mis compañeros, pero me daba rabia que fueran ellos los que siempre se llevaban los méritos. Mientras tomaba un café con Daniel, que parecía que se había caído de la cama, Alejo nos llamó a su despacho. Alejo Ferreti era el dueño del estudio publicitario y, por lo tanto, mi jefe. Nos contó que un conocido se había puesto en contacto con él porque necesitaba que le diseñaran una página web. No era a lo que el estudio se dedicaba, pero al ser amigos, había aceptado. Daniel empezó a quejarse de que estaba cargado de trabajo; sin darme cuenta, me abstraí de aquella conversación que siempre parecía la misma. Noté que mi teléfono vibraba en el pantalón; de buena gana lo hubiese atendido, pero de pronto sentí sus miradas clavadas en mí.

—¡Martina!

—¿Qué?

—¿Crees que podrás hacerlo?

Elevé mucho las cejas en una clara señal de sarcasmo. Pero no sabía a qué se refería.

—Bien, la cuenta es tuya. No me falles y tómatelo como un ascenso.

Casi di un salto de la silla. ¿Me estaba dando una cuenta? ¿A mí sola?

—La semana próxima te digo cuándo te vas.

¿Irme? ¿A dónde? Aquello ya no me gustó tanto. Aunque acepté el reto. Sin embargo, cuando Alejo comentó que se trataba de publicitar un hotel en Menorca por la red y que debía pasar unos días en la isla para hacer el reportaje fotográfico e incluir en su nueva web imágenes y un video promocional, pensé que era lo más parecido a que me tocara la lotería. Pero a Daniel ya no le pareció que el trabajo no valía la pena y quiso disputármelo. De pronto, ya no estaba tan saturado. Por suerte, mi jefe fue consecuente. Él lo había rechazado y no accedió a retirarme el proyecto. Me sumé un tanto en mi interior y agradecí la confianza. La idea de marcharme y poder demostrar mi valía no me dejó ver que yo sola me iba a tener que encargarme de todo. No quise pensar en la cantidad de trabajo que se me venía encima ni que no tendría ayudante. La tarea me compensaba.

Al llegar a casa me encontré a Irene, mi compañera de piso y amiga desde los tiempos de la escuela, inmersa en su Facebook.

—¿Hablando con tus setecientos cincuenta amigos? —me burlé y ella por respuesta me sacó la lengua.

—¿Cómo te ha ido? ¿Preparamos algo de comer y me lo cuentas?

—Qué remedio si a ti no se te ha ocurrido cocinar nada.

Irene era una negada en la cocina. Como solía decir, ella hacía de comer y yo cocinaba. Esa vez no me compliqué mucho, hice un arroz al curri con verduras y pollo mientras ella me contaba que le quedaban unos días para coger las vacaciones.

—Podríamos irnos a algún lado. En Internet hay buenas ofertas.

Irene era maestra de primaria. Tenía la gran suerte de disponer de dos largos meses de vacaciones, mientras que yo, hasta que no llegaba agosto, no podía disfrutar de un merecido descanso.

—No puedo. En unos días me mandan a Menorca, por trabajo.

—Eso no puede llamarse trabajo —dijo con burla.

—Ya sé que lo que yo hago no siempre te parece trabajo, pero esta vez tendré mucho. He de hacer las fotos para diseñar la web de un hotel, además de un video promocional.

—¿Cuándo te vas?

—No sé, supongo que el lunes o el martes Alejo me dirá cuándo.

—¿Podría acompañarte? No trabajarás a todas horas. Puedo pedir un permiso y coger las vacaciones antes. Además, hacen obras en la escuela.

—No me lo digas dos veces. Necesito una ayudante.

El lunes, Alejo me confirmó los días que debía estar en Menorca y pude apreciar que me iba a tocar sacrificar un domingo para empezar allí la semana, así que con cierto morro le comenté que Irene me acompañaría como ayudante y pregunté si podía incluirla en las dietas. Al principio me dijo que no, pero debió pensárselo porque añadió que, si el viaje se lo pagaba ella y compartíamos la habitación, no había problema. Cuando se lo dijera a Irene estaría encantada. Mi jefe era el padre de una de sus alumnas y creo que él se sentía en deuda con ella porque su niña era un poco trasto.

Como siempre, en San Juan fuimos a la casa de la playa de mis padres con mis hermanos, a pasar la verbena. Irene no quiso contarme nada, pero creo que volvió a enfadarse con Álvaro. Estaba enamorada de él desde la adolescencia. Lo suyo era un amor platónico, él ni la veía.

El domingo cogimos el avión y aterrizamos en Menorca al mediodía. Había alquilado un coche que tenían disponible y me encantaba, un Mini Cooper rojo con dos rayas blancas en el capo. En Barcelona tenía pocas posibilidades de conducir, siempre me movía en moto y era una sensación agradable poder

escuchar música y conversar a la vez que conducía.

Suerte del móvil y al Maps, llegamos al hotel un poco antes de la hora de comer.

El lugar era íntimo y personal. Un hotel con encanto. Pensé que con seguridad estaría lleno de parejas empalagosas que nos darían una envidia tremenda. Ni Irene ni yo teníamos y no recordaba desde cuándo.

Nos recibió una chica muy amable en recepción, Susana, y nos dijo que el dueño no estaba, pero que me esperaba al día siguiente a las diez de la mañana. Nos acomodó en una habitación doble, muy acogedora, con muebles rústicos y elegantes. Tenía un aire romántico a casa de pueblo. Solté todos los bártulos: el equipo fotográfico, el portátil y la maleta en la que había remetido la ropa junto a otras cosas que pudiera necesitar para hacer bien la tarea. Estaba dispuesta a ganar muchos puntos y poder promocionarme con Alejo. Quería dejar de ser la eterna ayudante. Irene no se lo pensó mucho y, mientras yo miraba el recinto por el balcón —la habitación daba a la piscina—, ella apareció con un bikini que le quedaba de infarto.

—Venga, rubia, prepárate, que tenemos el día libre.

Me entró la risa al escuchar cómo me llamaba. Mis hermanos tenían el pelo oscuro y el mío era más bien dorado, salí a mi padre. Al recordarlo decidí llamar a casa para que supieran que había llegado bien. Mi madre es un tanto histérica y le gusta saber en todo momento de nosotros; un agobio, pero tanto mis hermanos como yo estamos acostumbrados.

—Hola, mamá, ya estamos instaladas... Sí, un lugar precioso... Se está bien, ahora vamos a la piscina... Sí, lo haré... Sí, no te preocupes. —Respondía como un autómata, a la vez que trataba de sacar mis cosas de la maleta en busca del bañador, pero no era capaz de dar con él—. Cuando lo vea te cuento, aún no he tenido tiempo de pasear por el hotel, ni he sacado ninguna foto... Sí, te envió alguna... Bueno, te dejo —dije impaciente—, que vamos a comer un poco antes de darnos un baño. Mamá, estaré bastante ocupada, no te preocupes si no te llamo, pero te enviaré algún *whatsapp* ...

Sí, pesada, me pondré crema, e Irene también.

—Bendito tu padre por la paciencia —bromeó Irene, se había puesto una minifalda y una camiseta—. Parece mentira que tengas treinta años. ¿Lo sabe tu madre?

—Si en el fondo es un primor, pero se preocupa demasiado —contesté ofuscada porque empezaba a dilucidar que había olvidado el traje de baño.

—Estará con la menopausia —afirmó mi amiga muy seria—. Las hormonas marean.

—¿Tú crees? —dudé—. Aunque bien pensado, a lo mejor. Siempre ha estado pendiente de nosotros, pero es que desde hace un tiempo está muy demandante.

—Igualita que la mía, que ni se acuerda de que tiene una hija.

Después de sacar toda la ropa que había llevado —camisetas y blusas, *shorts*, unos tejanos, una falda y un par de vestidos, además de la bolsa con la ropa interior y el neceser— comprobé que el bañador no estaba.

—Puedo prestarte un bikini —sugirió Irene. Me lo pensé, yo solía usar bañador, estaba acostumbrada desde que hacía natación, pero era la mejor opción hasta que pudiera comprarme uno.

Me miré varias veces al espejo antes de salir del baño. Era un bikini de cortina, cogido al cuello con un fino cordón, y una braguita baja, en negro. Me sentía rara. Enseñaba demasiado. Me arreglé la coleta y me retiré todo el pelo de la cara.

—¡Joder, rubia! Estás buena.

Me entró la risa; así y todo, le dije que en cuanto pudiera me compraba un bañador. Sobre el bikini me coloqué mis pantalones tejanos cortos preferidos y una camiseta de Mango con una carabela. Metí en una mochila pequeña un pareo que hacía las veces de toalla; la crema solar de cincuenta que usaba —mi piel es bastante blanca y suelo quemarme al más puro estilo guiri, vamos, de rosa gamba— y el billetero.

—Estoy lista —dije con el móvil en la mano—. ¿Nos vamos?

—Cuando guste la señora.

Nos sentamos en la terraza, a la sombra, bajo un porche de madera muy bonito. Nos atendió una chica que no dejaba de mirar hacia el comedor interior, como si lo que hubiera en él fuese realmente importante. Irene recibió algunos mensajes y yo otros de mis hermanos, que me decían que no trabajara mucho y a ver si me echaba un novio, que falta me hacía.

Álvaro y Santi eran el mayor y el menor de mis hermanos, yo soy la del medio, pero me trataban como si fuese la pequeña. Aún lo hacen. Álvaro es un cerebritito de los ordenadores y Santi, *mosso d'esquadra*. Tuvimos una hermana que murió siendo muy pequeña, una enfermedad congénita, no llegó a cumplir los seis años. Hubiera sido la benjamina. Creo que fue ahí donde mi madre empezó a preocuparse en exceso por nosotros, necesitaba controlar lo que estuviera en su mano porque hay otras cosas que no se pueden. El día que decidí irme a vivir con Irene, dos años antes, tuvo una crisis de angustia y estuvo sin hablarme casi un mes. Lo vivió como si la abandonase. No entendía que yo necesitaba mi espacio, uno en el que ella no se entrometiera ni controlara. Menos mal que mi padre, como decía mi amiga, es un santo varón y la convenció de que era normal que los hijos nos independizásemos. Pero nos pidió que fuésemos a casa con regularidad y, como poco, una vez al mes tenía que acudir a una de sus comidas familiares. Irene no se libraba, la tenía medio adoptada. Suerte que en verano se iban a la casa de la playa, en Calella, y allí mi madre se relajaba.

Después de comer nos tumbamos en unas hamacas y la tarde se nos fue pasando entre chapoteos y baños de sol. En un momento en que me sentía medio deshidratada, con el pareo alrededor de mi cuerpo, me acerqué al bar y pedí un par de refrescos. Creo que descubrí lo que la camarera que nos había atendido en la comida miraba casi con devoción. En la barra, junto a otras chicas, había dos especímenes dignos de observar.

Salimos a cenar fuera, nos acercamos hasta Ciudadela y comimos unas tapas en un bar cerca del puerto. Al regresar al hotel, Irene insistió en que nos

tomásemos unas copas en la terraza.

—¿Has visto el trío de ases? —me preguntó mi amiga a la vez que señalaba hacia un lateral con disimulo.

—Sí, antes, aunque solo vi a dos.

—Eso se avisa, rubia —contestó como si estuviese enojada.

De pronto observé que se ponía tensa, uno de los chicos nos había visto y venía hacia nosotras. Cuando llegó, se apoyó con las manos en la mesa y, como estábamos sentadas, no vio que las bragas de mi amiga se habían desintegrado.

—¿Sois nuevas en el hotel? —preguntó descarado.

—¿Y quién está interesado en esa información? —respondió Irene en modo seductora.

—Javier, Javi para las amigas. Ese soy yo.

—¿Eres el relaciones públicas?

—Pues no precisamente. —Sonrió de una manera divertida—. Pero hago el control de calidad del personal femenino que se aloja en el hotel, sobre todo si están de vacaciones y solteras, claro.

—Entonces acabarás pronto —respondí sin ganas de flirtear, pero con guasa—. Hay siete habitaciones.

—No le hagas caso. Es Martina y no está, lo que se dice, de vacaciones, pero yo sí.

Fui a contestar, pero Irene me dio un pisotón por debajo de la mesa, me mordí el labio para no soltar una carcajada.

—¿Y tú eres?

—Irene. Nos podemos ver por aquí.

Y dicho esto se levantó al más puro estilo de actriz hollywoodiense y se despidió de él con dos sonoros besos. A mí me tocó darle otros dos.

A la mañana siguiente me levanté temprano, quería tenerlo todo listo para empezar a trabajar. Al asomarme por la ventana, vi a un chico nadar en la piscina. Me llamó la atención porque parecía que hacía una competición

consigo mismo. Pensé que a la mañana siguiente iría a hacer, yo también, unos largos, o quizás a la tarde, si no estaba muy cansada. Irene remoloneó en la cama y acabé diciéndole que, si no se levantaba, me iba sin ella. Tenía que desayunar y a las diez estar lista para mi reunión con el dueño del hotel. Fueron palabras mágicas.

El comedor no estaba concurrido. La camarera nos dijo que había un par de parejas que se iban muy temprano a la playa, de los chicos solo uno solía bajar temprano y se iba directo a la piscina –le gustaba cuando no había nadie– y sus amigos bajaban algo más tarde, pero desayunaban juntos. Luego había unas chicas extranjeras que solían aparecer bastante tarde. Por lo que nos contó en un minuto, conocía bien a quienes se hospedaban en el hotel.

Me sabía mal arrastrar a Irene conmigo toda la mañana y quedamos que ella se iría a dar una vuelta con el coche y nos *wasapearíamos* para comer.

A las diez en punto me reuní con el dueño del hotel que, para mi sorpresa, era un hombre algo mayor que yo. Lluís estaba muy orgulloso de su negocio. Me contó que en dos años había superado sus expectativas. Empezaron con el restaurante. Sa Roca era la típica casa de campo que, con la restauración, se había convertido en un hotel con encanto para pocos privilegiados, pero que habían estado tan preocupados en cuidar hasta el último detalle de la decoración que habían descuidado hacer una buena tarjeta de visita en la red. Y, claro, Internet era la mejor ventana al mundo para mostrar su pequeño paraíso.

Me contó que él lo dirigía, pero en realidad el negocio era de él y de su pareja, Salva, el chef.

—¿Y qué idea tienes para la web? —pregunté y saqué de mi mochila una libreta de cuadros y un Bic azul para tomar notas.

—Algo elegante, sin rozar el exceso. Moderno y que refleje el ambiente íntimo.

Me invitó a salir del despacho y me fue guiando por las diferentes estancias. Habló de los materiales que habían escogido, del lugar de donde habían

traído los objetos de decoración e incluso me nombró algunos de los árboles que había en el jardín principal, en la entrada, y que formaban parte de un pequeño bosquecillo que enmarcaba la casa desde lejos. Había pasión en sus palabras. Era un romántico y había querido transmitir eso en cada habitación, en cada rincón. Quería que sus huéspedes se sintieran como en una pequeña burbuja, en un Edén particular.

La piscina tenía forma de alubia y la rodeaba un césped muy cuidado, con unas cuantas hamacas que ya había probado y conocía. Igual que la terraza del porche de madera, ubicada en otro nivel.

—¿Podré hacer fotos a las habitaciones? —pregunté.

—Sí, no creo que haya problema con los huéspedes —respondió—. Habla con Susana, la chica de recepción, y ella lo comentará con ellos.

—He visto que la web que tenéis ahora es muy sencilla, pero puedo usar alguna información.

Soltó una carcajada y me dijo que era muy diplomática. La había hecho él con una plantilla de una empresa *on line*. Ahora querían una web digna de Sa Roca

—Con encanto —dijo una voz a nuestras espaldas.

Al girarme vi un hombre alto, con el pelo corto y casi blanco, pero que no tendría ni cuarenta años, que se acercaba a nosotros. Supe que era el chef, y su pareja, por la chaquetilla que traía puesta y, sobre todo, porque en el bolsillo superior izquierdo, el nombre de Salva destacaba con un bordado en letras verdes.

Nos sentamos los tres bajo una pérgola, en un jardín lateral, y Salva comentó que querían dar lugar a la gastronomía. El hotel estaba abierto diez meses al año. Cerraban diciembre y enero, pero en la temporada que no había apenas huéspedes el restaurante tenía mucha salida. Recogí algunas de sus ideas, aunque me dijeron que lo que querían era que fuese una página digna y que reflejara su espíritu.

Decidí que podía aprovechar la luz del día y subí a mi habitación a por la

cámara de fotos. Disparé algunas a la piscina desde mi pequeño balcón, y cogí toda una panorámica.

Pasé por recepción, Susana me dijo que a lo largo del día hablaría con los huéspedes.

—El mejor momento es cuando acaban de arreglar las habitaciones — comenté.

—Les dejaremos un pequeño obsequio por las molestias —propuso ella—. Unos jaboncitos, unas sales para la bañera. Algo así.

Era buena la recepcionista. La gente tiende a ser más cooperadora si hay una especie de recompensa o regalo por su acto. El inconsciente nos maneja a base de bien.

Pasé bastante rato con ella. Me hizo una descripción muy detallada de los diferentes clientes que los acompañaban. Dijo que todos habían venido por la publicidad del boca a boca, menos los primos de Lluís. Deduje por su descripción de dioses romanos que se refería al trío de ases que ya había detectado la noche anterior.

Recorrí el hotel varias veces, saqué fotografías de distintos rincones y tomé notas de las ideas que me surgían para grabar mi pequeño corto para el video promocional. Era un día soleado, con una luz estupenda. Pensé repetir el recorrido por la tarde, para captar las sombras y los diferentes matices que ofrece la luz del atardecer. Esa hora me encanta para hacer fotografías. El tiempo se me fue volando y sin darme cuenta había llegado la hora de comer y no tenía noticias de Irene. Decidí enviarle un mensaje, me contestó al ratito. Me dijo que estaba en la otra punta de la isla, que se le había ido el santo al cielo y que comería algo por allí. Quería quedarse un poco más porque le había costado mucho llegar a la cala en la que estaba. Imaginé que se habría colado por alguna finca particular o descendido por algún lugar escarpado.

Irene era de esas mujeres intrépidas a las que no les asusta viajar solas o moverse por el mundo. Estaba sola por elección; claro que, si mi hermano le hubiera dicho algo, seguro que se lo habría pensado. Tenía una belleza

exótica que llamaba la atención. Era cordobesa de nacimiento, aunque vivía en Barcelona desde que era pequeña. Había heredado toda la magia de su abuela, solía decir, y a mí me entraba la risa porque en su metro sesenta y dos contenía toda la dulzura, simpatía, arte y mala leche de los andaluces.

Decidí llevar el equipo a la habitación y comer algo ligero. Tal vez podría darme un chapuzón en la piscina. Quería ir a alguna tienda cercana para comprar el bañador, pero Irene se había llevado el coche, así que me resigné a volver a utilizar el bikini. Para mi sorpresa, el comedor estaba concurrido y me hice una nota mental para hablar con Salva y hacer fotografías a los platos más relevantes y típicos de la carta. Eso me recordó que tenía que pensar en los contenidos y sobre todo en un horario en el que trabajaría y otro en el que me podría relajar porque lo que más me apetecía, en aquel momento, era echarme una siesta a la sombra en la piscina. Me lo replanteé, pero desde la culpa. Había ido allí a trabajar, no de vacaciones. Al segundo y medio me recriminé. No pasaba nada si perdía un poco de tiempo. Miré el reloj y vi que eran las tres. Tenía que comer algo si quería aguantar mi propio ritmo. Así que me convencí de que un baño me ayudaría a despejarme y estaría más inspirada para que saliera mi lado creativo.

Casi sin remordimientos salí a la zona de la piscina después de comer. Busqué una tumbona con un poco de sombra, dejé las cuatro cosas que llevaba sobre ella y me lancé de cabeza al agua cristalina. Hice un par de piscinas en estilo crol y otras dos de espaldas. Me paré y me quedé flotando, disfruté de la sensación del sol al tocar mi cuerpo húmedo. Alguien se lanzó y me chapoteó. Salí del trance en el que entraba siempre que me metía en el agua. No sé cómo fui consciente de que las cortinillas del bikini se habían movido y dejaban muy al descubierto mis pechos. Del bote que pegué me hundí un poco. Sentí una vergüenza increíble. Con la rapidez del rayo los cubrí, me pareció que nadie me miraba, así que salí muy digna y me tumbé en la hamaca, aliviada.

Después de un rato al sol, me fui hacia recepción para ver si Susana había

hablado con algunos de los huéspedes y podía organizarme para hacer las fotos de las habitaciones. Soy un poco obsesiva en el trabajo y me gusta tenerlo todo planificado. Suelo hacerme bastantes listados para tener controlado lo que me falta. Susana no estaba, había otra chica que no me pudo facilitar la información que deseaba, pero me dijo que al huésped que ocupaba la suite principal, una que estaba deseando ver porque me habían dicho que tenía un *jacuzzi* en la terraza y era la única que daba al mar, podía encontrarlo en el bar. Me hizo una descripción. Alto, pelo castaño claro y muy guapo. Eso último lo dijo con una sonrisilla e imaginé que se retiraba la baba que le caía por la barbilla.

Me dirigí al bar. Había poca gente y bastante ruido por estar la música muy alta. En una mesa detecté a un chico que respondía a la descripción de la recepcionista. Me acerqué y él se percató de que me aproximaba, pero no movió ningún músculo de su cuerpo, como si esperase que pasara de largo y no lo molestase. Sonreí. Cuando me paré frente a su mesa apenas me miró.

—Hola, soy...

—Paso, no soy tu hombre.

Volví a intentarlo.

—Mi nombre es Martina. Busco...

—El follador es aquel. —Señaló hacia la barra a un chico que estaba de espaldas y luego a otro—. O aquel.

¿Pero qué se había pensado el muy cretino? Respiré hondo para no soltarle una fresca, pero no me sirvió de mucho.

—Perdona si has pensado que quería acostarme contigo —dije contenida, aunque llena de sarcasmo—. Lo siento, pero no estoy tan desesperada.

Creo que llamé su atención y también la de los chicos de la barra porque, en ese justo momento, alguien decidió bajar el volumen de la música y mi voz resonó en el lugar.

Sin darle opción a réplica me di media vuelta y salí en dirección a mi habitación. Pero Lluís me interceptó por el camino y me llevó de nuevo hacia

el bar y en concreto a la mesa de aquel creído. Se le habían sumado sus dos amigos, los dioses romanos.

—Hola, chicos —saludó Lluís—. Quiero presentaros a la diseñadora que os comenté. Martina es la encargada de hacernos la web.

—Yo la conocí anoche —señaló Javier.

—Dirás que la asustaste. Eran dos y salieron corriendo —bromeó el otro chico. El *simpático* que había saludado estaba serio y, quise pensar, que mortificado por su metedura de pata.

Alguien llamó a Lluís, se despidió y me dejó allí.

—Soy Sergio y puedes venir a nuestra habitación cuando quieras. Este es Diego.

Saludé con un hola y dos besos a Sergio y Javi, pero al tal Diego, que ni siquiera se había levantado de su asiento, lo miré con una mueca indiferente.

—Bueno, chicos, pues si os parece bien dejáis dicho en recepción cuándo puedo ir y hago las fotos. No os molestaré más.

—Ven cuando quieras —repitió Javi—. No molestas. ¿Y tu amiga?

—En la playa. —Miré el reloj y pensé que se estaba retrasando—. Os dejo, voy a ver si la localizo, está tardando mucho.

—Si se ha perdido, nos das un toque —señaló Sergio y su ofrecimiento me reconfortó. Si algo le pasaba por ser aventurera, me iba a pesar—. Nos encanta ayudar a las damas, estén en apuros o no.

Agradecí la oferta, me despedí con la mano y me marché. Había andado unos pocos pasos cuando escuché a mi espalda que alguien me llamaba. No tuve duda de quién era.

—¡Ey, Rubia! ¿No piensas venir a mi habitación?

Me giré con un mohín ladino en la cara y, aunque traté de contenerme, no pude y se la devolví.

—Por supuesto. Espera sentado y sueña conmigo.

Con una sonrisa me sumé un punto mental y salí del bar con una sensación de triunfo que hacía tiempo no sentía. Lo que me desestabilizó un poco fue la

mirada intensa que me dedicó, pero sonó mi móvil –era Irene– y me olvidé del escrutinio y del dueño de aquellos ojos negros.

CAPÍTULO 3

Mientras nos arreglábamos para bajar al comedor, Irene me contaba los lugares que había recorrido. Se había comprado algunas cosas y me traía unas *abarcas*, las sandalias típicas de la isla, que había comprado en Ciudadela. Me quejé porque era una visita que teníamos pensado hacer juntas, pero no pude enfadarme. Me insistió para que un día me tomase la mañana libre para ir a hacer *snorkel*. Se había comprado una guía en la que explicaban los mejores lugares en la isla. También había comprado las gafas y el tubo para bucear, y me traía otro equipo para mí. Me entró la risa cuando me mostró las aletas para los pies. Pensé que, si me organizaba bien, podría encontrar ese tiempo o, a malas, lo dejaba para el último día en la isla. Para entonces aún faltaban cinco días, tenía que tener todo el trabajo *enllestit* (listo), como diría mi madre.

Debí convocarla con el pensamiento porque me llamó justo en aquel instante. Traté de ser breve, pero ella se conoce todos los trucos y esa vez no pude cortar la conversación muy rápido. Después de pasarle el parte y escuchar cómo había sido su día de tareas domésticas y su lucha con mi padre que, según ella, ya no le hacía tanto caso como cuando eran jóvenes, le mandé un beso y le dije que no se quejara, que tenía por marido un bendito que besaba el suelo por el que pisaba y se quedó contenta. Al colgar, Irene me esperaba sentada a los pies de su cama mientras *wasapeaba* con alguien y me apremió para que me terminara de vestir.

Escogí uno de los vestidos y me calcé mis nuevas sandalias. Eran blancas y

me gustaban mucho, aunque eran bastante planas para lo que solía llevar, pero todo era acostumbrarse. Me peiné con una coleta alta.

Escogimos una mesa en el comedor de dentro. Pero, para mi mala suerte, el trío de ases se acercó a nosotras y Javier nos pidió si podíamos compartir mesa. Se mostró interesado en si mi amiga estaba bien y hasta simuló preocupación por su retraso, casi la riñó porque me había tenido intranquila. Era bueno y dominaba el arte de la seducción. Irene sonrió encantada de la vida y se disculpó con la boca pequeña, dijo que se había entretenido, por no reconocer que se perdió. Con rapidez retiró su chaquetilla de la silla que había a su lado.

—Mi hermano quería decirte una cosa —comentó Javi después de sentarse junto a Irene, pero con su mirada en mí; Sergio se acomodó a mi lado y Diego enfrente—. Por lo visto, fue un poquito borde antes. No quería molestarte.

—Puedo pedir disculpas yo solo.

—Disculpas aceptadas —dije y lo miré a la cara. Él hizo una especie de mueca entre arrepentido y pasota.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Irene con curiosidad.

—Un malentendido —solté y corté la conversación.

Me di cuenta de que estaba hambrienta cuando me dieron a escoger varios platos y elegí todos los que tenían hidratos de carbono. Irene me miró con el ceño fruncido.

—¿En serio? ¿Vas a comer pasta y carne con patatas para acostarte dentro de un rato? —preguntó con retintín—. Rubia, no sé dónde lo metes.

—No voy a acostarme dentro de un rato —señalé—. Llevó todo el día trabajando, pienso tomarme una copa en algún sitio cercano y disfrutar un poco.

—Nosotros vamos luego a un bar, hay buen ambiente —propuso Sergio—. ¿Os apuntáis?

—No has trabajado tanto —intervino Diego como un desafío—. Te vi en la

piscina después de comer. Yo y los pocos que mirábamos... tu estilo.

Al instante me puse roja como un tomate. Por cómo me ardía la cara estaba segura de que era así. Con mucha diplomacia me decía que él, y otros, me habían visto las tetas. Bajé la mirada al plato, pero por el rabillo del ojo pude verle una sonrisilla triunfal.

—Martina nada muy bien —afirmó Irene, ajena a mi vergüenza, y añadió hacia mí—: Mañana podemos ir a por ese bañador.

—Sí, creo que me va a hacer falta. Así lo uso el día del *snorkel*.

Sergio se interesó por el buceo con tubo y se propuso para acompañarnos. De repente la conversación giró sobre ese tema en el que, tanto Diego como yo, quedamos mudos y como meros espectadores de la conversación que mantenían los otros tres.

—En Cala Morell, en Ciutadella, hay plataformas instaladas en las rocas que facilitan el acceso al agua, hay una buena pradera de posidonia —explicó Sergio—. Pero si te gusta ver el fondo marino, el mejor sitio está al norte, en la reserva marina. Cala Viola Ponent es un lugar fantástico para bucear.

—¿Podríamos ir mañana? —propuso Javier y sentí que nos incluía.

—Yo mañana no puedo, tengo trabajo.

—Pues pasado mañana. ¿Qué dices, Diego?

El aludido se encogió de hombros. Creo que le emocionaba tanto ir a bucear con tubo como la depilación a la cera.

—Sinceramente, yo no sé si podré ir —alegué—, tengo bastante trabajo.

Irene me miró con ojillos y supe que no quería dejar pasar la oportunidad.

—Ve con ellos si te apetece —afirmé y pensé que, si al día siguiente conseguía que me ayudara a cargar con el equipo, podía darme con un canto en los dientes. No quise que se sintiera culpable y añadí—: Si adelanto, podemos repetir otro día.

—Entonces, hecho, lo dejamos para pasado mañana. Tal vez puedas venir —concluyó Sergio.

No lo creía, pero acepté.

Como si fuera una niña pequeña, Irene empezó a dar palmas, y nos hizo reír con las caras que puso.

Después de la cena nos llevaron a un local con buena música, donde nos tomamos unas copas y hablamos distendidos. Trabajaban juntos y se marchaban el sábado, nosotras el domingo. Vivían en Barcelona y Javi bromeó con Irene al saber que era profesora de primaria. Les faltó tiempo para pasarse el número del móvil y prometerse quedar en Luz de Gas, lugar fijo en nuestras salidas.

Al rato ya estaba muerta de sueño y empecé a bostezar, pero mi amiga parecía estar pasándoselo en grande con Javi, bailando todos los temas en la pista. Los demás estábamos sentados en un reservado y una chica se acercó a nosotros. Me costó reconocerla sin uniforme. Era Susana, la recepcionista, y Sergio se levantó y fue con ella hacia la barra donde había otra chica. Miré a Diego, que me dedicó una mueca con la que parecía decirme: «Bienvenida a mi mundo». Confieso que me pregunté si sería gay porque no miraba a las chicas como lo hacían sus amigos, pero agradecí que no me dejara sola. Su conversación no era mala, a pesar del mal comienzo que habíamos tenido. Me hizo muchas preguntas sobre fotografía, e incluso me dio algún consejo para el trabajo que tenía en ciernes. Creo que prefería que hablara yo. Cuando solté otro bostezo, pensé en marcharme, el hotel quedaba muy cerca; y como si me leyera el pensamiento, comentó:

—Cuando te canses, si quieres, nos marchamos. Creo que estos acaban de empezar la noche.

—No sé. —Miré hacia la pista y lo que vi me dejó descolocada. Irene se daba un beso de película con Javi, como si no hubiera mañana.

Él se levantó y yo dudé.

—Estará bien —me aseguró.

Quise creerlo, pero así y todo me acerqué a mi amiga y ella sonrió al verme. Le dije que me iba al hotel y que Diego me acompañaba, él también se marchaba. Ella me puso cara de circunstancia e interpreté lo que pensaba. Le

dije que no perdiera el norte, por lo menos la primera noche, y con dos besos me despedí.

Caminábamos despacio, sin prisa. Los silencios se me hacen incómodos y empecé a hablar de mi trabajo. Le conté que mi padre tenía una empresa de informática y que empecé trabajando con él, pero me aburría bastante y busqué algo más creativo; la publicidad me pareció un buen sitio donde aprender. Él dijo que también trabajaba con su padre y que pensaba que era un buen momento para cambiar cosas en su vida. Tuve la impresión de que estaba algo perdido, en un momento de esos en los que uno decide renovarse.

Al llegar al hotel, Diego me sorprendió al proponerme tomar algo antes de irnos a dormir. No sé por qué acepté. No sabía de qué más hablar con él. Por el camino parecía que se le habían acabado todas las preguntas y yo no sabía qué tema abordar. De pronto, él me sacó de mis pensamientos.

—No soy gay. Seguro que es lo que estás pensando.

Lo dijo en un tono divertido, casi provocador. Mi reacción fue levantar las cejas y mirarlo con los ojos muy abiertos.

—Pues te equivocas, pensaba de qué podíamos hablar. No esperaba una confesión.

—¿Siempre dices la verdad? —preguntó bastante más serio de lo que esperaba.

—Eso procuro. Me gustan las cosas claras.

Nos habíamos sentado en la barra y el camarero nos sirvió nuestras bebidas, dos chupitos, el mío de Baileys, el suyo de whisky.

Su teléfono sonó y los dos nos quedamos callados ante la interrupción. Lo dejó sonar. Pero quien fuese era insistente y, al cortarse, volvió a llamar. Él miró la pantalla con cara de fastidio y atendió al fin.

—Dime... ¿Ya te han pasado el parte? —preguntó con voz cansada. Durante un rato escuchó lo que le decían al otro lado de la línea—. No tenía ganas de estar allí, solo eso... No, estoy en el bar... ¡Qué no! No bebo. Estoy con una chica hablando y me estás cortando el rollo, pareces papá.

De repente me pasó el teléfono y me quedé a cuadros.

—¿Puedes ponerte? Mi hermano mayor no se cree que esté acompañado.

Cogí el teléfono con cierta timidez.

—¿Hola?

—Hola, soy Asier. Disculpa que no me fiara, pero... ¿no serás la camarera, verdad?

—Me llamo Martina, ¿necesitas mi DNI? —solté muy amable y carcajeó. Me cayó bien desde ese instante. Era solo una voz, pero parecía preocupado. Me preguntó por su hermano—. Me ha acompañado al hotel y nos estamos tomando un chupito... Sí, solo uno. ¿Quieres saber de qué es el mío? —Sonreí ante su negativa, observé a Diego, la expresión de su cara era de tensión, pero tuve la impresión de que se relajaba—. No te preocupes, está bien, no ha bebido casi nada y ahora nos vamos a dormir. Cada uno a su habitación, por si te interesa. Yo mañana trabajo.

Me dio las gracias por hablar con él y, antes de pedirme que le pasara a su hermano, me dijo algo en un tono de voz que me enterneció.

—No te pases con él, Martina, está herido.

Entregué el teléfono a Diego y me bebí el traguito que me quedaba en el vaso. Él ya lo había vaciado. Se dijeron un par de cosas más y se despidió. Al cortar la llamada dijo con resignación:

—Es mi hermano mayor, habrá hablado con Javier y ha descubierto que no estoy con él. Me controlan un poco.

—Algo habrás hecho.

Se encogió de hombros y vi tristeza en sus ojos, pero cambió rápido la expresión. No sé por qué quise que no se sintiera tan estúpido.

—Mi madre también es muy controladora, me llama casi todos los días solo para saber si estoy bien. A veces es un poco incordio, pero lo hace porque le importo. Mis hermanos y yo lo tenemos asumido.

Con un gesto le dije de irnos y él me siguió. Por el camino hacia las habitaciones me preguntó cuántos hermanos tenía y se rio al decirle que era la

del medio de dos chicos. Él también era el del medio de dos chicos. Me quedé con las ganas de saber por qué su hermano había dicho que estaba herido. Si lo pensaba bien, desde que lo había visto la primera vez tenía algo que parecía triste, pero se esforzaba en camuflarlo. Pensé que no debía ser cotilla y no le pregunté.

Me acompañó hasta mi habitación solo porque quedaba antes de la suya. Abrí la puerta y al entrar me dijo que cerrara bien. De forma inconsciente di un paso hasta él, coloqué mi mano en su hombro, me puse de puntillas y le di un beso de buenas noches en la mejilla. Sonrió, tenía una bonita sonrisa, pero me pareció ver algo en su mirada entre tensión y turbación. Lo observé alejarse cabizbajo.

Ni siquiera me di cuenta de la hora a la que llegó Irene a la habitación. A la mañana siguiente esperé nerviosa a que se levantara, pero no tuve suerte, y eso que no fui muy silenciosa al arreglarme. Me coloqué unos *shorts* blancos con una camisa azul claro anudada a la cintura, y con unas Vans blancas que tardé en encontrar porque estaban debajo de la cama. Empecé a tener ideas de cómo iba a enfrentar el día y decidí irme sin ella. Cargué con la mochila de la cámara y la bolsa donde guardaba el trípode plegado y un par de focos y otros accesorios. Me colgué al cuello la de hacer fotografías y pensé que ya nos veríamos abajo. De repente, estaba animada e impaciente por empezar el trabajo. Casi cuando salía por la puerta, me llamó.

—Ey, ¿te vas sin mí? No es tan tarde —dijo reteniendo un bostezo a la vez que miraba el reloj del móvil—. Ni siquiera son las nueve.

Solté la bolsa de los focos y la miré.

—Ya... Es que... Mira, si te apetece irte a la playa, ves. Yo estoy algo liada y es una pena que perdamos las dos la mañana de sol, arena y mar —respondí, pero quise provocarla—. Además, tal vez hiciste nuevos planes, anoche se te veía muy entusiasmada.

Se rio con una carcajada y se tapó la cara con ambas manos.

—¡Dios! Fue una pasada... Nos dimos el lote como dos adolescentes. ¿Me

esperas?

—Voy bajando, te espero en el comedor. Quiero hablar con Susana, de recepción. —Iba a cerrar y añadí—: Pero quiero detalles.

Dejé a mi amiga con el pensamiento ocupado porque ni me contestó.

Susana me dijo que podría entrar en algunas de las habitaciones, no había hablado con todos los huéspedes, pero con los que sí, no había problema. Le pedí que necesitaba que tuviera la recepción bonita porque le sacaría algunas fotos y grabaría por algunas zonas. Tenía la impresión de que por las mañanas era el momento en que más solitario estaría el hotel. Ella me lo confirmó.

—La gente suele irse después de desayunar y viene a partir de la una.

Dejé los bártulos en recepción y me fui al comedor, necesitaba un café y algo dulce. Estaba distraída con el móvil cuando alguien se paró a mi lado.

—Buenos días.

Al levantar la vista de la pantalla me encontré con unos ojos negros que me miraban con intensidad. Algo prendió en mí y me puse nerviosa.

—Hola, buenos días —respondí, algo azorada.

—¿Puedo?

Miró una de las sillas y asentí.

La camarera nos dejó dos jarras con café y leche y otra de zumo de naranja, y nos preguntó si queríamos comer algo. Yo pedí unas tostadas para untar mantequilla y mermelada, y él un bol de fruta y un sándwich.

Al momento llegó Irene y, antes de sentarse, Javier y Sergio también aparecieron. Todos se nos unieron. Parecía que nos conocíamos de toda la vida por cómo compartimos el desayuno. Es extraño cómo congenias con algunas personas.

Los chicos empezaron a discutir sobre la playa a la que podrían ir. Por lo visto, se las habían recorrido todas y, si no era así, poco les faltaba.

Terminamos de desayunar y fui a recepción a buscar mi equipo. Me supo mal por Irene, pero decidió quedarse conmigo en vez de irse con ellos.

—Podías haberte ido, yo estaré enfrascada y tal vez te aburras.

—No quiero que piense que lo persigo. Además, dije que te ayudaría.

Empezamos por las habitaciones. La verdad es que resultó ser una excelente ayudante. Colocamos los focos y saqué varias fotografías por habitación, también grabé unas tomas. Después elegiría el material que más me gustase. Lo pesado era montar el equipo y desmontarlo cada vez que cambiábamos de sitio, pero entre las dos pude hacerlo más rápido que si lo hubiese hecho yo sola. Hice fotos por casi todas las estancias de la casona, para poder dedicarme después a los exteriores.

A la una hicimos un alto en el camino. Llevé todo a la habitación y fuimos a comer. Para nuestra sorpresa los chicos aparecieron cuando estábamos terminando. Diego quería venirse al hotel y lo habían traído, pero volvían a marcharse. Hubo un cruce de miradas extrañas entre mi amiga y Javier, pero ella no se movió de la silla y él tampoco le dijo nada. Irene quiso tumbarse un poco en la piscina y yo aproveché para subir a la habitación. Necesitaba hacerme una especie de *story line* para grabar mi video.

Cuando bajé a por ella, estaba adormilada en una tumbona. Saqué algunas tomas de la piscina, había gente en otras hamacas y les pregunté si les importaba que grabara. Solo una chica se salió del encuadre. Después me fui con la cámara hacia la entrada del hotel, al camino de grava que lo rodeaba. Quería partir de allí, como si alguien entrara al recinto. Grabaría hasta que esos pasos imaginarios llegaran a recepción y, de ahí, una panorámica por el vestíbulo, el bar y el comedor.

Empecé a filmar y, como si siguiera un instinto, miré hacia un lateral y vi a Diego que me observaba. Me sonrió de medio lado, era una sonrisa traviesa y volví a sentir ese no sé qué en mi estómago. Irene lo acompañaba, aunque ella me miraba con otros ojos. Volví al plano, pero no me gustaba, en mi mente quedaba mejor.

—¿No es buena la luz? —preguntó Irene con preocupación.

—No es eso, necesito un modelo. Movimiento.

—A mí no me mires —dijo ella con las manos levantadas a la defensiva.

—Venga... no voy a grabarte entera —la animé—. Solo necesito seguir tus pasos, tus pies que se dirigen a la entrada, luego abres la puerta y entra la cámara.

—Dime qué hago y te grabo yo —refutó—. Mira qué pinta tengo, voy en chanclas y pareo, tú estás estupenda. Además, las dos sabemos que mis pies no son bonitos, en cambio los tuyos...

Me hizo reír, se agarraba a cualquier cosa y no se dejaba convencer.

—Yo lo haré, si no te importa. —La voz de Diego llegó segura y las dos lo miramos, primero a la cara, después a sus pies. Llevaba una especie de mocasines marrones, sin calcetines, y un pantalón blanco de hilo, con varias vueltas hacia arriba —. Tengo unos pies bonitos, me lo dicen siempre.

Soltamos una carcajada. El chico tenía sentido del humor, podría salvarse.

Siguió atento las instrucciones que le di y, cuando lo vi preparado, empecé a grabar.

—Más despacio y... mete las manos en los bolsillos... no se te ocurra detenerte. —Cuando llegó a recepción revisé la toma—. ¿Te importa si repetimos?

—¿Voy a cobrar lo mismo?

—Es una abusona —respondió Irene—. Una cerveza por un día de trabajo.

—¿Cómo sois? Me juego el ascenso, mi propio lugar en la empresa. Quién sabe si me despiden y he de empezar de cero.

—Eres una *drama queen*.

—Venga, que mi tiempo es oro —bromeó Diego.

Volvimos al punto de partida y comencé de nuevo. De pronto, le pedí que regresara. Tomé distancia mental, visualicé una idea que acababa de tener y le conté lo que quería que hiciera. Le pareció bien.

Le pedí a Irene que sostuviera la cámara sin moverse y miré por la pantallita, el ángulo era genial.

Diego comenzó a caminar pausado y en un momento se giró sobre sus pies

y se detuvo, yo llegué hasta donde estaba, con paso tranquilo, y me puse frente a él, muy cerca y entonces me puse de puntillas, como si fuese a besarlo. Necesité apoyarme en sus hombros para no perder el equilibrio. Sus ojos se agrandaron al notar mi gesto. Estábamos muy pegados, creo que pude oler el aroma que desprendía su piel; era un jabón que me sonaba, pero no pude distinguirlo. Casi me atontó. Por un segundo nos miramos. Fue un instante muy ínfimo, tuve la impresión de que no había nadie más con nosotros. Posó una mano en mi cintura y aquel contacto me quemó, me transportó lejos de allí. No entendía qué me pasaba. Le sonreí al salir del trance, pero él tensó su mandíbula y aferró su agarre, creo que me estremecí y él lo notó. Después, como por instinto, me sujetó de la mano y seguimos hasta la entrada. Nuestras miradas volvieron a encontrarse, sin embargo, ninguno dijo nada. Pareció que había pasado un ángel entre los dos. La voz de Irene nos trajo de vuelta de donde estuviéramos.

—¡Uau! Qué buenos actores. Mira, Martina —gritó—, creo que ha quedado perfecto.

Fui a su encuentro y tuve la impresión de que la respiración se me había acelerado. Lo visualicé y ahí estaba la idea que había dibujado en mi mente. Con un poco de retoque quedaría muy bien. Diego también lo vio y creo que le gustó. Pero dijo que, si ya no me hacía falta, se iba a su habitación un rato. Lo vi caminar con prisa. Irene también se fue, a la piscina, y yo decidí que después de grabar las estancias de dentro me tomaría un descanso.

A mitad de la tarde, encontramos a los chicos en el bar. Me dijeron que querían ver a Diego hacer de modelo, pero les dije que eso era secreto todavía. A lo mejor no había sido una buena idea, los dueños del hotel aún tenían que aceptarlo. Le dije a Diego que lo invitaba donde él quisiera por el favor y dijo que proponía un sitio, y me aconsejó llevar mi cámara. Me gustaría.

El lugar escogido fue la Cova d'en Xoroi, en Cala Porter. Fuimos con los dos coches, era mejor así, por si no todos teníamos los mismos planes. Al

llegar aún no se había puesto el sol y encontramos bastante gente para entrar. Desde donde aparcamos ya se adivinaba que las vistas del acantilado serían espectaculares. Al entrar buscamos un sitio desde donde tener una buena panorámica. El bar discoteca de la cueva estaba muy cuidado. Me acerqué, tímida, a una balconera y saqué un par de fotos, y otra al pequeño grupo de Irene y mis nuevos amigos. Sin darme cuenta me quedé absorta mirando a los chicos en general y a Diego en particular, su mirada se cruzó con la mía y, de nuevo, por unos instantes pareció que no había nadie más a nuestro alrededor. Me obligué a sonreír y la magia se rompió.

Charlamos y reímos con las anécdotas que explicaban. Irene y Javier tonteaban de una forma abierta y él parecía animado con el flirteo. Les di su espacio al marcharme a la pista con Sergio y hasta Diego se soltó al marcarse unos pasos.

Se nos pasó el tiempo volando, casi a medianoche les dije que me tenía que marchar. Ellos no tenían prisa, pero yo debía levantarme temprano al día siguiente porque tenía que concluir el trabajo y me faltaba aún bastante para poder mostrarle un primer visionado de la web a los dueños del hotel.

Regresamos al Sa Roca. Al llegar, Javi le propuso a Irene tomar una última copa y los demás nos fuimos a dormir.

CAPÍTULO 4

Me desperté temprano a mi hora de siempre. Dichoso reloj interior. Irene dormía en su cama, boca abajo y medio desnuda, solo la sábana la cubría hasta la cintura. Su pelo estaba esparcido por su cara y no pude evitar darle un cachete en el culo al pasar junto a ella. Tenía que ir espabilando si pretendía irse con los chicos. Pero ni siquiera se movió.

Miré por los ventanales y aprecié un nadador en la piscina, lo reconocí al instante. No lo pensé demasiado. Me arreglé lo más rápido que pude. Me puse el bikini y una camisola. Decidí que después de desayunar iría a comprarme un bañador. Fui directa a la piscina; el chico de ojos oscuros seguía haciendo unas brazas, aunque su ritmo era algo menos intenso que la mañana anterior. Me quité la prenda y dejé las cosas sobre una hamaca. Esperé a que llegará a uno de los extremos y lo saludé, elevé la voz para que esta se colara entre el chapoteo y me escuchara.

—Buenos días, Diego.

Se detuvo al momento, elevó la cara y me miró. Durante unos segundos no dijo nada, parecía que ni me reconocía. No sé si fue eso o que se había detenido a hacerme un escrutinio

—Hola, ¿vienes a hacer unas piscinas?

Asentí y me lancé de cabeza. Me incomodaba cómo me miraba, me desconcertaba. Buceé bastante trozo. Mientras ascendía hasta la superficie, de forma inconsciente, me aseguré de que la pequeña tela estuviera en su sitio. Él había seguido su recorrido, casi lo alcancé. Nadamos uno al lado del otro.

Bueno, eso es un decir, él iba delante. Cuando habíamos dado una vuelta completa, sin mediar palabra, empezamos a retornos. Yo le seguía el ritmo, pero me salió la vena competitiva y no quise dejarlo ganar. Fui yo quien lo dejó atrás. Al llegar al extremo me detuve para coger aire. Llegó a los dos segundos. Necesitamos un momento para recuperarnos del esfuerzo. Me miró sin decir nada y pensé que podía ser de ese tipo de hombres que no soportan perder.

—¿Molesto porque te haya ganado una chica?

—Para nada, sé reconocer cuando me han vencido. Por lo visto, últimamente las chicas me dais bien fuerte. Aunque has herido un poquito mi orgullo.

Le sonreí victoriosa y le dije que nadaba desde los siete años.

—Luego podrías venir a mi habitación —dijo a la vez que se llevaba la mano hacia el pelo y lo retiraba hacia atrás. Lo miré con los ojos muy abiertos. Por un momento pensé que iba directo al grano. La verdad era que, salvando el primer momento al conocerlo, el chico tenía su cosa. Era muy atractivo y yo, aunque no quería reconocerlo, había pensado en él al meterme en la cama las noches anteriores más de lo que estaba dispuesta a confesar.

—Para las fotos —aclaró.

—Ah, vale.

Rio de una manera traviesa. Debió darse cuenta de que no lo había entendido. Se me acercó bastante y casi me encerró en sus brazos al sujetarse en el borde de la piscina. Empecé a temblar, pero no sabía por qué, si porque su cercanía me afectaba o porque de repente había bajado la temperatura y estábamos en invierno.

—¿Te pongo nerviosa?

—Para nada, me ha dado frío. —Me pareció convincente mi excusa.

Sonrió con suficiencia y me dedicó una caída de ojos cuando se separó de mí.

—Creo que deberías comprar ese bañador cuanto antes.

Me miré hacia los pechos con cara de espanto, pero todo estaba en su sitio.

—Has picado —bromeó y no pude evitar empujarlo y hacerle una ahogadilla. Salió a la superficie y no lo dudó, me la hizo a mí, con una amenaza—: Te vas a enterar.

Me empujó hacia el fondo y lo veía sonreír victorioso mientras yo me hundía y trataba de salir a la superficie con la intención de hundirlo a él.

En eso estábamos cuando alguien nos interrumpió.

—Vaya, si parecéis niños —advirtió Irene. Javi y Sergio sonreían, diría que felices, detrás de ella—. ¿Venís a desayunar?

—Por supuesto, se me echa el tiempo encima —dije algo azorada y apoyando las palmas en el borde me elevé y de un salto salí del agua.

Subí con prisa a mi habitación y me duché. Durante un rato le di vueltas a lo que había pasado en la piscina; Diego tenía algo que me atraía, pero me enviaba señales contradictorias. Me sacudí esas ideas de la cabeza, eran imaginaciones mías. Me vestí cómoda, tenía la intención de trabajar toda la mañana, pero antes quería ir a alguna tienda de ropa de baño. Cuando bajé, él ya estaba en la mesa y los otros tres hacían planes de hacia donde podían ir. Se habían montado una buena excursión y me dio una envidia tremenda. Irene me miró culpable. Se suponía que iba ayudarme en algunas cosas y se escaqueaba.

—Me las apañaré —dije para que se sintiera mejor—, pero mañana sí voy a necesitarte un ratito.

Diego estaba muy callado, miraba su móvil como si estuviera analizando una página de la bolsa y de pronto hizo un detallado informe de las cosas que había en Cala Viola.

—El Faro de Cavallería está cerca —comentó—. Hay zona de baño, pesca, submarinismo..., pero ahí no hay ni un puñetero chiringuito.

—No seas niño —lo riñó su hermano con burla.

—¿Te vas a llevar el coche? —pregunté a Irene.

—Pues no lo había pensado, ¿cómo vamos?

Sergio propuso ir en el de ellos. Me alegró tener vehículo, así podría darme una escapada si hacia un alto en el trabajo.

—Bueno, entonces os despido. Antes de empezar he de hacer un recado —expliqué a la vez que me levantaba de la mesa, eran las diez pasadas.

—Yo necesito unas gafas si quiero ver esas algas marinas —reclamó Diego.

—¡No son algas! —lo censuró Irene, menuda era ella con eso de la flora del mar—. Es como la hierbita, una barrera natural contra la erosión. Y en ella viven animalitos.

Reímos con su explicación, supuse que así se lo diría a los niños en su clase.

Acepté ir con ellos a una tienda. Me resigné, estaba claro que no iba a empezar con mi tarea antes de las doce. Por suerte, Susana me había dicho que podría hacer las fotos de las habitaciones que me faltaban, la luz del mediodía sería perfecta. Cogimos los dos coches, así, al terminar, yo podría regresarme al hotel. Por el camino no dudé en preguntarle a Irene qué había pasado la noche anterior con Javier.

—¿Qué pregunta es esa? —me preguntó a su vez y con una sonrisa de oreja a oreja añadió—: Besa de muerte y no te digo lo demás.

—¿Te acostaste con él?

—¡Ay, rubia! No me seas antigua. Nos dio el calentón y nos fuimos a la playa.

—Pero si apenas habéis hablado en el desayuno.

—Yo no voy a perseguirlo; si algo quiere, ya me lo hará saber.

Y así de simple se acabó la conversación.

Llegamos a un centro comercial. Entramos en una de las tiendas que vimos con artículos de baño. Elegí varios bañadores de piscina y me metí en los probadores mientras ellos merodeaban por la zona de gafas de agua y tubos de buceo.

Me probé los dos primeros y no me gustaron mucho, con desgana me probé el tercero. Alguien entró en los vestuarios porque lo escuché caminar. El

bañador era completamente negro, muy parecido al que yo tenía, así que aposté por lo seguro. De pronto escuché el golpe de unos nudillos en mi puerta, creí que sería Irene. Abrí convencida, pero allí detrás quien estaba era Diego con unas perchas en la mano, de una colgaba una camiseta bastante colorida, en la otra llevaba un bikini.

Nos quedamos mirando durante un momento, sus ojos recorrieron mi cuerpo. Me subió la adrenalina a niveles peligrosos y solo pensé en que me tocara, quería sentir sus manos sobre mi piel. Dio unos pasos para colarse en mi vestidor, no se lo impedí.

—Tú... tú sí me pones nervioso.

No pude responderle. De repente, estaba empotrada en el espejo y con sus labios pegados a los míos. Su lengua entró en mi boca, hambrienta, y con apenas un roce explotamos. Fue un beso ardiente, cargado de ganas por su parte y por la mía. Sentí que se le caían las perchas de las manos y me rodeaba la cintura con ellas; me pegó a su cuerpo, yo me amoldé al de él y lo rodeé por detrás de su cuello. Disfruté de aquel arrebato apasionado. No recordaba haberme excitado tanto con un solo beso.

Poco a poco nos llegó la calma, o el sentido común. Se separó de mí y me miró a los ojos.

—No... no sé qué ha pasado.

Parecía aturdido y se movió en dirección a la puerta.

—Diego... tus cosas.

—Ah, sí. —Cogió la camisa y la percha con el bikini, lo miró y me lo dio—. Ese bañador te queda perfecto, pero con el bikini... estás guapa con él.

Cruzó la puerta sin más. La cerré y apoyé mi espalda en ella, como una tonta. Las rodillas me temblaban como si fueran de gelatina. Llevé mis dedos a los labios y aún podía sentir las palpitations de mi corazón.

—Queda horrible —escuché que le decía a alguien que entraba llamándolo y supuse que se refería a la camiseta.

—Te lo he dicho. —Era Sergio—. Con el buen gusto que siempre has

tenido, Miriam se lo ha cargado.

Salí molesta. Tenía una chica, por eso no lo había visto con ninguna. ¿Y ese beso? ¿Quería darse una canita al aire? Bloqueé aquellos pensamientos que me hacían daño. No quería que nadie se percatara de que algo me pasaba. Me esperaban en la caja. Apenas miré a Diego, aunque sentía sus ojos clavados en mí. Pagué el bañador y dejé las otras piezas sobre el mostrador. Él se dio cuenta, pero no dijo nada.

Irene me acompañó hasta el coche.

—Anda, vete —musité para disimular mi enojo—, y deja de hacer pucheros, que estás deseando perderte con el trío de ases.

—No te he contado, pero anoche me enteré de un chisme. Es sobre Diego. Vaya, ella lo sabía.

—Lo sé.

—¿Te ha contado que lo plantó su novia en el altar?

—¿Cómo?

—Nena, que el taxi se va —gritó Javi e Irene casi se deshizo.

—Luego hablamos. No te canses. —Me dio un abrazo y un beso.

—Y tú pásalo bien, al menos que una disfrute.

Me metí en el coche mientras ella se sentaba en el asiento trasero junto a Javi.

Arranqué y conduje unos metros, pero las palabras de mi amiga me hicieron dar media vuelta. No, por lo visto ya no tenía novia. Quizás eso justificaba su cara avinagrada cuando lo conocí. Entré de nuevo en la tienda y sobre el mostrador seguían las prendas que yo había dejado. Cogí el bikini y me lo probé. Me estaba perfecto. Se anudaba al cuello, también era de cortinilla, como el de Irene, pero este se encajaba a mis pechos con una perfección que solo la licra consigue. Era rojo. Me lo llevé.

El recuerdo de aquel beso me acompañó gran parte del camino y de la mañana. El trabajo me cundió bastante y a las dos ya tenía un buen catálogo de imágenes del hotel y sus rincones más bonitos, así como de todas las

habitaciones. Solo me faltaba la de Diego. Susana me ofreció entrar, pero me excusé. Por alguna razón quería hacerlo cuando él estuviera.

Pedí la comida en mi habitación. Una ensalada con pollo a la plancha que fui picoteando sin despegarme mucho del portátil. Tenía un entusiasmo que no entendí de dónde me había salido. Me sentía inspirada. Comencé a crear la página web entre bocado y bocado. A las cuatro me llamó mi jefe para saber cómo me iba y le expliqué lo que tenía pensado. Le parecieron bien mis ideas y me dejó libertad para hacerlo a mi gusto.

Estaba tan enfrascada en la pantalla que no escuché a Irene cuando entró.

Se interesó por mi trabajo y le mostré lo que tenía avanzado. Me dijo que esa noche iba a salir con Javi, habían hablado y decidieron pasárselo bien los días que iban a estar allí. Ella estaba encantada, aunque no sabía cómo lo harían porque los dos compartían habitación. Me entró la risa.

—¿No esperarás que haga guardia en la terraza del hotel mientras tú te das un homenaje?

—No, pero tal vez podrías tardar un poquito si sales a tomarte algo con los chicos —pidió, yo fruncí el ceño. No era lo que más me apetecía—. Sé que te prometí ayudarte. Estoy siendo muy mala amiga, una egoísta... Déjalo, ya veremos cómo lo hacemos, tal vez Sergio se vaya con Diego. Mañana prometo pasar el día contigo, seré como tu cadi.

Mientras ella se metía en la ducha, decidí bajar a la cocina para programar con Salva cuándo le venía bien dedicarme un espacio para hacer las fotografías de algunos platos. Me atendió muy amable, aunque estaba bastante saturado. No había elegido un buen momento para ir a hablar con él. Faltaba muy poco para que empezara el turno de cenas. El ambiente en la cocina era frenético, supuse que era como el ensayo general de una obra de teatro. Cada uno en su puesto y con su cometido preparado. Él daba instrucciones aquí y allí a la vez que recordaba que no saliera ningún plato sin que él lo supervisara. Por las noches no había menús elaborados, sino las sugerencias del chef y una carta bastante amplia.

—No te entretengo más, Salva —dije mientras observaba cómo él terminaba de hacer una salsa—. Si te parece, quedamos en otro momento. Tú eliges qué quieres que salga en la web, qué plato es tu favorito o es el más típico de Sa Roca.

—Mañana es un buen día, aunque preferiría después de las comidas. Sobre las cinco podremos estar más relajados. Lo tendré todo preparado.

Al salir, camino de mi habitación, me encontré con Diego. Le dediqué una sonrisa al evocar el beso que nos habíamos dado.

—Hola, te buscaba —dijo, parecía nervioso—. Mi hermano y tu amiga tienen planes y había pensado que podríamos cenar juntos y tomar algo. Sergio también los tiene. Por lo menos, nos hacemos compañía.

—Perfecto —respondí sin pensarlo mucho—. Pero yo no tengo ganas de ir a ningún lado, ¿podríamos quedarnos en el hotel?

—Sin problema.

Subí a mi habitación con unas ganas renovadas, no sabía qué me hacía sentir Diego, pero algo se movía en mi interior. Sabía que él había salido de una relación, lo habían plantado. Joder, eso debe destrozarte. No buscaba liarse con nadie, pero me había besado y me miraba con ojos chispeantes. Una no era de piedra con aquel hombre al lado, así que me dije que una cena con él podría ser, cuanto menos, curiosa.

Irene se quedó más tranquila al saber que no me quedaba sola.

—Dicen que se quedó hecho polvo —dijo echándose perfume bajo el lóbulo mientras yo salía de la ducha, con el pelo enrollado en una toalla y con otra alrededor de mi cuerpo.

—Debe ser duro que te hagan algo así.

—También dicen que bebía mucho y que desde hace unos días está algo mejor.

—Bueno, entonces no corro peligro —contesté con burla. Por alguna razón no le conté lo del beso, me evitaba su tercer grado.

—Pues está para que le hagan un favor. —Me reí de su frase—. A ti

tampoco te iría mal desatascarte un poco. ¿Por qué no vas de *comando*?

Me entró la risa, no era tan atrevida como para ir sin ropa interior.

—Yo no soy como tú.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no te acostarías con él si se terciara o que yo soy una fresca? —inquirió con sarcasmo.

—Ya me entiendes.

Me sonrió.

—Mira, rubia, disfruta el momento. Me parece que te tiene ganas por cómo te mira. Su hermano dice que necesita un polvo y yo creo que tú también. Líate la manta a la cabeza, déjate llevar y no lo pienses tanto. Quizás le quitas la depresión.

Me dedicó una mirada burlona.

—Pero se va a ir.

—Eso es lo mejor, no pienses en mañana.

—No entiendo por qué lo dejó su novia, es un buen tío —alegué y dejé el humor de lado, pero no pude evitar recordar cómo me besó y sentí un cosquilleo inquieto por el estómago—. Necesita tiempo para superarlo y recuperar su autoestima —solté, muy convencida de mis palabras.

Era la manera de no entusiasmarme. Él estaba herido, su hermano me lo había dicho. Con probabilidad, cenaríamos y a dormir.

—¿Dónde habéis quedado?

En ese momento me di cuenta de que no sabía dónde, pero resolví que pasaría por su habitación; si no estaba, bajaría al bar o a la terraza. No estaría muy lejos.

—No dejes que beba, Martina —me pidió y hasta pude intuir preocupación en su voz—. Sergio y Javi están muy preocupados. Hoy se ha tomado varias cervezas seguidas. No estaba muy fino en la playa. Para mí que ha ido a la fuerza. Estaba distraído.

—¿Te importa si mañana me llevo el coche? —pregunté de pronto, sin tener muy claro qué haría, pero una idea se dibujaba en mi cabeza, solo que

no quería decirla en voz alta por si se gafaba—. Tú saldrás con ellos y yo quiero darme una vuelta por la isla a mi aire. He adelantado trabajo y mañana empezaré a las cinco de la tarde, con Salva. No creo que tenga más oportunidades hasta el domingo.

—Sí, no hay problema —respondió.

Ella ya estaba lista y a mí aún me quedaba secarme el pelo y vestirme. Cuando me dio un beso para despedirse, murmuré:

—Tráete a tu dios romano, yo pasaré la noche fuera. Quiero ver amanecer desde Punta Prima.

CAPÍTULO 5

Piqué con los nudillos en la puerta de la habitación de Diego. Abrió despacio, poniendo un poco de suspense al encuentro. Me dedicó una sonrisa y supe que le gustaba lo que veía. Me había puesto un vestido largo, anudado al cuello y con un bonito escote que imposibilitaba llevar sujetador, y unas sandalias veraniegas de tacón de cuña. Llevaba mi coleta de siempre y una mochila al hombro.

—¿Vas a algún lugar? —preguntó extrañado al ver mi equipaje.

—He pensado ver amanecer desde Punta Prima... Hoy hay *overbooking* en mi cuarto.

Soltó una carcajada y me dijo que, si quería, podía prestarme el sofá. Cogió mi mochila, en la que aparte de mi cámara de fotos llevaba unos *shorts*, una camiseta y el bikini que él había escogido para mí.

—Veo que te has puesto elegante para no salir del hotel —indicó a la vez que me daba un repaso. Yo también le hice la radiografía. Iba de lino blanco con pantalón largo y camisa, que había dejado por fuera, y los pies descalzos. Parecía recién duchado porque el pelo aún lo tenía mojado.

—Tú tampoco estás mal —lo alabé con un ademán y me adentré para poder apreciar el encanto de la habitación.

Silbé. Era preciosa.

Tenía dos zonas. En la principal había unos sofás anchos en color tierra, frente a un televisor colgado en la pared y una mesa con sillas. En la otra zona se abría un dormitorio espectacular. Destacaba una cama de madera

maciza, con dosel, compuesta por cuatro postes que se alzaban desde las esquinas y que se unían entre sí por barras transversales de las que colgaban doseles, unas cortinas blancas que tenía enredadas en los postes. Sobre el colchón de dimensiones grandes había varios almohadones rectangulares, muy bien puestos. Dos mesitas con patas altas, un sillón y un armario empotrado era el resto del mobiliario. El techo se vertía a dos aguas y lo adornaban unas vigas de madera oscura que no parecían de ornamento. Tras una puerta se escondía un baño tradicional en el que destacaba un gran espejo horizontal, con un marco antiguo a su alrededor.

Era una habitación muy romántica. Lluís y Salva habían cuidado mucho la decoración. Se me ocurrían un montón de ideas para hacer las fotografías con los filtros de luz y el juego de claros y oscuros.

—Es muy bonita —dije y, para romper el silencio, añadí—: Pareces muy ordenado.

—Bueno, quería darte buena impresión, está todo remetido a empujones en el armario.

—En el resto de las habitaciones del hotel hay una ambientación distinta en cada una. Todas algo rústicas, pero románticas y elegantes.

—Es un dormitorio para compartir —murmuró y había pena en sus palabras—. No sé por qué me lo dieron a mí.

—¿Y por qué no?

—Supongo que ya sabes mi historia.

—Entiendo que estés dolido. ¿Quién no lo estaría?

Quiso cambiar de tema y lo respeté. No pensaba hurgar en su herida y saber todos los pormenores. Si quería, ya me lo contaría. Me cogió de la mano y me dijo que no había visto lo mejor. Sentir su tacto me agradó a la vez que despertaba las cosquillas en mi estómago.

El balcón estaba abierto y al salir me quedé enganchada con las vistas. Era la hora mágica del atardecer y el color del cielo, entre anaranjado y rojizo, invitaba a soñar. Era una terraza amplia y el *jacuzzi* estaba en uno de sus

extremos. Al otro lado había una mesa preparada para dos comensales y, en el centro, unos sofás con pinta de confortables.

—Dijiste que no te apetecía salir del hotel. Pronto traerán la cena.

Aún tenía mi mano cogida y me miró de frente. Supongo que esperaba que dijese algo, pero solo sonreí. Él me soltó y con cuidado llevó su mano hacia mi pelo, agarró la goma de la coleta y la deslizó despacio hasta que mi media melena cayó sobre mis hombros. Sus ojos estaban clavados en los míos y no necesitó decir nada para hacerme sentir especial. Fui yo quien rompió el silencio.

—¿Qué planes tienes?

—Algunos y unas pocas expectativas...

—Las cosas claras.

—Y la verdad, siempre.

Entonces, me besó. No fue un beso ardiente y desesperado como el de la mañana, sino tierno, casi un roce de sus labios con los míos.

Picaron a la puerta y el momento se rompió. Él fue a abrir mientras yo contemplaba el horizonte. Entró uno de los camareros con una mesita auxiliar. Yo me aparté para no molestar y fui a por mi cámara de fotos. Quería capturar los últimos rayos del sol. Al salir con ella, el camarero ya no estaba y Diego dijo que nos serviríamos nosotros si no me importaba. Le molestaba tener gente a su alrededor mientras comía.

Me observó mientras tomaba las fotografías y me preguntó si me apetecía una copa de vino, le dije que sí y fue a servirlo. Sin poder evitarlo, lo fotografié sin que se diera cuenta. Para disimular, entré en el salón y dejé la cámara sobre la mesa. Al salir, observé el mar. Se colocó muy cerca de mí y me ofreció la copa. Con una sonrisa choqué la mía con la suya.

—Por los atardeceres —dijo él.

Bebimos. Entraba muy suave y pensé que debía tener cuidado, el vino siempre me pone muy tonta.

—¿Cenamos?

No consintió que lo ayudara, me hizo sentar y me sirvió.

—Como no tenía claro qué te apetecería, he pedido una ensalada de la casa y unos platos a base de pescado y marisco.

—Está todo perfecto.

Se sirvió un plato para él y empezamos a cenar. Al principio el tema se centró en nuestros amigos, como si evitáramos hablar de nosotros mismos. Tras la ensalada, yo me levanté para servir el pescado. Al final traje las dos bandejas, una con gambas, cigalas, almejas y navajas, y otra con pescado de temporada.

—No estaba dolido —dijo así, de pronto, y no supe a qué se refería. Mi cara debió anunciárselo porque añadió—: Creo que tenía más rabia que dolor y sobre todo mucha vergüenza. ¿Qué habrá pensado la gente?

—¿Y qué más da lo que piensen los demás? —respondí y di otro trago al vino—. Lo que importa es lo que pienses tú.

—Ni siquiera ha contestado mis llamadas o mensajes. Ni la he visto. Y ahora ya no quiero saber de ella.

—Quizás, si hubieras podido reclamarle, estarías mejor.

—Me quedé destrozado y estoy recomponiendo los pedazos, pero cuesta. Solo quería beber y beber, no tenía fondo —comentó sin tocar su copa—. Las cosas no iban bien, pero no lo vi. Me dejaba llevar por inercia.

—Necesitas tiempo.

—Sí, el tiempo lo cura todo, ¿no? —musitó con la mirada en el horizonte—. Está muerta para mí y jamás volveré con ella.

Se hizo un silencio, no soy muy buena conversando sobre amores perdidos de los chicos que me gustan. Pero sí se usa el humor para salir de situaciones tensas, así que solté de pronto.

—Lo que tienes que hacer es hacerte rico y ser un montón de feliz. Así la fastidias.

—No es mala idea.

Cogió su copa y brindó conmigo.

Tras unos segundos, en los que ambos bebimos y nos miramos sin añadir nada más a la conversación, como si así la dejásemos morir, se levantó. Cogió de la mesa auxiliar una bandejita en la que venían dos trozos de tarta de chocolate y crema pastelera, y me ofreció. Estaba para chuparse los dedos. Había pensado en todo.

Me invitó a una copa de whisky, pero preferí seguir con el vino. Abandonamos la mesa para sentarnos en el sofá. Antes de hacerlo me descalcé y me senté con las piernas dobladas, hacia él. Él extendió su brazo por el respaldo, hacia mí.

—¿Así que quieres ir a ver el amanecer a Punta Prima? —preguntó casi en un murmullo—. ¿Sola?

—Estás invitado si quieres venir. Pero te advierto que me voy de aquí a las cuatro de la mañana.

—¿Y qué vas a hacer hasta entonces?

—No sé, antes me has ofrecido un sofá.

—También tengo una cama. —Su voz ya sonaba ronca y sin vacilación acarició mis piernas por debajo del vestido. Atrevido se acercó a mi cuello y me tentó con besos provocadores—. La podemos compartir.

Casi antes de que se apoderara de mi boca, solté un gemido. No pude evitarlo, me imaginé en aquella cama con dosel, entregados a la pasión más desenfrenada.

La fuerza centrípeta me pegó a sus labios, o quizás fue su mano en mi nuca que me atrajo hasta él. Sacó su lengua y rozó mis labios, y el fuego que se inició en mi estómago se expandió por mi cuerpo. Me pegué a él sin dejar pasar el aire entre los dos. Era electrizante, me moría de ganas porque avanzara en su caricia. Sus labios bajaron por mi mandíbula y siguieron la curva del cuello hasta mi pecho. Con una lentitud que me torturaba, bajó los tirantes del vestido y dejó al descubierto mis senos. Los acarició con la punta de los dedos y yo me estremecí cuando noté su húmeda lengua sobre ellos.

El sonido de mi móvil me sacó del encantamiento en el que estaba cayendo

y por la música supe que era mi madre. Qué oportuna. Maldije por no haberle enviado un *whatsapp* o haberla llamado antes de acudir a la cita.

—No contestes —pidió sobre mi piel.

—Es mi madre, tengo que atender —respondí, avergonzada.

Me levanté de prisa y subí los tirantes para cubrirme el pecho, como si ella pudiera verme. Cogí el móvil que reposaba sobre la mesa.

—¡Mamá...! —Debió notar mi azoramiento y quiso saber qué me ocurría —. Nada, que no encontraba el móvil... Sí, está siendo algo pesado... Me gusta, es una responsabilidad hacerlo todo yo. —Miré a Diego, que me observaba entre divertido y frustrado, me encogí de hombros y él sonrió a la vez que se levantaba. Se me acercó, con descaro posó sus labios en mi cuello y lo recorrió.

Quise cortar la comunicación de forma inmediata y entonces ella me preguntó qué hacía. ¡Dios! Tuve que soltar una mentira. Le dije que estaba en una cena con los clientes y eso aceleró su despedida. Entonces, Diego se apoderó de mis labios y, besándome con fuerza, me dejó desmadejada.

Me quitó el móvil de la mano y lo dejó junto a mi plato. Volvimos a besarnos. Era adictivo, pero necesité un momento para recuperar el aliento. Sonrió en mis labios y se separó. Me apoyé en la balaustrada de piedra para mirar el mar; mientras, él sirvió más vino. Al segundo estaba conmigo, se colocó a mi espalda, me rodeó con sus brazos con ambas copas en las manos, cogí una.

—¿Lluís es tu primo? —pregunté con vacilación.

—No, es el sobrino de la pareja de mi tía Julia. Ni siquiera lo conocía antes de venir aquí. Ella me recomendó que viniera. Y en estos momentos estoy encantado de que lo hiciera.

Dejó su copa en la repisa de piedra, apartó el pelo de un lado de mi cuello y repartió un montón de besos.

—Quizás podríamos ir a esa cama tan grande y confortable —propuso con cautela.

Apoyó sus manos en mi cintura y fue subiendo por mis costados a la vez que se pegaba a mi cuerpo, y pude sentir que estaba tan excitado como yo.

—Puede que te decepciones, estoy desentrenada.

—Quizás te decepciones tú.

Recordé las palabras de Irene.

—Podríamos dejarnos llevar.

—Donde nos lleve el deseo —susurró.

Sus manos llegaron a mis pechos y los acariciaron despacio, como si quisiera grabar en su memoria el tamaño. Sin dejar de besar mi cuello tiro de uno de los extremos del lazo que anudaba el vestido. Al ahuecarse, introdujo sus dedos y acarició la suave piel. Después, atrapó un seno y me arrancó un gemido a la vez que susurraba en mi oído:

—Me gustaría hacerlo aquí, frente al mar.

—Y luego en el *jacuzzi*.

—Y en la cama, no te olvides de la cama —musitó con voz anhelante.

Me giró para tenerme frente a él, a la vez que terminaba de deshacer el nudo y me dejaba desnuda de cintura para arriba. No pude retenerme y fui yo quien le mordió los labios y me introduje en su boca con lujuria. Nuestras lenguas iniciaron un baile sinuoso. Sin separarme de él tanteé los botones de su camisa y casi se los arranqué, hasta que él me ayudó a quitársela. Por la fuerza de la gravedad y un movimiento de caderas, mi vestido cayó al suelo, y me quedé en braguitas ante él. No recordaba haberme sentido así antes, con esa pasión y ardor que me recorrían las venas. Supongo que verlo a él tan entregado me encendió. Aquello era el preludio de una gran noche, de esas que no se olvidan, y quería disfrutarlo.

Lo ayudé a quitarse los pantalones y él se deshizo de los *boxers*. Nos contemplamos mutuamente. Sentí un poco de vergüenza por cómo me miraba, él no disimuló su excitación. En un gesto atrevido le toqué la erección, quise acariciarlo, pero me cogió las manos y las dejó sobre la balaustrada; me dijo que, si lo tocaba, no podría controlarse. Llevó sus manos

a mis senos y se llenó de ellos. Me besó mientras no dejaba de acariciarlos y fue bajando con su boca para deleitarse. Pasaba de uno a otro con hambre desmedida, mientras yo me apoyaba en la baranda y buscaba con mi pelvis su contacto. Bajó una de sus manos y la introdujo por mis braguitas. Me estaba deshaciendo, solo pensaba en las ganas que tenía de tenerlo dentro.

—Tina —dijo en un susurro—. Tengo que ir a por un condón. No te muevas.

Sentí un vacío enorme al notar mi piel sin sus caricias, la brisa me la puso de gallina y me sentí ridícula allí, esperándolo. Me giré de nuevo hacia el mar. No recordaba el tiempo que hacía que no estaba con un hombre, pero este superaba mis expectativas. De pronto, el recuerdo de cómo me había llamado me hizo sonreír, me gustó. Nunca había dejado que nadie me llamara así, solo mi abuelo lo había hecho y siempre supe que era para distinguirme de la abuela. Pero en su voz sonaba excitante. Que él me llamara como nadie lo hacía me encantó. Iba a ser mi rollo en mucho tiempo, pensé, y me di cuenta de que le ponía un interés especial.

Al regresar se pegó a mi espalda, solo nos separaban mis braguitas. Las bajó con las dos manos y yo salí de ellas. No me giró. Paseó sus palmas por mis piernas, desde los tobillos hasta mis muslos y se detuvo en la parte interior, me las separó un poco y me preparé para lo que estaba por venir. Me acarició las nalgas, indagó en otra dirección hasta que un dedo se coló en mi intimidad y solté un gemido al sentir que con los otros me exploraba.

Durante unos segundos, o una hora, me torturó hasta que mis piernas flaquearon. Debió darse cuenta porque tiró de mí y nos acomodamos en el sofá. Allí siguió besando mi cuerpo y me hizo soltar un grito cuando noté la humedad de su lengua jugar entre mis piernas. Entonces se incorporó con una sonrisa maliciosa y se puso el preservativo con un mano mientras con la otra no dejaba de tocarme.

—¿Te gusta? —preguntó con los ojos nublados de deseo.

—Mucho.

No pude retener mordirme el labio cuando sustituyó sus dedos por otra parte de él. Se introdujo rápido y jadeó al acoplarse, una de sus manos se agarró a mi cintura, pero la otra subió a mis pechos y atrapó un pezón entre sus dedos.

El arrullo del mar enmascaraba nuestros gemidos y me sentí volar libre en aquella inmensidad que veían mis ojos y lo que mi cuerpo recibía. Me llevaba a la locura. Sentí sus dedos en mi cuello, su mirada me cautivó y nos fundimos en un beso tórrido como aquel encuentro. Pero algo en sus ojos me perturbó, había rabia, furia o algo que no supe adivinar. Quizás lo desbordaba lo que sentía.

—Diego...

Al escuchar su nombre su expresión cambió, como si me viera, y me dedicó una sonrisa deliciosa.

—Más rápido —le pedí. Necesitaba explotar.

Él intensificó su ritmo. Fue frenético, grité cuando ya no pude más y él se dejó ir conmigo con un profundo jadeo que pareció liberarlo. Cayó sobre mi pecho. Le acaricié la nuca, húmeda por el sudor, igual que nuestros cuerpos. Se inclinó y me besó con mucha suavidad y me enterneció el corazón después de aquel encuentro salvaje. Siguió bajando por mi cuello y se apoderó de mis senos. Yo necesitaba recuperar el aliento, pero estaba encantada y con ganas de repetir.

—¿Cuántos condones tienes? —pregunté al ver que se retiraba el que llevaba.

Me miró divertido.

—No sé, una caja.

Me levanté del sofá y él me observó apoyado en los cojines.

—¿Dónde vas?

—Creo que necesito refrescarme, ¿podemos probar el *jacuzzi*?

Sonrió y los ojos le brillaron. Me ayudó a meterme y me acurrucó en su pecho, apretó los botones y el sonido de las burbujitas fue lo único que

escuchamos durante unos instantes.

—Me ha gustado mucho —dijo con los ojos entrecerrados—. ¿De verdad quieres ir a ver un amanecer? Lo ponen muy pronto —bromeó—. Podríamos quedarnos en la cama hasta mediodía. Se me ocurren muchas cosas que podríamos hacer.

—A mí también. —Lo miré y le dediqué una mirada traviesa—. Nunca me he bañado desnuda en el mar, ni he hecho el amor en la playa, y quiero hacerlo. Luego, podremos hacer todo lo que quieras. A las cinco he de estar en la cocina de Salva, con mi cámara.

—De acuerdo. Todo lo que quiera suena bien. —Rio al repetir mis palabras—. Pero dicen que la arena es un incordio, molesta y pica.

—Nos llevamos una sábana —propuse y bajé la mano que tenía en su abdomen hasta su erección, que estaba flácida—. Además, tengo una sorpresa para ti.

—Mmm, pues sigue.

Le acaricié con fricción hasta que lo sentí revolverse y ponerse tenso.

—Joder, joder, joder.

Observé cómo se deshacía con mis caricias y me sentí genial.

Me cogió por la nuca y me metió la lengua hasta la campanilla.

—¿Dónde vives en Barcelona?

—Por el centro. —No quería decirle dónde, no quería promesas que luego no se cumplirían.

—Yo...

Le tapé los labios con dos dedos.

—No me lo digas, donde nos lleve el deseo... aquí, en la isla.

Me miró con intensidad.

—Deben ser las once pasadas; si quieres salir a las cuatro, será mejor que durmamos un poco —dijo. Tal vez se molestó. Se levantó, dejó que el agua resbalara por su cuerpo y salió de la gran bañera, yo lo seguí y corrimos al baño para secarnos.

Nos metimos en la cama. No podíamos dejar de tocarnos y besarnos. Parecíamos dos novatos adolescentes que acababan de descubrir el sexo. Me hizo vibrar de nuevo y supe que después de él nada sería igual.

CAPÍTULO 6

Mi móvil sonó a las cuatro. Al despertarme me di cuenta de que Diego estaba entrelazado entre mis piernas con las suyas y vuelto hacia mí, con su mano en mi cintura. Me permití mirarlo antes de despertarlo. No me podía dar el lujo de enamorarme solo por lo bien que lo había pasado entre sus brazos, pero creo que aquella mañana me levanté con unos sentimientos con los que no había llegado a la isla. No quise dedicarles un poco de tiempo y me deshice de aquella impresión con demasiada rapidez.

Salí de la cama con cuidado y me metí en la ducha, me hice una cola para no mojarme el pelo y me puse el bikini rojo. Dejé la luz del baño encendida y entonces fui a despertarlo. Se había movido y estaba boca arriba. Gateé sobre él y no pude dejar pasar la tentación de arrancarlo de los brazos de Morfeo de una forma original. Acaricié su miembro y se movió. Sin dudarlo lo metí en mi boca, al momento estaba balanceándose entre gemidos ahogados.

—Eres una chica traviesa —susurró y tiró de mí—. Joder... ven, no quiero terminar así.

Me incorporé.

—¡Dios! ¿Qué llevas puesto?

Me senté a horcajadas y deshice los lacitos de las braguitas y lo retiré.

—¿No te gusta?

—Vas a matarme en dos días, Tina.

Me lo introduje y me contoneé sobre él. Diego no fue capaz de estarse muy quieto y se sentó. Le encantaba besarme los pechos y jugar con ellos. Lo

descubrí muy pronto. Retiró las cortinillas hacia los lados y se llenó la boca, alternándolos. Yo me mecí con rapidez cuando el orgasmo me tenía atrapada y entonces él me movió con prisa, se tumbó sobre mí y se bamboleó como si no hubiera un mañana. Lo seguí en sus embestidas frenéticas y en pocos segundos estaba suplicándole, borracha de placer, que no se detuviera. Estallamos juntos y cayó sobre mí con la frente perlada en sudor.

Estaba siendo todo muy intenso, pero hacía tanto tiempo que no disfrutaba de buen sexo que ni siquiera pensé en las consecuencias de nuestro juego.

Nos duchamos juntos entre risas e imaginando a nuestros amigos si supieran que nos habíamos liado. Me puse de nuevo el bikini y él se colocó un bañador negro.

—¿Volviste a por él?

—Sí, dijiste que te gustaba y hacía tiempo que nadie me decía algo bonito.

—Yo no dije eso —añadió y me quedé un poco cortada—. Dije que estabas guapa.

Disimuló una sonrisa y me besó con dulzura. Consiguió que me derritiera.

Saqué los *shorts* de la mochila y una camisa de manga larga que arremangué. Él se puso unos pantalones cortos, tejanos, y una camiseta blanca.

Mientras guardaba la cámara en la mochila, él sacó la sábana de la cama y me guiñó un ojo con picardía.

—¿Sabes que no hemos usado protección?

—Sí —contesté con vacilación, aunque no me preocupaba un embarazo—. Tomo anticonceptivos por problemas con la regla, pero...

—Ya sabes que tenía novia, aunque... la última vez fue hace dos meses —respondió avergonzado.

—Pues lo que se ha perdido —contesté con humor, me miró divertido.

—¿Ah, sí?

—Yo hace tiempo que no lo hacía, más de seis meses, y lo tuyo es de nota. Soltó una carcajada. Dijo que yo también lo había sorprendido.

—¿Siempre lo haces así, con esa intensidad?

—No sé qué me haces, pero por lo visto, contigo, sí —afirmó, abrió un cajón y me mostró el sobrecillo de un condón a la vez que sonreía—. ¿Llevamos?

—Por lo menos uno —respondí con burla—. ¿Vamos?

Salimos pasadas las cinco del hotel y nos detuvimos por el camino para tomar algo de desayuno. La conversación fluyó entre nosotros con calma y de forma natural, aunque propuse no dar datos que nos identificaran. Ni nombres ni señas de referencia. No le gustó mucho, pero aceptó. Habló de su trabajo, de su padre, de sus hermanos y yo de los míos.

Al llegar a la playa, buscamos un lugar apartado de los ojos de la gente. Queríamos intimidad. Aunque por allí, a aquellas horas, no había un alma. Estiramos la sábana sobre la arena, que estaba bastante fresca. Diego hizo que me sentara entre sus piernas y me encerró entre sus brazos. Nos tapé con una toalla que Irene había olvidado en el coche. Todavía era de noche, aunque ya se vislumbraba en el horizonte algo de claridad. Quien nos viera de lejos diría que éramos una pareja de enamorados contemplando la salida del sol, pero no lo éramos. Éramos dos almas que se habían encontrado en un momento y que, cada uno con sus razones, se necesitaban. Me quedé dormida entre el calor de su cuerpo y el arrullo de las olas. Sus labios en mi cuello me despertaron.

—Despierta o te vas a perder el espectáculo —susurró con voz dulce.

Giré la cara para darle un beso en la mejilla, pero él me agarró la barbilla y me miró con tanta intensidad que casi pude ver puntitos dorados en el negro de sus ojos. Nos besamos con mucha dulzura y ternura. Nuestras lenguas se abrazaban como si sospecharan las horas que les quedaban para despedirse y, con seguridad, perderse. Me retorcí sobre mí misma y quedé acurrucada en su regazo, mientras él me sujetaba y me abrazaba con los brazos en tensión.

—Mira —dijo con la voz tomada, seguí su mirada y el sol salía despacio de su cuna en el mar—. Nunca he visto nada tan hermoso. El sol se despierta y

me muestra tu cara traviesa. Me quitas la respiración. Gracias por este regalo. No voy a olvidarlo.

Volvió a encerrarme entre sus brazos y yo no pude retener las lágrimas, mientras el sol se levantaba y nos regalaba un nuevo día. Nadie me había dicho nada tan bonito, nunca.

Para disimular, cogí mi cámara, que tenía junto a mí, y saqué algunas fotografías, pero sentí sus labios en el cuello y desistí. Con sus dedos retiró las lágrimas que, perezosas, resbalaban. No hizo preguntas. Su boca buscó la mía con ansia y nuestras manos se apresuraron a deshacerse de las ropas, que eran la última frontera que nos quedaba para poder entregarnos al placer y la lujuria que nos dominaba.

Me dejó desnuda sobre la sábana y sentí la piel de gallina por la brisa del alba. Mis pezones se endurecieron y él se dio un festín con ellos. Después, todo fue un frenesí, él dentro de mí y mi nombre en sus labios. Tina, me llamaba y me llevaba al cielo. Me hacía sentir única porque la Martina que nombraba solo la conocía él.

Quedamos abrazados y exhaustos. Aunque al momento me tensé.

—Dime dónde vives, Tina, dame tu teléfono. Quiero verte más allá de estos días.

No estaba segura de que, fuera de aquel lugar, pudiésemos ser los que éramos entonces y negué con la cabeza.

—Tina, contigo... no sé cómo decirlo. Siento.

Aquella frase me tocó, pero no podía arriesgarme. Solté con humor.

—Un trato es un trato. —Me levanté y corrí hacia el agua. Estaba más fría de lo que pensaba. Así y todo, me zambullí. Al emerger lo encontré junto a mí y compartimos un baño tranquilo, entre arrumacos y besos, hasta conseguimos nadar sin competir.

Nadar en el mar es una gozada, pero desnuda es increíble. Se siente la fuerza de los elementos como uno solo. Una sensación de libertad recorre el cuerpo desde la punta de los pies al último pelo de la cabeza. Es como que la

energía del mar te limpia como si fuera unas piedras polarizadas y te conecta con el centro magnético de la Tierra.

Yo me sentí así aquellos días. Luego, mucho más tarde, supe que no era el mar, ni el amanecer, ni siquiera los elementos. Era Diego, la forma que tenía de mirarme, lo que me hacía sentir así. Pero eso lo descubrí mucho después.

Regresamos al hotel, estábamos muertos de cansancio. En el comedor encontramos a Sergio y Javier, pregunté por Irene y me dijeron que estaba tratando de localizarme. Por lo visto me había llamado unas cuantas veces y no daba señales. Miré el móvil y tenía varias perdidas de ella y otras de mi hermano Álvaro. Diego propuso que comiéramos algo y acepté porque el desayuno lo tenía en los pies con tanto ejercicio.

Irene llegó, había ido a hablar con Lluís y Salva por si sabían algo de mí y, al recordarle que le dije que iba a ver amanecer, se ruborizó.

—Estás empezando a parecerte a mi madre.

—Ni la nombres, que llama. Tiene el don de la oportunidad.

Nos reímos, de reojo miré a Diego, que hizo una mueca casi imperceptible asintiendo. Por si acaso le envié un *whatsapp*, le escribí que había ido a ver amanecer y que empezaba una larga jornada. Con eso evitaba que me llamara, esperaba a que lo hiciera yo.

Irene se ofreció para ayudarme con el equipo, pero le dije que hasta las cinco no haría nada, pensaba dormir un poco.

Hubo algún cruce de miradas entre ellos y me ruboricé. Diego se me acercó demasiado y me susurró que era imposible disimular porque debíamos tener, los dos, cara de tontos. Agradecí que nadie hiciera ningún comentario, con las sonrisillas bastaba.

Me levanté de la mesa para pedir unas tostadas más e Irene me siguió.

—¿Qué tal tu noche loca? —preguntó con burla.

—Increíble. Estoy agotada. —Me reí, pero los recuerdos de lo que me había hecho sentir su piel sobre la mía me estremecieron. Diego era una caja de sorpresa, tierno por fuera, pasional por dentro.

Regresamos a la mesa. Hablaban de la playa. Sergio propuso ir a la Cala Macarelleta, ellos la conocían, era bonita. Yo decliné la oferta, quería dormir un par de horas. Diego también se rajó.

—A lo mejor queréis ir vosotros solos —comentó Irene y sospecho que al decir que ya la conocían pensó que sobraba.

—Es más divertido si vienes —respondió Sergio y tanto Diego como yo levantamos la cabeza de nuestro café, Sergio se dio cuenta y aclaró—. Es como llevar un escudo antimisiles y a tu madre al lado.

Ella puso mala cara. Me reí porque entendía a lo que se refería, Irene era muy mami.

—Me apetece un día de playa tranquilo —aclaró Sergio—. Anoche no dormí mucho.

—Creo que más de uno durmió poco —soltó Javier e Irene lo golpeó en el brazo.

—¿La recepcionista otra vez? —preguntó Diego.

—Esas cosas no se cuentan. —Su amigo se hizo el ofendido—. Pero anoche hice buenas amistades.

Terminé el café y me levanté a la vez que me despedía. Irene me dijo que me llamaría sobre las cuatro, por si me quedaba dormida. Cuando iba por la mitad de las escaleras, Diego me alcanzó. Al pararme en mi dormitorio tiró de mi mano hacia el suyo.

—Diego, de verdad necesito dormir —dije no muy convencida, pero con la seguridad de que era lo que me convenía.

—Y dormirás.

—Si voy contigo, no dormiré, los dos lo sabemos y tengo que estar fresca para hacer un buen trabajo con la cámara. Si estoy espesa, no me saldrá nada.

Me miró como si estuviera sopesando mis palabras.

—Vale —aceptó al fin—. Nos vemos después.

Me dio un beso en la punta de la nariz y se alejó.

Al entrar en mi habitación me pareció que hacía un siglo que no iba.

Me costó dormir, y eso que estaba bastante cansada, pero por mi mente viajaban imágenes de escenas vividas que me alejaban de Morfeo. Me pregunté qué hacía, yo nunca había sido así. Sí que me había acostado alguna vez con alguien a quien apenas conocía, pero eso te deja algo vacía, sigues estando sola después. Porque, aunque quiera ser moderna y decir eso de aquí te pillo, aquí te mato, yo soy hija de mi madre y creo en el amor, las relaciones y hasta en el matrimonio. Para que algo funcione solo hay que querer estar. No esperaba un cuento de hadas, estoy muy anclada en el siglo xxi, sin duda el siglo de las mujeres, pero reconozco que algo me hacía soñar. Aunque me autoengañaba porque no quería pasarlo mal, por eso ser el rollo de alguien despechado tampoco me hacía gracia. Había sido una noche intensa y, si no quería salir dañada del encuentro, debía poner algo de distancia. Mi lado juguetón me decía que disfrutara, que él se iba en dos días y luego, si te he visto, no me acuerdo. La noche había sido explosiva y tierna al alba, la idea de volver a repetir era muy tentadora. Pero ganó el sentido común y decidí que no podía hacerme ilusiones y ver algo de romanticismo donde solo había puro y carnal deseo.

Mal dormí un poco y entré en la ducha a las tres y media como si fuera una zombi.

Salva me esperaba impaciente. Cuando me vio llegar cargada con todos mis bártulos, se me acercó con intención de descargarme la bolsa del hombro y pidió a uno de sus ayudantes que trajera algo fresco para beber. El chico sacó una jarra de la nevera con un líquido rojo, hielo picado, unas hojitas de menta y algunas bolitas que no tenía idea de qué eran. Me dijo que era zumo de frutos rojos, muy natural. Al probarlo no pude más que exclamar un «¡Qué bueno está!». La cocina estaba impoluta, juraría que el acero brillaba. Había mandado colocar una mesa y estaba vestida para un comensal. No le faltaba un detalle. Sobre una encimera había varias botellas de vino para acompañar a los diferentes platos. Los chefs son muy particulares, obsesivos en su tarea y perfeccionistas que necesitan controlar todos los aspectos. Me dijo que no

era solo importante la elaboración del manjar, sino que la presentación era fundamental y un fallo en ella podía arruinar un plato.

Preparé el equipo para controlar la iluminación y estuve haciendo algunas pruebas con la cámara antes de ponerme en serio. Necesitaba concentrarme y sacaba fotografías a cualquier cosa. Una esquina de los fogones, la nevera abierta, el agua que salía de un grifo porque lo habían dejado abierto. Un pequeño entrenamiento para la focalización. En eso estaba cuando una voz muy cerca de mi oído me sobresaltó.

—¿Has podido descansar?

Sentí un vuelco en el estómago. Retiré la cámara de mi cara y le dediqué una sonrisa.

—No demasiado.

—¿Puedo quedarme? Me gusta mirarte.

Negué con la cabeza. No me gustaba tener espectadores, con el chef y su ayudante ya tenía bastante. Demasiada gente me desconcentra.

—Estoy trabajando y no quiero mirones que me despisten.

—¿Te despisto?

Sonreí, me mostró una risa de anuncio. No tuve que echarlo. Salva se encargó.

—Y ahora, fuera de la cocina, ya le has dicho lo que sea a la chica de las fotos.

Hala, una enarbolando la bandera de la profesionalidad y de un plumazo me posicionaron como la chica de las fotos.

Teníamos un par de horas hasta que se iniciara la cena, así que en el momento en el que Diego salió por la puerta, dimos el pistoletazo de salida y Salva empezó a presentarme platos en la encimera y uno a uno los fuimos seleccionando para pasar por la mesa con su vino correspondiente e inmortalizarlos. Una lástima que no pudieran apreciarse los olores porque el aroma que reinaba en aquella cocina era exquisito.

Cuando terminé de fotografiar platos típicos de cocina mediterránea y

vegetarianos –el restaurante de Salva tenía una buena carta vegana y vegetariana–, estaba muerta de hambre. Salva me obsequió con una bolsa en la que había *carquinyols* y *crepells* rellenos de almendras, dulces típicos, y me invitó a degustar aquellos platos que había cocinado y que pensaba cenar con Lluís. No pude rehusar y, como tenía hambre, acepté.

Los dueños del hotel vivían en unas dependencias a las que se accedía por la cocina, aparte de tener su entrada independiente, con un pequeño jardín incluido. Su estilo no era muy diferente al del resto del hotel. Supe que habían viajado bastante en busca de los objetos que atesoraban en la decoración y algunos muebles. Lluís me contó que era ingeniero de profesión, pero cansado de su trabajo decidió embarcarse en el sueño de Salva: un hotel con encanto donde las parejas pudieran reencontrarse con los elementos, lejos del ruido y el estrés, con un restaurante donde poder ofrecer al viajero productos de calidad y de la tierra; sin muchas pretensiones, que les permitiera vivir. Se lo veía feliz con el cambio.

Salva controló el momento de la cena sin ausentarse demasiado, dijo que su cocina estaba bien engrasada.

Irene me llamó alrededor de las nueve y quiso saber mis planes. Le dije que estaba cansada y no saldría. Se decepcionó un poco, pero reaccionó rápido, dijo que no la esperara levantada.

La tertulia, después de aquellos platos tan ricos, me dio sueño y, aunque era muy interesante, decidí despedirme y regresé a mi habitación pasadas las diez. No supe de Diego, supuse que había entendido que no nos veríamos cuando no aparecí a la hora de la cena. Me quedaba fotografiar su habitación y, después, toda la tarea de revisar contenidos y diseño. Con lo que tenía adelantado me quedaba un día de trabajo antes de mostrársela al cliente.

CAPÍTULO 7

Bajé temprano a nadar. Él no estaba, llegó después y me sorprendió que se lanzara de cabeza sin saludarme siquiera. Supuse que estaba molesto. Lo esperé en un extremo.

—Buenos días.

—Arreglarán la habitación para las fotos, me han comentado que vendrás a lo largo de la mañana —dijo serio. Iba a darse la vuelta y lo retuve del brazo.

—Diego... —De pronto no sabía qué decir y me sentí ridícula—. ¿Te pasa algo?

—No sé, dímelo tú. Te esperé como un idiota... Entendí la indirecta.

—Acabé muy cansada y me fui a dormir. Lo necesitaba. —Sonreí con la insinuación, pero él inició a nado su vuelta. Lo seguí y a mitad de piscina nos entró el gusanillo de la competición. Su estilo era bueno, no se dejaba adelantar. Llegó al extremo y no se detuvo, volteó rápido y continuó. Hicimos cuatro piscinas. Esa vez ganó él.

—Todo fue muy intenso —expuse como excusa. Supongo que no esperaba aquella confesión. Me miró como si buscara qué decir y aprecié que su rostro se destensaba.

—Sí, lo fue.

Iba a salir de la piscina, pero él me sujetó por la cintura y se pegó bastante a mí.

—Sé que tienes trabajo; si quieres, te espero.

—Me gustaría.

Me besó en la nariz y me dejó con las ganas. Salió del agua tan fresco.

Durante el desayuno los chicos e Irene hablaron distendidos. Se iban al día siguiente y hacían planes para la noche. Yo estaba en otro mundo, con ganas de irme con ellos a la playa y olvidarme del trabajo, pero mi Pepito Grillo particular me decía que eso no estaba bien. Tenía que ser responsable.

Irene me dejó el coche; cuando terminara las fotos, Diego y yo nos reuniríamos con ellos. Pasadas las diez empecé a preparar las cosas y comencé con la sesión. Habían dejado la habitación muy bonita. Con flores por varios sitios. En el *jacuzzi* había unas caracolas en una de las esquinas y una cubitera con cava, tapada con una servilleta blanca. La cama estaba preciosa, con las cortinas del dosel extendidas. Las recogí un poco, coloqué bien los focos para neutralizar la luz natural que entraba por la ventana de la habitación y, cuando lo dejé a mi gusto, empecé a disparar con mi cámara.

A mi mente vivieron recuerdos de la noche que pasé entre sus sábanas. Diego me observó durante un rato, pero debió entender que prefería estar sola y se marchó a la terraza.

Fotografié el salón, coloqué unas revistas que encontré sobre la mesa. Me di cuenta de que eran de inmobiliarias, con algunos anuncios enmarcados con un círculo rojo. No importaba, no iba a verse el contenido. Después salí al balcón. No pude evitar captar las vistas desde varios ángulos. Escuché sonar mi móvil, pero no atendí. Quien fuera sabía que, si no lo hacía, era porque no podía cogerlo. Pero fue muy insistente y maldije por si era mi madre, que buscaba atención.

Lo saqué del bolsillo trasero del pantalón y, al ver que se trataba de mi hermano Álvaro, me preocupé. Diego me miró intrigado. Le susurré quién era y entré en el salón en busca de un poco de intimidad.

—Hola, Álvaro, ¿pasa algo?

—Debes estar muy ocupada cuando no devuelves los mensajes —dijo casi riendo—. No pasa nada. Quería saber cómo os iba.

—Me pillas en plena sesión.

—¿Con un modelo? —bromeó.

—No, con un *jacuzzi* vacío.

Tuve la impresión de que su llamada no era por pura casualidad y, aunque él dio varios rodeos, acabó nombrando a Irene de una manera muy poco directa, claro, pero con la intencionalidad de saber de ella.

Quise provocarlo.

—Está en la playa, hemos conocido a unos chicos y está medio liada con uno.

—Vaya con tu amiga —soltó molesto—. Creí que iba a ayudarte, no a pasárselo en grande con el primero que conociera.

—Y me ha ayudado, es un sol, pero no hace nada mirando como yo trabajo.

—Pero...

—Álvaro, se lo pasa bien, es libre —señalé con paciencia—. Si tuviera a alguien, jamás haría algo así.

—Así y todo. ¿Quién es ese chico?

—Cariño, quizás deberías preguntárselo a ella. —Si no le tiraba de la lengua, no iba a decirlo.

—¿Por qué iba a preguntarle algo así? —se defendió—. A mí no me importa con quien esté. Lo decía por ti.

—Pues si no te importa, no entiendo. —Hice un silencio, pero él no cogió el testigo, así que abrevié—. Mira, boquerón que se duerme, se lo lleva la corriente.

—Ahora quien no entiende soy yo —se burló.

—Álvaro, tengo trabajo. —Se dio por aludido, derivó la conversación a temas familiares, o sea, de mi madre. Lo mismo de siempre, que había criado a unos hijos descastados. Nos reímos porque no tenía remedio y pude colgar.

Álvaro me dio qué pensar, pero otra llamada me despistó. Así no se podía trabajar. Era Irene. Me preguntaba si me quedaba mucho y yo calculé que casi una hora porque tenía que pasar las fotografías de la cámara al ordenador, que podía hacerlo después, pero entre que recogía, me arreglaba

para ir a la playa y llegábamos, tardaríamos algo así. Me comentó que se habían encontrado con unas amigas de Sergio, la noche anterior habían estado en la playa con ellas y otros chicos. Nos invitaban a subir al barco que tenían, iban a recorrer la isla por el mar para ver las calas, pero teníamos que salir en ese momento.

—Irene, aún me faltan un par de fotos por hacer. Eres la segunda que me interrumpes.

Creyó que me había llamado mi madre y, cuando le dije que había sido Álvaro, le interesó saber qué quería.

—Pues muy bien no lo sé, hablar, supongo.

—¿No le hablarías de mí?

Me lo puso en bandeja.

—Bueno, como no tenía mucho que contarle, le dije que habíamos conocido a unos chicos y que estabas con ellos en la playa.

—¿No le dirías que me he liado con Javi?

—No, ni lo he nombrado. —Crucé los dedos para que me creyera.

—¡Hostias, rubia! —soltó molesta—. ¿Y por qué no le has hablado de Diego y tu noche loca? Lo que me faltaba, ahora tendré que aguantar su sermón cuando me vea.

La dejé despotricar, pero alguien debió acercársele porque cambió rápido de tercio.

—Entonces ¿vais a venir? —preguntó serena.

—Espera...

Diego entró por la puerta de la terraza y me encontró sentada en el sofá. Le dije que era Irene y él susurró muy bajito que su hermano lo había llamado también. Me preguntó qué quería hacer. Con el teléfono apoyado en mi pecho, como si así tapara el micrófono y no oyeran nuestra conversación, le respondí.

—Aún me falta un poco. No puedo dejar esto a medias. Lo siento. Pero si te das prisa, tú sí llegarías.

—No, que se vayan. Algo se nos ocurrirá —dijo y creí ver una sonrisa maliciosa.

Volví a la conversación con Irene.

—Vale, os he oído... ¿De verdad que no te importa que vaya? Ver la isla desde el mar debe ser chulísimo. Además, es un barco impresionante.

—Otra cosa para hacer cuando venga de vacaciones —comenté en tono resignado.

—Sí, claro, y yo soy tonta —se burló—. Como que no vas a darte un homenaje en el *jacuzzi* o donde sea con tu as. No te noto muy apenada, rubia.

Se despidió de mí entre risas, pero sabía que se iba emocionada a dar su paseo por el mar.

Diego me ayudó a cargar el material hasta mi habitación y me pidió que me pusiera el bikini. Me dijo que me colocara, también, las Vans porque tendríamos que caminar para llegar a la playa. Fuimos a la Cala Macarella en coche, y de allí partimos para la Macarelleta. Casi desistí por la larga caminata, pero reconozco que contemplar la playa paradisíaca más bonita que había visto jamás, después de todo el *trekking* que tuvimos que hacer, valió la pena. Era la belleza de la naturaleza en estado puro, su arena es blanca y fina, y sus aguas de un azul turquesa. Hasta aquel momento no sabía que era nudista, pero solo algunos lo practicaban. Supongo que el hecho de que se masificara de turistas en la época estival desvirtuaba todo lo natural. Por suerte no estaba muy abarrotada y buscamos un lugar cerca de las rocas donde dejar nuestras cosas.

Nos metimos rápido en el agua. Jugamos y nadamos como dos niños. Exhaustos regresamos a las toallas y, tras secarme al sol, pedí a Diego que me pusiera crema en la espalda. Me tumbé, desaté la cuerda de mi bikini y apoyé la cara en mis antebrazos cruzados. Se esmeró muchísimo. La extendió con calma, repasó la zona en círculos y sentí cómo estiraba los dedos y tocaba mis pechos de una forma muy sutil, como alas de mariposa. Me hizo estremecer pero, como si no se inmutara, volvió a echarse crema en las

manos y las bajó hacia la zona lumbar, de ahí llegó a mis nalgas, que magreó a su antojo, y luego masajeó cada una de mis piernas.

—¿Quieres que te ponga un poco? —pregunté casi al borde del colapso. Su masaje me había dejado tonta.

—No, date la vuelta.

Estaba tenso, pero ante su petición, obedecí. Me coloqué boca arriba. Miró alrededor, distraído, se tumbó de lado, junto a mí, y me retiró la parte de arriba del bikini. No solía hacer *topless*, pero no me importó. Se echó de nuevo crema en las manos, las llevó a mis pechos y los impregnó bastante. Creo que empecé a sudar y no solo por la temperatura del sol caliente en mi piel. Después la repartió por el abdomen y bajó despacio, con caricias reiteradas, hasta meter los dedos por dentro de la braguita.

—Diego —le advertí—. Hay gente.

—Están lejos, no nos ven.

Sus dedos dibujaron círculos en esa zona y me provocó con el roce de sus labios sobre los míos. Entonces su lengua invadió mi boca a la vez que uno de sus dedos se colaba en mi interior y di un respingo. Fue un beso corto, pero no apartó su mirada de la mía. Leyó todo lo que me hacía sentir en mi rostro y me dejé ir con un suspiro de tensión. Sonrió arrogante y se levantó de un salto. Para mi sorpresa corrió hacia el agua y se zambulló.

Al momento coloqué la parte de arriba del bikini en su sitio y decidí ir en su busca.

—No me gustaría quemarme —reconocí cuando miró hacia mis pechos, cubiertos—. ¿Por qué has salido corriendo?

Sabía por qué, solo quería que me lo dijera.

—Tienes un efecto en mí. —Me acerqué a él y rodeé su cintura con mis piernas—. No deberías provocarme.

—¿Por qué?

—Porque acabaré haciéndotelo aquí mismo —respondió y yo coloqué mis brazos por detrás de su cuello y me pegué a su cuerpo, su erección era

considerable—. Eres una mala influencia.

—Será que despiertas mi lado perversillo —me burlé.

No pude seguir con la conversación, se apoderó de mi boca y nos besamos.

—Tú también despiertas el mío, pero no creo que me guste que otros nos vean hacerlo.

—Pues antes no te ha importado —me quejé y él se encogió de hombros, risueño. Me gustó aquella sonrisa, con la barba de varios días que llevaba parecía un chico travieso. Me solté de su cintura y nadé a su alrededor.

Salimos exhaustos y entre risas nos tumbamos al sol como dos lagartijas.

No sé el tiempo que estuvimos allí. Diego había tenido la brillante idea de llevar unos bocatas y refrescos, así que nos los comimos con bastantes ganas. Tras el ágape, nos dimos un baño y nos provocamos en un juego de roces que nos puso cardíacos. Regresamos a las toallas encendidos y volvimos a magrearnos al ponernos crema uno al otro. Nunca me había mostrado tan afectiva, ni desinhibida, en un lugar público, pero con él me sentía abierta, atrevida, excitada y alterada, casi todo el tiempo.

A mitad de tarde, recibió una llamada de su hermano. Javier le proponía recogernos en Fornells y seguir con la fiesta que tenían en el barco.

—¿Quieres que vayamos? —preguntó, le dije en silencio que podíamos ir si él quería.

—Javi, no, pasamos... Estáis muy lejos... Pues no preguntes. Oye, ¿a qué hora es el vuelo? Ah, vale, no lo perdáis.

Colgó y me miró serio.

—¿Seguro que no querías ir?

—No conozco a esa gente y no creo que me sintiera cómoda. Me sabe mal por ti.

—A mí me ocurre lo mismo. Estoy mejor contigo. Es como si te conociera de toda la vida —confesó con una sonrisa—. Además, tengo otros planes.

—¿Ah, sí? ¿Qué planes?

—Tú y yo, desnudos, en mi cama, la ducha, el jacuzzi... No sé, hay muchas

posibilidades.

No pude reprimir la risa que me generó la cara que puso, aunque me subió la temperatura.

—¿Nos vamos? Creo que ya tengo suficiente sol y nos queda un paseo hasta el coche.

Llegué hecha polvo al aparcamiento. No es lo mismo ir que regresar, la ilusión no es la misma. Diego me pidió conducir y no tuve reparos, así descansaba, pero aproveché el viaje para hablar con mi madre. No hablaba con ella desde el día anterior y podía ser un poco inoportuna. Le expliqué que ya había terminado las fotos y que solo me faltaba ultimar la web para poder enseñársela a los clientes. Ella me insistió en que pasáramos a comer por su casa cuando llegásemos el domingo. Acepté. Tenía ganas de ver a la familia, pero sobre todo porque me moría de curiosidad por ver a mi hermano y mi amiga, quería descubrir qué se cocía entre ellos. Hasta ese momento yo sabía que Irene bebía los vientos por Álvaro desde hacía tiempo, pero de que fuese correspondida no tenía idea. Con probabilidad, ni siquiera ella lo sabía y con Javier no sabía cómo acabaría. Cabía la opción de que mi hermano llegara tarde.

Eso me hizo pensar. Ni Diego ni yo habíamos mencionado que solo nos quedaba esa noche juntos. Era como si quisiéramos vivir aquellas horas sin pensar en que se iban a acabar. Él ya me había pedido vernos en Barcelona, pero yo no tenía claro seguir con aquella historia. Me gustaba, no podía negarlo, pero aquella magia que había surgido entre los dos era producto del efecto de estar en la isla. Lejos del mundanal ruido de nuestras vidas, como un oasis en nuestra rutina diaria, y temía que aquella burbuja estallaría en otro lugar.

Llegamos a mi habitación y me detuve, no sabía qué hacer. Era una situación extraña. Diego no lo dudó y tiró de mi mano.

—Ven conmigo.

Al entrar en la suya me apoyó contra la puerta. La bolsa de playa se cayó de

mi hombro. Nos miramos con una intensidad que anunciaba que la tarde daría paso a la noche y que sería muy larga.

—Vamos a la cama —pidió con la voz tomada por el deseo.

—Ya llegaremos.

—Me encanta hacerlo contigo —afirmó y besó mis labios—. Acompáñame al *jacuzzi*.

Nos desprendimos de las ropas con urgencia. Me ayudó a meterme y me atrajo hasta su cuerpo. Al momento me tenía sobre él, a horcajadas.

—Dios, eres tan deliciosa. No sé qué me pasa, no puedo dejar de tocarte. — Sus manos empezaron a recorrer mis costados, besó mi cuello y paseó su boca por mi piel hasta llegar a mis pechos. Me tenía en éxtasis. El placer que me regalaba lo inundaba todo, pero al escucharlo, me tensé—. Mañana...

No quería oír una despedida antes de tiempo y lo corté.

—Quizás debería trabajar un rato —anuncié. Negó con la cabeza.

—Se me ocurren otras cosas para pasar el tiempo. Además, aún no hemos llegado a la cama.

—Vas a tener que prestarme una camiseta —continué.

—Para lo que quiero hacerte no la vas a necesitar.

—Tengo un poco de hambre, podríamos bajar a comer algo.

Me dedicó una mirada tensa y al final sonrió, creo que me entendió y dijo que sería mejor bajar a cenar. Salimos del *jacuzzi*. Necesitaba algo de distancia y le dije que tenía que lavarme el pelo. Me metí en la ducha. Al momento la mampara se abrió y se colocó a mi espalda, enredó sus manos en mi pelo enjabonado e inició masajes circulares.

Con una ternura que me sobrecogió, empezó a enjabonarme el cuerpo con mimo, como si fuese un objeto delicado y frágil que podía romperse. Sentí que nunca había compartido nada tan íntimo con ningún hombre. Sus manos resbalaban por mi piel y encendían todas mis terminaciones nerviosas. En cinco minutos me tuvo anhelante.

Me giré entre sus brazos y besé sus pectorales duros y musculosos. Me

sujetó por la cintura y me subió a sus caderas a la vez que me apoyaba en los azulejos. Por instinto lo rodeé con mis piernas, me sostuvo con sus manos y se introdujo en mí.

—¡Dios! Esto es una puta locura —masculló.

Entrelacé mis manos tras su cuello para sostenerme. Me movía con frenesí. Jadeé su nombre con un sentimiento de plenitud como no recordaba haber sentido. Con un meneo de caderas deliberado rozó ese punto nervioso de lujuria, grité un sí muy alto a la vez que entraba y salía de mí con ímpetu. Besó mi boca, mi cuello, buscó los pechos y yo lo mordí en la clavícula impulsada por el fuego que me arrastraba. Si aquello no era pasión, se le parecía mucho. Nos llevó al cielo cuando estallé en un gimoteo profundo y sonoro de puro éxtasis, casi a la vez que él. Me derrumbé desmadejada sobre su hombro y se dejó caer al suelo, conmigo en sus brazos.

—Qué bueno, ¿eh?

Me hizo reír. Era el mejor sexo que había tenido nunca. Tras unos minutos nos recuperamos y dejamos que el agua se llevara los restos de nuestra exaltación y delirio. Salimos a la habitación y me prestó una camiseta.

CAPÍTULO 8

Corrí por el pasillo con mi bolsa de playa pegada al cuerpo. Casi recé para no encontrarme a nadie por el camino y que me viera con aquella pinta.

Dejé la bolsa en el baño y busqué qué ponerme con prisa. Estaba acelerada, el recuerdo de lo que habíamos hecho me atrapó. No sabía qué me pasaba. Diego ejercía un magnetismo en mí que me empujaba a mostrarme lujuriosa. Había sacado de algún lugar a una Martina sexual, apasionada y con ganas de experiencias. Elegí la lencería más bonita que había traído. Me recogí el pelo y me extendí crema hidratante en la cara y el cuerpo. Me vestí con una minifalda roja, una blusa blanca y las abarcas que me había regalado Irene. Cuando iba a salir, miré a mi alrededor y decidí llevarme el portátil, quería enseñarle cómo había quedado el video editado.

Estaba a medio afeitarse cuando llegué. Me gustaba con su barbita de dos días, pero ya era un poco tarde para decírselo. Se había colocado un pantalón largo, el que llevaba la noche que cené con él. Seguro que lo habían lavado y planchado porque no tenía ni una arruga y recordaba que quedó hecho un ovillo en el suelo. El resto de su indumentaria era una camisa azul cielo de lino, arremangada, y sus mocasines marrones.

Dejé el portátil sobre la mesa y él negó con la cabeza en un gesto de desaprobación, pero yo me encogí de hombros y le dije que quería enseñarle una cosa.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó.

—Pasta, pero no hace falta que vayamos lejos —respondí—. Salva tiene en

la carta unos tallarines con setas y gambas que me muero por probar. Desde ayer adoro su cocina. Le copiaré el plato.

Cogimos los móviles y salimos de la habitación.

—¿Te gusta cocinar?

—Sí, bastante. A Irene no suele dársele muy bien y alguien tiene que alimentarnos, aparte de mi madre.

No había mucha gente en el restaurante. Buscamos una mesa tranquila y nos atendieron muy rápido. De pronto, estaba nerviosa porque aquello se acababa y me sentía muy bien con él.

—Podrías invitarme a cenar un día en Barcelona y así compruebo lo bien que cocinas. Otro día te invitaré yo.

—No pienso decirte dónde vivo, ya lo sabes —respondí con un tono de humor—. Tampoco te daré mi móvil.

—Si el móvil no lo quiero, pero sí el número.

Me hizo reír con su chiste malo.

—¿No has pensado que tu amiga se lo dará a mi hermano y podría localizarte?

—Si quieres localizarme, estoy segura de que encontrarás la forma.

Creo que aceptó el reto porque levantó su copa de vino hacia mí e hizo un brindis al aire.

—Ay, Tina, no quieres enterarte de que al final te encontraré. ¿Te haces la dura conmigo, es eso?

—Si me conocieras más, sabrías que yo no juego con la gente. Me gustan las cosas...

—Claras.

—Sí; como suele decirse, las cosas claras y el chocolate espeso.

Me miró con mucha intensidad y me dijo algo muy bonito.

—Ojalá te hubiera conocido antes, seguro que no te dejaría escapar.

Al terminar de cenar salimos a dar un paseo por la zona, era como decir adiós a los sitios por los que habíamos pasado. Íbamos de la mano y

reconozco que me sentí muy bien a su lado.

Su teléfono vibró, era un mensaje, miró la pantalla, pero no hizo ningún ademán de cogerlo. Pero el mío también sonó y yo no fui capaz de ignorar el móvil.

—Por lo visto se lo están pasando en grande —comenté al leer el mensaje que acababa de recibir de Irene—. Dice que están en Fornells, atracados. ¿Quieres ir?

—No, quiero regresar a mi habitación porque quiero hacerte el amor todas las veces que pueda.

Ante aquella sugerencia no había réplica posible, yo también tenía mis expectativas.

Entramos en la habitación con una misión. Era nuestra última noche. Fuimos a su dormitorio, directos. Se entretuvo con unas velas que decoraban las mesitas. Lo observé mientras se dedicaba a encenderlas con unas cerillas largas que sacó de una cajetilla. Se tomó su tiempo. Apagó las luces y, para mi sorpresa, extendió los doseles de la cama. Ahora sí parecía una cama de cuento. No pude evitar acercarme mientras colocaba la última cortinilla y lo abracé por la espalda.

—Quiero que sea una noche que ninguno de los dos olvide —anunció reteniendo mis manos a la altura de su pecho.

Se volteó entre mis brazos y me agarró de la nuca para acercarme a sus labios. Fue un beso tierno, uno más para la colección que tenía ya de él y que me torturaría recordando.

He pensado muchas veces cómo el amor aparece en nuestras vidas, creo que aquella noche se asomó a la mía, pero yo me di demasiadas excusas para no verlo y él, no sé qué pasaba por su cabeza, pero la verdad no actuaba como alguien que quisiera desquitarse de un desengaño.

Me desnudó despacio y, en un gesto muy suyo, retiró la pinza que recogía mi pelo y este cayó en cascada por mis hombros. Con lentitud me tumbó en la cama. Yo solo acerté a desabotonar su camisa. Se retiró los pantalones y

entró en aquel espacio reducido en el que el titilar de las velas provocaba una iluminación especial. Se aseguró de cerrar los doseles. Se creó un ambiente muy íntimo y romántico.

El deseo, la excitación, el placer crecían y se multiplicaban a medida que nos rozábamos sin poder dejar de tocarnos. El calor era asfixiante y nos tenía subyugados. Nos envolvía el cuerpo como si fuese fuego.

Nos besamos saboreándonos. Disfrutábamos, sin prisa, del ardor de aquellos besos, de nuestros cuerpos desnudos a escasos milímetros, necesitados de un roce, de más caricias. Me atrajo hacia su él y me tumbé encima. Sus manos me acariciaron la espalda de arriba abajo y dejaron un rastro de cosquillas en mi columna que me hicieron estremecer. Hicimos los besos más ansiosos, sin poder detener las ganas que nos teníamos. Impulsada por mil sensaciones me balanceaba sobre él, excitada, en un contoneo sinuoso y continuo. A cada segundo que pasaba lo necesitaba más. Encendida me senté sobre su regazo. Su mirada estaba nublada por el placer, supongo que sus ojos reflejaban lo mismo que los míos. Al instante estaba dentro de mí. Agarrado a mi cintura controlaba mis movimientos. Llevó una mano hacia mis pechos y la paseó por el centro de ellos, en dirección descendente. Me hacía temblar.

—¿Te gusta? —pregunté sin dejar el vaivén de mi cuerpo.

—Me encanta, me gusta lo que me haces sentir.

La cadencia cimbreada de mi cuerpo empezó a acelerarse, pero él tenía otros planes. Se levantó hasta quedar sentado, su boca frente a mi boca, sus ojos chispeantes me miraban con intensidad y cuando entreabrí mis labios, me besó con ansia. Fue dominando mi cuerpo hasta quedar tumbado sobre mí. Tenía la cabeza en los pies de la cama y él sujetaba mis manos por encima de ella. Entrelazamos los dedos y me embistió con brío; sus acometidas eran fuertes, delirantes, como si ya no pudiera retener la fuerza que lo empujaba. Los gemidos nos envolvían en una cacofonía de deseo. El ambiente estaba cargado; con las cortinillas del dosel extendidas, el calor era

más sofocante, ambos sudábamos. Sentí su mirada de fuego sobre mi cara y la sostuve. Su boca se estrelló en la mía y lo oí gemir. Aquello era una locura. Estalló con un sonoro jadeo y yo con él, con su nombre en mis labios. Busqué su boca y recibí el beso más delicioso de todos. Nos quedamos unos segundos entrelazados, pero se incorporó y tiró de mí hacia la ducha. La necesitaba y fue relajante.

Sacó una botella de agua fresca de una nevera y me ofreció. Estaba sedienta. Salimos a la terraza y la compartimos, allí sentados, con un manto de estrellas, testigo de un adiós que no queríamos nombrar.

Volvimos a la cama. Abrimos las cortinillas; el ambiente que se había creado estaba cargado, olía a sexo y nos reímos.

—Somos intensos —dijo con una sonrisa.

Nos tumbamos de lado, uno frente al otro, sin dejar de mirarnos. Durante unos segundos no hicieron falta palabras, quizás por eso me sorprendió su confesión.

—Me siento distinto, con mi ex nunca era así.

—¿Cómo eras?

—¿En el sexo? La palabra es contenido. Estuve cinco años con ella y he sentido más contigo en estos días que todo ese tiempo con ella. Tú me haces desearte a cada rato y pensar cómo sorprenderte para que disfrutes más. Porque tú lo haces conmigo.

Creo que me puse roja, aunque me comparara con su ex, era bonito lo que me decía.

—No quiero que esto se acabe, me gustas —murmuró.

—Tú también me gustas.

Se acercó despacio y me besó muy tierno. Al separarnos le susurré algo muy tonto que, tal vez, no debí decir.

—Creo que podría enamorarme de ti, pero tú has de hacer un viaje. Debes estar con otras chicas, desfogarte y dejar salir el dolor que guardas. Si no lo haces, no estarás preparado para enamorarte de nuevo.

Cerró los ojos y supe que mis palabras no le habían agradado. Dejó pasar un silencio. Llevó una mano hacia mi pelo y retiró un mechón, lo colocó detrás de mi oreja.

—¿Por qué te lo recoges siempre?

—Es la costumbre, prefiero la comodidad, así no me molesta en la cara.

—A mí me gustas cuando lo llevas suelto. Aunque creo que me gustas de todos modos.

Nos quedamos callados, sopesando lo que acabábamos de decir. Pero él volvió a insistir en que le diera mi dirección. Ante mi negativa se puso serio.

—¿Por qué no quieres que nos veamos allí? Acabas de decir que te gusto.

—Casi palideció y preguntó con vacilación—: ¿Tienes novio?

Negué risueña y sentí la necesidad de explicárselo, otra vez.

—Esto no funcionaría. Aquí, en este paraíso, es otra historia. Tú estás herido, debes dejar que sanen tus cicatrices. Curarte. Volver a creer en las mujeres y en el amor. Mientras otra esté en tu corazón, no entrará ninguna. Estos días han estado bien, nos hemos dejado llevar, pero algo más duradero no saldría bien. Yo no quiero ser tu rollo de despecho.

—No pienso en Miriam al estar contigo, si es lo que crees. —Puso cara seria al nombrarla—. Lo que sentí por ella está muerto. No merece nada de mí, ni siquiera las lágrimas que derramé por ella.

—El amor duele y uno no se desenamora de alguien de un día para otro. Ella sigue en tu corazón y ahí no hay sitio para mí, ni para ninguna otra.

Se quedó callado con sus pensamientos, pero no evitó mi mirada.

—Es cierto que siento que he fracasado, pero al conocerte, no sé, es como saber que tengo la oportunidad de ser feliz. Me gustaría estar contigo, me gusta cómo me haces sentir, me gusta cómo eres. Quiero conocerte.

—Tú lo único que quieres es no sentir dolor. Te hubiera servido cualquiera.

—Yo solo sé que me excito solo con verte y te aseguro que eso nunca me pasó con mi ex.

—Diego, esto es solo sexo. —Traté de ser convincente—. No hay más.

—¡Joder! No te pido que nos casemos.

Se levantó malhumorado y yo me quedé allí. Le di su espacio para que reflexionara. Una idea se cruzó por mi cabeza. ¿Qué había de malo en seguir viéndonos? Me gustaba. Funcionábamos bien, juntos. Pero la deseché de un manotazo. Temía que me arrastrara en su malestar. Que yo me dejara llevar por su entusiasmo y que él descubriera, al fin, que había sido un rollo de vacaciones y no había nada que construir.

Volvió a la cama y se tumbó sobre mi espalda. Comenzó a besarla, bajando por mi cuerpo encendió mi piel. Me apoyé en mis antebrazos. De pronto noté su lengua en mis nalgas, en busca de mi sexo. Metió las manos por mi pelvis y me incorporó un poco. Las sensaciones que empecé a sentir aceleraron mi respiración. Metió un dedo y luego dos y buscó esa zona de placer infinito y me estremecí.

—Diego... Diego.

—Sí, Diego.

Noté que se ponía de rodillas, subió mis caderas y al momento se introdujo en mí. No fue delicado. Pero en aquellos momentos la lujuria nos tenía envueltos, otra vez, en su manto lascivo y nos llevaba por un camino de fuego. Me agarró con una mano y con otra tiró de mí, para que me incorporara. En aquella posición lo sentía muy dentro. Me tenía sujeta y, aun así, masajeara mi pecho y me hacía vibrar. Bajó sus dedos despacio por mi cuerpo hasta llegar al pubis y rozó con las yemas esa perla rosada que ya conocía tan bien. Sus labios dejaban besos húmedos en mi cuello, me chupaba el lóbulo de la oreja y la piel tan fina que hay debajo. Hizo un reguero de besos hasta llegar a mi boca y me venció. Ni siquiera era capaz de entender lo que salía por mi boca entre jadeos.

—¿Te gusta? —preguntó con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—¡Dios, sí! Me gusta, mucho.

—Pues no lo olvides.

Empujó mi cuerpo hacia delante y caí sobre el colchón, me apoyé con las

manos. Siguió con sus embestidas duras, estaba embravecido y con mis jadeos lo animaba a continuar. Creo que quería grabarse en mi piel. El frenesí nos envolvió y grité al alcanzar el nirvana del orgasmo. Él no se quedó atrás y también jadeó con fuerza, y caímos tan vencidos en la cama que nos acurrucamos uno junto al otro y así nos dormimos.

Me desperté desorientada. Tras unos segundos de incertidumbre, sin saber dónde estaba, recordé y quise disfrutar del momento en el que las imágenes de la noche vivida se me fueron revelando con claridad cristalina. Era absurdo negar algo que había prendido en mi pecho y yo renegaba. Diego me gustaba. Asumí esa verdad y decidí arriesgarme.

El silencio en la habitación, la luminosidad que se colaba por el ventanal, todo parecía irreal y colgado en el tiempo. Estiré mi brazo y encontré el otro lado de la cama frío. Estaba sola. Busqué mi móvil para saber la hora y casi di un bote del susto al comprobar que eran las nueve y media. Con una rápida mirada pude ver que Diego no estaba en la habitación. Me sonreí al pensar que era el rey del orden y deduje que estaría en la piscina, haciendo unos largos antes de marcharse. Fui al baño y mientras hacía mis cosas, vi que la encimera estaba muy vacía. Una idea se apoderó de mí y se me encendieron todas las alarmas. Salí con prisa y abrí el armario. Estaba vacío.

¡Vacío!

Creo que entré en pánico.

Diego no estaba, se había marchado sin decirme adiós. Me dejó sola en aquella habitación, en aquella cama de cuento. Se fue sin que yo me percatara de que lo hacía. Me vestí con prisa, encontré mi ropa muy bien puesta en una silla. Creo que lo maldije mientras la idea de su huida se hacía más certera en mi mente. Recogí el portátil y fui a mi cuarto. Irene tampoco estaba. Dejé de cualquier manera las cosas y bajé al salón comedor. Me tranquilizó pensar que estarían todos desayunando. Pero allí solo estaba mi amiga. Me saludó efusiva, ajena a mis temores. Pregunté por los chicos, dijo que se habían marchado y soltó, como si yo lo supiera, que Diego los esperaba en el

aeropuerto.

Algo se rompió en mi pecho. Decepción, frustración, un dolor extraño inundó mi corazón. Un sentimiento de humillación y vergüenza me recorría las venas, como la lujuria lo había hecho tan solo unas horas antes. Me hice daño con esos pensamientos. No entendía por qué no se había despedido. Pero bloqueé todos aquellos sentimientos y escuché a mi amiga contarme la noche de ensueño que había pasado. Después, con una distancia muy grande, le dije que tenía que trabajar. Tenía que terminar lo que había ido a hacer. El trabajo me mantendría ocupada y no me dejaría pensar.

CAPÍTULO 9

Huir no era algo de lo que sentirse orgulloso. Pero no había sido capaz de decirle adiós. Se sentía dolido. Martina lo había tocado y, a pesar de sentirse vulnerable, se había dejado llevar por lo que le hizo sentir. Sin embargo, lo que no había podido soportar fue que había sido capaz de ver dentro de él. Le había molestado que le dijera que no había sitio para ella porque aún estaba Miriam en su corazón. Quizás tenía razón, pero él quería sacarla y ella no le había dado la oportunidad.

Esperó a que estuviera dormida, preparó sus cosas, salió a hurtadillas y se fue al aeropuerto seis horas antes de que saliera su avión.

A la semana aún pensaba en ella y un mes después, también. Creyó que era el fabuloso sexo que tuvieron lo que lo mantenía enganchado. No lo entendía, había pensado que tardaría en poder entregarse a otra mujer y con ella todo había sido fácil. Había despertado su libido dormida con la primera mirada, el primer desplante. Tras regresar de Menorca se había acostado con varias chicas para comprobar que lo de Martina se le había pasado. Alejada la novedad, olvidada la obsesión. Pero no, ella seguía en su cabeza y, por mucho que se lo negaba, casi con más fuerza que Miriam.

Al principio, algunas noches entraba en la web de Sa Roca para ver aquel video que duraba poco más de un minuto, en el que se veían sus pies que caminaban y los de ella, que se acercaban. Se intuía un beso, pero él sabía que no se lo dio. Aunque en aquel momento había tenido que poner toda su resistencia para no sujetarla y comerle la boca. Lo había devuelto a la vida, lo

había revolucionado y lo había dejado enganchado a su piel. Se había obligado a huir de allí para que no viera la erección que le había provocado su cercanía. La primera vez que vio las imágenes volvió a sentir aquellas emociones, recordó que ella se lo había querido enseñar la última noche, pero la pasión no les había dado tregua. En un impulso se descargó la imagen y la guardó como fondo de pantalla. Aunque recordar le dolía. Aquellos cuatro días le habían cambiado la vida.

Martina había sido una ilusión. Fue lo que necesitaba para recomponerse. El sexo con ella había sido explosivo. Le dio esperanzas, fuerzas para creer en él. Se dijo que se volverían a encontrar cuando él tuviera algo que ofrecerle y así se había convencido de que dejarla sola en su habitación no había sido tan mala idea.

Un año y varios meses después seguía sin olvidarla. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Tras regresar de Menorca habló con su padre y su hermano mayor. Quería tener su propia oficina. Necesitaba trabajar, estar ocupado todo el tiempo que pudiera, solo así saldría adelante. Ellos le creyeron, dijeron que el trabajo era la mejor terapia. Con tesón y esfuerzo cumplió su objetivo, se había marcado nuevos retos y poco a poco los había conseguido. También había corrido algunos riesgos financieros con un par de inversiones, pero salió con éxito lo que le permitió independizarse. Se instaló en su propia casa.

Se dio cuenta de que debería haberlo hecho hacía mucho tiempo, con treinta y tres años ya tocaba vivir solo. Aquella independencia y soledad parcial le gustaron. Tenía a mano siempre a su padre, a sus hermanos, a la tía Julia, pero tener su propio espacio le dio la paz que necesitaba. Había estado con otras mujeres, pero con ninguna quiso nada serio. Cumplía a rajatabla sus nuevas reglas: ninguna mujer demasiado cerca. Sin embargo, sin darse cuenta, las acababa comparando con su rubia, la chica de las fotos que no lograba sacar de su mente y su corazón.

No había vuelto a saber de Miriam, era como si la tierra se la hubiera

tragado, aunque él tampoco había preguntado. Se alejó de los pocos amigos que compartieron, se dio cuenta de que fueron realmente pocos. Solían pasar mucho tiempo en casa de ella, con sus padres. Superado el bache, su exnovia salió de su corazón. Otra cosa era Martina, se le había colado bajo la piel sin darse cuenta y a menudo pensaba en ella como lo que pudo haber sido y no fue.

Se arrepentía de haberse ido sin un adiós. Muchas veces pensó que las palabras que le hicieron daño aquella noche en que la dejó sola fueron un revulsivo, pero en su fuero interno sabía que ella tenía razón. Tenía que recomponer los pedazos de su maltrecho corazón, aunque cuando había regresado se sintió doblemente herido y había tratado, con poco empeño durante un tiempo, de no recordarla.

Aquella mañana mientras desayunaba descubrió que no estaba solo y eso lo molestó.

—Te dije que no podías quedarte —soltó malhumorado a la chica pelirroja que entraba en la cocina.

—Era muy tarde para coger un taxi —respondió ella de buen humor—. No vives en el centro, precisamente. ¿Me invitas a desayunar?

No, no estaba en el centro. En el centro sabía que vivía la tentación. Cuando buscó casa la quiso en el otro extremo y compró un inmueble en Capitán Arenas, en la zona de Pedralbes, con el dinero que obtuvo de la venta de su piso, las ganancias de sus inversiones y todos sus ahorros. La casualidad se puso de su parte. Una pareja de ancianos quería deshacerse de la propiedad y a él le gustó. Necesitaba una buena reforma y llegaron a un acuerdo. Era un pequeño edificio de cuatro pisos. Pensó que podría juntar dos, otro sería un local comercial y un pequeño apartamento que podría alquilar. Tras la reforma de lo que sería su hogar, consiguió espacios más amplios y había mucha luz. Tenía cuatro habitaciones y un magnífico comedor, con chimenea incluida, que daba a una terraza con una piscina que no era muy grande, pero que a él le servía. Desde que se había mudado estaba encantado, a pesar de

que la mayoría de los fines de semana su hermano, Sergio, o ambos acababan acampados por allí. Empezaba a pensar si les cobraba un alquiler.

—Solo tengo café. Sírvete.

Ella se le acercó zalamera, cogió su taza y bebió. Luego metió la mano dentro de su pantalón de pijama y empezó a masturbarlo.

—¿Qué haces?

—Has dicho que me sirva... y aún nos queda este. —Le mostró un preservativo que sacó de un bolsillo, con una sonrisa pícara.

Se lo cogió de la mano y con mucha destreza se lo enfundó, ante la mirada morbosa de la mujer que ya se había desecho de su ropa interior. Él la sentó sobre la mesa y se introdujo en ella despacio para iniciar un ritmo cada vez más acelerado. Ella buscaba sus labios, los chupaba e intentaba que la besara con la misma intensidad, pero él no quería besos, quería desfogarse las ganas que le había despertado. Salió de ella, lo que le provocó un gruñido frustrado, pero la volteó. La mujer tuvo que apoyarse en la mesa para no caer cuando la embistió. Así, en esa posición, podía poseerla a su antojo. Fue un polvo rápido, mañanero y satisfactorio.

—¿Cuándo volveré a verte? —le preguntó ella al salir del baño, otra vez vestida e impecablemente maquillada.

—No sé, ya nos veremos por ahí.

Supo que su contestación no le había gustado, pero la chica no se quejó.

—De acuerdo.

Al quedarse solo volvió a la cocina y se hizo otro café. Se dio cuenta entonces de que no recordaba cómo se llamaba.

Sentado frente a su hermano en una cafetería cercana a la oficina central de su padre, en la que habían estado cientos de veces, observaba a Javier, que, agarrado a una taza de café, lo miraba con fijeza y no soltaba prenda. La opinión de su hermano era importante para los planes que tenía. Quería saber de Martina, ahora estaba preparado. Sabía que seguía en contacto con Irene, aunque las cosas entre ellos se hubieran enfriado.

—¿No me vas a contestar?

—Me lo estoy pensando —respondió—. ¿Por qué quieres saber de ella ahora? Ha pasado mucho tiempo.

—Un año, tres meses y dieciséis días.

La cara de Javier expresó sorpresa.

—Pues fuiste bastante cabrón para acordarte del tiempo que hace —señaló molesto; la actitud de su hermano no lo había dejado muy bien ante Irene, que le pidió unas explicaciones que no supo darle—. No era para echarte de novia a la primera chica con la que te acostabas, pero tampoco para comportarte como lo hiciste. Ella no se lo merecía. ¿Qué pasó? Se te veía tan bien y de golpe te entró la urgencia de regresar.

—No pasó nada de lo que piensas, todo fue bien... muy bien —confesó y como si estuviera deseando abrir las compuertas de lo que había sentido un año atrás, añadió—: Se me cruzaron los cables, ella no quería verme en Barcelona, decía que debía curarme, yo sentí que fracasaba de nuevo y salí corriendo. Eso es todo.

—¡Joder, tío! Huir se te da de fábula. Pero ¿qué querías? Si llevabas llorando por los rincones una semana porque te habían abandonado. ¿La conoces y crees que te has enamorado? Ella por lo menos era realista.

Tenía razón, pero entonces no había sabido verlo, solo que ella lo rechazaba.

—Aún no la he olvidado —confesó abatido.

Javier le dedicó una mueca comprensiva. No se atrevía a preguntar, pero necesitaba saber de ella. Su hermano le contestó como si adivinara su pensamiento.

—No he vuelto a verla, si es lo que quieres saber. Irene dijo que no quería que le hablara ni siquiera de mí. Nosotros nos fuimos alejando. Ya me conoces, no soy de relaciones largas y ella se ilusionó con otro.

—Podrías llamarla, tantearla y preguntarle por su amiga —propuso esperanzado.

—Ni de coña. —La respuesta de su hermano fue cortante—. No repito con la misma mujer una vez que se ha acabado, no quiero que crea otra cosa. Tío, ¿sabes lo que necesitas?

—No, pero seguro que vas a decírmelo.

—Echar un polvo, pero de esos que hacen historia. Tengo una amiga a la que podrías llamar.

Lo miró con mala cara. Javi había sido siempre muy mujeriego, pero no iba a consentir que le buscara una chica. Él ya sabía con quién quería estar. Había dedicado mucho tiempo a analizar sus sentimientos y no le sorprendió descubrir que lo que quería con Martina era algo más que acostarse con ella de nuevo, quizás no era tarde y podía enamorarla. Solo tenía que pensar cómo encontrarla.

Se levantaron y pagaron los cafés, se hacía la hora de la reunión de los lunes con su padre y su hermano mayor.

Desde que Irene salía con Álvaro, era un rollo. A mi hermano le había costado dar el paso. Casi nueve meses en los que lo vi sufrir cada vez que sabía que ella salía con otro. Pero un día no se lo pensó y, cuando fuimos a comer a casa de mi madre, la agarró por las solapas de la chaquetilla que llevaba y le plantó un beso en los morros, en mitad del salón, que la dejó turulata.

—De hoy no pasaba —le dijo cuándo la soltó medio descoyuntada y sorprendida.

—¿Qué significa esto? —preguntó mi madre que entraba en el comedor con una bandeja de patatas fritas.

—Pues eso quiero saber yo también, Belén —admitió ella.

Santi, mi padre y yo lo miramos esperando una respuesta y mi madre, medio emocionada y aún con la bandeja de patatas en la mano, soltó:

—Ay, Irene, tenle paciencia, que creo que se te va a declarar.

No pudimos evitar lanzar una sonora carcajada, mi madre era muy peliculera.

—Pues pásame la bandeja, que se la tiro por la cabeza como se atreva —respondió muy digna mi amiga.

—Pero si yo solo... Que no quiero casarme contigo —se defendió—. Solo te he besado.

—Mejor te callas y no la cagues, macho —intervino Santi—. Y dile lo que quieras en privado, que nosotros, si un caso, vamos dando cuenta de las patatas.

Cada uno a lo suyo. Santi tenía hambre y no había nada que le gustara más que unas buenas patatas fritas con su huevo y su buen bistec, todo recién hecho. Bueno, sí, los canelones que mi madre solo hacía en Navidad. Santi era, y es, muy básico. La chica que lo enamore deberá entrarle por el estómago sin complicarse mucho.

Tras ese beso vinieron las palabras y mi amiga se derritió al saber que él estaba loco por sus huesos y no soportaba verla salir con otros. Se declaró, vaya si lo hizo, y eso trajo consigo que pasara muchas noches en nuestra casa y yo empezara a pensar en trasladarme. Se me cortaba el rollo cada vez que pensaba que podría llevar a alguien a casa. Con mi hermano por allí no era fácil.

El viernes mis hermanos quedaron para salir con unos amigos y nosotras decidimos pasarnos por Luz de Gas. Pero el empalague de Álvaro y mi amiga era tan grande que parecía que no pudieran estar mucho tiempo separados. Quedaron que vendrían donde estábamos y nos iríamos juntos para casa. Lo único bueno era que tendríamos taxi gratis. Santi no es capaz de salir sin su coche.

Yo estaba emocionada porque Alejo me había cedido un proyecto para un cliente. Desde que regresé de Menorca, el verano anterior, con las alabanzas que llegaron antes que yo por mi buen hacer y la web —que todo sea dicho de

paso, me quedó preciosa—, había ganado muchos puntos y me había convertido en una diseñadora más, no la rubia tonta que debían ver que solo servía para ayudar a los otros. Aquella web me dio un lugar en la empresa, pero se había llevado una parte de mí.

Todavía solía entrar para ver el pequeño video en el que unos pies caminaban hacia la entrada solo por el placer de emocionarme. También guardaba algunas fotografías, pero me dolían más de lo que deberían para ser de un rollo de unos días. Había pasado bastante tiempo, pero no había olvidado a Diego. Es extraño cómo algunas personas se te meten bajo la piel. No éramos nada, pero me hizo más daño que nadie en mi vida. Durante mucho tiempo me estrujé el cerebro para saber por qué me dejó de aquella manera. Como si fuese una cualquiera que había pasado por su habitación. Sí, me costó dejar de sentirme así y me avergonzaba por haberme acostado con él con aquella intensidad, por haberlo hecho a pelo, sin protección, y me angustié mucho cuando se me retrasó la regla. Lloré el día que me vino y no sé si era por pura tontería, por alegría o por pena. Me arrepentía de haber sentido por él algo más que un deseo. Porque por mucho que yo me lo negaba, Diego me gustaba, me gustaba de esa manera que sabes que es el chico de tu vida y te da miedo decirlo en voz alta porque crees que puede desvanecerse. Me enamoré como una tonta, lo sé ahora, porque si no fue eso, fue que me trastorné y no me llevaron a urgencias psiquiátricas.

Después de Diego estuve con un chico, pero para nada me hizo sentir lo que él consiguió. Me hice a la idea de que me costaría encontrar a alguien mientras él estuviera en mi pensamiento, aunque reconozco que no me di prisa en sacarlo de ahí. Hay veces en las que nos empeñamos en quedarnos con lo que pudo haber sido y no fue. En el fondo no nos damos nuevas oportunidades por miedo, sobre todo a que no sean lo que esperamos.

Mi madre, que tiene un ojo que ya quisiera más de un clínico, me dijo un día que regresé de Menorca diferente. Algo decepcionada, pero con un brillo en la mirada especial y eso le hacía sentir esperanzas por mí. Mi madre

espera que me case de banco, le dé nietos y todo eso. Creo que lo espera de todos nosotros, no piensa en otra cosa desde que mis hermanos y yo nos fuimos de casa. A ver si Alvarito se pone a ello y nos deja a los demás tranquilos.

Mientras me arreglaba, Irene entró en mi cuarto.

—¡Qué buena estás, rubia!

—Tú también —respondí dándole un repaso. Llevaba minifalda y botas altas—. Cuando te vea mi hermano, le da un infarto.

—Se lo pongo fácil —bromeó al levantarse el bajo de la falda y mostrarme sus medias a medio muslo.

Yo iba de negro, con pantalones ceñidos, unos tacones altos y me probaba una cazadora de cremalleras.

—Ponte la blusa roja —comentó y señaló el jersey fino que llevaba—. Quedará mejor, vas muy negra.

—¿Me haces una trenza de esas altas?

—Déjate suelto. —Cogió el peine y me cepilló el pelo—. Así, largo, te queda muy bonito.

El verano anterior, en un arrebato, había cambiado de *look*. Me corté el pelo. Necesitaba verme distinta para no recordarme a la Martina que había sido, a la que alguien plantó sin despedirse. Irene me hizo recapacitar. Quizás estaba tan dolida porque él me interesaba más de lo que había querido aceptar. Me propuso buscarlo y le dije que no. Necesitaba no saber de él, recuperar mi autoestima. No podía hundirme por algo así. Ahora el pelo me llegaba por encima del pecho y se me había ondulado un poco. Solía llevarlo recogido en el trabajo, era lo más práctico, pero me había acostumbrado a dejarlo suelto cuando salía, aunque no olvidaba colocarme una goma en la muñeca por si a mitad de noche me molestaba. Me colgué un bolso pequeño en bandolera, donde había guardado lo poco que iba a necesitar, y le dije que ya estaba lista.

Antes de llegar a Muntaner, aún era temprano para ir a Luz de Gas,

pasamos por Aribau para recoger a una compañera de Irene que hacía un tiempo se había separado y se sentía un poco colgada a la hora de salir. Tomamos unas cervezas y unas tapas en un bar muy chulo y luego, cerca de las doce y cuarto, nos fuimos a la discoteca.

No nos poníamos de acuerdo en qué sala estar, así que íbamos de una a la otra, copa en mano. Silvia propuso hacer una parada técnica en la barra, pero estaba a reventar. Yo llevaba ya varios mojitos y no quería desmadrarme, las noches de borrachera son duras. Sugerí volver al rato, cuando de pronto vi un hueco.

—¡Mira! Ahí se van unas chicas —exclamé y lo dije con tanto ímpetu que pareció un grito desesperado.

—Date prisa —gritó Irene entre risas y tiró de mi mano.

—Chicas, un poco de codos si es necesario —señaló Silvia e hizo el gesto de empujar a codazos y soltamos una carcajada.

Se abrió paso a empellones y llegamos al lugar.

—¡Pero bueno! —exclamó un chico al que prácticamente sacamos de su sitio para colocarnos las tres y llamar al camarero—. Sí que tenéis sed.

De pronto la risa se me cortó en seco. El chico era Sergio y, si estaba él, Diego podría estar no muy lejos.

Intenté escabullirme como si no lo reconociera, pero al voltearme para salirme del grupo choqué con alguien que me interceptó.

—Venga, pide de una vez —escuché decir y mi mundo se desmoronó. Aquella voz juraría que la había oído en sueños.

—¡Hostias! —exclamó el chico que me había interceptado, y sin preverlo me sentí rodeada por sus brazos que me estrechaban, emocionados—. ¡Mira, Diego! ¡Mira, a quién me he encontrado!

Javier, con toda la naturalidad del mundo, se apartó para enfocarme de lleno a su hermano. De repente la música que sonaba, las palabras que la gente se decía en voz elevada, las expresiones que se escuchaban a mi alrededor perdieron el volumen. Era como si hasta el movimiento se detuviera y solo

estuviéramos Diego y yo, frente a frente.

Por alguna extraña razón él me sonrió, pero yo no pude hacerlo. Me vi sola en aquella habitación con su cama de cuento.

—Hola —saludó él al fin.

No fui capaz de responderle, creo que lo empujé para abrirme paso, tenía que salir de allí. Me faltaba el aire. Nunca pensé que me haría daño verlo, pero así fue. No sé si saludé a los otros, pero con un gesto le señalé a Irene la salida. Él fue a acercarse, o a seguirme, me detuve en seco y lo paré. Levanté mi mano en señal de *stop*. Bendito lenguaje universal. Se quedó clavado en el suelo y me dejó marchar.

Pero mi karma estaba esa noche de guasa y de pronto, a los dos pasos, me encontré con mis hermanos. Me abracé a Santi como si fuese mi tabla de salvación.

—¿Qué te pasa? —preguntó medio en broma, medio preocupado.

—Nada, solo quiero irme de aquí.

—Hombre, Santi. Se te tiran a los brazos —se burló alguien a nuestra espalda. Alguien a quien conocía—. No me digas que la rubia es tu chica.

Mi hermano me agarró de la mano y me frenó. Con la otra saludó a Sergio con un gesto de esos que se hacen los tíos.

—¿Qué pasa? Estás perdido, Sergio —saludó—. Esta preciosidad es mi hermana. Ojito con ella, ¿estamos?

Santi se puso en plan protector. No le pasó desapercibida la tensión que yo tenía. Y acabó sumando dos y dos.

—¿Os conocéis?

—Un poco —contestó Diego y yo lo fulminé con la mirada.

—Nos conocimos en Menorca el año pasado —aclaró Irene, que lejos de sentirse cohibida por tener a cada lado a uno de los hombres que se había beneficiado en el último año, parecía estar encantada. Otra cosa era la cara de mi hermano mayor.

Se inició una conversación trivial, para mí surrealista. Sentía los ojos de

Diego sobre mí y yo apenas quise mirarlo. De pronto estaba a mi lado y sentí su aliento en mi oído.

—Sin duda el rojo es tu color. Estás muy guapa, rubia —susurró solo para mí. Lo miré y quise estrangularlo por su insinuación, que me transportó a aquella habitación con el bikini rojo

Me dediqué a tirar de la mano de mi hermano, que no me había soltado, con una intencionalidad clara. Quería irme. Por fin se dio por aludido y se despidió para otro día. Irene y Álvaro nos siguieron y la pobre Silvia se vio despegada de un trío de ases sin entender muy bien lo que había pasado.

Santi nos llevó a casa y luego acercó a la compañera de Irene a la suya. Me metí en mi habitación y escuché a la parejita discutir un poco, pero el enfado se les pasó rápido a tenor de la reconciliación, bastante sonora, que tuvieron.

Creo que fue aquella noche, en la que me costó conciliar el sueño, que decidí que iba a trasladarme. A la mañana siguiente durante el desayuno Irene me preguntó si me importaba que Álvaro se viniera a vivir con nosotras. Estábamos sentadas en unos taburetes altos en la barra de la cocina, con una buena taza de café con leche y magdalenas del super; mojé la mía en su taza y le pregunté con burla:

—¿Es por lo de anoche? ¿Por Javi?

—Es porque pasamos la mayoría de las noches juntos y mejor aquí que en el piso que comparte con Santi. A ti te conozco y allí... no quiero ver una mujer diferente cada semana —se justificó—. Otra opción es buscarnos algo para los dos, pero no quiero dejarte colgada.

—¿Lo decidisteis anoche? ¿Entre polvo y polvo?

Me hacía gracia meterme con ella, seguro que Irene no hubiera desaprovechado la oportunidad si hubiera sido al revés.

—Sí y sí. —Rio y se tapó la cara con las manos—. Me dijo que quería que viviéramos juntos y ya me conoces, soy una blanda.

La mirada que me lanzó me anunció que cambiaba de tercio.

—¿Y tú? ¿Cómo te sentó ver a tu as?

—No es mi as —censuré y mentí. Mentí como una bellaca porque, aunque yo quería odiarlo, me di cuenta de que no podía o, por lo menos, no como había pensado—. No se me movió ni una pestaña, es lo que tiene el resquemor.

—Pues yo creo que te gusta más que entonces. Está más guapo y cómo te miraba.

—¡Qué dices!

En ese momento apareció mi hermano por la cocina, iba en pijama como nosotras. Se acercó a su chica y le dio un beso, ella enroscó las piernas en su cintura y se animaron, olvidándose de mí.

—¡Eh, eh, eh...! Que hay niñas pequeñas delante.

Tuvo efecto mi queja y se separaron. Con socarronería pregunté:

—¿Café, hermanito? ¿O algo que te refresque?

—Café estará bien, listilla.

—Me ha contado un pajarito que te trasladas.

Me miró con una sonrisa y yo se la devolví. Tuve la impresión de que le hubiera gustado explicarme sus planes, pero era otra cosa lo que él tenía en mente.

—Vaya con el pajarito. —Y le dio un pellizco a su chica—. Pues a mí no me ha contado nada de nada. ¿Qué pasa con Diego?

Se me congeló la sonrisa.

—¿Qué tiene que pasar?

—Es un buen tío, el año pasado lo dejó su novia en el altar y no lo ha pasado bien. Me dio la impresión de que anoche había miradas que echaban fuego.

—Nos conocimos en Menorca, ya lo sabes. —Traté de cambiar el foco de la conversación—. ¿De qué lo conocéis vosotros?

—Sergio y Santi coincidieron en la academia para *mosso*, pero Sergio no pasó las pruebas. Se hicieron amigos y de ahí el resto.

Mi hermano no es tonto, aunque a veces se lo haga. Con una excusa los

dejé en la cocina, seguro que metiéndose mano, y me fui a mi habitación. Había quedado con una compañera de trabajo para tomar un vermut y quería prepararme con tiempo.

CAPÍTULO 10

El lunes tenía reunión con unos clientes, pero me cambiaron la hora de la cita, retrasándola, casi en el último momento. Así que entré en una cafetería para desayunar por segunda vez y hacer tiempo. Mientras estaba en una mesita redonda con un café con leche y un *croissant*, llamé a mi madre. Desde que sabía que Álvaro e Irene iban a vivir juntos, le había entrado la *neura* de que tenía que regresar a casa. Según ella, una pareja ha de empezar a vivir sola sin nadie que la perturbe. Caray, me había convertido en un estorbo en mi propia casa, según mi madre. Menos mal que Álvaro había puesto calma que, si no, salgo de allí a moco tendido.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Qué haces?

Le expliqué que iba a una reunión y empezó a contarme no sé qué de un aparato de esos que están barriendo todo el día, que había comprado en El Corte Inglés, y que no funcionaba bien. Me entró la risa, mi madre y la tecnología no son buenas compañeras.

—¿Te has leído las instrucciones?

—No soy tan tonta —se quejó—, sé darle a un botón de encendido. Pero puedo hacerlo.

—Perfecto, si sigue sin funcionar, te acompaño y lo cambiamos.

Le gustó la oferta.

—He pensado en lo que hablamos el otro día —comentó y temí que volviera con lo mismo, que regresara a casa, y quise cortarla, pero no me dejó

—. No, escucha. Tienes razón. Debes hacer tu vida. Yo estaría encantada de tenerte de nuevo en casa, pero he pensado que, si quieres, miramos algún pisito por aquí cerca y haces la mudanza.

Eso era toda una novedad. Así que yo también acepté su oferta.

—Mira, como no sabía si podrías venir, he ido a una inmobiliaria que han abierto en el barrio hace un tiempo y me han hablado de algunos pisos que pueden irte bien.

—Mamá... quería hacerlo yo —me quejé, no sé cómo no imaginé que ya tendría la mitad de la tarea hecha.

—Si lo harás tú. Solo he pedido cita y nos atenderán cuando salgas del trabajo.

Eso ya me gustaba más, por lo menos era un avance y no había apalabrado un piso porque a ella le gustara. Me despedí con la sensación de que mi madre empezaba a aceptar que ya no era una niña. Sonreí para mí misma. Al levantar la cabeza y mirar al frente un hombre me observaba. Sus ojos estaban fijos en mí y, al encontrarse con los míos, comenzó a caminar hacia mi mesa, como si mi mirada le hubiera dado el consentimiento para que se acercara. Me tensé. Llevaba un traje oscuro y sobre él un abrigo tres cuartos, azul marino, con una cartera de documentos marrón colgada al hombro.

—Hablabas con tu madre, ¿verdad? —preguntó y se sentó sin mi permiso.

Era Diego y estaba guapísimo, quizás más que cuando lo conocí.

Algunas veces había imaginado un reencuentro, siempre era por la calle y yo me mostraba distante, incluso hacía que no lo recordaba. Otras veces mi corazón romántico me hacía soñar que algo había nacido entre los dos y no me había olvidado. Pero esa era la opción que menos me representaba, porque la rabia me surgía de algún lugar y siempre acababa recriminándole su desdén y le devolvía el daño que me había causado. Sin embargo, en ninguna de esas ocasiones imaginé que lo encontraría dos días seguidos y que verlo me afectaría tanto.

Asentí embobada.

—Cuando hablas con ella tienes un rictus de niña a la que sermonean, pero que se sale con la suya.

—No te he invitado a sentarte —dije seria e intenté que pareciera un límite y una muestra de que no pensaba dirigirle la palabra, pero pasó de mí o no tuvo efecto alguno en él mi indirecta.

—No importa, verte me ha alegrado el día —respondió con una sonrisa. Esa sonrisa era peligrosa y yo quería seguir enfadada.

—¡Qué suerte, no! —exclamé con ironía—. A mí, verte me da un poco de mal rollo, ¿sabes?

Estiró su mano sobre la mesa y agarró la mía.

—Lo sé y lo siento. —Me miró con intensidad y de pronto me entró prisa, si no me iba, caería en cualquier cosa que dijera—. Tenemos que hablar, Tina.

Escuchar que me llamaba de aquella forma tan íntima me dolió.

—No me llames así y no tenemos nada de qué hablar —recriminé con desdén.

Traté de recuperar mi mano, pero la sujetó con fuerza.

Alguien pasó por nuestro lado. Quizás estaba siendo dura, pero él no se había comportado conmigo muy bien que digamos. Quise ser indiferente y hacerle daño. Lanzarle una mirada de acero que lo congelará en el asiento. Observé cómo su rostro cambiaba de expresión, casi se puso pálido. Me pareció excesiva su reacción.

La persona que había pasado se volvió sobre sus pasos y se detuvo delante de nosotros.

—Hola, Diego.

Era una mujer delgada, quizás demasiado, alta y parecía bonita. Tal vez bastante maquillada, con grandes gafas que se retiró y el pelo un poco cardado. Él apenas quiso mirarla, me observó primero a mí y entonces levantó la cabeza hacia ella.

—Hola —soltó demasiado seco.

—No sabía si eras tú, estás... se te ve distinto.

—Será porque estoy feliz —dijo con ironía, ella miró nuestras manos que él seguía manteniendo unidas—. Te presento a mi novia...

Quise decir algo, pero se quedó en el intento.

—Yo...

—Cariño —me llamó, su voz fue tierna y casi detecté una súplica en sus ojos de que no lo negase—, ella es Miriam.

Miriam. Su ex. La mujer que lo había plantado en el altar. Por lo que parecía, no se habían vuelto a ver y él pretendía hacerle creer que estábamos juntos. Quise destapar su mentira, pero no fui capaz. Ella lo dejó destrozado y entonces... entonces nos conocimos, él vino a mí.

—Hola —respondí y él elevó la comisura de sus labios en una sonrisa.

Una señora oronda se acercó a nosotros y llamó a la mujer pero, al vernos, exclamó:

—¡Diego!

—Hola, Carmen. —Se levantó y saludó a la mujer con poco afecto—. ¿Cómo estás?

—Mal, qué voy a contarte —respondió sin mirarme—. Pero, bueno, a ver...

—Mamá —la cortó la hija—. Diego está con su novia.

—¿Su novia? ¿Qué novia?

—Bueno, nosotros tenemos que irnos. —Tiró de mi mano, cogí mis cosas e hipnotizada lo seguí—. Adiós.

Yo susurré un «Adéu» y dejamos a las mujeres allí, plantadas. Al pasar por la barra, llamó al camarero y le dijo que luego pasaba a pagarle y salimos con demasiada prisa para mi gusto. En la puerta lo detuve.

—Diego, suéltame.

—Por favor —suplicó y se acercó más de lo que yo estaba preparada para aceptar, puso sus manos a ambos lados de mi cara y susurró—. Voy a besarte.

Acercó sus labios a los míos y me regaló un beso dulce y tierno que me supo a gloria al principio, hasta que recordé lo que me había hecho y su sabor

se me tornó amargo.

—Déjame —exigí—. Ya no hace falta fingir, nadie te ve.

—No finjo, quería hacerlo.

Me separé de él algo confusa, pero simulé entereza. Iba a llegar tarde a mi reunión y salí corriendo hacia mi cita.

Cuando llegué a la puerta, busqué en el directorio el piso donde estaba el administrador de fincas al que iba a visitar. Necesitaba olvidar lo que acababa de pasar, ese beso me ardía en los labios. Mi corazón tronaba y no quería derrumbarme, no podía permitírmelo. El portero debió intuir mi turbación y se me acercó. Quiso saber si buscaba a alguien. Al decirle dónde iba, me indicó que estaban en el tercero. Esperé el ascensor mientras trataba de apartar de mi mente los sucesos recientes y sosegarme. No pude porque una presencia me asaltó de pronto.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

Era el colmo, nunca me había sentido acosada, pero aquello empezaba a parecerse.

—Ya me gustaría. —Rio y tuve la impresión de que para él todo eso era muy normal. Era un insensible, ¿acaso no se percataba del daño que me había hecho?—. Pero vengo a ver a mi padre. ¿Dónde vas tú?

—Sí, prueba otra cosa. No pienso decírtelo.

Entré en el ascensor decidida y él me siguió. La angustia empezó a subirme por el pecho cuando los dos fuimos a picar el mismo botón. El trayecto se hizo incómodo, me coloqué lo más apartada que pude, aunque sirvió de poco. La cabina era de acero, parecía forrada de espejo, podía verlo desde todos los ángulos y él, apoyado en el cristal del fondo, me miraba con intensidad, como si me analizase o decidiera el momento para devorarme. Al sonar la campanilla que anunciaba que llegábamos a la planta, me preparé. Sin embargo, él me sujetó por la muñeca y me susurró en el oído:

—El azar es caprichoso. Recuerda que tenemos que hablar.

Salió antes que yo y por unos segundos me quedé perpleja. Me recompuse y

cuando salí él ya no estaba. Dudé de cuál era el piso al que iba, pero allí solo se veían unas oficinas tras una puerta de vidrio; al otro lado, una vivienda. Crucé las puertas de cristal y me presenté en recepción. Me hicieron esperar en una salita. Al momento la amable recepcionista me llevó a un despacho que más bien era una sala de reuniones pequeña.

Me recibió un hombre joven, se levantó de su sillón y se presentó.

—Hola. Soy Asier Luján. Mi padre y mis hermanos están al llegar —me saludó con una sonrisa y estiró su brazo para que estrechara su mano. Correspondí al saludo—. Disculpa que moviéramos la reunión, así podíamos estar todos.

—No importa, me ha ido bien venir con tiempo.

La puerta se abrió y entró un hombre de la edad de mi padre, con un aspecto atlético. Detrás, dos ases de mi baraja, Javier y Diego. Creo que me temblaron las piernas.

—¡Pero qué pequeño es el mundo! —exclamó Javier, sorprendido.

—Eso parece —bromeé.

—Estás muy guapa. Distinta... Es el pelo —dijo y me hizo reír. Qué observador. Me pareció demasiado pendiente de mí, no lo recordaba así, aunque claro, cuando lo conocí no le quitaba los ojos, y las manos de encima a mi amiga. Se comportó como si ligase conmigo, aunque tuve la impresión de que quería molestar a su hermano.

—¿Os conocéis? —preguntó el hombre más mayor—. Hola, soy Miguel Luján. Mis hijos, Asier, Javier, a quien parece ser que ya conoces, y este es Diego.

—Papá —intervino Diego—, es Martina. ¿Quién la ha llamado?

Me sonó algo descolocado.

—¿Martina? —El hombre me sonrió de una manera tierna—. Tu tía habló del trabajo que ha hecho en Sa Roca, Lluís me paso el contacto de su estudio.

No quería pensar mal, pero supuse que alguien había preparado el encuentro. Era demasiada casualidad, aunque Diego también parecía

sorprendido.

El hombre se sentó y pude comprobar que la autoridad que emanaba era respetada por cada uno de sus hijos. Abrió un *dossier* y entre él y Asier dirigieron la reunión. Me situaron un poco en la empresa. Eran una administración de fincas y una inmobiliaria. Un negocio familiar en el que trabajaban los tres hijos, el padre y su hermana, con varias oficinas en la ciudad. Hablaron de las propiedades que tenían en *stock*. Algunos pisos estaban en venta, otros en alquiler y un gran número eran inmuebles que compraban, rehabilitaban y sacaban a la venta de nuevo. Tenían muy claro lo que querían. Yo abrí mi bloc de cuadros y saqué un bolígrafo para tomar notas. Los astros me maldijeron porque no escribía y, tras hacer unos rayotes a la espera de que la tinta saliera, Diego me pasó el suyo. Un Montblanc negro.

—Básicamente, nos interesa poner a circular un número de pisos que están estancados —explicó Miguel.

Intentaba escuchar y mantener mi atención centrada en la conversación, pero resultaba muy difícil con Diego cerca. Sentía su mirada y, a pesar de que yo la evitaba, me descubrí con sentimientos encontrados. De pronto, se inició una pequeña discusión entre Asier, Javier y el padre. Los hijos pretendían iniciar la remodelación de la página web, querían cambiar la empresa que se ocupaba de gestionarla, no estaban muy satisfechos y cada uno opinaba una cosa distinta. Diego puso un poco de orden.

—No es el momento de hacer experimentos —dijo muy serio—. Quizás debamos esperar a ver qué nos propone la chica de las fotos.

Estoy convencida de que lo dijo con toda la intención de molestarme. Si mi mirada lanzase rayos X, de esos que paralizan el cerebro, lo hubiera hecho, pero solo pude entrecerrar mis ojos y dedicarle una expresión retadora.

—La chica de las fotos puede hacer muchas cosas, incluso dos a la vez —dije con ironía y Javier soltó una carcajada—. Solo necesito que me digan qué quieren y me pondré en marcha.

—Creo que eso ya se te ha dicho.

¿Pero a este qué le pasaba? Tan pronto decía que teníamos que hablar y luego me hacía pasar por su novia ante su ex y hasta se atrevía a besarme. Todo con una naturalidad aplastante, como si no se hubiese comportado como un cerdo conmigo y ahora iba de chulito. Pues estaba listo si pensaba que me iba a acobardar.

—Diego... —le llamó la atención el hermano mayor.

—Me gustó lo que hiciste con el hotel de Menorca, y creo que en el nuevo restaurante. A mi hermana mucho más, pero esto no es lo mismo —continuó Miguel—. Se trataría de hacer la publicidad de unas propiedades a través de las fotografías y poder incluirlas en la web de la empresa. Pero antes de lanzarnos a cambiar todo, me gustaría ver una muestra, como si fuese un proyecto piloto. Si nos satisface, realizaremos los cambios que mis hijos proponen. Una web nueva, posicionarnos a través de las redes sociales, todo eso que ahora es tan necesario.

—El mundo cambia y, hoy día, quien no está en las redes sociales parece que no existe, por eso hay que utilizarlas bien, servirse de ellas —respondí y aquello era un reto para mí, me encantaba todo lo relativo a promocionarse en la red—. No basta con tener una web o un blog, tienen que ser dinámicos. Su página actual está muy saturada de información, está algo anticuada. Se me ocurren muchas ideas, un video corto, un *render* con imágenes 3D para los inmuebles que se quieran destacar, unas fotografías atractivas de aquellos que estén más estancados. Una página donde el cliente encuentre de una forma clara y animada algunos videos. Se pueden hacer muchas cosas.

—Creo que podríamos empezar por un grupo de propiedades, hacerlas más atractivas al comprador, resaltar algunos aspectos que ahora no se ven, dando énfasis a nuestro nombre de empresa —comentó Asier.

—Estoy de acuerdo, unas veinte propiedades para empezar. Quizás hay que estudiar lo de renovar la web o abrir una nueva. Ya se verá —propuso el padre—. ¿Crees que en una semana tendrás algo para mostrarnos?

—Por supuesto —aseguré, aunque tendría que ponerme las pilas.

—Bien, me gustaría que nos hicieras una presentación de cómo sería la nueva web, varias propuestas de páginas con lo que consideres que nos falta —concluyó—. Diego, encárgate de acompañarla a las propiedades y de lo que necesite.

Fue como una orden, se levantó y, tras unas palabras cordiales, se despidió. Tanto Diego como yo nos quedamos sorprendidos y no tuvimos tiempo de reacción.

Al marcharse me quedé con los tres hermanos.

—Así que eres la Martina de Diego —dijo Asier.

—Eso es mucho decir —rebatí algo molesta—. Yo no soy de nadie.

—Bueno, eso está claro —señaló y me hizo reír—. Me alegra conocerte, ¿te acuerdas de que hablamos una vez?

—Sí, casi me pediste mis credenciales.

Todos rieron y yo empecé a recoger mis cosas. Metí el cuaderno de notas en mi bolso y le devolví el bolígrafo a Diego. Al cogerlo rozó mis dedos con los suyos; fue algo muy ligero, pero ese suave toque con su piel me afectó.

—Deberías darnos tu teléfono para contactar contigo —pidió Diego.

—Ya os llamo yo —refuté. No quería darle mi número, él lo tomó como un juego.

—Puedo darte el mío.

—No insistas —lo corté, habría olvidado lo que me hizo, pero yo no—. Si necesito algo, tengo el de vuestras oficinas.

Me despedí. No me pasó desapercibida la mirada que entre ellos se cruzaron. Asier me invitó a comer, era casi la hora, pero rehusé. Salí con prisa hacia el ascensor y, mientras lo esperaba, Diego apareció a mi lado.

—Tina...

—¡Qué no me llames así! —solté molesta.

Obvió mi tono. Podía sentir su mirada clavada en mí y tenía que reprimir las ganas que me daban de enfrentarlo y preguntarle por qué me dejó sola y

se marchó sin decirme adiós. Por qué se comportó como un cobarde después de aquellos días. Necesitaba oír de sus labios que no significó nada en su vida. Pero no tuve el valor suficiente.

—Necesito tu teléfono...

—No pienso dártelo.

—Es porque necesito quedar contigo por lo de las fotos.

Se puso serio y yo tragué saliva. Iba a tener razón, yo también necesitaría el suyo. Me fijé que llevaba el móvil en la mano. Con bastante poco entusiasmo se lo dicté. Al momento sonó el mío en mi bolso.

—Ahora tú también tienes el mío —dijo con una sonrisa.

El ascensor llegó a la planta y las puertas se abrieron. Entré decidida, pero él interpuso una mano, se puso en medio y evitó que se cerraran.

—Ahora que te he encontrado...

—Ni lo intentes —lo corté—. Puede que tengamos que vernos por trabajo, pero por nada más.

No fui consciente de lo que hacía, pero apoyé la palma de la mano en su pecho y lo empujé un poco, para que dejara de obstaculizar las puertas. Lo observé mirarme mientras estas se cerraban y mi imagen se reflejaba en el acero de la cabina que empezaba un movimiento descendente. Me llevé la mano hacia la nariz y de pronto un montón de emociones me revolviéron. A mi mente vinieron las imágenes y sensaciones que viví con él. Es curioso como un pequeño olor puede hacerte sentir tanto y evocar tantas cosas que creías olvidadas. En ese instante supe que seguía enamorada de Diego Luján. Estaba jodida.

Regresé a la oficina y comenté con Alejo la reunión, me dijo que me organizara como quisiera y soltó como si fuera un comentario trivial que en esas fincas necesitarían alguien en exclusividad y que, si jugaba bien mis cartas, podría hacerme con ellos.

—¿Me estás pidiendo que los tanteé como clientes? ¿Eso no lo haces tú a nivel comercial y esas cosas? —respondí extrañada. Era el colmo si pretendía

que hiciera su trabajo también.

—No, no me has entendido. Sería algo aparte, si lo quieres llevar tú como *freelance* —contestó—. Al estudio no le saldría a cuenta las horas que se llevaría.

Dicho esto, me despidió con la mano y me fui a mi mesa. Me dediqué a ver cómo tenía la agenda y mis tareas pendientes para organizar mi tiempo y optimizarlo. Cuando me iba a ir a comer, me sonó el móvil. Casi bufé, mi madre me había llamado dos veces para recordarme que habíamos quedado por la tarde para ir a ver lo del maldito piso. Empezaba a pensar que debería haberse mudado Irene y no tendría este quebradero de cabeza. Atendí un poco airada.

—¿Sabes que eres una pesada? No se me olvida que a las siete tengo que estar en casa y con actitud positiva para ver pisos.

—¿Te mudas?

La voz que sonó al otro lado de la línea me afectó como un fogonazo en las narices. Tragué saliva y me serené.

—Hola, Diego, pensé que era mi madre.

—No me has contestado, ¿te mudas?

—No creo que eso sea de tu incumbencia —contesté seca.

—Bueno, tengo una inmobiliaria. Algo entiendo.

—No trato de temas personales con los clientes —respondí cortante—. ¿Me llamas por algo en concreto?

—Por supuesto, ¿por qué si no iba a llamarte? —Reconozco que me dolió su respuesta, pero la encajé—. Quería saber si a las cuatro podríamos quedar y vemos algunos pisos.

—No pienso alquilarte ninguno.

—Es por las fotos, la web... ¿recuerdas? —Su voz ya no era tan amable, sonó profesional y yo me di una torta mental. No sé por qué me volvía tonta.

—Vale, me va bien. ¿Dónde quedamos?

—Si no tienes inconveniente, puedo recogerte, pero voy en moto.

Maldije en aquel momento. Yo también tenía moto, una vespa roja, pero estaba en el taller.

—Es lo más rápido para la ciudad —alegó—. Si prefieres, voy a por el coche, aunque seguirá siendo un espacio pequeño para los dos y tendremos problemas con el aparcamiento.

Entendí que para él también era un fastidio tener que acompañarme.

—No, está bien —cedí, tenía que ser profesional—. Oye... ¿podemos quedar a las tres y media?

—No hay problema, a las siete estarás en casa.

Le dije la dirección y colgó. Casi empecé a hiperventilar.

Comí rápido, apenas me entraba nada. Los nervios me tenían atacada. Iba a estar con Diego a solas y no estaba preparada para ello. Aunque él parecía indiferente.

A las tres y media en punto estaba en la puerta de mi oficina con la bolsa de la cámara colgada en bandolera y cruzado, al otro lado, mi bolso. Él tardó cinco minutos.

Vi aparecer una moto Scooter grande, negra, y no tuve duda de que sería él. Se paró frente a mí y se bajó.

—Siento el retraso —se disculpó sin quitarse el casco—. He pasado por casa a buscar un casco para ti.

Abrió el cofre y sacó uno que me cedió.

—He preparado un recorrido por cinco inmuebles. Para empezar, está bien —comentó a la vez que se subía en la moto de nuevo y se movía para cederme espacio. Me subí con cierta tensión, sentirlo tan cerca era una tortura.

Era una situación un tanto surrealista. Fuimos a varios edificios, él se limitaba a abrirme las casas y a esperar a que le dijera que podíamos marcharnos. El primer reportaje fue el que me costó más. Estaba nerviosa con su mirada sobre mí. No encontraba el enfoque adecuado, la luz me parecía insuficiente y maldecía por no tener mejor equipo. Había cogido la cámara

que solía usar en el trabajo: una Nikon D7100, que alguien había dejado de usar porque a veces se atascaba. Lamenté no llevar la mía propia, una Nikon D610, que dominaba mucho mejor. Me hice una nota mental para llevarla en la siguiente sesión. Me sentiría más segura si controlaba el equipo fotográfico. Solo cuando él desapareció un momento para atender una llamada pude concentrarme. Me reocriminé a mí misma ser tan frágil y dejar que me afectara. Debía vivir la situación como él, con distancia. Total, solo había sido el rollo de unos días hacia un año y casi cuatro meses.

En el tercer piso ya me encontraba más cómoda con su mirada sobre mí y su charla tranquila, en la que me relataba algo del piso. Parecía conocer a todos sus propietarios. No sé si estábamos en el cuarto o quinto inmueble cuando, de pronto, abrió la caja de Pandora.

—Me arrepentí mucho de irme y no decirte adiós —murmuró con voz baja, me sonó a disculpa—. Estuvo mal.

—Debías tener prisa si te fuiste con tanto tiempo al aeropuerto —ataqué sin siquiera separar mi ojo del objetivo, no era capaz de enfrentar su mirada.

—Martina... Tina, ¿no piensas mirarme? —pidió—. Necesito decirte que lo siento.

Me armé de valor y enfrenté su mirada. Parecía arrepentido y algo más que no supe identificar.

—Te he dicho que no me llames así.

Se me acercó.

—Cuando te he visto esta mañana no he podido creerlo. No sabía dónde encontrarte. El sábado no me diste opción y no quería hablar con Santi y preguntarle por ti. Pero de pronto estabas allí, delante de mí. Removías el café distraída y hablabas al móvil tan tranquila... He pensado mucho en ti, de veras —alegó al ver que alzaba las cejas ante su confesión.

—No hace falta que te justifiques. Soy mayorcita, sé encajar las cosas —refuté y disparé una última fotografía—. Podemos irnos.

No quería alargar más aquel tema que no podía controlar, tampoco quería

parecer vulnerable ante él, darle a entender que me afectaba todavía y que verlo me removía algo que creía olvidado. Pasé por su lado en dirección a la salida.

—Espera, Tina. —Me sujetó del brazo—. Dame la oportunidad de pedirte disculpas y después puedes mandarme a la mierda si quieres.

—Si necesitas mi perdón para sentirte mejor, lo tienes, pero no vuelvas a llamarme Tina —respondí simulando una seguridad que no tenía.

Asintió con la cabeza y comencé a caminar por el pasillo hasta la puerta, pero algo se movió en mi interior y me volví. Iba detrás y casi me choqué con él.

—¿Sabes cómo me sentí al despertar? —pregunté con rabia clavando mi dedo índice en su pecho—. Estaba dispuesta a que nos viéramos como me pedías, a aceptar que podía surgir algo, aunque estuvieras roto por dentro y me hicieras daño. Me hice ilusiones. Y tú te las cargaste todas dejándome como si hubiera sido una cualquiera de la que no hace falta despedirse a la mañana siguiente.

Casi rompí a llorar, pero tuve la fuerza de retener las lágrimas. Nos miramos frente a frente, como dos animales rivales que están esperando el mejor momento para atacar. Sus ojos iban de los míos a mis labios y me pareció que luchaba consigo mismo para realizar su siguiente movimiento. Deseaba, y a la vez temía, que me besara porque no tenía fuerzas para resistirme. Quería seguir enfadada, el resquemor que durante tanto tiempo albergué en mi pecho parecía querer esfumarse y yo no lo dejaba.

—Fuiste una luz en mis días de tormenta —susurró.

—¡Qué poético! —me burlé.

—Tenías razón. —Obvió mi comentario y continuó—: Estaba herido y necesitaba superar lo ocurrido... No quiero perderte, Tina... Martina. Otra vez, no. Seamos amigos, por lo menos. Empecemos de cero.

—Fui tu rollo de despecho, nada más —contraataqué—. ¿Y qué ha sido eso de esta mañana? ¿Pretendes usarme para darle celos a tu ex?

—Te dije que había muerto para mí y así es —respondió dolido—. No la había vuelto a ver desde días antes de la boda.

Traté de serenarme, no éramos nada, no habíamos sido nada, así que no podía reclamarle. Lo mejor que se me ocurrió fue poner distancia para no hacernos daño.

—Diego, quiero hacer bien mi trabajo, así que voy a pedirte una cosa. — Intenté sonar tranquila, aunque por dentro era otra cosa—. Puedo hacer los reportajes sin que tengas que acompañarme. Si me facilitas las llaves y las direcciones, en un día creo que puedo tenerlo todo, luego es cuestión de trabajar en mi ordenador.

—¿No vas a dejar siquiera que seamos amigos? —preguntó.

—Los amigos están sobrevalorados.

—La chica que conocí no parecía rencorosa.

Me tocó la fibra. Nos miramos y no supe el tiempo que pasamos así, retándonos con los ojos. Al final acepté aquella verdad. Yo no sabía ser rencorosa.

—Está bien... no puedo luchar esta batalla —dije resignada, le tendí la mano y él la estrechó, confuso—. Amigos.

Apretó mi mano con una gran sonrisa.

—Me gustaría invitarte a cenar y...

—Vas muy rápido.

—Solo te pido una cena... Una cena de amigos. Los amigos cenan. ¿El viernes? —Puso cara de perrito abandonado—. Puedes seguir enfadada hasta entonces si quieres.

No podía seguir enfadada con él, me lo ponía difícil, así que me rendí a su encanto.

—Una cena, Luján, el viernes y ahora llévame a casa. Soportar a mi madre porque llego tarde te aseguro que es peor que un castigo.

Me sonrió y me adelantó para abrir la puerta y cederme el paso.

CAPÍTULO 11

La salida con mi madre no estuvo tan mal como había imaginado. La pobre había hecho todo un esfuerzo por no intentar controlar y monopolizar el tema, aunque fracasó bastante. Fuimos a una inmobiliaria con la que había quedado. Pero todo lo que me ofrecían no era lo que yo buscaba o estaba peligrosamente cerca de ella. Y a mi madre la quiero mucho, pero no hacía falta que viviéramos en el mismo edificio, en la misma calle, ni tan siquiera en el mismo barrio. Cuando Irene y yo buscamos piso, nos fuimos al centro. Ella tenía el colegio cerca y yo ponía distancia con mi familia, que puede ser muy absorbente cuando quiere. Por entonces mi padre no hacía más que recriminarme que no le dedicara tiempo a su empresa informática. Colaboré con él varios años, pero Álvaro era su mano derecha y yo quería algo creativo. También insistía en que, si seguía en casa, podría ahorrar mucho. Les costó soltarme. Ahora iba a estar sola. La idea me seducía; aunque podía entender la preocupación de mi madre, tenía treinta y un año. Ya era mayorcita y, además, Barcelona, si uno quiere, es un pañuelo. Mis padres vivían en Sarria, aunque para ella bajar al centro era como irse de excursión a Montserrat.

—Mañana podemos ir a otro sitio, hoy no podían atendernos —dijo al despedirnos.

—No sé, mañana tengo un día muy largo de trabajo —contesté agobiada—, no sé si estaré de humor.

—Bueno, te llamo y terminamos de concretar —resolvió, le di dos besos y

dejé que mi padre me llevara a casa en su coche. Llevaba la cena en un táper.

Al día siguiente cogí mi propia cámara de fotos. Si iba a tener público en mi trabajo, quería dominar por lo menos el equipo. Había dudado en llevarla, pero me jugaba mucho. Por alguna razón necesitaba hacerlo bien, que mi trabajo les gustara.

Diego se empeñó en acompañarme. Me recogió en la oficina como el día anterior y a la hora de la comida ya había hecho los reportajes de siete viviendas. Las había escogido estratégicamente cerca.

Cada vez que tenía que montarme con él en la moto, echaba de menos la mía. Por suerte me había dicho el mecánico que la podría recoger a la tarde. Había tenido un problema con un manguito.

Pensé que se iría a comer y que nos veríamos después, pero me sorprendió cuando, en vez de ir a un siguiente piso, paró frente a un restaurante italiano. Y con toda la normalidad del mundo dijo que tenía hambre y tocaba comer. No pude negarme.

Un camarero nos llevó a una mesa y nos tomó nota. Pedí unos *rigatone al forno* y él, *rissoto al formaggi*. De primero compartimos una ensalada y pedimos pan de pizza.

Le conté que yo también tenía una moto, una vespa roja que me encantaba conducir por Barcelona, y él me dijo que prefería el coche, pero reconocía que para moverse por la ciudad no era nada práctico. Mientras hablaba de la empresa de su padre, cómo se formaron él y sus hermanos, y su posterior incorporación, traté de encontrar al chico que había conocido en Menorca. Realmente parecía distinto, como más sereno. Me miraba muy fijo y con mucha intensidad, pero no dijo nada que pudiera molestarme. Yo también hablé de mi trabajo, era un tema cómodo y seguro. Me apasionaba hablar de él y se me colaron algunas ideas en las que a veces me permitía soñar. Tener mi propio negocio, ser mi jefa. Él me sonrió al escucharme.

—Solo tienes que proponértelo.

Se sirvió agua y continuó con su *rissoto*. De pronto, no sé por qué, toqué un

tema peliagudo.

—¿Por qué le hiciste creer a tu ex que somos pareja?

—No sé, supongo que quería demostrarle que mi vida siguió sin ella.

—Pero tu vida siguió —comenté—. No necesitas a nadie al lado para que sea como tú quieres.

Dejó el tenedor sobre el plato y me miró como si buscara las palabras que iba a decir. Le di su tiempo y al momento empezó a hablar.

—Cuando me conociste yo estaba hecho polvo, sentía que había fracasado en algo muy importante: una mujer, una familia... Descubrir que no eres lo que tú crees para otra persona duele mucho. Necesité conocerte, vivir por unos días algo casi irreal... ¿Sabes? Contigo descubrí que no me gustaba cómo era.

—¿Cómo eras? —pregunté a sabiendas de que no era buena idea.

—Alguien acomodado a la situación. Ganaba pasta en un trabajo en el que no me implicaba, tenía una novia que quedaba bien con mi apellido, una novia a la que ni siquiera me gustaba follarme y que me ponía demasiadas pegas cada vez que quería hacerlo: así no, esto no, hoy no.

—Pues te ibas a casar con ella.

—Eso es lo que más me cabrea. Me dejé llevar por la situación por comodidad y, cuando estaba en el altar y supe que no iría, me quise morir de vergüenza. Necesité varias borracheras y resacas para saber que debía darle un giro a mi vida. Tuve que ir a llorar mis penas y conocerte para saber que no quería ser aquella persona y contigo surgió otra que hacía lo que quería hacer, que se ponía retos... Me sentía vivo.

—Será mejor que nos marchemos —lo corté, escucharlo me estaba despertando algo que no quería que moviera de donde lo había empujado la noche anterior, casi al fondo de mi mente.

—Déjame decirte esto, por favor. —Cogió mi mano sobre la mesa—. Sé que me porté mal al marcharme, pero no fue porque no quisiera saber de ti, sino porque quería ser mejor persona para ti.

—Diego... Te agradezco lo que me dices, pero... deberíamos irnos.

Dudó unos segundos.

—Sí, pediré la cuenta.

Fui a coger mi bolso y sacar el billetero, pero él negó con la mano. Dijo que la comida corría a cuenta de Fincas Luján.

El resto de la tarde fue extraña. La confianza me hacía verlo desde otra perspectiva. Mientras yo hacía las fotografías, él estuvo enviando mensajes y *wasapeando* con alguien un rato. Supuse que sería una chica con la que quedaba y aquel pensamiento me molestó hasta ponerme casi de mal humor.

—Mañana ¿cómo quedamos? —preguntó al dejarme en mi portal. Me quitó el casco y se lo entregué.

—Creo que hemos acabado con las fotos. ¿O queda alguno más?

Por su silencio supuse que hacía un recuento mental y su cara reflejó la respuesta.

—No, ya están todos los de la lista inicial, pero... —dijo y parecía decepcionado— el viernes está muy lejos.

Sonreí, que demostrara que tenía ganas de pasar tiempo conmigo me gustó, pero me di una torta mental. Era peligroso para mí.

—Seguro que encuentras el modo de pasar el tiempo.

Me despedí con la mano y entré en mi portería, con una sonrisa en la cara que debía dibujarme una expresión muy boba.

Cuando entré en casa, me recibió un guirigay que me sorprendió. Denotaba que por lo menos tres personas hablaban a la vez y ninguna escuchaba.

En la sala encontré a mi madre con unas camisetas en la mano, a Álvaro y a Irene discutiendo y a mi padre sentado en el sofá con el mando de la tele en la mano.

—¿Se puede saber qué jaleo es este?

Irene me miró con la cara crispada. Entendí que no quería decir nada, por lo menos nada más. Se dio media vuelta y salió disparada hacia su habitación. Álvaro quiso ir detrás, pero lo frené con la mano y le dije que iría yo. Por el

rabillo del ojo vi a mi madre dejar las camisas en una silla y sentarse junto a mi padre.

Piqué en la puerta antes de entrar.

—Irene... soy yo. ¿Puedo entrar?

—Pasa. —Su voz sonó nasal.

Estaba sentada en la cama con la mirada clavada en el suelo. Di un vistazo a la habitación. Los cajones de la cómoda estaban abiertos y había algunas cosas suyas sobre la cama.

—¿Qué ha pasado?

Me miró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Me senté junto a ella y le cogí las manos.

—Sabes que quiero a tu madre casi más que a la mía, pero con algunas cosas no puedo.

Imagué que habría hecho de las suyas y estaría mangoneando a su antojo.

—¿Qué ha hecho ahora?

—No es tanto lo que ha hecho ella, sino lo que ha hecho él.

Le pedí que se explicara. No estaba yo en plan adivina. Tenía mis propios cacaos mentales.

—Resulta que el señorito quería las camisas planchadas. Al sacarlas de la secadora le he dicho que no podía hacerlo. Tenía trabajo, ya sabes que estoy con la obra de teatro de los niños, *La Castanyera*, y entonces ha llamado a tu madre, que por lo visto tenía que venir, le ha pedido que se las planche y de paso que reorganice el armario y la cómoda. Dice que tengo muchos trastos y no caben los suyos.

Joder con mi hermano. Era el mayor y mi madre siempre lo había sobreprotegido más que al resto. Santi y yo éramos más autosuficientes, pero a él le iba bien que mi madre le hiciera las cosas, así no las tenía que hacer él y ella no se daba cuenta de que, en vez de ayudarlo, lo que hacía era convertirlo en un inútil.

—Pero si mi habitación es más grande. ¿Por qué no os mudáis allí?

—No se trata de eso. Cuando estemos solos ya veremos —dijo y las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. No sé si quiero que te vayas.

La abracé porque empezó a llorar de una forma desconsolada.

—No será mañana, pero algún día me iré. Creo que os irá bien estar solos y tú sabrás meter en vereda al inútil de mi hermano y poner a raya a mamá.

Se secó las lágrimas con las dos manos y me dedicó una sonrisa.

—Cuéntame cómo te ha ido con Diego.

—¡Uf! Para hablar de eso tenemos que estar a solas, no con mi madre en el salón.

Picaron a la puerta y Álvaro metió la cabeza al abrirla un poco.

—¿Puedo hablar con mi novia?

No me dio casi tiempo a levantarme de la cama cuando él se arrodilló frente a ella y se abrazaron como si hiciera días que no se veían.

—No llores, por favor... aprenderé a planchar.

Me hizo reír, pero al ver que ellos pasaban de mí y se centraban en perdonarse, salí de allí y cerré la puerta. Me encontré a mi madre en mitad del pasillo, dudosa, no sabía si llegar hasta la habitación o regresarse al salón.

—¿Qué haces mamá?

—Es que... no quiero que peleen por mi culpa —se excusó—. Voy a disculparme con Irene.

—No es momento ahora. Tu hijo está arrodillado frente a ella.

Con una exhalación, juntó las palmas como si fuera a rezar.

—¿Le está pidiendo matrimonio?

—No, mamá. —Me hizo reír. La cogí de los hombros y salimos del pasillo—. Le dice que aprenderá a planchar y ahora vámonos si no queréis vivir una escena incómoda.

Estaba segura de que esos dos acabarían perdonándose a base de un buen polvo y no es algo que unos padres deseen escuchar y, menos, una hija con sus padres.

Mi padre nos llevó a la agencia inmobiliaria en la que mi madre había

pedido cita y se fue para casa. Alegó trabajo, pero yo sé que quiso escaquearse del todo.

Nada más entrar por la puerta supe que no era buena idea y me censuré el no haberme interesado por el lugar donde mi madre pensaba llevarme.

—Buenas tardes —saludó a un chico que me era tremendamente familiar—. Tenía una cita con...

—¡Martina! —Sergio me miró con entusiasmo y me plantó dos besos.

—Vaya, veo que os conocéis —soltó mi madre a la espera de que la presentara.

—¿No me digas que eres la hija de la señora Belén? —preguntó a mi espalda una voz muy conocida por mí.

Me giré y casi pude ver cómo se reía y yo le hice una mueca de circunstancia. Al volver la mirada hacia mi madre me di cuenta de que estaba a la espera de alguna explicación. El azar es caprichoso; resonó en mi cabeza la frase que Diego me había soltado el día anterior, en el ascensor del edificio de su padre. Cuánta razón tenía.

—Mamá, el trabajo nuevo que estoy realizando es para la empresa de Diego y su familia —le expliqué.

—Ah, entonces ya me quedo más tranquila, porque encontrará el piso perfecto para ti —dijo ella muy digna y se sentó en el sillón que Sergio le ofrecía con una sonrisa maliciosa en la cara.

—Claro que sí, Belén —admitió el amigo de Diego—. Bueno, os dejo con el jefe, que me marchó.

Se despidió con dos besos y se alejó, pero volvió sobre sus pasos.

—Oye, ¿qué tal si nos vemos en el Lamborghini el sábado? —me preguntó—. Podrías traerte a aquella amiga nueva.

—No sé, podría estar bien.—Me reí—. Ya te lo confirmaré.

Diego me miró con cara seria, pero en sus ojos había un brillo especial. Sergio se marchó tarareando una canción

—Bueno, entonces, ¿qué necesitas?

Se mojó los labios en un gesto inconsciente y disparó mis fantasías. Recordé su tacto sobre mi piel, en mi cuello, mis pechos... Tuve que reprimir lo que me provocó. La voz de mi madre me devolvió al presente.

—Me comentaste que tenías algo por el barrio.

Tenía que meter baza o mi madre y Diego me iban a liar.

—A ver —dije y capté su atención—... quiero algo para mí sola. No necesariamente tiene que ser en el barrio, ¿eh, mamá?

Diego empezó a mirar su ordenador y de pronto me preguntó si algún piso de los que habíamos visto ese día o el anterior me había gustado. Le dije que no, eran demasiado grandes para mí o había que reformarlos. Quería algo pequeño, con un espacio donde pudiera trabajar también. Si estaba amueblado, no me importaba, podía adaptarme hasta que decidiera si quería meterme en un piso de propiedad.

—Si es posible que no se tenga que reformar, mejor, y que sea bonito —añadió mamá.

Diego me mostró algunos a través de la web. Necesitaban cambiarla con urgencia. Demasiados clics para entrar en la sección que se quería. Me intrigaron algunos y dos llamaron mi atención: uno en General Mitre, pero estaba peligrosamente cerca de mis padres, y otro en la calle Fontanella, de risa, en el edificio al lado del mío.

—Será más fácil si sabes por dónde te gustaría vivir —comentó Diego al ver que pasaba de un anuncio a otro—. El de General Mitre está muy bien, es soleado y alto.

—Ya...

—A ver... —Mi madre se interesó por él y Diego movió la pantalla del ordenador para que lo viera bien. Mientras ella lo inspeccionaba, foto a foto, yo negaba por detrás con la mano.

Diego disimuló una risa, tuve la esperanza de que pillara la indirecta.

—Bueno, es una lástima que esté reservado —dijo serio y me miró con un brillo en los ojos, supe que algo no me gustaría—. Tengo otros, pero ahora se

me ha hecho un poco tarde y no tengo las llaves aquí. ¿Qué tal si quedamos mañana y te enseño algunos? Puedo enviarte un mail con las direcciones y eliges cuál ver.

—Buena idea, ¿no, Martina? —comentó mamá y yo asentí. Él sonrió triunfal.

Salí de allí con la impresión de que me había marcado un gol. Pero saber que al día siguiente lo vería de nuevo no me desagradó del todo. Cené en casa de mis padres y después mi padre me llevó a la mía. Mi madre me regañó porque quería venir conmigo a ver los pisos, pero le aseguré que quedaría después de trabajar, a las siete, y me era más cómodo ir en mi moto que venir a por ella. Pero era una mentira piadosa, había olvidado recoger la moto del taller, aunque seguro que, si se lo pedía a alguno de mis hermanos, me la llevaría a las oficinas. Prefería ir sola a verlos.

—Cuando tenga claro cuál me gusta, te llevo para que le des el visto bueno, ¿te parece?

Aceptó.

Sin embargo, no me libré de la charla en el coche con mi padre.

—Tu madre quiere tenerte cerca, no creo que sea tan malo —dijo sin perder de vista el vehículo de delante—. Ya sé que se mete mucho en vuestras vidas y quiere seguir teniendo el control de algunas cosas. A estas alturas no la cambiaremos, pero podrías pensártelo. Para ella sería más fácil verte, sabes que ir al centro le cuesta. Le preocupa que pronto vivirás sola.

—La proteges mucho, papá —respondí con cariño. Mi madre no llevaba bien eso del nido vacío y se aprovechaba un poco—. Creo que podríais hacer un viajecito, que le dedicaras más tiempo. Se aburre bastante y a ti te va bien que nosotros seamos el centro de su atención.

—¿La culpa es mía?

—No, no es tuya. Ella elige no hacer nada —afirmé—. Con la de cursos que hay por ahí sobre un montón de cosas que podría aprender. Pero tú no la animas a nada, ella se queja y tú le dices que en casa está bien. No se siente

muy valorada, pero la consientes para que no te dé quebraderos de cabeza.

Se hizo un silencio en el que estoy segura de que le dio vueltas a lo que acababa de decirle. Él tenía su trabajo y se distraía, pero a mi madre le quedaban pocas cosas.

—Antes salíamos más, con amigos —murmuró al fin—. A ella le gustaba.

—¿A ti no?

—Sí, lo pasábamos bien. Cuando estamos en Calella parece otra.

—Allí tiene más vida social y tú estás mucho con ella.

—Quiero mucho a tu madre —dijo como si tuviera que aclarármelo.

—No te digo lo contrario, ni te recrimino nada... A veces puede con cualquiera, hasta contigo —bromeé para romper la tensión que parecía que se había creado.

Llegamos a mi calle y aparcó en doble fila. Le di un beso y antes de salir del coche me retuvo del brazo.

—Te he escuchado y tomo nota —sonrió conciliador—. Espero que tú a mí también.

—Hablaré con mis hermanos y todos lo haremos mejor con mamá, que no tenga que ir ella siempre detrás de nosotros.

Cuando entré en casa estaba todo muy silencioso y me fui a mi habitación. No tenía sueño y me puse a leer en el iPad. Al rato picaron a mi puerta. Era Irene con dos tazas de Cola Cao.

—Ey, rubia. ¿Me haces un sitio en tu cama? —preguntó con una sonrisa.

Abrí el edredón y cogí las tazas mientras se metía y se tapaba. Era una vieja costumbre que teníamos. Cuando nos fuimos a vivir juntas, muchas noches nos metíamos en la misma cama y, con un tazón de Cola Cao, nos contábamos las cosas. Hacía mucho que no lo hacíamos.

—Hemos hecho las paces —dijo.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—No sé, desde que vio a Javier, está raro —respondió en un murmullo y dio un gran sorbo a su taza. Yo bebí pequeños sorbitos, estaba caliente.

—No puede ser tan ingenuo. Tenías vida antes de empezar a salir con él.

—Sí, pero saber que era Javier con quien estaba no lo lleva bien.

—¿Por qué no os vais un *finde* por ahí? Un viajecito de novios —propuse y su cara se iluminó. Era la segunda vez que lo recetaba.

—¿Crees que le gustaría?

—Seguro que sí.

De repente todo le pareció más fácil. Empezó a pensar en lugares, pero no consideró ninguno lo bastante atrayente.

—Irene, al final el lugar es lo de menos, solo que estéis vosotros dos en vuestra burbuja —dije con cierta nostalgia. Mi mente viajó a Menorca a una habitación de hotel que era mi paraíso de flores y corazones, mi país de nunca jamás.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. —Depositó su taza vacía en la mesita, cogió la mía, que acababa de terminar, la puso al lado, y se giró hacia mí—. ¿Te metió la lengua hasta la campanilla u otra cosa?

Me entró la risa y me tapé la boca para reprimir la carcajada

—No, pero me ha dicho algunas cosas bonitas y ha conseguido que lo perdone.

Dio palmadas como una niña pequeña. Me preguntó cómo me sentía y no supe darle una buena respuesta. Diego me gustaba, el verano anterior me había enamorado de él en unos pocos días y, como cantó Sabina, había tardado en olvidarlo quinientas noches. Lo peor de todo era que no creía que lo hubiera conseguido.

—Me besó el día que nos vimos en la cafetería —solté—. Su ex apareció y él me presentó como su novia, dijo: «Cariño, ella es Miriam». No fui capaz de desmentirlo. Lo miró como si eso fuera imposible; al salir de allí, me besó. Supongo que quería que lo viera.

—¿Por qué no besarte sin importar que lo vieran o no? —conjeturó—. Javier me dijo muchas veces que te echaba de menos, aunque nunca se lo dijera. ¿No es raro que, sabiendo que salíamos a veces, nunca le preguntara

por ti, ni un solo comentario? Claro que yo tampoco te mencionaba; la verdad, no hablábamos mucho cuando nos veíamos.

—Para qué perder el tiempo, ¿no? —bromeé.

—Tú tampoco lo pierdas. Te gusta Diego, no le des vueltas y, si surge algo, vívelo.

—No quiero que me rompa el corazón.

—Tendrás que arriesgarte... Dale una alegría a ese cuerpo si se pone a tiro. No renuncies a ese as.

—Tú sabes que yo no soy muy lanzada, pero con él lo fui.

—Eso es lo que me sorprendió de ti en Menorca, que te lanzaste a la piscina y viviste una aventura bonita; con un final feo, vale, pero tal vez ahora puedas escribir otro.

—Con él me sentí con ganas de todo —confesé—. No me ha vuelto a pasar.

—Conectasteis. Creo que tú no sabes estar con alguien sin sentimientos de por medio.

Entendí a lo que se refería. Yo no era una chica que estaba con alguien una noche y a la mañana siguiente, si te he visto, no me acuerdo. No sabía hacerlo, necesitaba implicarme. Hasta ese momento no me había ido mal, aunque mis relaciones se espaciaban en el tiempo y duraban apenas unas semanas.

—¿Y si él no quiere nada conmigo?

—¿Tú quieres algo con él?

—Irene, en Menorca estaba desatada. Te juro que no podía creer que me pasara aquello. No imaginé que yo pudiera ser así. Solo quería que me tocara, que lo hiciéramos de mil formas distintas... Desde que lo he visto no dejo de pensar en estar con él otra vez —confesé y me tapé la cara de la vergüenza que me dio decirlo en voz alta.

—Entonces, no te lo pienses tanto.

Con esa idea traté de conciliar el sueño cuando se fue a su cama.

CAPÍTULO 12

A las siete menos cuarto, cuando me faltaban quince minutos para salir de la oficina, recibí una llamada de Diego. Había pasado gran parte del día dedicada a su cuenta, aunque aún no podía mostrarle nada. Pero ver su nombre en el *display* me emocionó y angustió a partes iguales.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió—. ¿Te queda mucho?

—Bastante, me disteis una semana —respondí contrariada.

—Digo para salir. —Rio y yo me di una torta en la frente. No sabía qué me pasaba con él, parecía en las nubes siempre—. Puedo ir a buscarte o te doy la dirección y nos vemos en uno de los pisos de los que hablamos ayer... Para que sepas de qué te hablo, porque veo que te despistas bastante, es sobre unos alquileres que parecían interesarte.

Debía dar la impresión de que era tonta, pero me reí de su manera de explicarme las cosas. Me hubiera gustado decirle que nos veríamos allí, pero el día anterior, con el jaleo en casa e ir a la inmobiliaria, me olvidé de pasar a buscar la moto al taller. Mi hermano se había encargado, pero no se había dignado a traérmela al trabajo.

—No tengo la moto —contesté y con vacilación añadí—: Si no te importa venir...

—En diez minutos estoy ahí —dijo animado—. No me importa, me encanta sentirte pegada a mi espalda.

Y con esas palabras colgó. Necesité un segundo para calmar a mi corazón.

Cerré los programas que tenía abiertos y concluí mi tarea. Me puse el chaquetón y me anudé la bufanda al cuello. Lo esperé en la calle con mi bolso en bandolera. Apareció a los pocos minutos. Se bajó de la moto y se quitó el casco, me dio un suave beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de mis labios.

—¿A cuál quieres ir primero? —preguntó a la vez que abría el cofre y sacaba un casco para mí.

—No sé, me dejaré guiar por ti —contesté—. Tú eres el chico de la inmobiliaria.

—Bien, sube. —Me hizo espacio y se puso el casco, yo hice lo mismo y ascendí a su espalda. Al no llevar la cámara parecía que estábamos más pegados—. Iniciamos la ruta. Pero dime antes: ¿qué problema tenía el de General Mitre?

—Ninguno, es que mis padres viven casi en la esquina, en la avenida Sarria.

—A mí me gusta ese, tiene algo, pero tenemos varias alternativas. Agárrate.

El día anterior había perdido la tensión que me provocaba ir con él de paquete, y ceñí mis manos a su cintura. En un semáforo las acarició con las suyas y, tapándolas, me dio calor con sus guantes. Fue algo más que un simple roce.

Primero fuimos a la calle Aribau. Era un *loft* y lo vimos muy rápido. No nos gustó a ninguno de los dos. Vimos un segundo piso en Casanovas, pero era muy oscuro y, de noche como era, se veía muy mal. Salimos de allí de la mano, él tiró de mí entre risas y ya no me soltó hasta llegar a la moto. A cada escalón que bajábamos, un disparate mayor se le ocurría de lo que podía pasarme si me quedaba a vivir allí

Después me llevó al de General Mitre, según él tenía que verlo. Era un ático, de unos cincuenta metros y con unas buenas vistas. Me asomé a los ventanales. Las luces de la calle iluminaban la ronda, el comedor tenía una sola bombilla que zigzagueaba queriendo fundirse del todo y parecía que estábamos en penumbra.

—De día se ve distinto —explicó a mi espalda—. Tiene baño con bañera y dos habitaciones, la cocina y el salón con este balcón.

—La mini cocina —maticé y el rio. Lo sentí muy cerca y por instinto me apoyé en él.

—¿No dicen que el tamaño no importa? —preguntó con tono seductor y apoyó sus manos en mis caderas. No me moví y él afianzó el agarre.

—Sí que importa. Me gusta cocinar y hacer pasteles pero, como dices, este piso tiene algo. Además, la bañera le da puntos.

—¿Piensas alguna vez en lo que hubo entre nosotros? —preguntó en mi oído y su voz me hizo estremecer.

—¿Y tú? —Muy despacio había retirado el pelo de mi cuello y noté cómo tiraba de la bufanda hasta que deshizo el nudo y la dejó caer al suelo. Luego sentí sus labios bajo el lóbulo, me ladeé un poco y le di mejor acceso. Rodeó con su brazo toda mi cintura y me pegó a él.

—Cada día un poco más.

Sus labios se habían vuelto más osados y se dirigían a mi boca.

—Diego...

—Tina...

Me giró entre sus brazos y no pude resistir la tentación que aquellos labios carnosos, que veía entre abiertos, suponían para mí. No sé si fue él o si fui yo, pero ambos nos lanzamos a un beso desesperado. Nuestros cuerpos se pegaron como si se reconocieran después de una vida sin sentirse, sin tocarse. Gemí en su boca. Nos besamos larga y apasionadamente, cuando nos separamos los dos jadeábamos. Como cómplice de nuestro beso la bombilla decidió morir y estallamos en carcajadas.

—Vamos —dijo, me agaché para coger la bufanda, él encendió la linterna del móvil y me tendió su mano. Se la di y salimos juntos.

—Mañana podemos ver más, pero...

—Pero ¿qué?

—Si te va bien, podría enseñarte otro. No está tan cerca de tus padres, pero

está por la zona.

—Por mí, bien. —No quería despedirme aún.

—Vamos, sube.

En unos cinco minutos estábamos frente a un pequeño edificio. Parecía que eran pocos vecinos.

—¿Dónde estamos?

—En Capitán Arenas.

Sacó las llaves del bolsillo, me di cuenta de que estas no tenían la plaquita que indicaba la dirección, sino que las tenía unidas a otras. No dije nada, tuve la impresión de que era un piso especial para él y quizás no lo enseñaba mucho. Tal vez había vivido en él.

Encendió todas las luces. Estaba amueblado con mucho gusto. Moderno y minimalista. Tenía dos habitaciones, una grande, otra pequeña, un lavabo con ducha, una cocina bastante decente y un salón muy bonito.

—¿Te gusta?

—Es precioso.

—Tiene calefacción y aire acondicionado. Los muebles son nuevos.

Me quité el abrigo, no sé si la calefacción estaba encendida, pero la temperatura de mi cuerpo iba en aumento. Él también se quitó el chaquetón de moto, llevaba unos chinos y un jersey negro de cuello alto. Se sentó en el sofá; era marrón chocolate, bastante ancho y con *chaiselongue*. Yo merodeé por el salón y repasé de nuevo el dormitorio. Era un piso espectacular, para mí era perfecto, pero supuse que había gato encerrado. Estaba listo para entrar a vivir. Se lo quitarían de las manos. Revisé la cocina y salí al recibidor, abrí la puerta de la calle y comprobé que había una más en el rellano. En la planta de arriba supuse que había otros dos vecinos.

Regresé al salón y me observó en silencio. Se levantó y caminó hacia mí sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Qué le pasa a este piso? —pregunté.

—¿Por qué crees que le pasa algo?

—No entiendo cómo no está ya alquilado.

—Todavía no ha salido al mercado. ¿Te interesa?

—Podría, pero seguro que se me va del presupuesto.

Diego dio los pasos justos hasta llegar a mí. Casi por instinto de supervivencia di unos atrás, hasta chocar con una mesa. Sentirlo tan cerca me nublaba la razón

—No hablemos del piso, por un momento —dijo y me tomó de la mano—. Quiero besarte de nuevo.

Sujetó mi cara con ambas manos y se aproximó hasta que nuestras bocas se sellaron. El calor se extendió por mi cuerpo. Crucé mis manos por detrás de su cuello y él me abrazó por la cintura, pero casi a la vez nuestras manos cobraron vida: sentía las suyas por todas partes y las mías se aventuraron por debajo de su jersey. Sin dejar de mirarme se lo quitó y pude ver aquellos pectorales que había besado tantas veces. Lo acaricié.

—No voy a poder parar... si quieres que me detenga, tendrás que dejar de tocarme.

—Yo también quiero que me toques...

Mis palabras fueron como el silbato que anuncia el inicio de un partido. Uno al otro nos quitamos la ropa con prisa. Nos urgía el deseo. A trompicones, con las bocas pegadas y enredados en los brazos del otro, buscábamos apoyo. Caímos sobre el sofá y allí desatamos la pasión que ya no podíamos contener. Se apresuró a colocarse un preservativo a la vez que decía lo que me deseaba. Se introdujo en mí con un jadeo, besó y chupó mis pechos y sentí que realmente lo había añorado. Solo él sabía llevarme a aquel estado de excitación y necesidad. Se movió acelerado y entre risas caímos al suelo, pero no nos importó, siguió embistiéndome con frenesí, de una forma agitada, igual que mis jadeos.

Fue rápido y desesperado. Cayó exhausto sobre mi pecho; luego, como pendiente de algo, rodó y me llevó con él. Observé que se retiraba el condón, lo apartó con un nudo y quedamos abrazados.

—Cuando pensaba en ti, nos imaginaba desnudos. Así, tocándonos y reconociendo cada lunar de nuestra piel. Te he soñado muchas noches — confesó y me dio un beso en la nariz.

De repente unas tripas sonaron, fueron las mías. Aquel sonido rompió el momento y empezamos a reír.

—Creo que tienes hambre. —Se levantó y tiró de mí. Nos vestimos entre risas cómplices al recoger la ropa del suelo, que estaba desperdigada por todo el salón.

Salimos de allí de la mano y me llevó a casa, pero antes de dejarme en ella fuimos a comer unas tapas a uno de los bares de Rambla Cataluña. Me preguntó por qué me mudaba y, al contarle que Irene y Álvaro iban a vivir juntos y yo no quería ser su carabina, se echó a reír. Debió asociar porque comentó que Javier no había salido con nadie en serio, por lo visto no era capaz de seguir con la misma chica más allá de unos meses.

—Mañana no sé si podré verte —dijo cuándo le entregué el casco, ya en mi portal—. Tengo mucho trabajo, pero te mandaré un listado de otros pisos.

—¿Qué problema tiene el último? —pregunté curiosa.

Me miró en silencio y comprendí que pensaba su respuesta.

—¿La verdad?

—Por supuesto, siempre.

—El dueño... vive en el piso de arriba.

—Puedo ser una vecina muy simpática.

Se echó a reír y me contagió.

Le pedí que hiciera una oferta. Respondió, misterioso, que el dinero no sería problema y con curiosidad quiso saber si realmente me iría a vivir allí, tan lejos del centro. Asentí convencida. Miré el reloj y vi que eran las doce y media. El tiempo con Diego pasaba volando.

—El viernes está más cerca ya —dijo al acomodarse en el sillín, después de guardar mi casco—. Estoy deseando que llegue.

—Faltan dos días. —Me reí al decirlo.

Tiró de mi mano hacia él, me besó con suavidad los labios y susurró en mi oído.

—Quiero repetir y que pases la noche conmigo.

Entré en mi portal como si flotara en una nube; pensé que podía estrellarme, pero también podía tocar las estrellas y me iba a conceder ese capricho.

Recibí un *e-mail* de Diego a mitad de mañana, era bastante aséptico y me sorprendió. En él me detallaba un listado de varios pisos, cerca de la casa de mis padres, pero también algunos por otras zonas, sobre todo por el centro. A cada dirección asociaba un *link* y pude echarles un vistazo a las fotografías que de ellos se incluían. Señalé unos para visitar.

Durante un buen rato dudé si enviarle un *whatsapp* de agradecimiento, al final lo hice. Me contestó al cabo de bastante tiempo.

Diego Luján: Podemos verlos el sábado, si quieres.

El sábado tenía comida en casa de mis padres y escaparme a mitad de tarde iba a ser difícil. Y por la mañana no sabía si me daría tiempo.

Martina: El sábado tengo comida familiar. Por la tarde no puedo.

Tardó menos de unos segundos en responder.

Diego Luján: Por la mañana no pienso dejarte salir de la cama.

Al leerlo mi estómago se contrajo al imaginar sus planes. Un segundo mensaje me cortó la inspiración.

Diego Luján: Tengo que dejarte, hablamos más tarde.

Le envié un emoticono de carita sonriente y él me devolvió uno con un beso de amor. Nada de carita, sino esos labios rojos del WhatsApp que estampan un beso. Me puso tonta.

No supe más de él en todo el día.

Yo también estaba muy liada. Trabajé en su cuenta y terminé algunas tareas

de otros clientes que tenía pendiente. A mitad de tarde hablé con mi madre, me llamó preocupada. Quería saber algún plato preferido de Irene para cocinarlo en su honor el sábado. Mamá no soporta estar en falta con alguien, quiere congratularse siempre y, si percibe que metió la pata, intenta subsanarlo agasajándote de alguna manera. Aunque no siempre lo percibe.

—Le encanta la lasaña, mamá —respondí—. Pero haz lo que tengas pensado. Ella no está molesta contigo, fue con Álvaro. Y te aseguro que ya han hecho las paces.

Ella inició un monólogo sobre las cualidades de Álvaro en las que no destacó su poca tolerancia a la frustración. De ahí pasó a Santi, del que dijo que era un vividor, que se gastaba todo lo que ganaba y que nunca ahorraría, pero que con su labia era un afortunado y tenía éxito con las mujeres. Esperaba que en su trabajo fuera más serio. Concluyó que ella había educado a unos chicos decentes y que sabía que al final harían lo correcto, por eso no tenía duda de que Álvaro dejaría de marear la perdiz con Irene y se le pasarían los celos.

—¿Qué celos, mamá? —pregunté curiosa.

—¿Cuáles van a ser? Tu hermano se compara con el chico ese con el que salía antes Irene —señaló muy metida en el papel de madre protectora—. Cree que él no vale tanto, y me preocupa porque acaba huyendo de las cosas que no controla. Mira, yo no sé cómo será ese otro chico, pero mi Álvaro vale mucho. Menudo hombre que es, serio, cabal y muy guapetón.

—Mamá, deja la película —la corté—. Irene lleva enamorada de Álvaro desde los quince años, ¿crees que ahora que está con él se va a arriesgar a perderlo? Quizás ese pedazo de hombre es un poco tonto y ve cosas que no son verdad.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, mamá —la tranquilicé—. Tú no te metas. Son mayorcitos para arreglar sus cosas.

—Tienes razón y no hay nada como una buena reconciliación.

Pues sí, nada como una buena reconciliación. Después de eso, la conversación murió. No tanto porque mi madre se quedase sin temas para hablar, sino porque yo estaba en el trabajo y por lo menos debía aparentar que hacía algo.

Me hice una nota mental de llamar a mis hermanos al salir, quería comentar con ellos algunas cosas.

Por suerte tenía mi moto y al terminar en la oficina me fui directa a casa. Al llegar encontré a mi hermano solo. Me alarmé. Irene solía estar en casa cuando yo llegaba. Él me tranquilizó.

—Ahora vuelve, ha ido al súper.

—¿Por qué no la has acompañado? No está cerca.

—No me apetecía —dijo tan pancho y se encogió de hombros.

Con toda la paciencia que pude reunir para no soltarle una fresca, me senté a su lado. Él miraba una película en la tele; cogí el mando y la apagué.

—¡Eh! Que la estaba viendo —se quejó.

—A ver, Álvaro —indiqué conciliadora—. ¿No crees que como novio eres un poco desastre?

—¿Qué quieres decir? ¿Porque no he ido al súper? —preguntó extrañado.

—Por eso y porque eres muy comodón. No te veo nunca hacerle la cena o preguntarle por su trabajo.

—Cocinas tú casi siempre, o ella improvisa algo.

—Exacto. ¿Y tú? ¿Tú qué haces? Las tareas de casa te dan alergia y aquí no vive mamá, aquí lo hacemos todo nosotras.

Le solté un rollo que tuve la impresión de que era una replicante de mi madre, pero era que, si mi hermano seguía por ese camino, le iban a dar la patada muy rápido. Las mujeres de ahora no queremos un hombre en el sofá, sino alguien al lado que haga de pinche, cocine, coja la escoba y limpie el baño, además de usarlo.

—Y otra cosa —añadí—, deja de ver fantasmas donde no los hay.

—Ya has hablado con mamá... parece radio macuto.

—Mira, mamá lo que más desea es verte en el altar, con chaqué e Irene del brazo. —Mi comentario lo hizo reír y, como no parecía enfadado con todo lo que le decía, continué—. Pero olvídate de qué quiere mamá y piensa en lo que quieres tú.

—Yo... quiero a Irene —confesó con cierta vergüenza.

—¡Pues díselo! —exclamé—. No creo que lo sepa.

—¿Pero si le dije yo de vivir juntos?

—¿Te crees que las cosas porque se suponen no hay que decirlas?

—En la cama...

—¡Eh, eh, eh...! En la cama puedes ser una fiera si quieres, pero no me lo expliques —lo frené, no quería saber sus cosas de alcoba. Ya tenía bastante con escucharlos algunas noches, no necesitaba una imagen gráfica—. Álvaro, serás un cerebritito, pero emocionalmente eres muy torpe.

—No soporto que sea amiga de Javi —reprochó—. La ha visto desnuda, joder.

—Sí, tenía vida antes de ti —concluí y le apreté la rodilla—. Pero a ver... Está contigo, te escogió a ti... Sin embargo, si no la cuidas y te muestras celoso y la coartas en sus relaciones, la perderás.

Se quedó callado, supuse que daba vueltas a mis últimas palabras. No dijo nada más y encendió de nuevo la tele, pero yo volví a apagarla.

—Creí que se había acabado la charla —señaló.

Pocas veces había hablado con mi hermano con esa confianza y yo parecía lanzada, así que saqué el tema de mi madre. Por suerte y, para mi sorpresa, él opinaba como yo. Mamá lo estaba pasando mal, se sentía sola y nos agobiaba. Papá tampoco sabía muy bien qué hacer. Llamamos a Santi y se presentó al poco tiempo. Ellos también opinaban que un viaje le sentaría bien. Decidimos que sería un regalo nuestro y yo me auto propuse para comprarle una de esas cajas de *Smartbox*.

—Podríamos estirarnos un poco más —sugirió Santi—. Una semana en Canarias, allí se debe estar bien en esta época. Aunque no sé si él se puede

ausentar de la empresa tantos días. ¿Cómo lo ves, Álvaro?

—Bien, nos adaptaremos. Además, empieza alguien nuevo.

La puerta se abrió e Irene apareció cargada de bolsas. Mi hermano mayor se levantó de un salto y se las cogió.

—No sabía que ibas a cargar tanto —se justificó—. La próxima vez vamos los dos.

—¡Hostias! Yo quiero ver eso —soltó Santi y sin poder evitarlo le di una colleja de la que se resintió con un exagerado «Ay».

Se fueron hacia la cocina y Santi aprovechó la ocasión.

—¿Hay algo entre Diego y tú?

Me puse roja de pronto.

—No sé, algo. ¿Cómo te has enterado?

—No te cabrees, pero es una apuesta entre Sergio y yo.

—¡Santi!

—Hermanita, es tu vida —replicó echándome el brazo por el cuello y atrayéndome hacia él—. Pero que sepas que este es de los que se casan.

—¿Qué apostaste? —pregunté entre risas.

—Que le dabas calabazas. —Me miró esperanzado—. Quien pierda paga todas las copas del otro una noche. —Esperó mi respuesta, impaciente.

—No te olvides la cartera el sábado.

Empezamos a reír y él se abalanzó sobre mí. Tuvimos una guerra de cosquillas. Pero al ver a Irene salir de la cocina en dirección a su cuarto, me incorporé de un bote.

—¿Todo bien? —pregunté con cautela.

—Voy a darme una ducha —respondió—. Santi, supongo que te quedas a cenar. Tu hermano está preparando unas pizzas.

—¡Joder! Esto hay que verlo, es histórico —exclamó y saltó del sofá hacia la cocina.

Hice un gesto de victoria con el dedo, ella se sonrió y puso los ojos en blanco. Bien por mi hermano, un punto para él.

Cuando me metí en la cama, Diego rondaba por mi cabeza. Había sido muy fácil estar con él. No podía engañarme, no había sido capaz de resistirme, pero creo que fue porque no me empeñé en ello. Sentir que me deseaba fue suficiente para romper las barreras que había creado en mi mente en torno a él. Me pregunté si estaría dormido y, sin pensarlo demasiado, cogí el móvil y le escribí.

Martina: Buenas noches. ¿Estás dormido?

A los pocos segundos recibí su respuesta.

Diego Luján: Si lo estoy, estás en mis sueños.

El Whatsapp me anunció que seguía escribiendo. Al momento apareció su mensaje en pantalla.

Diego Luján: ¿Qué haces?

Martina: Acabo de meterme en la cama.

Diego Luján: Espero que sola.

Martina: Pues te equivocas, con el iPad, pensaba leer un poco.

Diego Luján: Mañana tendrás sueño.

Tardé en pensar una respuesta y él se me adelantó.

Diego Luján: Tardas mucho. ¿No te estarás tocando? A saber qué lees.

No pude contener la risa y me tapé la boca por si lo había hecho muy alto.

Diego Luján: No lo hagas, yo no estoy contigo.

Me entró calor de golpe y estuve tentada de abrir el nórdico para refrescarme. Pensé una respuesta y entré en el juego.

Martina: Si tú lo haces, piensa en mí.

Diego Luján: Lo haré... Las dos cosas.

Traté de esquivar la imagen, pero aquella frase me provocó muchas cosas. Sin embargo, no era tan atrevida para seguir por aquel camino.

Martina: Buenas noches, guapo.

Diego Luján: Hasta mañana, preciosa.

Dejé el móvil en la mesilla y aún sonó un nuevo mensaje. Lo abrí rápido. Era un beso.

La conversación me había quitado las ganas de leer. Dejé el iPad en la mesilla y apagué la luz. Diego revoloteó un poco más en mi mente, hasta que me dormí.

CAPÍTULO 13

Pasé todo el día alterada. Medio atacada, medio excitada ante la expectativa de mi cena con Diego. Él me había dicho que quería que pasara la noche con él. No sería la primera vez que durmiéramos juntos, pero estaba inquieta porque mi mente evocó nuestra última noche y la angustia se coló como una esquirla en mi corazón.

Al mediodía me había enviado un mensaje en el que me decía que pasaría a recogerme a las ocho. A las cinco me entró la *neura* de qué me iba a poner y a las seis le dije a Alejo que salía antes.

Encontré a Irene en casa, medio dormida en el sofá.

—Qué pronto llegas —dijo a la vez que se sentaba.

—He salido antes, estoy de los nervios.

Reímos por la cara que le puse.

—Voy a darme una ducha de una hora a ver si me relajo.

—No exageres. Venga, ves. Prepararé un té calentito, seguro que te sienta bien. —Se fue hacia la cocina y yo a mi habitación, desde allí la oír gritar—. ¿Qué vas a ponerte?

—No sé —chillé para que me escuchara.

Me tomé mi tiempo bajo el agua caliente y me enjaboné con mimo. No me dediqué a otros menesteres. Bendita depilación láser en la que había invertido un buen pellizco el otoño anterior. Me lavé el pelo y lo obsequié con una mascarilla. Al salir me vi envuelta en una nube de vapor. Decidí que ya era hora de estrenar una crema corporal que había comprado, del mismo aroma

que el perfume que solía usar, Allure, de Chanel. No tardé una hora, pero por lo menos más de media. Salí envuelta en mi albornoz y con una toalla en la cabeza. Irene me riñó porque había tenido que calentar los tés dos veces.

—¿Qué te vas a poner?

Entendió, por la cara que puse, que no estaba segura y de una forma algo teatrera se terminó de beber el té, dejó la taza sobre la mesa y se levantó.

—Vamos a revolver ese armario —dijo muy flamenca. Di un sorbo al mío y abandoné la taza sin terminar.

Fuimos a mi habitación y empezamos a colocar sobre la cama posibles conjuntos.

Después de probarme algunos, decidí que iría con pantalones. Elegí unos ceñidos, me gustaba cómo me quedaban con un jersey gris perla largo y unos zapatos abotinados con plataforma y tacón alto.

—Hace tiempo que no te veía tan ilusionada con una cita —señaló Irene de pronto.

—He decidido vivir al límite —solté entre risas y la toalla de la cabeza se desmoronó.

—Anda, ven aquí que te seco el pelo.

—¿Y tú? —quise saber—. ¿Estás bien? Con Álvaro me refiero.

—Sí, supongo que nos estamos adaptando el uno al otro. Anoche estuvo genial. —Me sonrió a través del espejo de una forma pícar—. Gracias.

—¿Y a mí por qué me das las gracias?

—No soy tonta. —Se rio—. Tuviste que decirle algo.

Tardó más de lo que pensaba en secarme el pelo, pero el resultado me gustó. Se sentó sobre mi cama y me observó. Busqué un conjunto de ropa interior bonito y me vestí. Después me pinté de una manera muy suave y metí algunas cosas en un neceser pequeño que incluí en el bolso.

Irene me miró sorprendida.

—No vendré a dormir —le aclaré.

—Entonces te daré un consejo —propuso entre risas—. Yo metería unas

braguitas en ese neceser. Mañana lo agradecerás.

—¡Qué sabia eres! —exclamé y, al pasar por su lado para ir a mi cajón de la ropa interior, le di un sonoro beso en la mejilla.

Un ruidoso portazo nos sobresaltó y la voz de Álvaro nos hizo reír.

—¡Cariño!

—Se parece a Pedro Picapiedra llamando a Vilma —solté y reímos a carcajadas. Mi hermano debió seguir las risas.

—¿Qué hacéis aquí metidas? —preguntó a la vez que se dirigía a Irene y la besaba en los labios. No esperó respuesta y volvió a preguntar, esta vez a ella—. ¿Te apetece un cine?

Terminé de meter lo que quería en el bolso, cogí un fular negro y mi abrigo rojo.

—¿Sales? —preguntó mi hermano, extrañado.

—Cariño —dijo Irene con guasa—, la niña tiene una cita, no vendrá a dormir.

Empezó a hacerme preguntas que parecían más de un padre que de un hermano. Aunque de uno mayor que yo, podían darse por válidas. Salí con el abrigo y el fular a medio poner de la habitación y me siguió, Irene lo siguió a él.

—¿No vas a decirme con quién sales? —preguntó en otro tono menos beligerante.

—Salgo con Diego.

—No sé si me gusta.

—No es a ti a quien ha de gustarte —respondió Irene por mí—. Es mayorcita.

Mi hermano nos miró a ambas y supongo que pensó que tenía la batalla perdida, así que se dirigió a su novia y en tono pícaro resolvió la afrenta.

—Esta noche tenemos carta blanca en toda la casa.

—Bueno, pasadlo bien. —Me despedí con un par de besos a cada uno—. Nos vemos en casa de los papás mañana.

Esperé a Diego en el portal, era casi la hora. Llegó muy puntual. Venía en coche, un Audi gris plateado muy bonito. Aparcó en doble fila y salió a recibirme.

—Hola —murmuró frente a mí.

Apenas pude responderle. Me sujetó por la cintura con una mano y me atrajo hacia él, pude sentir sus caderas chocar con mi cuerpo, subió la otra mano por mi espalda hasta que llegó a la nuca. Entonces acercó su boca a la mía y me besó. Fue un beso que empezó suave, pero que se convirtió en voraz en unos segundos. Yo me dejé llevar, subyugada por la sorpresa, y respondí con la misma ansia. Entrelacé mis manos por detrás de su cuello y acoplé mi cuerpo al suyo. Sentí cómo me acariciaba el pelo de la nuca. Nos separamos con desgana pero, atraídos por la fuerza centrípeta, nuestros labios volvieron a unirse, conscientes de que aquello era el prelude de una noche intensa de pasión. Al separarnos necesité apaciguar mi respiración y hundí mi cara en su pecho, a la vez que él me envolvía entre sus brazos.

Al levantar la vista me avergoncé por la mirada de una mujer. Él debió darse cuenta

—Perdona, tenía tantas ganas de verte —murmuró y extrañado preguntó—: ¿Te incomoda que te bese en público?

—No, no es eso... es que... nos miran. ¿Conoces a esa mujer?

Diego se giró despacio y sonrió tenso. Me sujetó de la mano y la mujer terminó de acercarse.

—Perdona, pero no me esperaba esta escena —dijo a Diego, con cierta confianza.

Era una mujer de la edad de mi madre y clavaba sus ojos en mí con curiosidad.

—Hola, tía —saludó—. Es Martina. —Me miró y añadió—: Mi tía Julia.

—Hola, Martina. —La mujer se dirigió a mí y me dedicó una amplia sonrisa—. Disculpa que haya sido tan cotilla, pero es que no me esperaba salir de El Corte Inglés y tropezarme con una muestra de afecto así.

Sonreí. No sabía qué hacer: si darle dos besos o meter la cabeza bajo tierra. Ella decidió por mí y me plantó un beso en la mejilla.

Iba cargada con lienzos para pintar.

—¿Quieres que te llevemos a casa? —preguntó Diego, amable.

—No, en absoluto —respondió ella—. Ramón me espera en la esquina. Bueno, chicos, os dejo. Me ha gustado conocerte, Martina.

Nos volvió a dar un beso y observamos cómo se alejaba.

—Nos han pillado —me burlé.

—Está claro que no voy a poder esconderte.

Nos montamos en el coche y se sumó a la circulación. Sonaba una música suave, no supe identificar al grupo y opté por no parecer una ignorante musical, como era, y no hice preguntas sobre el tema.

—Bonito coche, ¿qué modelo es?

—Un Audi A4.

—¿Por qué no has traído la moto?

—No quiero que mi chica pase frío.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Tu chica? Corres mucho, ¿no?

—Voy al límite permitido.

Pasó de responder, o más bien, se salió por la tangente. En cambio, me explicó que íbamos a cenar a un restaurante en Montjuïc y que en la montaña hacía frío.

—Te gustará, las vistas son espectaculares.

Al llegar tomamos una copa antes de que nos dieran la mesa. No había estado nunca y me arrepentía de no conocer un sitio tan bonito como aquel. La panorámica era impresionante. Barcelona a nuestros pies. Las luces de la ciudad dibujaban su perfil y, junto a la ambientación, le daban un aire romántico al lugar. Supongo que la compañía también ayudaba. Tenía que recomendárselo a Irene para que sorprendiera a mi hermano.

Me comentó que había hablado con Sergio y que nos esperaba el sábado

por la noche. Tenía la loca idea de que la amiga de Irene caería en sus brazos, de Javier no aseguró si iría. Habló de su tía, dijo que era lo más parecido a una madre que tenía y sus palabras reflejaron el enorme cariño que le profesaba. Me recordó que Lluís era sobrino de su pareja y que visitaba Menorca con frecuencia. Al saber que el negocio había crecido, en parte gracias al éxito de la nueva web y las redes sociales, quiso mejorar la imagen de las fincas y ella había sido la impulsora de que me buscaran. Dijo que debía darle las gracias. Me gustó escuchar que alguien que no me conocía alabara mi trabajo.

—Salva abrió otro restaurante —me informó.

—Lo sé. ¿Quién crees que diseñó su estrategia publicitaria?

Se llevó una mano a la frente y se dio un pequeño toquecito que me hizo reír.

Un camarero nos vino a avisar, podíamos ir a nuestra mesa cuando quisiéramos; lo seguimos y nos dejó la carta. Pedimos unos entrantes y, de segundo, carne, los dos. Yo, *confit* de pato y él, entrecot de Gerona. Nos aconsejó un rioja y nos dejamos guiar.

La conversación era amena. Si alguien nos veía de lejos, podría haber dicho que éramos una pareja consolidada por el tiempo y aquella idea me atrapó. Él insistió en que probara su primer plato y, con su propio tenedor, me metió en la boca un trozo de saquito de verduras con queso mascarpone y parmesano, y yo le di a probar de mi terrina de *foie* con manzana caramelizada.

—Quiero estar contigo —soltó de pronto casi al acabar el segundo plato—. Llevas demasiado tiempo en mi cabeza, ahora que te he encontrado, no quiero perderte.

Me miró con intensidad. Me dio tiempo para que asimilara sus palabras y le diera una respuesta. Me proponía algo que yo no sabía hacer. Por lo menos, no se me había dado muy bien antes.

—¿Me estás proponiendo que seamos pareja o algo así? —pregunté y bajé la voz a la vez que acercaba mi cuerpo a la mesa como si conspirara.

Él me sonrió, elevó sus cejas a lo Groucho Marx e imitó mi gesto.

—Algo así. Además, conlleva una proposición indecente, quiero mucho sexo —susurró, luego se irguió y continuó comiendo.

—Yo no me manejo bien en las relaciones —me justifiqué—. No me han durado demasiado nunca.

—Podemos probar, ¿no te parece?

Le sonreí. Me gustaba su idea, aunque pensé que íbamos muy deprisa, y me daba un poco de vértigo.

—No hace falta ir rápido —alegué—. Apenas nos conocemos.

—No necesito conocerte más. Sé que te gusta nadar y lo haces desde los siete años, que te gusta ser creativa y hacer fotos, que adoras a tus hermanos y que permites a tu madre un cierto control sobre ti. Sé cómo te gusta que te bese y que te toque. Sé que me vuelves loco cuando te mueves sobre mí...

Creo que me ruboricé un poco, me cogió una mano y me dedicó una media sonrisa.

—Yo solo quiero decirte que... estoy contigo —dijo casi nervioso, como si esas palabras fueran una declaración de amor—. Si tienes pensado irte con otro tío no va a poder ser, porque no pienso dejarte.

—Lo tendré en cuenta —respondí risueña y bebí de mi copa, él hizo lo mismo, pero antes chocó en la mía. Era una especie de sello por lo que acabábamos de acordar.

El camarero rompió el momento, se llevó los platos y nos preguntó por el postre. Los dos somos golosos y pedimos *coulant* de chocolate con helado de vainilla.

Salí de allí con la sensación de que era una mujer distinta a la que había entrado, tenía una relación. No quise pensarlo mucho. Me encontraba muy bien con él, podíamos conversar de muchas cosas y, no sé, pero me sentía más cercana a él que a nadie en mi vida. Era raro porque nos conocíamos relativamente poco. Sin duda, no éramos quienes habíamos sido, pero nos acercábamos bastante a lo que queríamos ser, juntos.

Me estremecí. Diego tenía razón, hacía frío y humedad en la montaña de Montjuïc, y él me cobijó bajo su brazo. Al llegar al coche me apoyó en la carrocería, antes de abrir mi puerta.

—¿Te apetece tomar algo? Podemos ir a Luz de Gas si quieres o a otro sitio —me preguntó muy cerca.

No respondí, su aroma me tenía casi embrujada. Me acerqué despacio a sus labios y los besé. Fueron besos tentadores, su mano se ciñó a mi cintura y me pegué a él, pude sentir cómo se excitaba.

—Ahora solo me apetece una cosa —susurré en su oído.

Nos metimos en el coche con prisa. En la mente de los dos solo había una idea: la necesidad de saciarnos el uno del otro. Apenas hablamos. Observé que tomaba por *Entença* hasta la avenida Sarria y el recorrido se me hizo demasiado familiar. Poco más de veinte minutos después entraba en un estacionamiento en una calle a la que ya me había llevado. Lo noté algo nervioso, pero me hice la despistada. En el aparcamiento estaba su moto y ningún vehículo más. Salimos en silencio y tiró de mi mano hasta un ascensor.

No sé qué tienen los ascensores, pero en el momento en el que entramos, la atmósfera se cargó de la tensión que llevábamos acumulada bastante rato. Dio al botón y la cabina empezó a ascender. Tal vez fue él quien se abalanzó sobre mí, tal vez yo no pude soportar más la atracción que sentía. Nuestros cuerpos colisionaron en busca del otro. Nos devorábamos con desespero y ansia, como preludio de una noche de pasión.

El elevador se detuvo y las puertas se abrieron, pero absortos del resto del mundo seguimos en un juego de roces y besos. Al momento volvieron a cerrarse.

—Me encanta besarte, rubia, pero como no salgamos de aquí voy a desnudarte y hacértelo contra el espejo —dijo y yo no pude más que sonreírle. Quizás sería yo quien lo desnudara.

Tocó un botón y las puertas se abrieron. Entramos en su casa. Diego

encendió las luces y ante mí apareció un salón súper grande y espacioso, con una chimenea al fondo, amplios sofás en piel negra alrededor de una alfombra que se apreciaba mullida y cálida. En otra zona, una mesa de seis comensales y unos muebles bajos y modernos formaban la decoración. Pocos cuadros y alguna foto adornaban las paredes. Dejé el abrigo y el bolso en el sofá, y él se desprendió también del suyo. Caminó hacia la chimenea y se arrodilló frente a ella.

—Se encenderá enseguida —señaló mientras trasteaba con un encendedor—. ¿Te apetece un poco de vino? Tengo uno bastante bueno. —Asentí risueña a la vez que se incorporaba—. ¿Quieres que te enseñe la casa mientras prende el fuego?

Me dio la mano y me hizo la ruta turística. Era un piso amplio y cómodo. Su dormitorio era el típico masculino y funcional. Se notaba que por allí no paraban las mujeres mucho tiempo. La cama era bastante grande y estaba vestida con una colcha edredón gris oscuro, a juego con unos estores y el color de las paredes. Era un pequeño abanico de grises. En uno de los laterales había dos puertas, supuse que uno sería un baño y el otro me dijo que era un vestidor. El baño era la ilusión de muchas mujeres. Espacioso, con un gran espejo sobre la encimera y el lavamanos, que le daba mayor amplitud. Tenía separada la zona de baño del aseo. Era muy completo, ducha con mampara hasta el techo y una bañera de esas enormes, ovalada, que me provocaron mil fantasías.

—Volvamos al salón —propuso.

Me acerqué de nuevo a la chimenea y me arrodillé delante. Apagó las luces y solo dejó una pequeña lámpara. La luz del fuego creaba un bonito ambiente. Llegó hasta mí y se colocó a mi lado. El calor de las llamas me reconfortó. No hacía frío en la casa, pero aquello creaba un ambiente más cálido y agradable. Él las miraba absorto y de pronto recordé una cosa y quise provocarlo.

—¿Eres el vecino de arriba?

Se giró hacia mí despacio, como a cámara lenta, y me miró con tensión.

—¿Te supone un problema?

—Para nada, chico de la inmobiliaria —respondí risueña—. Quizás así pueda conseguir un buen precio por el pisito.

—¿Pisito?

Me puse seria y le pregunté si realmente lo alquilaba. Me había gustado.

—Pensaba alquilarlo, la verdad —comentó—. Pero aún no lo he sacado al mercado, como te dije. ¿Te vendrías aquí? Piensa que tu madre no vive muy lejos —se burló.

—Bien mirado, prefiero estar más cerca de ti que de ella —respondí—. No me malinterpretes. Quiero a mi madre, pero si vivimos muy próximas, y además estoy sola, se pasará media vida metida en mi casa. Me gustó el de General Mitre, aunque tendría que ir a verlo de nuevo, con luz.

—Ya, pero es que lo tengo reservado —dijo serio.

—Pensé que lo decías de broma.

—Cuando te diga quién lo tiene reservado te vas a querer morir —refutó y casi pude imaginarlo—. Tu madre.

—¿Entiendes ahora lo que quiero decir? Es una controladora.

—La lista que te envié la seleccionó ella.

Me quedé a cuadros. Había pisos muy lejos de su casa. Eso me dio qué pensar. Quizás se metía, pero no del todo. Me daba a elegir, pero mientras se aseguraba de no perder el que a ella le gustaba. Muy lista.

—¿No me ibas a ofrecer vino?

Se levantó de un salto y sacó de un armario una botella. Le dedicó su tiempo a abrirla, sirvió dos copas y me ofreció una. Se sentó a mi lado, sobre la alfombra, frente a la chimenea.

—¿Por qué brindamos? —pregunté.

—Por los reencuentros.

Chocamos nuestras copas y bebimos un sorbo sin dejar de mirarnos.

—He revivido cada momento que pasamos juntos —comentó sin apartar su

vista de mí. Necesité beber unos sorbos, más.

—Yo también, pero estaba enfadada contigo por irte sin decirme adiós.

—Malinterpreté tus palabras. Tenías razón. Entonces no estaba preparado, me sentía vulnerable. Tenía que superar lo que había ocurrido, pero te quedaste en mi cabeza, creciste a fuego lento. Me hiciste querer cosas que hasta entonces no me habían importado y evolucioné como persona

Retiró la copa de mi mano y la dejó junto a la suya, en el suelo, después metió sus dedos entre mi pelo y acunó mi cara.

—Siento que contigo puedo ser como soy en realidad —murmuró—. Que lo que quiero, tú también lo anhelas. Me gusta acostarme contigo, ver que disfrutas tanto como yo. Me he propuesto volverte loca de deseo y que no quieras alejarte de mí.

—Tengo miedo de que esto no funcione —alegué preocupada—. Que me hagas daño.

—Me importas demasiado para hacerte daño. Pero, si ocurre, no será de forma consciente. —Selló esas palabras con un beso—. Cuando te digo que estoy contigo, es que no hay nadie que me importe más que tú.

—Estás conmigo —repetí.

Las palabras se nos quedaron atascadas porque se acercó despacio y cerró nuestras bocas con un beso. Con cuidado me fue inclinando y caí de espaldas sobre la alfombra. Nos perdimos en un beso eterno mientras sus manos y las mías buscaban la piel del otro. Necesitábamos sentirnos. Con cierta dificultad conseguí desabotonar y retirar su camisa, él se deshizo de la camiseta en un segundo. Me observó desde arriba, inclinado sobre un codo. Sentía mi pelo esparramado en la alfombra y me tenía subyugada a su mirada. Con un dedo bordeó mi cara. Después, como si de una línea imaginaria se tratara, bajó por mi garganta y sentí el tacto de sus yemas que cruzaban por mis pechos, llegó a la cinturilla del pantalón y lo abrió. Subió poco a poco el jersey y siguió aquella línea imaginaria con sus labios, hasta que lo retiró por completo. Mi sujetador también desapareció, al igual que el resto de mi ropa, y cuando me

tuvo desnuda se dedicó a besarme, a acariciarme con sus labios y a hacerme estremecer. Sentí sus manos y su boca por todo mi cuerpo. No podía dejar de removerme, inquieta. Mis pechos se quedaron huérfanos cuando bajó por mi vientre, me hizo temblar al sentir pequeños besos y que su lengua jugaba en mi ombligo. Recordaba esa sensación de necesidad que me provocaba, quería sentirlo dentro, fundirme con él.

Con prisa se deshizo de sus ropas y se colocó entre mis piernas. Muy despacio se introdujo en mí. Entrelazó sus manos con las mías y las llevó por encima de mi cabeza, a la vez que no dejaba de balancearse y decirme cosas bonitas al oído. Me tenía desatada y yo quería más intensidad. No sé cómo pude empujarlo y cambiar posiciones para colocarme a horcajadas sobre él. Me moví descarada y él me sonrió. Tenía los ojos nublados por la pasión.

No fui capaz de mantener el ritmo que deseaba, me cansaba y aquella tortura que significaba tenerlo dentro de mí me estaba llevando muy lejos. Sin dejar de mirarme metió una mano entre nuestros cuerpos, rozó esa perla sensible y me hizo temblar. Sentí cómo se arqueaba y entonces tomó el control. Me volteó con prisa, entre susurros me dijo que no aguantaba más y que lo estaba volviendo loco. Quedé aprisionada bajo su cuerpo, pero se apoyó en los antebrazos y siguió un baile acelerado hasta hacerme gritar su nombre cuando estallé, mi orgasmo llamó al suyo y cayó vencido sobre mi pecho.

Quedamos abrazados. Agotados y saciados, nos acurrucamos uno junto al otro. El sonido de su corazón me sobresaltó, bombeaba fuerte, supongo que como el mío.

Sentí que nos tapaba con una manta que arrastró desde el sofá. No fui capaz de moverme y me quedé dormida, allí, entre sus brazos, al calor y la luz del fuego.

Me desperté de madrugada. Las llamas estaban bastante consumidas, Diego dormía junto a mí. Me dio frío y su camisa fue lo primero que encontré. Al ponérmela se despertó. Se levantó adormilado y tiró de mí.

—Vamos a la cama.

Lo seguí y nos metimos bajo el edredón. Se estaba muy calentito, apenas hablamos y caímos en un reparador sueño.

CAPÍTULO 14

Me desperté con los labios de Diego sobre mi cuello, me hacía cosquillas. Estaba a mi espalda, lo sentí bastante pegado y dispuesto para la acción. Me giré.

—Buenos días.

Me dedicó una gran sonrisa.

—Buenos días, preciosa.

Me sentí tonta de pronto. Empezó a acariciarme y mi piel reaccionó a la suya. Nos tocamos como si nunca lo hubiéramos hecho, y tras las manos nos siguió el cuerpo. Nos perdimos entre besos y vaivenes, jadeos y susurros de palabras entrecortadas por la pasión. Diego me llevaba al cielo, me enloquecía y me hacía temblar. Cuando me miraba mientras estaba dentro de mí, sentía una conexión muy íntima con él. Creo que podía leer mi alma.

No sé el tiempo que se necesita para saber que esa persona con la que estás, que te completa, será lo más importante en tu vida. Yo lo supe muy pronto, supe que Diego me dolería más que nada en el mundo y supe que podría enamorarme de él, que ya lo estaba y hasta las trancas, pero desde las primeras veces que lo vi. En aquel momento deseé que lo nuestro no fuera un espejismo, temí que él solo buscara aquel romance de su despecho para después, desfogado el deseo, soltarme. Quise creer en sus palabras y me entregué sin red. Lo rodeé con mis brazos y lo apreté a mi cuerpo como si así, pegado a mí, respirando su mismo aire, no fuera a esfumarse. Debió sentir mi zozobra y me besó muy intenso, su ardor me quemaba. Me esperó para que

alcanzara el clímax y solo después de que yo explotara se dejó ir.

Nos quedamos uno junto al otro, sin decirnos nada, solo nuestras miradas continuaban enganchadas. Me hubiera gustado saber qué pensaba.

—¿Me vas a invitar a desayunar? —pregunté cuando fui dueña de mi corazón y supuse que la tormenta que se había desatado en mí había amainado.

—Te voy a invitar a lo que quieras. —Me puso un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Té y tostadas? —sugerí.

—¿Café y tarta?

Solté una carcajada, no por lo que dijo, sino por la cara de suficiencia que puso. Era un encanto. Asentí y di un salto de la cama. Me coloqué su camisa de nuevo —con el fuego de la pasión, había quedado entre las sábanas—, él entró al vestidor y salió con un pantalón de pijama oscuro y una camiseta blanca.

—Me gusta cómo te queda mi camisa. —Se acercó y me ayudó a abotonarla.

Lo seguí hasta la cocina. La verdad es que daba envidia. Era grande y muy luminosa, con luz natural que entraba por un ventanal. Los muebles eran de madera de dos colores que combinaban a la perfección con los electrodomésticos de acero y una mesa redonda que había bajo la ventana. Supuse que le gustaba cocinar. Me hizo sentar en un taburete alto, junto a una barra que tenía frente a la vitrocerámica. Encendió la Nespresso y sacó de la nevera una tarta de manzana y crema a la que le faltaba una buena ración.

—¡Era cierto lo de la tarta! —exclamé con sorpresa—. ¿La has hecho tú?

—Podría decirte que sí, pero mentiría y no quiero hacerlo —contestó misterioso apoyado en el taburete que había frente al mío—. Mi tía Julia suele hacerlas y, cuando viene a vernos, nos trae una a cada uno. Pastel de bizcocho, de manzana, de chocolate. En la oficina la esperamos con devoción.

—¿Javi también está en tu oficina? —pregunté.

Se acercó a la cafetera y preparó los cafés.

—No, él está en una en las Corts, pero suele estar de safari.

—¿Safari?

—Supervisa las obras... ¿Azúcar? —Me ofreció el azucarero y eché dos cucharaditas, igual que él—. Suele ir de un lado a otro a veces. Si no, está por allí o donde le parece. Creo que tiene mesa en todos sitios.

Cortó unos pedacitos de tarta y me dio a probar. Estaba buenísima.

—A mí me encanta cocinar y la repostería. Lo que más hago son bizcochos y magdalenas —confesé.

—Pues a mí me gusta comérmelas, pero no se puede abusar —soltó presumido y se frotó el abdomen. No sé de qué se quejaba, estaba bien musculoso, sin grasa.

—¿Sigues nadando? —pregunté al recordarlo en la piscina del hotel mientras batía su propia marca.

Asintió con la cabeza y rio con la boca llena. Le di su tiempo para que pudiera contestarme.

—Ahora hace un poco de frío, pero mira. —Me llevó al ventanal y pude ver una piscina rectangular, más estrecha de lo normal, de unos quince metros. Estaba cubierta con una lona.

—¡Caray! ¿Y el pisito tiene derecho a piscina?

Soltó una carcajada.

Volví al taburete y me terminé el café y el trozo de tarta que me quedaba.

—¿Tienes que irte muy temprano?

Miré la hora del reloj que había en la pared, eran las diez, me quedaban tres horas antes de pasar por casa y cambiarme.

—Tengo que estar en casa de mi madre a las dos.

—Puedo llevarte... tenemos casi cuatro horas.

Se metió entre mis muslos y colocó sus manos en mis nalgas. Rodeé sus piernas con las mías y el corazón se me empezó a acelerar cuando hundió su

nariz en mi cuello y me dio pequeños besitos por toda esa zona de piel delicada.

—Se me ocurre cómo podemos pasar el tiempo. —Bajó por el escote de la camisa y sus manos iniciaron caricias circulares en mis nalgas atrayéndome hacia él.

—¿Ah, sí?

—Hueles tan bien y estás tan rica —murmuró y abrió la camisa de golpe.

Solté una carcajada al ver los botones salir disparados y que él se apoderaba de uno de mis pechos con la boca. Durante unos instantes eternos se deleitó y viajó de uno de mis senos al otro. Con un ardor encendido lo sujeté por la cabeza y busqué sus labios. Sabía a café, a manzana y vainilla mezclada de suave bizcocho. Estrechó con sus brazos mi cintura y se rozó conmigo. Él también estaba encendido. Sin separar nuestros labios noté cómo se alejaba un poco y se deshacía de su pantalón, yo tiré de la camiseta hacia arriba y acabó en el suelo, junto al pijama que se había quitado casi a patadas. Se rio al apoderarse de mi boca, de nuevo.

—Eres una tentación.

Volvimos a besarnos mientras con dedos ágiles buscó la perla que escondían mis pliegues y empezó a masajearla. Por instinto abrí mis piernas y él lo tomó como una invitación, se agachó y posó su boca sobre mi sexo y me hizo soltar un pequeño jadeo al sentir como sus dedos me abrían y su lengua me exploraba. Suspiré llevada por el placer que me ofrecía, pero quería tenerlo dentro.

—Diego...

—Quiero disfrutarte, Tina.

Se incorporó y nuestros sexos se rozaron.

De pronto, como un jarro de agua fría, se encendió una luz en mi cerebro. Lo habíamos hecho unas cuantas veces sin protección y no podía ir de feliz por el mundo. Yo hacía tiempo que no tenía relaciones con nadie, pero él tenía toda la pinta de tener una chica en cada esquina.

—¿Qué pasa?

—Esto...

—¿No quieres? —Pude ver la decepción en su cara.

—Lo hemos hecho sin protección... tú.

Me avergonzaba decirlo, él colocó mi pelo detrás de mis orejas y me sonrió tenso.

—Creí que tomabas pastillas.

—Sí, pero...

Entendió sin necesidad de decirle más. Me cargó como un monillo y me llevó a la habitación, me soltó sobre la cama y se dirigió a un cajón de una de las mesitas, sacó un preservativo y me lo dio.

—Pónmelo —pidió a la vez que se arrodillaba frente a mí—. Puedo hacerme análisis, aunque suelo usarlos.

Abrí el sobrecito plateado y lo coloqué en su miembro, él estaba muy quieto y de reojo vi que apretaba los labios. Quise ser osada, me incliné y lo terminé de estirar con la boca, deleitándome un momento. Su respiración se aceleró y durante los segundos que me dejó tenerlo a mi merced disfruté de lo que le causaba.

—Voy a tener que pensar cómo sorprenderte yo a ti.

—Ya lo haces... lo de la cocina ha estado...

No pude continuar, un gemido me atravesó al sentir sus labios en mis pezones, los estiraba y mordisqueaba. Con una sonrisa traviesa me subió a su regazo y así con nuestros pechos muy pegados volvió a llevarme al cielo entre susurros de cosas que quería hacerme en cada rincón de su casa.

Nos acurrucamos bajo el edredón y estuvimos abrazados durante bastante tiempo mientras nos hacíamos confidencias. Me explicó que pronto iba a ser tío. La mujer de Asier esperaba un bebé. Javi y él se peleaban por ser el padrino. Habían llegado a un acuerdo: como los padres no querían saber el sexo, si era un niño, le tocaría a Javier; si era una niña, a él. Así lo había decidido su padre, que había actuado de juez. Me pareció muy tierno. Evocó

a su madre, murió atropellada por un conductor bebido. Le daba mucha rabia pensarlo, pero sobre todo le daba coraje que apenas la recordaba. Él tenía diez años cuando murió, no era tan pequeño, pero su cara se le había olvidado y a veces aún buscaba algún retrato para mirarla. Su padre no había vuelto a tener ninguna mujer, aunque él sospechaba que salía con una desde hacía bastante tiempo, pero nunca había querido presentarla y él lo respetaba por eso.

—Quizás crea que puede molestaros —comenté y me recliné en su pecho.

—¿Tú crees?

—A veces los hijos somos bastante egoístas y no nos damos cuenta de algunas cosas.

Se quedó pensativo.

—¿Y qué hay de ti?

—Poca cosa, tengo dos hermanos muy protectores.

—¿Voy a tener que esconderme y verte a hurtadillas? —preguntó con burla y besó mi coronilla.

—Para nada, ya lo saben. —Reí—. Creo que solo te falta conocer a mi padre. A mi madre ya la conoces, hay que tenerle paciencia.

—A mí me pareció una señora muy normal, no la vi pesada ni nada. Muy correcta y educada.

—Como te oiga llamarla señora creo que tendrás una enemiga.

—Lo sé. —Rio y supuse que recordaba alguna de sus frases.

Me contó que había aparecido un día por la oficina y pedido hablar con el director. Le había dicho que necesitaba encontrar un piso para su hija, que ella quería que estuviera cerca de su casa, pero que su hija —o sea yo— prefería guardar las distancias. Ella lo respetaba, pero le había solicitado si podía hacerle una lista en la que mezclara pisos por el barrio y otros por el centro, que era donde yo vivía y creía que me gustaría más. Escucharlo me dio ternura por mi madre. En el fondo, sí respetaba mis decisiones.

—¿Volverás después de comer? —preguntó cauto.

—No creo, he quedado con Irene, no la veo muy fina con mi hermano — respondí e hice amago de levantarme, pero él me volvió a estirar, aunque cambiamos las posiciones. Yo me quedé boca abajo y él de lado, con el codo doblado sobre el colchón y apoyado en la palma de su mano. Con la otra empezó a acariciarme—. ¿Tu hermano Javi va esta noche?

—¿Es él el problema?

—No lo sé.

Sus caricias se hicieron más atrevidas y el calor empezó a subirme desde los pies hasta el cerebro. Sus dedos se colaron entre mis piernas y encontraron la zona húmeda y a mí, expectante, pero se acercaba el momento de marcharme.

—Diego... voy a llegar tarde.

—Yo te llevo, nos sobra tiempo.

Abrí mis piernas para darle mejor acceso y busqué su boca. Sentí cómo colaba un dedo dentro de mí y no pude evitar contonearme.

—Me gusta tocarte.

—Me gusta que me toques.

Me dio la vuelta y mientras una de sus manos no abandonaba mi zona más íntima, con la otra y sus labios recorrió mi piel, y encendió cada partícula de la dermis que estuviera dormida. Con sus manos me llevó al éxtasis y al mirar la erección que tenía no pude más que reír.

—¿Así que te hace gracia?

—Tengo que ducharme —dije pícaro saliendo de la cama—. Pero puedo hacer dos cosas a la vez.

Salió detrás de mí y en la ducha resolvimos aquel problema.

Abandonó el baño antes que yo, se fue a vestir mientras me peinaba. Escurrí con una toalla todo lo que pude mi pelo y dejé que terminara de secarse al aire. Al salir lo encontré sentado en un sillón, se ponía unos zapatos y me observó, era algo morboso verlo allí. Guardé en mi neceser las cosas que había usado y cambié unas braguitas por otras, retiré la toalla que

rodeaba mi cuerpo y sin demasiado pudor me las coloqué delante de él. Su intensa mirada me generó cosquillas en el estómago y no la retiró hasta que me vestí del todo.

—Va a ser una tarde muy larga.

Me hizo reír. Me llevó a casa y dijo que él buscaría a su hermano para comer. Quedamos en hablar más tarde y con un beso de infarto nos despedimos en mi portal. Subí en el ascensor pensando que ahora tenía una relación, un novio, y no sabía cómo se lo iba a contar a mis padres.

Llegué a Sarria más o menos puntual. Mi madre estaba muy cantarina en la cocina, Irene hablaba con mi padre de no supe qué, alguna cosa habría pasado por el mundo, y mis hermanos jugaban a la Play. Todos estaban entretenidos y no me preguntaron de dónde venía. Empezaba bien.

La mesa estaba puesta como en Navidad, con la vajilla y las copas buenas. Me recordó a la gente de ese pueblo de la Alpujarra, que la primera semana de agosto se engalana para celebrar la Noche Vieja, tradición que siguen porque un año no pudieron celebrarla por una caída del suministro eléctrico. Si es que los españoles no dejamos pasar ni una fiesta. Pues en casa de los Avilés algo se celebraba y no sabía qué.

Ayudé a mi madre con los platos. Llevé a la mesa una sopera con una sopa de pescado que le salía muy buena y de la que siempre me llevaba un táper. También tenía lasaña, supuse que por Irene, y canalones, que le gustan a Santi, y gambas, que nos gustan a todos. Con todo servido, mi padre sacó unas botellas de vino y cada uno ocupó su lugar. Mi madre, como siempre, no dejó que nadie se sirviera y ella llenó los platos de cada uno con la sopa. Cuando la terminamos, Irene y yo retiramos los platos. En la cocina cuchicheamos un poco. Quiso saber de mi noche y le dije que luego hablábamos, pero no pude esperar a averiguar cómo estaba y su sonrisa me dio buenas vibraciones. Regresamos al salón.

—Bueno y ¿qué celebramos, mamá? —preguntó Santi con curiosidad, le pasaba igual que a mí, no se le escapaba que allí ocurría algo.

—¿Qué va a ser? —respondió—. Que estamos todos juntos.

—Pero si has sacado la vajilla buena —refutó mi padre, metiendo cizaña—. A ver, quien tenga algo que decir, que lo suelte.

Nos miramos unos a otros, a la vez.

—Yo no tengo cambios. —Santi atacó los canalones sin miramientos—. Aunque quizás Álvaro, sí.

Las miradas fueron a él. Él miró a Irene con cariño. Mi madre juntó sus palmas, expectante por la noticia.

—Belén, no estoy embarazada —soltó mi amiga y todos estallamos en una carcajada.

—Hija, no es que no desee un nieto, pero caray, es muy pronto —se justificó—. Yo pensé otra cosa. Álvaro, ¿tú que dices?

—Bueno, a lo mejor pensabas que había que hacer una fiesta, no sé cómo lo has averiguado, pero Irene y yo hemos decidido que este fin de semana empezamos a vivir juntos de forma oficial.

—Nena —dijo mi madre dirigiéndose a mí—, elige piso ya, o te mudas a tu antigua habitación.

Casi me atraganté con la gamba.

—También pensamos que no hace falta que Martina se vaya —añadió Irene y yo la miré con amor de hermana—. Por lo menos si no le apetece, claro. —La cacé al vuelo, pero por suerte nadie más.

—Pues yo... —Me armé de valor e iba a soltar que empezaba algo con Diego cuando mi madre me cortó.

—¡Vuestro padre y yo nos vamos de viaje! —exclamó emocionada y sonrió con amor a mi padre, que la miraba embobado—. Perdona, Martina, pero no creo que tengas nada nuevo, ¿no?

—No, mamá.

Recapacité. Necesitaba más tiempo para hacerme a la idea de lo que había entre Diego y yo. Era mejor no decir nada y, si se acababa en unas semanas, no tendría que dar explicaciones.

—¿Cómo qué no? —saltó Álvaro.

Santi se le sumó y dijeron a la vez:

—¿Y Diego?

Iba a matarlos. Todos me miraron esperando mi respuesta.

—Quería esconderlo un poco más —bromeé al recordar lo que le dijo él a su tía.

—¿Diego? —interrogó mi madre—. ¿El chico de la inmobiliaria?

—Salimos anoche a cenar.

—Martín. —Miró a mi padre—. Te lo dije, le gustó la niña —concluyó.

Desvié el tema hacia ese viaje. Por un segundo pensé que mis hermanos se lo habrían dicho, pero ellos negaron en un gesto que solo capté yo. Así que deduje que papá tomó nota de mi charla.

Mamá contó emocionada que se iban a París, era un viaje soñado por ella desde hacía mucho tiempo, siempre lo posponían y mi padre había pedido permiso en la universidad, donde daba algunas clases. Se iban a marchar en unos días. Mi hermano podía hacerse cargo de la empresa, aunque mi padre me pidió si podía ir algunos ratos para echarle una mano. Tras la comida y la celebración, fui a mi antigua habitación con Irene. Nos tumbamos en mi cama de adolescente y nos pusimos a charlar como solíamos hacer cuando estábamos solas.

—Tu hermano y yo hablamos mucho anoche —dijo animada—. Reconoce que tenía celos, cree que me pasa como a ti, que sigues enamorada de Diego.

—¡Yo no estoy enamorada de Diego! —negué.

—¿Estás segura?

—Bueno, hablábamos de ti —desvié el tema, ya llegaría mi turno—. ¿Y no lo estás? —pregunté en alusión a Javier, ella me entendió a la primera.

—Reconozco que verlo me movió las tripas, nos habíamos alejado y siempre hubo mucha química, pero yo me di una oportunidad con tu hermano y no voy a romperla. Se lo he dicho así, para que no tenga dudas. Quiero poder estar en la misma sala que Javier con él y que esté tranquilo. Si tú sales

con Diego, es fácil que coincidamos y no quiero tensión, ni que uno no pueda estar en el grupo porque está el otro.

—Estoy buscando otro piso, voy a seguir adelante —confesé—. Creo que necesitáis estar solos.

—Hazlo si es lo que quieres, pero espera a que pase Navidad, no hay prisa, de verdad —me explicó—. Prometo que haremos menos ruido.

Estallamos en risas. Comprendí que mi amiga estaba preocupada por cómo mi hermano vivía algunas cosas. No sabía que era él quien tenía que tener confianza; hiciera ella lo que hiciera, si él quería creer otra cosa, lo haría.

Me tocó hablar a mí. Le expliqué cómo había transcurrido la cena y le recomendé que fuera al *Xalet de Montjuïc*. Sin darme cuenta empecé a decirle cómo me había sentido, mis angustias y lo mucho que me gustaba. Confesé que me había pedido que fuéramos pareja y le pedí que me guardara el secreto, necesitaba asimilarlo primero. Reconocí en voz alta que estaba enamorada y al escucharme casi me asusté.

—Es muy pronto. Tengo miedo de que se me escape y lo asuste.

—No tengas miedo de decirle a alguien que lo quieres, si no te corresponde, es mejor saberlo pronto —dijo como si fuera su filosofía de vida.

—Es increíble, Irene —solté y me tapé la cara, bajé la voz para mi confidencia—. Me tiene desatada. Lo hemos hecho un montón de veces y te aseguro que no pienso en otra cosa. Cuando me toca, me rindo.

—Entonces esta noche repites seguro —señaló con burla.

—Quiero seducirlo...

Picaron a la puerta y me callé de golpe. La cabeza de mi madre se asomó.

—¿Puedo pasar? —Entró, traía unos cafés.

Mamá tenía esos detalles, dejó la bandeja sobre una mesilla y se dispuso a salir.

—Belén, ¿tú no tomas? —preguntó Irene.

—Sí, lo tengo en la cocina.

—Pues tráetelo y cotilleamos un poco —añadió.

—Sí, mamá, vente. Seguro que los chicos están dormidos en el sofá.

Salió apresurada, señal de que le había gustado nuestra oferta. Regresó con unas galletas de chocolate negro y sabor a naranja, muy buenas, que había hecho ella.

—Tienes que darme la receta —dije con la boca llena. Di un sorbo al café.

—A un hombre se lo seduce por el estómago, hija —comentó muy seria—. Pero lo que ha funcionado toda la vida es un buen conjunto de bragas y sujetador, un liguero y unas medias.

—¡Joder, Belén! —exclamó Irene y yo espurreé el café que aún tenía en la boca. Por suerte teníamos una mantita encima y cayó como lluvia sobre ella. Mi madre la apartó sin darle importancia y me cedió una servilleta para que me limpiara. No tuve duda de que me había escuchado, por lo menos la última frase.

Se limitó a sonreír, pero mamá ganó cien puntos con aquel comentario.

—Tengo cincuenta y seis años, no soy monja —refutó—. ¿Os apetece venir de compras?

Por la sonrisa que nos puso, las dos dimos un bote de la cama y en cinco minutos teníamos los abrigos puestos y estábamos picando al ascensor.

Bajamos hacia Diagonal y repasamos algunas tiendas. Dijo que necesitaba comprarse algo para su viaje a París. Yo no esperaba comprarme nada, pero aproveché la ocasión y compré un vestido que me gustó en un escaparate. Irene se compró unos botines y mi madre unos pantalones. Acabamos en El Corte Inglés. Mamá nos llevó directas a la planta de lencería. Desde niña me habían gustado sus camisones, pero una deja de pensar que su madre puede usar ropa interior bonita. No piensa que es una mujer. Me dio una lección aquel día.

—Yo necesito unas cosillas, supongo que vosotras también —dijo provocadora y con guasa—. Nunca hay que descuidar la ropa interior.

—Mamá, esta faceta tuya no la conocía yo.

—Cada una tiene sus secretos —respondió y se puso a merodear.

Después de varias vueltas escogí algo muy típico. Un sujetador de encaje y transparencias y sus braguitas a juego, Irene le sumó el ligero y empezamos a reír. Lo cogí en color negro. Ella en color morado. Le añadimos unas medias negras cristal.

Mamá apareció con un camisón y una bata y un *bodi* negro en raso y encaje.

Después subimos a la cafetería. Se interesó por mi salida con Diego; no quise ilusionarla, no fuera a ser que luego nos deprimiéramos las dos, solo comenté que nos estábamos conociendo. Sin embargo, sí le conté que había ido a ver un piso en General Mitre, muy cerca de su casa, y que me había gustado. No sé por qué se lo dije, quizás quería agradecerla.

Irene bromeó con que tendría que apuntarse a un curso de cocina, iba a arruinarse en lencería si quería seducir a su novio con frecuencia. Nos hizo reír, pero yo aproveché la coyuntura y le dije a mi madre que ella podría hacer un curso también. Así saldría y tendría más distracciones que hacer de mamá. Ella, que no es tonta, lo pilló al vuelo y reconoció que podía agobiarnos un poco.

—A mi vuelta de París, miramos algo, ¿vale? —propuso—. Y ahora vámonos, tu padre pensará que nos hemos perdido.

Estaba segura de que encontraríamos a mi padre absorto en una carrera de coches contra mis hermanos en la Play y no me equivoqué en absoluto.

CAPÍTULO 15

Quedé con Diego de vernos en la discoteca. Necesitaba un poco de espacio para mí. Álvaro e Irene salieron a cenar y me propusieron acompañarlos, pero preferí quedarme en casa. Le dediqué un par de horas al trabajo que debía presentar el lunes en Fincas Luján y quedé satisfecha con el resultado. Reflexioné sobre mi situación; si me metía en una relación con Diego, no quería que mi trabajo se viera salpicado. Me molestaba que alguien me pudiera decir que un aspecto interfería en el otro. Yo sabía separar las cosas, esperaba que él también. Tras esas elucubraciones me fui directa a la ducha y me acicalé para sorprender a mi chico. Mi chico, mi novio, me sonaban extrañas esas palabras que desde el día anterior tenía asociadas a una manera de definir a alguien en relación a mí.

Comencé el ritual de vestirme. Estrené el conjunto de ropa interior. Con mimo me puse las medias y atiné bastante bien a colocar el ligero. La verdad es que con Diego me sentía muy sensual y moría por sorprenderlo. Aquel pensamiento me detuvo. Si revisaba mi vida sexual, había sido bastante normalita. También lo era en ese momento, aunque había tenido más en una noche que en los seis meses anteriores, por no decir el año entero. Pero con él no entendía qué me ocurría, me desinhibía con una naturalidad sobrecogedora. Ya me había pasado la primera vez que estuvimos juntos. Habíamos conectado enseguida y nos entendíamos muy bien es ese aspecto y en todos los demás. Era muy consciente de que tenerlo cerca me hacía desearlo y sabía que él también se sentía atraído por mí. Sentirte deseada por

un hombre te da una fuerza desmedida, te hace sentir poderosa y ese sentimiento tan nuevo para mí era la clave de mi seguridad y autoconfianza reafirmada.

Me probé el vestido que había comprado, pero una imagen cruzó mi mente y no me gustó. Quería provocarlo. Lo recordé cuando me observaba vestirme y lo quería así, pero a la inversa, y el vestido no era cómodo en un *striptease*. Me entró la risa al imaginarlo.

Busqué en mi armario qué podía acompañar a lo que ya llevaba puesto y, tras revolver algunas cosas, lo encontré. Una falda, que aún tenía la etiqueta, de Desigual, negra y con unas flores rojas, que se abrochaba en el lateral, y una camisa a conjunto. Me calcé unos zapatos negros de tacón alto y me maquillé. Suave, como solía hacer. El pelo lo dejé suelto. Busqué un bolso más pequeño, pero en el que entrara lo imprescindible. Recordé el consejo de Irene y lo bien que me había venido. No había hablado con Diego de si iría a su casa, pero por si acaso mejor estar preparada para la noche. Guardé mi pequeño neceser con un tanga de repuesto, cogí el abrigo y salí. Eran casi las doce.

Llegué en taxi al Lamborghini. Diego me había enviado un mensaje en el que me decía que estaban abajo, en la barra de la sala de jazz. Dejé mis cosas en el guardarropa y fui en su busca. Encontré a Irene y Álvaro muy acaramelados, me sentí bien al verlos así. El resto de los chicos hablaba tranquilo con una copa en la mano, aunque Javier no estaba.

Me acerqué a Diego despacio, me detectó en el mismo momento en el que empecé a caminar hasta él. Hablaba con su amigo y al levantar la vista nuestros ojos se encontraron y ya no dejó de mirarme. Cuando estuve a escasos pasos, estiró su mano y agarró la mía. Me besó en los labios y me preguntó al oído si quería causarle un infarto.

—¿Te apetece tomar algo? —me preguntó.

—Un mojito.

Me acerqué al reservado donde estaban Irene y mi hermano, y los saludé.

Sergio se nos acercó y preguntó por Silvia.

—Dijo que vendría —respondió Irene con una sonrisa.

Un rápido movimiento de ojos de ella me hizo percatarme de que algo le había llamado la atención. Disimuló, pero se puso tensa. Al segundo alguien puso su mano en mi cintura y me volví a ver quién era.

—Hola —me saludó Javier, me dio dos besos y susurró solo para mí—, cuñada.

Le sonreí cómplice y busqué con la vista a Diego, que no dejaba de observarme.

Javier estiró su mano y saludó a mi hermano y a Sergio, y con un gesto de la mano a Irene. Se dirigió a su amigo y dijo sin importarle que todos escucháramos.

—Sergio—señaló otra zona de la sala—, tengo allí una chica que no quiere dejar a su amiga sola.

—Lo siento, tío, pero me voy a reservar —dijo con una mueca.

—Pues nada, otra vez será —simuló lamentarse y se despidió—. Nos vemos luego.

Diego se me acercó y me dijo que se lo había contado a sus hermanos porque había comido con ellos en casa de Asier, y que su cuñada quería conocerme. Me dio el mojito y tiró de mi mano. Nos sentamos un poco alejados del resto.

—¿Qué tal tu tarde?

Le conté que había ido de tiendas, quiso saber qué había comprado, pero me escabullí en responderle. Él también había estado de compras, dijo, y acto seguido me preguntó por los planes que tenía.

—No tengo ninguno.

—¿Pasas la noche conmigo?

Le sonreí.

—Entonces ya tienes planes.

Nos besamos con ganas y tuve que controlarme porque se me iba el cuerpo

detrás.

—Ven, demos una vuelta.

Dejamos los vasos sobre una mesa y me llevó de la mano. Nos mezclamos con la gente. En la pista bailamos un par de piezas. No me soltaba y a cada vuelta que dábamos nos tocábamos y rozábamos.

—Te he echado de menos —dijo en mi oído y me estremecí—. Me muero por tenerte desnuda y solo para mí.

Alguien me empujó y caí sobre su pecho, me sacó de la pista al momento. La verdad era que estaba bastante llena y era incómoda. Buscamos una zona más íntima en la que pudiéramos hablar, pero no llegamos a ningún sitio. Me aprisionó contra una pared y se hundió en mi boca.

—Por Dios, Tina, no sé qué me haces, parezco un adolescente con las hormonas descontroladas desde que te he visto —murmuró pegado a mi cuerpo, podía sentirlo. Sus manos bajaron con cierto peligro y me rodeó el trasero, lo acarició con pericia y con disimulo fue conquistando más terreno.

—Diego, ni se te ocurra —murmuré tensa al presentir sus intenciones.

—¿No te apetece hacer una travesura? —susurró con malicia en mi oído.

—No en un sitio público... en el que están mis hermanos. —Me reí—. Uno es *mosso*, recuerda.

—¡Joder, es verdad!

Nos reímos de su gesto de repulsa.

—¿Volvemos? —pregunté señalando con la barbilla hacia el lugar donde estaban los amigos.

—Sí, vamos.

Tiró de mí. Entrelazó mis dedos con los suyos y me llevó de la mano. Había bastante gente y tuvimos que ir sorteándola. Pero sentí una protección que antes nunca había percibido.

Conseguimos llegar al reservado y todos hablaban animadamente. Silvia había llegado y estaba sentada entre Santi y Sergio, me dio por pensar que los dos se la disputaban. Nos hicieron un hueco y Diego me preguntó si quería

tomar algo. Le pedí otro mojito y Santi se levantó para acompañarlo a la barra. Con burla, Sergio le enseñó su copa vacía y me entró la risa al ver la cara de mi hermano.

—He quedado aquí con una amiga —dijo Silvia—. Ha regresado de Estados Unidos hace poco y está algo colgada. Nos reencontramos a través del Facebook.

Como si fuera una reflexión, añadió que era curioso cómo la gente retomaba amistades que en el pasado no habían funcionado, pero que el tiempo les daba otra oportunidad. Ella no había sido una gran amiga de aquella chica.

Diego llegó con las copas sin Santi, dijo que se había ido con Javier, y le dio la suya a Sergio, quien me pareció que dudaba si quedarse o irse. Se sentó a mi lado y estuvo muy pendiente de mí todo el rato. Pero yo quería bailar y me acompañó a la pista. Era divertido, hacía que me subieran los calores. Entre risas y siguiendo un ritmo propio conseguimos salir airoso.

—Me tienes a cien —susurró en mi oído—. Cuando quieras nos vamos.

Le sonreí y entendió sin necesidad de hablar. Al caminar hacia el reservado, Sergio venía en nuestra búsqueda.

—¿Os vais? —preguntó algo ofuscado.

—Sí. —Diego sujetaba mi mano con fuerza.

Se le acercó y le dijo algo al oído. Fue corto, él me miró y entendí que no le gustaba lo que acababa de escuchar. Lo observé a la espera de que lo compartiera conmigo, tuve la impresión de que lo dudó un segundo.

—La amiga de Silvia es Miriam. —Lo soltó con fastidio, luego se dirigió a su amigo y añadió—: Nosotros nos piramos.

Irene y mi hermano pasaban junto a nosotros en ese momento y le dije a mi amiga que nos marchábamos. Ellos también se iban. En un gesto le dije que ya hablaríamos.

Sergio se quedó un poco sin saber qué hacer.

—Tío, haz lo que quieras —le propuso Diego—. Javi y Santi están arriba.

Me acompañó al guardarropa y cogí mis cosas. En la puerta lo miré y estaba serio.

—He traído el coche —comentó apenas sin mirarme, pero tenía mi mano bien sujeta.

La noche se nos torcía y no era capaz de decir nada para salir de aquella situación incómoda. No dejaba de pensar que se le moverían los recuerdos nada más escuchar el nombre de su ex. Llegamos al coche y me apoyó en él, se puso delante y levantó mi cara con dos dedos para que lo mirase.

—La verdad, siempre, ¿vale? —Asentí—. No quiero que te sientas insegura, estoy contigo. Siento que lo nuestro va rápido, pero no quiero que vaya de otra manera. Creo que estás conmigo, pero necesito escuchártelo decir y después iremos a mi casa y te quitaré esa falda endiablada que me tienta para no dejarte dormir en toda la noche.

—Estoy contigo, Diego —susurré sin apartar mis ojos de los suyos—. Yo también siento que vamos deprisa, pero no quiero pararlo.

Nos besamos primero con tiento, contenidos, pero después sus manos se perdieron dentro de mi abrigo.

—Será mejor que subamos al coche o acabaremos detenidos por desorden público —bromeó y me abrió la puerta.

No tardamos mucho en llegar a su edificio. Metió el coche en el parking. Al apagar el motor, se quitó el cinturón y lo imité, pero no se movió. Se giró hacia mí y dijo muy serio:

—No quiero que creas que me importa, ni que pienso en ella. No lo hago, solo tú ocupas mi mente.

Me besó. Fue un beso ardiente, de los que llaman al deseo desbocado. Sentí su mano que se colaba por dentro de mi falda y lo dejé inspeccionar. De repente, tocó mis muslos y lo oí gemir.

—¡Tina! ¿Qué llevas puesto?

Le sonreí. Cuando levantó mi falda vio el liguero y mis pequeñas braguitas negras, que se asomaban un poco. Llevó su mano hasta ellas y las tocó, me

hizo estremecer su suave caricia.

—No dejas de darme sorpresas —murmuró sobre mis labios— y eso me encanta.

Subimos en el ascensor y fuimos a su dormitorio, directos. Me aprisionó contra la pared, encendido. Pero la idea que tenía en la cabeza me tenía excitada y exaltada.

Me costó quitar sus manos de mi cuerpo, no entendió bien mi reacción hasta que captó mis intenciones. Con una calma que no tenía, deslicé su abrigo por los hombros y dejé que cayera al suelo. Me deshice también del mío. Lo empujé hasta el sillón desde el que me había observado por la mañana y me coloqué a una distancia prudencial en la que no podía tocarme.

Como una actriz experimentada me fui desabotonando la camisa poco a poco, sin separar mis ojos de los suyos, y acabé dejándola abierta. Diego estaba expectante, su mirada intensa me animaba a seguir y la vergüenza que pensé que podría tener se evaporó al instante al ver cómo su expresión se nublaba de deseo. Llevé mis manos al lateral de la falda y abrí las presillas, dejé que cayera al suelo y después me retiré la camisa.

No dijo nada, deslizó su mirada desde mis piernas en dirección ascendente, se detuvo en mis pechos y por fin llegó a mis ojos. El fuego de los suyos me tenía a punto de ebullición. Me sonrió con una mueca de tensión contenida. No sabía qué más hacer y fui a desabrochar el sujetador.

—¡No! Quédate así.

—¿Te gusta? —pregunté vacilante.

Me acerqué despacio hasta él. Se levantó del sillón y posó mi mano en su pecho.

—¿Sientes lo que me haces?

Su corazón bombeaba con fuerza.

—Si en dos días no me matas de un infarto, vamos a pasárnoslo muy bien juntos —dijo con humor.

Se separó un poco y dijo que le tocaba a él. Se quitó su ropa con mucha más

rapidez de la que yo había usado y enredó sus brazos en mi cintura. Me besó con dulzura, me llevó hacia la cama y caímos sobre ella. Con una sensualidad que hacía que la piel se me erizara, me acarició con sus labios y sus manos por todos lados. Mis zapatos cayeron con un ruido que no nos inmutó, desabrochó el ligero como si fuese algo que hiciera todos los días y deslizó despacio las medias por mis piernas. Buscó mi sexo con su boca y me hizo enloquecer. Después, cuando ya me tenía muerta de deseo, se deshizo de las prendas que le estorbaban y conquistó mi cuerpo como el explorador que llega a una tierra desconocida. Se introdujo en mí con premura y acompasamos nuestros movimientos a la vez que nuestras lenguas se enzarzaban en un baile acelerado. Besó mi cara, mis labios, mi cuello, atrapó mis pechos, los chupó y succionó. Supe que al día siguiente tendría algunas marcas por el ímpetu de su boca.

—Diego... —gemí presa de la lujuria.

Me dio la vuelta en un gesto rápido, necesitó un momento para calmarse y no dejarse ir. Paseó su lengua por mis hombros y mordisqueó mis clavículas, mi nuca. Me hacía temblar con todas aquellas atenciones. Sentí que se colocaba de rodillas y me sujetaba por las caderas y de nuevo me llenó. El fuego se adueñó de nuestros cuerpos, que se movieron agitados. Una emoción desconocida me apretó el corazón, necesitaba soltarme y un susurro de su aliento en mi oído al pronunciar mi nombre, ese nombre con el que solo él me llamaba, me estremeció.

No hubo tregua. La lava corría por mis venas, lo llamé entre jadeos y le reclamé que no parara. Aquel ritmo loco me azuzaba el cerebro y me emborrachaba el alma. Fuimos presa del frenesí y la euforia hasta que estallamos y nos dejamos caer, vencidos, agotados y saciados.

Nos acurrucamos muy juntos, pero tuvimos que movernos porque al sosearnos el calor nos abandonó. Diego nos cubrió con el nórdico, se pegó a mi espalda y me atrajo hacia él. Así nos encontró Morfeo.

CAPÍTULO 16

Me desperté con la claridad del día. Los ventanales tenían unas buenas persianas, pero estaban abiertas. Sería algo a tener en cuenta en una próxima vez. Diego dormía. Era temprano y decidí darme una ducha. Me hice una cola para no mojar demasiado el pelo y me introduje tras la mampara impoluta. Miré por unos segundos la bañera y pensé que en algún momento le pediría cumplir una fantasía.

En una especie de banco de mármol tenía varios geles. Uno me resultó familiar por su característico envase color chocolate: Magno. Me enjaboné con él por todo el cuerpo y después dejé que el agua, que caía como la lluvia, se llevara la espuma y relajara mis músculos. Los ratos que pasara con Diego iban a ser intensos y pensé que quizás debería retomar mis sesiones en el *gym*. Me reí solo de imaginarlo.

Al salir me sequé con una toalla negra que desdoblé de una repisa y la enrollé en mi cuerpo. Al mirarme en el espejo descubrí unas pequeñas rojeces en la parte superior del pecho, bajé el paño y allí estaba su marca. Había sabido que me haría alguna al succionarme tan fuerte. Miré mi cuello y, por suerte, estaba immaculado. Me entró la risa, yo también parecía una adolescente. Revisé sus productos de aseo. Era demasiado pedir que tuviera crema hidratante, así que volví a enrollarme en la esponjosa prenda y regresé a la habitación.

Seguía dormido, pero al gatear por la cama se despertó y en un rápido movimiento me tenía sobre él.

—¿Te has duchado sin mí?

Se apoyó en el cabecero, retiró la toalla que me cubría y jugó con su lengua en mis pechos. Al momento lo tenía dentro de mí y los dos jadeábamos movidos por una pasión que no tenía fin. Sin dejar de mirarnos susurró sobre mis labios lo mucho que le gustaba. Se movió para quedar tumbado y me dio todo el control.

Ralentiqué el movimiento y sentí cómo me llenaba. Estaba sensible y una sensación deliciosa me recorrió la columna vertebral. Diego acariciaba mis muslos y se arqueaba preso de su propio deleite, mientras yo rozaba con los dedos las estrellas. No podía dejar de cimbrear mi cuerpo y seguir con meneos cadenciosos. Era sensual y delicioso aquel momento de éxtasis. Me recliné y estiré mi brazo para sostenerme del cabecero de la cama. Necesité apoyar mi cabeza en él y regular las emociones que me recorrían.

—Diego. —Gemí su nombre a punto de alcanzar mi nirvana.

Cruzó su mirada con la mía y nos quedamos atrapados. Sus ojos, como los míos, estaban nublados por los vapores del placer. Apretó la mandíbula y me sujetó por las caderas, aumentó el ritmo de mis balanceos para hacernos explotar.

Caí sobre él y sujetó mi cabeza.

—Tina... mi amor.

Tras esas palabras inconscientes, me besó muy suave y me refugió en su pecho.

Nos dormimos tras ese asalto y una hora después era él quién se levantaba y yo me despertaba al sentir el vacío de su cuerpo. Lo escuché en la ducha y cuando salió llevaba un pantalón puesto y una camiseta.

—¿Un café?

Asentí y me dedicó una sonrisa.

—¿Hoy no hay tarta? —pregunté con queja.

—No, que te la comes y se me acaba.

Me lanzó una camiseta de manga larga que sacó de un cajón de la cómoda y

salió de la habitación. Cuando llegué a la cocina estaba preparando un té. Lo abracé por la espalda, besé su nuca y sus hombros, y él se sonrió. No sé si así eran las relaciones, pero aquel detalle me llegó al alma.

—¿Así que se te gasta la tarta? —pregunté con burla al ver que no la sacaba.

—No es que no quiera invitarte, es que se la comieron Javi y Sergio ayer por la tarde —explicó y abrió un armario del que sacó tostadas integrales, mermelada de moras y mantequilla. Todo sin abrir. Lo puso sobre la mesa de la cocina y me invitó a sentarme.

—Si estuviera en casa, te haría un bizcocho con chocolate, me salen muy buenos.

—¿Qué necesitas?

—Harina, huevos, yogur, aceite, un limón, levadura, chocolate, un molde —enumeré a la vez que untaba de mantequilla una tostada y él le ponía mermelada.

De repente me sentí demasiado cómoda y me entraron ganas de salir corriendo, no sé qué me dio que, sin mucho tacto, dije:

—Me marcharé después de desayunar.

Se quedó callado un segundo y respondió.

—¿Por qué tan pronto?

—Tendrás cosas que hacer y yo tengo tareas en casa.

—Había pensado comer aquí —dijo con calma—. Cocinaré para ti. Te gusta la pasta, ¿verdad?

Asentí con expectación. Quería que me quedara.

—Perfecto porque siento decirte que no te puedes ir sin antes dejarme un pastelito de esos que dices que te salen tan bien. Te dije que estuve de compras. Mira lo que traje.

Me enseñó todos los ingredientes que yo había enumerado, incluso un molde redondo, especial para bizcochos, otro rectangular y una bandeja.

Terminamos de desayunar y de pronto no supe qué hacer. Eran las once

pasadas. Fui al dormitorio y revisé mi ropa. Las medias, milagrosamente, seguían intactas, sin ninguna carrera, pero no eran prácticas para estar con ellas por la casa. Creo que él también se agobió un poco y propuso ir a dar un paseo.

—No es muy cómoda la ropa que llevo para pasear —alegué.

—¿No tienes tu neceser? —dijo cauto, en alusión a las braguitas de repuesto que me había visto sacar el día anterior. Me reí por cómo lo dijo—. Si quieres, puedo dejarte un pantalón.

—Tú lo que quieres es burlarte al verme disfrazada. —Reí y le lancé lo primero que pillé.

Con una naturalidad que me asustó, había empezado a desmontar la cama para hacerla; al tirarle una almohada me di cuenta. Si él se percató, lo resolvió enseguida porque se puso al otro lado y estiró su parte de las ropas animándome a hacer yo lo mismo. Al terminar soltó con sarna.

—Yo la habría dejado sin hacer todo el día, pero parece que tú tienes otras costumbres.

—La educación de la señora Belén, que pesa mucho —respondí picada.

—Eh... no te enfades. —En un segundo estuvo a mi lado y me cogió del brazo—. Mira, si quieres, vamos a tu casa y te cambias, pero creo que, para dar un pequeño paseo, comprar una botella de vino y algo de pan, si quieres, no hace falta. Regresamos y me pongo con la pasta y tú con el bizcocho, que no me olvido. —Rodeó mi cintura con sus brazos—. No quiero que nos metamos en el sofá y acabemos liados, quiero hacer otras cosas contigo, también.

Me pareció buen plan. Necesitaba salir de allí. Agradecí su sinceridad, yo también quería hacer otras cosas, no solo estar enganchados como conejos.

Me vestí y al cabo de veinte minutos salíamos por la puerta a un día soleado y no demasiado frío, aunque no sé si era yo que iba con el termostato subido al ir de su mano.

Bajamos a Diagonal y paseamos en dirección al centro por un lateral. Me

preguntó por mi trabajo. Sin darme cuenta me vi explicándole un rollo impresionante sobre algunas cuentas, las horas que hacía y los proyectos que esperaba tener. De pronto, me detuve en mitad del paseo.

—No quiero que esto que tenemos interfiera en mi trabajo —dije muy seria.

Se puso delante de mí. Y por cómo me miró pensé que había dicho algo inadecuado.

—Mañana presentaré el proyecto que me pedisteis y, si de ahí sale algo más, no quiero que sea por esto. —Nos señalé a ambos con el dedo. Su expresión me puso nerviosa.

—¿Esto? —Imitó mi gesto—. ¿Esto que tenemos? Creí que habíamos hablado de estar juntos.

—Pues eso.

—Es que parece que lo dices como si fuera un rollo.

—Bueno... no sabemos cómo nos irá.

Me acarició la cara con mucha ternura y no dudé de sus palabras.

—Yo sé que nos irá bien. Solo tenemos que adaptarnos el uno al otro. Pasar tiempo juntos y separados también —afirmó con una sonrisa—, para echarnos de menos y devorarnos al encontrarnos.

Me hizo reír. Llevó un mechón de pelo detrás de mi oreja y me dijo muy cerca.

—Si se nos da tan bien el *divertimento*, lo demás está chupado.

—¿*Divertimento*? —repetí conteniendo una carcajada. Recordé a la abuela de Irene. Un día que nos visitó, mucho antes de que muriera de un ictus, dijo que nuestra casa tenía pinta de tener mucho *divertimento*. No sé de dónde sacó aquella idea, pero luego mi amiga me lo aclaró. Eran cosas de su madre, que le había dicho a la mujer que la niña se había ido a vivir sola con una amiga para tener *jarana* con los chicos, algo que en casa con su padre no habría estado bien.

Se acercó a mi oído y dijo como si fuera un secreto que no quería que nadie más escuchara.

—Me encanta acostarme contigo, sentirte temblar y ver cómo te deshaces en mis manos, pero no quiero poner ninguna palabra que suene mal a cuando hacemos el amor.

Después de semejante declaración, me besó con mucha dulzura y yo le correspondí casi derretida por dentro.

—¿No tienes hambre? —pregunté algo azorada. Era la una y media y nos quedaba un buen paseo de vuelta.

—Mucha —respondió.

—De esa hambre, no. —Me reí—. ¿Volvemos?

Me cogió por los hombros y yo, a su cintura. Envueltos en una charla tranquila caminamos de regreso a casa.

Al llegar, lo primero que hice fue descalzarme y ponerme cómoda. Me coloqué la camiseta que me había dejado por la mañana. Me cubría hasta la mitad del muslo. La calefacción estaba alta y la temperatura era muy agradable. Mi termostato corporal seguía elevado, así que dejé mis piernas al aire, nada de ponerme el pantalón de deporte que me había ofrecido. Entré en la cocina y lo encontré con los ingredientes que iba a cocinar. Mientras él se dedicaba a cortar en trocitos unas setas y verduras de varios tipos después de poner la pasta a hervir, yo me centré en el bizcocho. Sacó una batidora de varillas y me hizo reír.

—¡Vaya! Estás muy bien equipado —dije sin pensar.

—Bueno... está mal que yo lo diga, pero no me quejo. ¿Y tú, tienes alguna queja?

Solté una carcajada y le di un cachete en el culo.

—¡Oye...!

Se me acercó amenazador y con una sonrisa peligrosa. Me imaginé sentada sobre la mesa con él dentro de mí. Lo reté con la batidora en marcha como si fuese un arma de destrucción y se alejó a regañadientes.

—Me lo cobraré después —dijo, se centró en su tarea y yo en la mía, pero con un ojo puesto en él por si era vengativo.

Introdujo el dedo en el bol donde mezclaba la masa y se lo metió en la boca, repitió la acción, pero esa vez para que fuera yo quien la probara.

Unté un poquito de mantequilla en el recipiente para el bizcocho, para que no se pegara, y derretí el chocolate a baño maría. Lo iba a reservar para hacer la cobertura, pero al final lo eché sobre la masa, en zigzag, sin dejar que se mezclara del todo, así habría zonas que tendrían chocolate y otras que no. Lo metí en el horno justo cuando él terminó los tallarines con setas que había preparado. Abrió el vino que habíamos comprado en una vinacoteca cercana y pusimos la mesa en el comedor.

Retomamos la conversación casi por donde la habíamos dejado por la mañana. Me habló de sus proyectos y yo de los míos. Le confesé mi deseo de llegar a ser mi jefa y que por eso había ampliado mi formación en diseño gráfico y *Community Manager*, que estaba tan de moda.

La verdad es que nos intercambiamos tanta información como para decirse que íbamos a pasar una entrevista de esas de inmigración por si lo nuestro era una pareja de conveniencia.

Después de comer, recogimos los platos y los dejamos en el lavavajillas. El bizcocho ya estaba hecho, lo había sacado cuando la campanita del horno me avisó. Se enfriaba sobre la encimera de mármol, pero a ninguno de los dos nos apetecía, lo dejamos para después.

Me acurruqué en el sofá. Después del plato de pasta y las dos copas de vino que me había bebido, me entró sueño. Es un defectillo que tengo: me da sueño después de comer siempre que estoy en casa. Es como que el sofá me llama. Y con Diego era como estar en casa. No tenía que sobreactuar ni me sentí incómoda en ningún momento. Él lo ponía muy fácil. O era yo, que no veía ningún problema.

Acabamos estirados en el sofá y tapados con una manta. Puso la tele, no recuerdo qué empezamos a ver, lo que sí sé es que me dormí al segundo y medio.

Me despertó hurgando dentro de mis braguitas una hora después. Él

también había dormido, se le notaba en la cara. Con sus caricias no necesitó mucho para tenerme lista, se deshizo de mi ropa casi a la vez que de la suya y se tumbó sobre mí con una frase colgada de sus labios.

—Me encantas.

Lo hicimos despacio, gozamos de cada roce y de cada beso porque no teníamos prisa. Me acarició y lo acaricié y, cuando necesité mucho más brío, lo agarré por las nalgas y lo apreté contra mí. Él entendió lo que quería y me lo dio todo hasta que estallé. Solo entonces se dejó ir.

Seguimos abrazados un rato, mucho más allá de que nuestras respiraciones se normalizaran. No hubo palabras que enturbiaran, ni llenaran, aquel silencio. Cada uno estaba en sus pensamientos. Los míos eran confusos. ¿Cómo podía sentir tantas cosas en tan poco tiempo? No lo entendía.

Iba a preguntarle «¿Qué piensas?» cuando de pronto me entró la risa. Quizás me decía algo bonito, pero yo imaginé que estaba pensando que al techo le hacía falta una mano de pintura —que no era el caso—, siempre he creído que esa pregunta esconde una verdadera respuesta. Uno puede decir: «en ti, cariño», cuando en el fondo está pensando en la lista de la compra o en el ruido que hace el cabecero.

Mi risa lo intrigó y me preguntó en qué pensaba, y entonces la carcajada fue mucho más sonora cuando se lo expliqué. Cuando nos calmamos propuso tomar un café y bizcocho, dijo que estaba deseando probarlo. Mi Diego era goloso.

El timbre nos sobresaltó en mitad de un beso y casi me caí del sofá del susto. Lo miré medio aterrada y salí disparada hacia su dormitorio, desnuda y con la camiseta y mis bragas en la mano. Allí estaba mi ropa, bien colocada en el sillón. Antes de perderlo de vista, vi de reojo cómo se vestía mientras el timbre seguía sonando.

Me hubiera dado una ducha, pero me asexé lo más rápido que pude y me vestí. Me hice una cola y me miré al espejo varias veces antes de decidirme a salir. No era una opción quedarme a vivir allí dentro. La duda de quién sería

se me aclaró cuando vi la cabeza de Javi por encima del sofá, justo en el mismo en el que hacía diez minutos estábamos retozando Diego y yo.

—Hola, guapetona —dijo y me dio dos besos—. Me ha dicho mi hermano que te estabas arreglando.

—¡Cariño! ¿Té o café? —preguntó Diego a gritos desde la cocina.

Miré a Javi con sorpresa. No me esperaba que me llamara así. A mí nunca nadie me había llamado de una forma tan cercana y afectiva. Una vez un chico con el que salía me llamó «bichito» y me dieron escalofríos, consiguió el efecto contrario al que pretendía. Creo que no duramos ni una semana después de aquello. Pero esto era distinto. Javi me devolvió una sonrisa.

—Un té, por favor —respondí. Aunque él ya salía con una taza de té en una mano y una cerveza en la otra. Lo dejó sobre la mesa y volvió a la cocina. Salió con un café y unos trozos de bizcocho en un plato.

—¡Míralo! —exclamó su hermano—. ¿La tía ha venido con bizcocho? ¿Hoy?

—Lo ha hecho Martina —explicó.

Le dio un trozo y otro a mí.

—Está muy bueno —soltó Javier—. ¿Ya hacéis bizcochos juntos? ¿Por eso nos metiste en el súper ayer?

El timbre volvió a sonar.

Diego me dijo que sería Sergio antes de ir a abrir la puerta.

—Si nos hubieras dicho que estabas ocupado, hubiéramos pasado —se justificó el hermano—. Es que su casa es más chula y venimos los domingos siempre a jugar a la Play —me explicó.

Sergio entró con un paquete de cervezas y patatas fritas. Al verme se quedó parado en mitad del salón. Miró a su amigo y se sonrió.

—Esto... ¿Hay partida?

Tuve una sensación rara, de pronto pensé que molestaba.

—Yo me voy a ir en un momento —anuncié.

—No tienes que irte —refutó Javi—. No habrá quien lo soporte si te vas

por nosotros.

Diego le dio un golpe en el hombro y me siguió hacia el dormitorio, donde estaba mi bolso y mi abrigo. Se disculpó, dijo que se le había olvidado por completo que iban a ir. Me pidió que me quedara, pero me di cuenta de que era mejor marcharme. Con un suave beso en los labios, le expliqué que debía hacerlo. Eran las seis de la tarde pasadas, llevaba todo el fin de semana fuera de casa, necesitaba arreglar algunas cosas. Resignado, se ofreció a llevarme y lo acepté.

Al llegar a mi portal nos dimos unos cuantos besos como dos quinceañeros y nos despedimos hasta el día siguiente, que nos veríamos en las oficinas de su padre.

Puede parecer absurdo, pero tuve problemas para arreglarme aquella mañana. Recuerdo que me probé tres modelos y al final elegí un práctico pantalón negro, con mis botines de tacón mediano, que para la moto eran muy cómodos. Sabía que iban a interesarse más por mí que por mi trabajo y eso no me entusiasmaba demasiado. Estaba nerviosa por la impresión que se llevarían y me preocupó lo que podrían pensar. En una semana había pasado de ser quien iba a hacerle los arreglos a la web a la novia del segundo hijo del señor Luján, y eso me daba bastante respeto.

La reunión era a las once y media, y llegué puntual. La amable recepcionista me llevó a la sala que ya conocía. Al entrar encontré a Asier con Javier.

—Hola —saludé—. ¿Qué tal?

Ambos se me acercaron y me dieron dos besos cada uno.

—Parece ser que sí eres la Martina de Diego —ironizó Asier—. Este Diego actúa rápido.

—Bueno, tanto como eso —respondí en el mismo tono—. ¿Dónde está? ¿No ha llegado?

Me extrañó no verlo. Había supuesto que me estaría esperando, como me había dicho en un *whatsapp* que me había enviado a las ocho de la mañana,

cuando me escribió para desearme los buenos días y decirme que me había echado de menos.

—Ahora vendrá. Papá quería hablar con él.

Hice una mueca de tensión y los dos se echaron a reír.

Hablamos de cosas triviales y por fin la puerta se abrió y vi entrar a mi chico. Me saludó con una sonrisa de dentífrico y un beso en la mejilla, pero un sexto sentido me hizo pensar que algo no iba bien. Borré muy rápido aquel pensamiento y me centré. Miguel se disculpó, dijo que no podría quedarse mucho tiempo y me pidió si podría ir a hablar con él en otro momento. Con cierta angustia en el estómago, le contesté que sí. Me dio por creer que se había enterado de lo mío con su hijo y no le parecía bien.

Traté de ser concisa en mis explicaciones. Mientras los esperábamos, Asier había conectado mi portátil a un equipo, y la imagen que quería mostrarles se proyectaba en una gran pantalla blanca de la pared. Expuse con precisión mis ideas y comentarios sobre la nueva página y sus nuevos conceptos. Nadie me interrumpió. De vez en cuando miraba a Diego, que siempre me sonreía, pero estaba algo distraído. Supuse que le aburría escucharme de nuevo. En su casa, y en nuestro paseo de la mañana anterior, le había avanzado algunas de aquellas ideas y resuelto sus dudas. Él me había hecho pensar en algunas cuestiones y las había incluido a última hora del domingo. Al terminar, Javier fue el primero en preguntar. Quería saber cuánto tiempo nos llevaría hacer los cambios.

—Bueno, todavía quedan cosas por pulir —respondí.

—Me gusta el aire que le has dado. Has captado nuestra esencia —añadió Miguel.

No quise mirar a ninguno, pero pude adivinar ciertas miradas cómplices entre los hermanos. Se hizo un pequeño revuelo de dudas, pero en general parecía que les gustaba lo que les proponía.

—Mañana a las cinco, ¿te va bien? —preguntó el padre—. No, mejor el miércoles a la tarde, la tengo toda libre.

—Sí, puedo organizarme —respondí seria.

—He de irme. Chicos, ya sabéis, cualquier cosa me localizáis en el móvil.
—Se levantó de su sillón y me dio un apretón de manos. Se despidió con una frase un tanto enigmática pero irónica—. A ver si yo te convenzo antes que mi hijo.

Salió por la puerta y Diego se dispuso a hablar casi por primera vez. Me explicó que su padre se iba al hospital, un amigo suyo estaba ingresado y estaba bastante delicado. Lo operaban del corazón.

No pudimos hablar mucho más. Yo tenía que pasarme por un cliente que tenía problemas con un programa y que me esperaba a la hora de comer, que era cuando no había nadie por su empresa y los ordenadores estaban desocupados. Diego me acompañó hasta los ascensores.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó muy cerca de mí, pero guardando la compostura. Creo que la recepcionista no nos quitaba ojo.

—No sé, esta tarde tengo *gym* después del trabajo.

—Yo mañana estoy fuera, con Asier.

El silencio cruzó entre los dos. Creo que teníamos problemas con la intimidad, pero no con esa de estar en la cama, sino con la social.

—¿Nos llamamos? —Hizo el gesto con los dedos.

El ascensor llegó y él dudó un segundo, pero para mi sorpresa se metió conmigo en la cabina. Dio al botón de bajada, su mirada escondía algo. Parecía que iba a decirme alguna cosa, pero en vez de hablar me aprisionó contra la pared para besarme. Fue intenso y me dejó con ganas.

Al abrirse las puertas, quien nos viera no imaginaría el fuego que acababa de recorrer nuestros cuerpos. Nos despedimos con una sonrisa en los labios y repitió ese gesto universal con los dedos de «te llamo».

CAPÍTULO 17

¿Cómo podía haberla tenido en sus brazos, besado con aquella pasión que le nacía en lo más profundo de su ser y no haberle dicho ni media palabra? Era un cabrón o un simple cobarde. Diego se debatía en esos pensamientos cuando entró de nuevo en las oficinas.

—Pensé que te habías marchado ya —señaló a su padre, que lo aguardaba apoyado en el quicio de la puerta de su despacho.

—Yolanda me ha dicho que hablabas con Martina en los ascensores, he preferido esperar —respondió, se hizo a un lado y lo invitó a pasar—. ¿Se lo has dicho?

—Primero necesito elaborarlo yo.

En el despacho estaban sus hermanos. Aquello iba a ser una especie de convención, pero necesitaba saber, poner sus ideas sobre la mesa. No quería que aquella caja que tenía enterrada en el fondo de su mente se abriera, aunque desde aquella mañana el candado con el que la cerró parecía estar suelto.

Había recibido un críptico mensaje de su padre la noche anterior, en el que le decía que fuese a hablar con él a primera hora de la mañana. Había preguntado a sus hermanos qué pasaba. Lo único que se le ocurrió fue que su progenitor no estuviera de acuerdo con que él saliera con la diseñadora de la web. Había pensado toda una argumentación para defender la relación que empezaba y que, según rememoraba las horas en su compañía, lo tenía revolucionado y deseoso de verla a todas horas.

Se permitió mirar en su corazón. Se había dado tiempo, necesitaba entender qué le ocurría, qué sentía por esa mujer; la emoción que lo embargó al conocerla había hervido a fuego lento. Con una claridad meridiana descubrió que estaba enamorado. Llevaba más de un año pensado en ella y por fin la tenía. Cuando se desprendieran de la sensación extraña que dan los inicios, al no saber si lo que sentían y pensaban el otro lo vivía igual, se dejarían llevar. Aquello no era solo sexo o atracción, que también, porque se moría por tocarla, por sentir cómo su piel se erizaba y se estremecía con tan solo una caricia. Era ardiente y apasionada, y eso lo enloquecía. Su cuerpo no mentía, ella lo deseaba con el mismo ardor que él a ella. Había comprobado que, cuando la tensión se alejaba de ellos, se comportaban como una pareja acuñaada por el tiempo y la confianza. Se le hinchó el pecho al evocar la naturalidad con la que habían cocinado uno al lado del otro, o dormido en el sofá una siesta para luego despertarse enredados y entregarse. Él quería eso todos los días. No servía para estar con una chica distinta cada fin de semana, como Javier o Sergio, él quería tener pareja y no le valía cualquiera.

Cuando había entrado en el despacho de su padre, por la mañana, no había esperado recibir aquel jarro de agua fría.

—Hace tiempo que salgo con una mujer —le había soltado este de pronto.

—Me alegro, lo sospechaba —había respondido con alegría—. ¿Lo saben mis hermanos? ¿Cómo se llama?

—No, pero... Mira, ese no es el tema por el que te he llamado. —Había mirado a su padre a la espera de una respuesta—. Se llama Elena, es médico en la Clínica Corachan, en oncología y...

—Es una buena noticia —lo había cortado—. Yo he empezado a salir con una chica en serio.

—¿Qué significa en serio?

—La conocí hace tiempo, cuando fui a Menorca...

—¿Hablas de Martina? —había preguntado Miguel con cara de sorpresa—. ¿Desde cuándo salís?

—Oficialmente, desde el viernes —había dicho con emoción—. Espero que no te importe, a ella le preocupa que no te agrade y esto afecte su trabajo de alguna manera.

—Yo no tengo nada que decir y, mira, me gusta que salgas con ella. Quiero proponerle algo, pero eso es otro tema. En estos momentos es mejor que estés con alguien, así te será más fácil.

—¿En estos momentos? —había preguntado con retintín—. Joder, papá, ni que estuviéramos de funeral.

Con tranquilidad fingida su padre fue desgranado una historia que se le hacía irreal, de novela, como si alguien hubiera orquestado una trama en su vida y el punto de giro fuera a ocurrir de un momento a otro.

Hacia unos días, le explicó, fue a buscar a Elena al hospital. Cuando llegó ella despedía a su última visita. Se sorprendió al reconocer de quién se trataba. Eran Miriam y su madre.

Elena le contó que Miriam era paciente suya desde hacía dos años y que la chica había anulado su boda para irse a Houston a recibir un tratamiento que le salvara la vida, pero lo único que había hecho era alargársela.

—Miriam tiene cáncer. ¿Lo sabías?

Por un momento se había quedado en *shock*. Su exnovia estaba enferma desde hacía mucho tiempo y nunca le había dicho nada. ¿Cómo no había podido darse cuenta?

Su padre le había explicado lo que Elena le había contado, que se negó a recibir quimioterapia, quería estar perfecta para la boda, pero la enfermedad avanzaba y ella pensó que en Houston recibiría mejor tratamiento que en España. Estuvo muy equivocada.

Después de aquella revelación había necesitado más de media hora para calmarse. Se había sentido engañado en lo más profundo. ¿Cómo había podido, la que se suponía que era su novia e iba a casarse con él, ocultarle algo así?

Arrinconó todo aquello al entrar en la sala de reuniones y ver a su chica.

Por unos instantes su corazón se había sosegado, se había dicho que en aquel momento ella era su universo. Sin embargo, por mucho que lo intentó no pudo hacer que lo que su padre le había explicado no lo afectara.

Había entrado con Martina en el ascensor para decírselo, pero no había tenido valor. Por unos segundos se había dejado llevar por lo que le hacía sentir y casi se le olvidó lo que pretendía contarle, al besarla y percibir su cuerpo que reaccionaba al suyo.

Necesitaba respuestas.

Y ahora estaba allí, solo faltaba Sergio y volverían a ser el quinteto de aquel fatídico 18 de junio del año anterior.

Se movió por el despacho como gato enjaulado. Su padre lo trajo al presente.

—Aquello pasó, hijo. Su razón tendría...

Pero no escuchaba, su mente estaba ofuscada.

—¡Era mi novia! Íbamos a casarnos, joder. No tuvo confianza para decirme que estaba enferma. ¿Me utilizó acaso? —explotó de rabia—. Me engañó, no solo al dejarme allí, como un imbécil en el altar, me engañó de la peor forma que se hace, faltando a una verdad.

—Ahora tu presente es Martina —intervino Javier y se sorprendió de las palabras de su hermano—. No lo olvides, puedes hacerle daño. Nunca has querido escuchar ciertas cosas, pero Miriam era egoísta, no te sentaba bien.

—Lamento lo que le ocurre a Miriam —dijo Asier, apenado—. Pero estoy con Javi. Desde que te dejó eres otro. Esa chica, Martina... te brillan los ojos cuando hablas de ella. Pero voy a decirte algo que ignoras. Yo sí sabía lo de Miriam. Estabas tan destrozado que la busqué, me dijo que se iba a Estados Unidos y su madre me contó por qué. Iba a hacerse un tratamiento para su cáncer de mama. Nunca te lo dijo por si la abandonabas. Dijo que casarse contigo no era lo importante en aquel momento, sino ella, y que cuando regresara ya te buscaría y tú la perdonarías como hacías siempre.

—¿Eso dijo? —preguntó Miguel, asombrado.

—No le importabas demasiado, ni siquiera el dinero que gastaron su padre o tú para que tuviera la boda que quería. Lo tiró todo a la basura. Su padre estaba cabreadísimo.

—Supongo que todos en su situación haríamos algo así, mirar por nosotros. —En un intento por comprender a la que fue su novia, Diego la defendió.

—No, la gente necesita en esos momentos a sus seres queridos —señaló su hermano mayor—. Ella escogió y tú no estabas en ese bando, pero no tuvo valor para decírtelo. Cuando llegué a entregarle el ramo, no supe verlo entonces, allí ocurría algo extraño, sus padres estaban muy tensos y ella demasiado nerviosa. Ahora puedo darle sentido.

—Creo que el día de la boda, o unos días antes, tuvo una recaída y todo se aceleró —explicó Miguel y aludió a palabras de Elena para explicarse—. Tuvieron que ingresarla.

—Por eso no la viste en los días previos —conjeturó Javier—. Pero ahora no entiendo que le des vueltas. Fue hace más de un año... ¿No me dirás que la sigues queriendo? —preguntó su hermano, alarmado. Él negó con la cabeza—. Entonces no tiene caso remover la mierda. Martina se cruzó en tu vida. Estás enamorado de ella, ¿no?

Martina, tenía que llamarla, hablar con ella. Explicarle cómo se sentía. Un rencor antiguo se le revolvió junto a un sentimiento de angustia y culpa por haber pensado lo peor de su exnovia, resultaba que estaba enferma. De repente, se dio cuenta de que enfocaba las cosas de forma equivocada. No era con Martina con quien debía hablar, sino con Miriam.

—Necesito hablar con ella. —Fue un pensamiento que dijo en voz alta—. Que me diga en mi cara todas estas cosas.

—¿Y Martina? —cuestionó Javier, de repente era como la voz de su conciencia.

—La llamaré, pesado.

Se fue a su oficina, habló con Sergio y su amigo le dijo cosas similares a las de su familia. Era agua pasada. Él ahora estaba feliz con su chica y para qué

quería darle vueltas a aquella historia. Pero no conseguía estar en paz. Intentó escribir un mensaje a Martina; sin embargo, no supo qué decirle. Hay cosas que no se dicen por Whatsapp y esa era una de ellas. Tenía que tenerla cara a cara y aclararle, si veía dudas en sus ojos, que no sentía nada por su ex, que solo necesitaba pedirle explicaciones. Se preguntó por qué las precisaba en ese momento y eso lo despistó de enviar el mensaje.

Por la tarde ya no aguantó más. El resentimiento acumulado en su interior dejó de darle tregua.

Fue a casa de los padres de su exnovia. Lo recibieron con sorpresa, pero fueron a avisarle. Cuando ella salió al salón donde él la esperaba, iba vestida como si fuera de coctel. Demasiado arreglada, pensó. La madre no la dejaba sola, como si fuera una dama de compañía del siglo xix. Se sentó a una distancia prudencial, pero que quitaba toda la intimidad que él hubiera deseado.

Se saludaron de una forma escueta, casi aséptica.

—Hola, Diego.

—Miriam.

—El sábado me dijeron que estabas en el Lamborghini, pero no te vi. —Le pidió que se sentaran con un gesto—. Sergio no fue muy amable, se fue a los cinco minutos de llegar yo. Me odia, ¿no?

—¿Por qué iba a odiarte? —ironizó.

Ella se quedó perpleja con esa respuesta. Diego se sintió absurdo de golpe, no sabía qué hacer con las manos. Se incorporó al notar que se había sentado sobre algo que había en el sofá, lo sacó de debajo de su cuerpo y jugueteó con el objeto que encontró, una pequeña jirafa de plástico.

—No... ¿No recibiste mi carta? —preguntó con vacilación y miró a su madre, tensa.

—¿Qué carta?

—Una en la que te explicaba... ¿Mamá?

—Hija, no era el momento —dijo la mujer por toda respuesta. La miró

severa, se levantó muy digna y salió del comedor.

—Miriam —pensó cómo decírselo—. No importa la carta... Lo sé todo. Me acabo de enterar.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Imaginé que, al verme tu padre con la doctora Torres, sería cuestión de días que supieras que había regresado... Me extrañó que nunca me respondieras, pero pensé que estabas enfadado. Tendré que hablar en serio con mi madre.

Miriam le explicó lo que se suponía que decía aquella carta, con una distancia afectiva que lo sorprendió. En el último momento, cuando su hermano le había llevado el ramo y le había dicho que era la novia más bonita y perfecta que había visto nunca, supo que no podría hacerlo. Quizás le cortarían un pecho, ¿dónde estaría la perfección entonces?

Se le hizo un nudo en la garganta y pensó en la frivolidad de aquellas palabras, pero la apariencia física siempre había sido algo importante para Miriam. Mejor un pecho menos y estar viva, pensó.

—Debiste decírmelo —le reclamó.

—Tú esperabas hijos, ¿y si no podía dártelos? —señaló dolida—. No quería tu lástima.

—Te quería, nunca sería lástima. ¿Y los hijos? No pensé que te preocuparan, dejaste clara tu postura.

Ella rectificó el tono y le dijo que no podía hacerlo cargar con una enferma que iba a necesitar cuidados por un tiempo y que no podía ni deseaba acostarse con él porque lo único que le preocupaba era su salud. Dolió escucharlo de sus labios.

—¿Por qué una boda? ¿Por qué dejarme en el altar? Podías haberme ahorrado hacer el ridículo. Podíamos haber esperado.

—Quería casarme, de verdad. Estaba tan bonita vestida de novia. —Su narcisismo lo conmocionó. Le pareció que no era consciente del daño que causaban sus palabras—. Tú podías ofrecerme la misma posición que mi

padre, pero tu actitud pasiva ante la empresa me dijo que no tenías ambición. Papá podía pagarme el tratamiento en Houston, esa era mi mayor preocupación. Nadie se enteraría.

—Sigues siendo una egoísta —le reclamó.

—¡Vaya! Pues tú eres otro. No te ha ido tan mal desde que te dejé —se quejó—. Por ahí dicen que eres rico, que has superado a tus hermanos en los negocios y que te va bastante bien.

Rio para sus adentros, esas palabras le trajeron a la mente una conversación lejana.

Se retaron con la mirada y quedaron en silencio. Ella hizo un ademán contrito que le dio a entender que reconocía que se había pasado. Su tono cambió, le preguntó si de verdad la chica de la cafetería era su novia. El asintió. Tal vez quiso hacerle daño, pero no mintió, dijo que estaba muy feliz.

Después de aquellas confesiones no tenían nada más que decirse. Se levantó de su asiento despacio, tiró sobre el sillón la pequeña jirafa que ella no dejaba de mirar y le dijo que tenía que marcharse.

Cuando salió de la casa no sabía si se sentía liberado o no.

Llamó a Sergio y se fueron a tomar unas cervezas al Lamborghini.

No fue capaz de enfrentar a Martina el martes, cuando con una buena resaca se dio cuenta de que no la había llamado ni escrito el día anterior. Pero ella tampoco lo había hecho y eso le sirvió de excusa y se dio otra prórroga —«luego la llamaré»—, que no cumplió. El luego no llegó. La vorágine del día, de un lado para otro, en que lo tuvo Asier lo despistó por completo. Aunque Martina estaba con él, en su pensamiento; de vez en cuando recordaba sus besos o sus caricias y deseaba hablarle, pero era en los instantes menos adecuados, estaba con un cliente, o escuchando divagar a su hermano que desde que sabía que iba a ser padre estaba cagado de miedo.

La confesión de Miriam, la frialdad con la que se expresó, el darse cuenta de lo poco que había sido para ella lo habían afectado más de lo que imaginaba. Lo trató casi como si fuera una cuenta corriente y poco más.

¿Cómo había querido tanto a esa mujer? Rectificó: ¿cómo había estado tan ciego con esa mujer? Durante un tiempo creyó quererla, pero había estado muy equivocado. Pensó que lo que mataba el verdadero amor era la comodidad, el dejar de esperar del otro, de sorprenderlo. No iba a permitir que eso le pasara de nuevo.

Había estado dormido cinco años. ¿Y su libido? ¿Dónde estuvo todo ese tiempo? Con Martina se disparó en el mismo instante en que la vio. Aquel aire independiente, aquel corte sutil ante su comentario soez, que ella encajó con sarcasmo. Aquella inocencia y recato al saberse expuesta a los posibles ojos de alguien, al darse cuenta de que su bikini había dejado sus pechos al descubierto mientras nadaba, lo invadieron de ternura. Desde la distancia había captado su azoramiento y su vergüenza. Después, aquel beso robado lo había zarandeado por dentro. Aquella mujer había conseguido en cuatro días que temblara y lo emocionaba sentirla arrobada algunos momentos, atrevida y demandante en otros.

El miércoles, avergonzado y sin ninguna justificación en su haber, se personó en la oficina de su padre para encontrarse con ella en terreno neutral. Cuando llegó supo por Yolanda, la recepcionista, que su padre estaba ya reunido con Asier y la chica informática. No quería interrumpir la reunión y que ella se pusiera nerviosa. Sabía la importancia que le daba a su trabajo. En su fuero interno solo deseaba que aceptara lo que su padre le propondría. Que se hiciera cargo de diseñar un nuevo programa y la web, y diera una nueva proyección a la marca Luján dirigiendo su publicidad.

Esperó en un lugar estratégico desde el que podía ver si alguien entraba o salía del despacho de su padre. Así no se le escapaba. Empezaba a desesperar cuando la puerta se abrió y su corazón dio un vuelco.

—Está bien, Martina —la voz de Asier sonó profesional—. Esperamos tu llamada.

—Adiós, Miguel, muchas gracias por pensar en mí —dijo ella amable.

—Gracias a ti por tu sinceridad —agradeció su padre.

En el momento en que vio que ella pasaba por delante de la puerta de la oficina en la que estaba, salió a su encuentro.

—Hola, te esperaba —la saludó con cautela.

—Y yo te esperaba hace dos días —contestó ella con distancia.

—Lo sé —afirmó arrepentido.

Agachó la cabeza y metió las manos en los bolsillos. Buscó las palabras para decirle por qué se había comportado así, pero no encontró nada digno que argumentar. Sorteándolo, ella empezó a caminar.

—¡Eh...! Espera.

Martina lo ignoró y siguió hasta llegar a los ascensores.

—Tina, por favor... necesito explicarte —rogó para que se detuviera.

—Es tarde, ¿no te parece?

—Estaba confundido, ¿no me perdonas?

Iba a entrar en el ascensor y se volvió. Lo miró con desdén.

—No hacía falta tanto rollo de restaurante romántico, tanto «estoy contigo», ni tanta historia. Que te vaya bien, Diego. Déjame en paz, ¿vale?

La cogió por el brazo e impidió que entrara en la cabina.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¿De verdad me preguntas qué me pasa?

—¿Todo este número porque no te he llamado?

—No, machote. Este número es para no darte una hostia —espetó con cinismo—. Mira, lo dicho: que te vaya bien con ella.

—¿Ella...? ¿Con quién? —No entendía nada.

—Si pensabas volver con tu ex al minuto y medio de ir a hablar con ella, podías haber pensado decírmelo antes.

Las lágrimas asomaban a sus ojos. Llamó de nuevo al ascensor

—Yo no... ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—Sé sumar dos y dos. Tu padre y hermano hablaban de que fuiste a su casa, no me has llamado en dos días. ¿Qué quieres que piense?

—Déjame hacerlo bien, ¿vale? —pidió con resignación—. Es cierto que

hablé con ella, me he enterado de que está enferma de cáncer. Fui... en realidad, no sé a qué fui, supongo que quería explicaciones de por qué me lo ocultó. Quería odiarla y no puedo, no soy tan cabrón para alegrarme de eso. Aunque al decírmelo se haya mostrado tan fría como un témpano. Simplemente, me abandonó porque, de los dos, la primera de la lista era ella.

Martina lo miró sopesando si creerle o no, pero la cara que él le dedicó acabó de convencerla.

—Solo te pido que no me mientas, las cosas claras.

—La verdad, siempre. Estoy contigo, no dudes de mí, por favor.

Se despidieron con un beso discreto y la promesa de verse por la noche en el piso de él.

Llegó a casa antes de las ocho. Quería hacerle la cena a Martina, ella le había avisado de que se retrasaría porque tenía que ir a ayudar a su hermano Álvaro, a su trabajo. Su móvil sonó y pensó que sería ella.

—Hola, preciosa.

—Hola.

Se tensó, la voz no era la que esperaba. Sonó frío.

—¿Qué quieres, Miriam?

—Necesito que hablemos.

—Creo que ya lo has dicho todo.

—No, todo no. Pero sí me he comportado como una arpía, no quiero ser así. No te lo mereces. Por favor, es muy importante.

Ella no atendió a su rechazo. Le dijo que se sentía culpable por lo que le hizo. Diego no quería escuchar sus excusas. Iba a cortar la comunicación cuando de repente ella empezó a sollozar. De pronto, la chica distante y fría con la que había hablado unas tardes antes se esfumó y apareció una que quizás no había conocido nunca. Miriam no era de las que suplicaban y lloraban.

—Solo te pido que me des la oportunidad de pedirte perdón. Necesito contarte algo muy importante. Podemos vernos ahora, donde me digas.

¿Sigues viviendo en casa de tu padre? Puedo acercarme.

—No, me trasladé hace tiempo.

Cuando aparcó la moto aún se preguntaba por qué había accedido a quedar con ella en un lugar como aquel. Era el bar al que iban siempre.

Se sentaron en una mesa del fondo del local, él pidió una cerveza y ella una Coca Cola.

—Di lo que tengas que decir, no tendrás otra oportunidad —espetó con tono seco—. Solo tengo media hora, he quedado.

—Entonces será mejor que no pierda el tiempo con palabras —contestó y rebuscó algo en su bolso, sacó su billetero, extrajo una fotografía y la puso sobre la mesa. Se la acercó con los dedos. La imagen de un niño con mofletes regordetes lo sorprendió—. Se llama Eric.

—¿Quién es?

Ella lo miró con sus ojos claros y no le gustó.

—Acaba de hacer un año. Nació prematuro. No permití que me pusieran quimio hasta que él pudo nacer sin riesgos. Fue por cesárea.

—Qué... ¿Qué quieres decir?

La idea que se le formó en la mente lo asustó.

—Eres su padre.

Recibió aquella frase como un mazazo. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y no pudo decir nada, se llevó la cerveza a los labios y dio un largo trago.

—Diego, no fui capaz de enfrentarme a tantas cosas juntas y hui —confesó. Él se acabó la copa casi de un trago y la instó con los ojos a que se explicara—. Me detectaron el cáncer en una visita rutinaria al ginecólogo un año antes de la boda, pero yo no quería cambiar mis planes. Si me ponían quimio, se me caería el pelo y no quería que nadie se enterara. Era un tumor pequeño, pero no quise condicionar mi vida a lo que mi doctora me aconsejaba. Sin embargo, al no hacer nada la cosa empeoró. Cuando lo supe quise correr y contártelo, quise decírtelo... pero fui cobarde. Mi madre dijo que no serías

capaz de soportarlo, que me dejarías. No estuve en Roma con mis primas en Semana Santa, sino ingresada en la Corachan. Descubrieron que estaba embarazada, así y todo, me operaron y aconsejaron tratamiento de radio y quimio, pero entonces perdería al bebé y lo rechacé. Por eso me negaba a tener relaciones, no quería que me vieras desnuda.

Aquella confesión le hizo daño porque la Miriam que él conocía estaba siempre la primera de la lista, ese gesto altruista lo desconcertó. Fue a interrumpir y ella lo cortó.

—Déjame que continúe, si no lo hago, no podré decírtelo todo. —Él la apremió a seguir—. Me convencí de que, si no te lo decía, era como que no pasaba nada. Yo solo quería casarme, tener mi boda soñada y no pensaba en nada más, pero estaba en *shock*. Que te digan que padeces un cáncer te bloquea. ¿Por qué yo?, pensé. Yo me cuidaba mucho, comía sano, hacía deporte, no fumaba, no bebía. Era injusto. Estaba enfadada con el mundo. Entonces me dijeron lo del bebé y reaccioné. Si me ponía en tratamiento, lo perdería y tal vez nunca más me quedaría embarazada. Ese objetivo me ayudó a no derrumbarme, todo lo hacía por el bebé y lo escogí a él.

—Tenía derecho a saberlo —fue lo único que se le ocurrió decir y se sintió ridículo con aquella frase.

—Un primo de mi madre fue tratado en Houston y pensé que allí podrían llevarme, consulté con un médico. La doctora Torres decía que aquí podía tener los mismos tratamientos, pero a mí me pareció que lo que me proponían en América era mejor y no lo dudé, me marché. Pensaba decírtelo, te lo prometo, pero empeoré de golpe, no resistí el estrés de la boda. Llegó tu hermano con el ramo y la angustia de mi engaño me paralizó. Me quité el vestido mientras se pensaban que estaba en el baño y me fui de casa. Estuve horas desaparecida. Me desvanecí en un parque y me llevaron al hospital, allí me encontró mi familia.

Diego la escuchaba como si aquello no tuviera nada que ver con él. Ella era fría, incluso hablaba con desapego de ellos dos como pareja. Ni siquiera lo

tuvo en cuenta.

—Me ingresaron un par de días. Al regresar a casa decidí irme a Houston. Pero la casualidad quiso que me encontrara con tu hermano, Asier. Tuve que mentirle, decirle algo que hiciera que tú no me buscaras. Mi madre le confesó lo que me ocurría y le dimos a entender que no te quería.

—¿Y el niño? —preguntó con ansiedad.

—Cuando llegaste a casa casi lo pillas, se lo había llevado la muchacha a dar un paseo. Está irritable. Supongo que detecta que algo pasa.

—Pero él... ¿Él está bien?

La cara se le iluminó a Miriam.

—Sí, él está muy bien. Es un niño muy bueno.

—¿También me lo explicabas en esa supuesta carta? —preguntó con sarcasmo—. ¿Por eso tu madre no nos quitaba ojo de encima, porque no quiere que me lo digas?

—Algo así. Diego, el miedo me hizo huir. Mis padres no querían que esperase a ponerme en tratamiento, creo que aferrarme al bebé era una manera de negar mi enfermedad.

Lo que vino detrás de esa confesión no fue mucho mejor. Miriam le explicó que había recaído. Tenía miedo a que se reprodujera el cáncer y a la metástasis. Había gozado de los avances de la medicina, pero no sabía el tiempo que le quedaba. No quería estar sola. En un acto desesperado le pidió que se hiciera cargo del niño cuando ella no estuviera.

—No quiero que mi madre críe a otra persona tan superficial como yo —confesó.

—Asumiré mi responsabilidad —apuntó conmovido.

—Diego, podemos ser una familia. Todavía te quiero. Dime que tú no has dejado de quererme.

—Miriam, lo siento, yo...

—¡No! ¡No lo digas!

Aquellas palabras le cambiaban la vida. Sabía que no podría hacer como

que no las había escuchado. Miriam no pudo reprimir las lágrimas que pugnaban por salir y él no fue capaz de mostrarse frío, sentía un nudo en la garganta. Le apretó la mano, como si así le transmitiera el cariño que una vez sintió.

—Puedo verlo en tu cara, me tienes lástima, te doy pena, pero no me quieres... ¡Bésame, Diego! Bésame por última vez.

De repente ella se arrojó a sus brazos, entre sollozos, y sintió el suave roce de sus labios en los suyos, antes de envolverlo en un abrazo. No pudo rechazarla. El tiempo se paró a su alrededor, la sintió temblar entre quejidos y se dejó vencer por un sentimiento dormido y lloró con ella su desgracia. Quizás también lloró por él. La emoción de saber que era padre lo embriagó y allí, envuelto en unos brazos, en un cuerpo que una vez amó, no se dio cuenta de que unos ojos lo miraban incrédulos y también llenos de dolor, pero de otro pesar muy distinto.

CAPÍTULO 18

Aquella escena me llenó de inquietud y sin poder evitarlo me deshice en lágrimas al llegar a casa, encerrada en mi cuarto. Irene y mi hermano supusieron que venía enfadada. Ni siquiera me preguntaron al verme cruzar el salón en dirección a mi dormitorio con la cara de circunstancia. La casualidad me había llevado a aquel bar, camino de la casa de Diego. Quería sorprenderlo con un vino y allí podía comprarlo, tenían una pequeña bodega en el Penedés. La sorpresa me la llevé yo. La escena que se representaba, al fondo del local, me quitó las ganas del vino y de todo lo demás, y me llenó de angustia el corazón. Salí corriendo de allí.

Me costó recomponerme. Una hora después, recibí un mensaje de Diego que me indignó al leerlo:

Diego Luján: ¿Por qué no has venido? ¿Dónde estás?

No quise responder y él volvió a escribirme, lo supuse nervioso.

Diego Luján: Necesito verte, tenemos que hablar.

No fui capaz de enfrentarlo, no quería verlo, estaba muy dolida. Pero, sobre todo, aquella frase me asustó. Nunca traía cosas buenas. La mente levanta murallas altas e inicia batallas imaginarias para justificar la frustración que no aceptamos. No importaba que no tuviera toda la información, que no supiera qué significaba lo que había presenciado. Me hice mi propia película al creer con ideas preconcebidas y di por ciertos unos hechos. Lo maldije porque me

había mentido, me sentí engañada y traicionada.

Tampoco contesté, pero él fue insistente. Pasadas las doce recibí otro mensaje:

Diego Luján: ¿Tú habitación da a la calle?

Miré el móvil con angustia, si abría el mensaje, él sabría que lo había leído. El claxon característico de una moto sonó en el exterior y el corazón me retumbó fuerte en el pecho. Di varias vueltas por mi habitación. Estaba en pijama, un conjunto de camiseta y malla. Pretendí seguir leyendo la novela que tenía abierta en mi iPad, pero fue inútil concentrarme de nuevo.

Otro pitido. En el centro siempre hay ruido, pero no quería que llamara la atención y que algún vecino le dijera algo. Me asomé a la balconera. Él me vio enseguida y alzó una mano para saludarme, hizo un gesto con el que entendí que subía.

Hubiera preferido no verlo, necesitaba tiempo para calmarme y no soltarle toda la artillería que mi mente retenía.

Lo esperé con la puerta abierta. Mi primer pensamiento fue gritarle nada más verlo y echarlo de allí. Tardaba más de la cuenta y no escuchaba el ruido del ascensor, así que pensé que quizás había cambiado de opinión, pero me equivoqué. De pronto apareció por las escaleras. Me impactó la expresión de su cara y su lenguaje corporal. Parecía que traía todo el peso del mundo con él. Eso o estaba en baja forma y subir a pie a un tercero le estaba pasando factura.

—Hola —susurró—. Te he estado esperando.

—¿Seguro?

Quiso darme un beso y yo ladeé la cara para evitarlo. Me miró con expresión contrita.

Se dio cuenta de que no estaba muy contenta de verlo. Me observó desde su altura, me sacaba una cabeza, y de pronto hizo algo que me dejó helada. Apoyó su cabeza en mi frente y dijo casi en un murmullo:

—No vas a creerte lo que me ha ocurrido.

Me abrazó por la cintura y yo me tensé. Me sentía muy incómoda y me contenía para no gritarle en el rellano.

—¿Qué te pasa? —preguntó extrañado—. ¿Es que no vas a dejarme entrar? Sonrió de medio lado. Se lo notaba cansado.

—¿Vienes a dejarme? Si es eso, puedes decir lo que tengas que decir aquí mismo.

Se separó de golpe y clavó sus ojos oscuros en mi rostro con interrogación.

De repente, la voz grave de mi hermano resonó a mi espalda.

—¿Por qué no dejáis de pelar la pava en la puerta y entráis? Se enfría la casa.

Diego aprovechó la coyuntura y se coló dentro, al separarme del dintel. No quise hacer ruido al cerrar, pero la puerta se me escapó y resonó en el silencio. Me vi expuesta a la censura de cuatro ojos y solo pude encogerme de hombros.

Me crucé de brazos al ver cómo saludaba a Álvaro, que estaba, también, en pijama y que regresó a su cuarto con una botella de agua. Cuando nos quedamos solos me miró con una mueca de tensión.

—Tengo que hablar contigo, preferiría en tu habitación —sugirió—. Allí no nos interrumpirán.

—No creo que salga otra vez, este es un buen lugar para decir lo que quieras decirme.

—¿Por qué crees que voy a dejarte?

—Dímelo tú.

Me observó durante unos segundos que se me hicieron eternos. Era súplica lo que vi en sus ojos. Me moví en dirección a mi habitación y él me siguió. Al entrar cerró la puerta y se apoyó en ella. Tenía el casco en la mano y no cesaba de girarlo como en un tic nervioso. Al final lo dejó sobre la cómoda. Yo me senté en la cama. Le di tiempo, no iba a ser yo la que nombrara lo que había visto. Me di cuenta de que solo quería que me abrazase y me dijera que

todo estaba bien, solo quería oír su «estoy contigo». Pero no era tan tonta como para creerme aquello.

Nos retamos con los ojos clavados en el otro. Parecíamos dos contrincantes que se estudiaban antes de batirse en duelo. En aquel momento, no era consciente de la tormenta que se desencadenaba dentro de Diego y no se lo puse fácil. Mi mirada se convirtió en reproche y desdén. En mi retina aún permanecía grabada la imagen de otra mujer que, en sus brazos, rozaba sus labios y él en una actitud afligida, como de reconciliación. Esa idea me revolvió por dentro.

—No lo alarguemos más —musité.

—Te quiero. —Lo soltó así, a bocajarro. Como el condenado al que le dan voz para decir unas últimas palabras.

—No te creo —respondí dolida y por cómo me miró supe que mi frase lo impactó—. Por lo que he visto, es falso que ella no signifique nada para ti.

Se movió despacio hacia mí, como si mi argumento le diera la razón de algo y su expresión mudó a otra con cierto aire de asombro o indiferencia.

—Reconozco que no es eso lo que me hubiera gustado escuchar —bromeé—. Pero si hay algo que puedas añadir o rectificar, este sería un buen momento.

Se sonrió, canalla, y yo luchaba porque las lágrimas no me sobrecogieran. Quizás en otro momento me hubiera estrellado en sus brazos, pero estaba dolida y decepcionada. Para una vez que me decían algo tan fuerte y no fui capaz de decir que yo también. Aquella idea se me reveló como si fuera un mantra divino y lo oculté en mi mente. Él debió darse cuenta de mi lucha interior. Se acercó con pasos lentos y, para mi sorpresa, se dejó caer de rodillas frente a mí. En su rostro la socarronería había desaparecido y su expresión era de pura angustia.

—No sé qué has visto pero, lo que sea, estás equivocada —alegó—. Es cierto que te quiero y desde hace mucho. Me haces sentir tantas cosas que no sé cómo aguanté tanto tiempo sin buscarte. Tal vez no me crees porque

piensas que es pronto. Para mí no lo es, llevas mucho tiempo en mi cabeza.

—No me digas estas cosas. No creo que sean ciertas. No voy a montarte ningún número. Puedo encajar una decepción. Te he visto en el bar ese. Entré a comprar una botella de vino camino de tu casa.

Se abrazó a mi cintura y apoyó su cabeza en mi regazo.

—No es lo que tú crees —susurró—. Déjame explicarte.

—Convénceme.

Se separó de mí con cautela. Su cara estaba contraída por la tensión y no escondía la marea de emociones que le cruzaba el pecho. Se sentó, apoyó la espalda en el lateral del colchón y flexionó las rodillas. Empezó a hablar en voz baja.

—No sé qué hacer. —Inclinó la cara hacia mí y en su mirada se asomó una súplica.

Por un instante le otorgué cierta confianza, tal vez tenía razón y estaba equivocada. Le di la oportunidad que yo misma le había pedido. Me senté junto a él, en el suelo, y me apoyé en su mismo respaldo. Imité su posición y él agarró una de mis manos y jugó con el anillo que llevaba.

—Me pidió que nos viéramos, tenía algo que contarme.

Con el corazón encogido escuché el dolor de mi amor. Me contó, sin dejarse ningún detalle, todo lo que ella le había dicho y me dio mucha pena su historia.

Las veces que había oído hablar de ella no la dejaban muy bien, siempre destacaban su lado superficial. La describían como alguien preocupado por su apariencia física más que por lo que realmente valía la pena. Pero el acto de esa mujer no era tan frívolo. Escogió su propia salud por encima de él. Quizá fue egocéntrica al no compartir lo que le ocurría, querer seguir con una boda como si no pasase nada. El miedo nos hace huir hacia delante sin pensar en las consecuencias. No sé qué pasaría por la cabeza de Miriam, supongo que solo pensaba en ella. Pero al abandonar a Diego hizo que nos encontráramos, no iba a juzgarla. Yo también me descubrí egoísta.

Escuchar cómo ella había ocultado su enfermedad, incluso escapado de su propia boda, tan deseada, y la excusa que le dio, que no quería que cargara con una enferma, me conmovió. Si alguna vez quise odiarla, no pude, no podría hacerlo. Con seguridad, esa mujer baladí y nimia había aprendido una lección de la vida de la peor forma posible.

Me perdí en mis pensamientos mientras él desgranaba su encuentro. La ansiedad me hizo buscar en sus palabras si escondía alguna duda, algún arrepentimiento sobre lo nuestro, sí al conocer su historia, volvería a sentir por ella lo que dejó morir. Temí que la culpa, la lástima o la pena por haberla denostado revivieran sus sentimientos y me relegara por un amor renovado.

Estaba despistada en las alturas y de pronto algo desde el suelo me hizo reaccionar. Su tono de voz cambió.

—No me di cuenta, ni siquiera me pregunté qué hacía aquel juguete allí. Sin duda era de él.

—¿Qué juguete?

Ajeno a mi pregunta, continuó:

—Se llama Eric y tiene un año.

—¿Tiene un niño? —pregunté incrédula.

Lo miré con angustia, él tenía los ojos muy abiertos, como si se diera cuenta de que necesitaba un momento para que en mi pensamiento se aposentaran sus palabras. Un grito ahogado salió de mi garganta y me tapé la boca con ambas manos al darle sentido a su frase. Sus ojos se llenaron de agua.

—Dice que es mío.

El suelo se abrió bajo mis pies y me di cuenta, a la vez que una lágrima resbalaba por mi mejilla, que nuestra historia acababa de truncarse.

Saberla madre de un niño al que antepuso no solo a su felicidad, sino a su propia salud, me zarandeó. Jamás podría competir con algo así.

Se acurrucó en mi regazo y ahogué un suspiro. Lo escuché sollozar y lo único que pude ofrecerle fueron unas caricias de cariño sobre su cabeza. Estaba tan centrada en mí, en mi frustración, por si me había engañado a la

primera de cambio, que no había visto que Diego estaba destrozado.

No sé el rato que estuvimos así. Cuando noté que las piernas se me dormían, tiré de él. Conseguí que se quitara la ropa y nos metimos en la cama. Se acurrucó muy cerca de mí, a mi espalda, y cuando apagué la lámpara susurró en mi oído:

—Qué bien te huele el pelo.

Nos quedamos en silencio. Al cabo de bastante rato me moví, era incapaz de dormir con toda aquella información que rondaba en mi cabeza. Supuse que él había caído vencido, pero se sujetó a mi cintura.

—¿Qué quería? —pregunté muy bajito.

Noté que se tensaba y me giré sobre mí misma. Quedamos cara a cara. Podía ver sus facciones iluminadas por la luz que desprendían los grandes números de la hora en la lámpara que tenía sobre la mesita y que hacía las funciones de reloj despertador. No contestó, supuse que meditaba la respuesta. Le pregunté si la luz le molestaba y negó con la cabeza. Escondí la mía en su torso, él me abrazó más fuerte. Su voz retumbó en su pecho y agitó de nuevo el mío.

—Quiere que me haga cargo del niño... cuando ella no esté.

Sentí su corazón acelerarse. Incliné mi cabeza y lo besé. Al principio fue un beso tierno, un puro roce, pero él abrió su boca y no dudé en fundirme con él. Su mano acarició mi cintura, bajó a mis nalgas y retrocedió por mi costado hasta llegar a mi cara. La dejó allí. Corté el contacto alterada por todo lo que me hacía sentir de pronto. Miedo a perderlo y miedo a lo que estaba por venir. Acarició mis labios con el pulgar y me hizo cosquillas. Me sujetó con sus dedos y esta vez me besó él.

—Lo siento, lo siento mucho... no sé qué otra cosa decir.

—No tienes que disculparte, Diego, pero... creo que tienes que tomar decisiones.

No quise llorar, no podía hacerle eso en aquel momento, pero me sentí como si fuera una usurpadora. Me volteé y él se aferró a mi cintura como si

fuera un asidero que le daba seguridad. Morfeo nos acabó venciendo y no tuve un sueño feliz.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, Diego no estaba en la cama. Me incorporé sobresaltada porque no me había dado cuenta de su marcha.

—Estoy aquí —anunció desde el sillón, en un lateral de la habitación—. Me he despertado hace unas horas, pero no quería irme sin despedirme.

Le sonreí agradecida. Estaba vestido.

—Gracias —musitó—. Me ha gustado dormir contigo.

—Y a mí —respondí y como seguía somnolienta no controlé bien lo que decía—. Es lo más íntimo que he hecho jamás con alguien.

—Yo diría que hemos intimado bastante usted y yo, señorita —susurró con voz ronca, se levantó y se acercó despacio, hincó una rodilla en la cama y metió sus manos entre mi pelo para sujetar mi cara. Sus ojos oscuros brillaban—. No quiero perderte, Martina; sé que no es fácil lo que voy a pedirte, pero ten paciencia. Mi destino está unido al tuyo. Te quiero, no lo olvides.

Después de unos cuantos besos se despidió de mí. Tenía un día largo en el que explicar algunas cosas a su familia. Yo también necesitaba mi espacio y, aunque protestó, le dije que nos veríamos el viernes, en su casa. Se consoló al pensar que me tendría para él todo el fin de semana.

No quería analizar demasiado lo que estaba por venir. Preferí pensar que el hecho de que Diego tuviera un hijo no cambiaría mucho nuestra vida, ni que Miriam apareciera de nuevo en la suya. A veces, elegir el autoengaño es una forma como otra cualquiera de protegerse el corazón, es como mirar hacia otro lado. Es de cobardes, lo sé. Pero la cobardía también es una huida hacia delante.

Encontré a Irene en la cocina. Me dedicó una mirada pícara.

—Para mí que tú no haces cara de bien *follá*.

—Qué bruta eres.

—Pues sí, una que está *desatá*. —Soltó una carcajada—. Sí que sois

discretos, tanto que creo que anoche esa cama no ha tenido ni un ligero vaivén.

De repente y sin poder controlarlo, al ir a contestar, la emoción se apoderó de mí y me cortó la voz, las lágrimas salieron a borbotones de mis ojos como si tuvieran vida propia.

Irene dejó su tazón de café y me abrazó como si fuera mi madre.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido?

La miré a los ojos y solté entre sollozos y quejidos toda la historia que me había contado Diego. A medida que hablaba, era más consciente de que las cosas no iban a ser tan fáciles como había creído al principio.

—¿Y él qué dice?

—Me ha dicho que no quiere perderme, que me quiere, pero anoche decía que no sabía qué hacer y creo que esta mañana pensaba distinto.

—Hará lo correcto, seguro, y tú también.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con curiosidad a la vez que me retiraba las lágrimas con una servilleta de papel de cocina.

—Estarás a su lado, aunque te duela. Mira, esa chica ha pasado por un calvario y creo que está asegurándose de que las cosas sean como debieron ser.

—¿Tú crees que quiere recuperarlo?

—No lo sé. Parece que rectifica y le da el lugar de padre que le ocultó.

—Sé que no debería pensar así, pero me siento como que le quito el sitio.

—Ella tomó sus decisiones. Diego tendrá algo que decir y me parece que te elige a ti si te dice que quiere estar contigo. No dudes de él.

Hablar con Irene me sentó bien. Me comprendía y me sentía cómoda de poder expresar en voz alta mis miedos e inseguridades. Cuando no has tenido a nadie que te importe demasiado, no hay dolor si salen de tu vida, pero si encuentras a ese alguien que te completa, sentir que se escapa como agua entre tus dedos, o peor, pensar que pueden quitártelo te genera una gran angustia. Mi amiga intuyó aquel pesar y no me libré de un par de collejas

verbales sobre un temor imaginario a perderlo, que él la prefiriera a ella y, sobre todo, que yo sobraba porque eran una familia.

—Ese hombre está loco por ti. Solo hay que ver cómo te mira. Busca en tu corazón y dime que no lo quieres —me provocó, no fui capaz de decir nada—. ¿Ves? Déjate de chorradas. Si lo quieres, díselo. La vida son cuatro días. Hazle saber que estás con él, que lo apoyas; que, si él tiene miedo, tú lo sostendrás de la mano.

Aquellas palabras me hicieron sentir mejor. Enfrenté el día con otro talante.

Tenía dos cosas pendientes al llegar a mi trabajo. Una, hablar con Alejo sobre la oferta del padre de Diego. Dos, decidir de una vez qué quería hacer. Pero no pude pensar mucho, mi madre me llamó al teléfono y durante media hora me explicó sus paseos por los Campos Elíseos, lo bonito que era el barrio latino, la Torre Eiffel y los diferentes puentes que cruzaban el Sena. Quise ir yo también con mi amor. Me hizo ilusión escucharla tan contenta. Ella debió pensar que yo no lo estaba porque atacó donde más dolía.

—¿Sigues con aquel chico?

—Se complica por momentos —dije para dejar la conversación, pero ella no iba a soltar la presa así de fácil.

—Tráelo a casa el domingo, así te conocerá en otro ambiente, con la familia.

—No quiero asustarlo, mamá.

—Hazme caso y tráelo.

Colgué convencida de que mi madre tenía razón. Debía normalizar las cosas. Diego y yo éramos pareja, pues debía conocer a mi familia en plan formal. Yo conocía a la suya, más o menos. Lo llamé para proponérselo y me sorprendió lo conforme que estuvo, incluso bromeó, quería verme en mi papel de hermana pequeña. Me contó que había quedado para comer con sus hermanos, pero que ya se lo había explicado a su padre y a su tía. Ambos le habían dicho lo mismo, que no podía eludir su responsabilidad. Me comentó que había pensado conocer al niño un día del fin de semana y quería que lo

acompañara.

—¿No crees que es mejor que vayas solo?

—Quiero que formes parte.

—Formo parte de tu vida, cariño, pero hay cosas que debes hacer solo. Ese será un momento único entre Miriam, tú y el pequeño.

No negaré que ese encuentro me causaba angustia y que mi inseguridad me hacía desear estar presente, pero él debía vivir ese momento a solas. Debía establecer un buen vínculo con el niño y para ello tenía que estar al cien por cien por él. Aceptó a regañadientes, pero me hizo prometerle que pasaría todo el *finde* con él. Accedí.

Me volqué en el trabajo. Hablé con Alejo, que me dio ideas para llevar a cabo el trabajo para Fincas Luján, y acabé aceptando que el reto me gustaba.

—Si no estuvieras tan liada, te propondría un cliente. Creo que tú serías la adecuada para llevar su cuenta —sugirió. Sonreí agradecida.

—¿De qué se trata?

—Es un cliente de Valladolid, lo más seguro es que lo derive a otro colega. Es una bodega. Son dos hermanos, el padre murió hace poco y uno de ellos dirige la empresa familiar, el otro hace tiempo que tiene sus propias viñas, un vino joven que ha ganado un premio, creo. Quieren diferenciarlo de la bodega familiar y necesitan toda la logística informática.

—¿No tienes a quién enviar?

—Daniel, pero me pondrá pegas. No quiere viajar desde que fue padre por segunda vez, dice que su mujer se divorcia —me aclaró y me tentó con el trabajo—. Si te interesa, es tuyo. Pero tendrías que viajar.

—No sé, con esto de los Luján. A ver qué te dice Daniel, a lo mejor va.

Aclaramos algunos puntos de cómo iba a dividir mi tiempo entre su oficina y mi nuevo objetivo. Al explicarle lo que había pensado, se dio cuenta de que lo tenía casi todo controlado. Lo mejor era que muchos días iba a poder trabajar desde casa. Le propuse hacer menos horas y, sin esperarlo, me dijo que yo podía hacer muchas cosas que en su oficina no hacían. Trabajos que

derivaba porque se alejaban de los productos que él vendía o suponían un coste elevado de horas que el cliente no querría pagar. Me animó a crear mi propio espacio. Si lo hacía, él me facilitaría clientes como el de Valladolid. Salí casi alucinada con su propuesta.

Pensé que, cuando mi padre regresara de su viaje, hablaría con él. Trabajar con mi propia empresa suponía hacerme autónoma. Alguna vez había pensado hacerme *freelance*, pero el problema siempre era quién me proporcionaría los clientes. En ese momento tenía uno importante y Alejo hablaba de derivarme los que él no absorbía. No era tan mala idea. Quizás mi sueño de ser mi propia jefa estaba más cerca de lo que pensaba. De pronto, tuve unas ganas tremendas de compartirlo con Diego y lo llamé.

CAPÍTULO 19

Diego y yo introdujimos los cambios de nuestras vidas con la mayor normalidad que pudimos. Nos veíamos con mucha frecuencia, por lo menos procurábamos dormir juntos varias veces en la semana, en su casa o en la mía. Se había hecho asiduo a las noches de los jueves en las que cenábamos pizza. Santi y Sergio también venían a veces; Javier, no tanto, siempre tenía una excusa. Yo tenía la ligera idea de que evitaba venir. Lo que no tenía tan claro era si lo hacía por Irene o por Álvaro.

Acepté el trabajo y el reto de Fincas Luján. Mi compañero Daniel se encargó del cliente de Valladolid y me reorganicé el tiempo para cubrir con mis objetivos, mi propia cuenta y el trabajo con Alejo.

Lo más difícil de pasar fue el día que Diego fue a conocer a Eric. Habíamos comido en casa de mis padres, después él había quedado con Miriam, en su casa, para conocer al niño. Por la mañana le compramos un juguete, se me ocurrió que así Diego no llegaba con las manos vacías. Elegimos un tren con una pequeña vía y con diferentes tipos de música y piezas que se movían cuando circulaba.

Pasé la tarde angustiada, Irene no me dejó sola. Fuimos de tiendas, aunque yo no conseguí comprarme nada, lo que encontraba no me gustaba. Necesitaba dejar de pensar en cómo estaría Diego, así que abordé un tema delicado con mi amiga.

—¿Has visto a Javi algún día?

—No, ¿por qué? —Sonó sospechosa.

Solo tuve que mirarla y ella cantó como si fuera la *Traviata*.

—Nos encontramos un día, hace un par de semanas. No sé si me esperaba o fue casualidad. Estaba cerca del colegio. Tomamos un café, hablamos y al despedirnos me besó.

—¿Os morreasteis? —pregunté alarmada.

—Él por lo menos lo intentó —alegó—. Le dije que no podía hacerle eso a Álvaro, que estaba con él, vivíamos juntos y él y yo no éramos nada. Respondió que le gustaba mucho y que desde que tú salías con Diego no hacía más que pensar en nosotros.

—Vaya, imaginé que al no volver por casa algo pasaría.

—Le pedí que no viniera, no sabes la noche que me dio Álvaro cuando lo vio sentado en nuestro sofá. Te juro que no sé qué hacer para que confíe. La cosa no va bien, Martina, desde que empezamos a vivir juntos está raro. Algunas veces posesivo, otras distante. En la cama es fantástico, pero luego, no sé, no conectamos, está distraído. ¿Conoces a alguna Sandra?

—Un par, una vecina de mi madre y la hija de un amigo de mi padre se llama así, empezó a trabajar en su empresa. ¿Por qué?

—Lo llama bastante y se escriben por Whatsapp, se cree que no me doy cuenta.

Me preocupó el modo en que lo dijo.

—Creo que es la administrativa, pero es jovencita —justifiqué, aunque estaba deseando encontrarme con mi hermano a solas para cantarle las cuarenta.

—Mira, no quiero desconfiar —se defendió—. Tú me conoces y no aguanto según qué cosas, pero aposté por esta relación. Llevo enamorada de él media vida, así que trato de no generarle dudas. Javier lo entendió y espero que tú no sospeches ni veas cosas raras.

Le sonreí dándole mi apoyo. De repente, nombró a mi madre y me hizo reír.

—Es el colmo, cuando entró en tu habitación con los cafés y te soltó lo de que no atosigues a Diego con preguntas, casi me parto de risa. Qué cara has

puesto.

Como siempre, tras la comida, Irene y yo estábamos en mi antiguo cuarto de cháchara y mi madre había llegado. Como si tal cosa había empezado a hablar de que cuando viera a Diego le preguntara por cómo le había ido, cómo estaba y qué sentía. También me había aconsejado que me interesara por el niño porque era importante que lo hiciera. Supuse que era su granito de arena para que las cosas entre nosotros fuesen bien.

Al regresar, mi madre nos contó que Álvaro se había ido con Santi, le dijo que nos vería en casa. Yo había quedado con Diego que iría a la suya, pero él me vendría a buscar. Nos despedimos de mis padres y nos fuimos a Fontanella. Al llegar, Álvaro no estaba, Irene se puso a leer y yo me preparé una pequeña bolsa de ropa para el día siguiente.

A las ocho y media apareció Álvaro y dejé a la parejita en el salón. Me fui a mi cuarto a hacer tiempo. Estaba doblando ropa y guardándola en el armario cuando sentí unas manos que me abrazaban por la espalda.

—Hola —dijo Diego en mi oído. Me giré entre sus brazos.

—Hola. —No me dio tiempo a nada más y me besó.

Yo me apreté contra su cuerpo y profundicé aquel beso que me sabía a muchas cosas.

—¿Estás lista? —preguntó—. No tengo el coche bien aparcado.

—Sí, pero dime, ¿cómo estás? ¿Cómo ha ido?

—No sé, raro —contestó a la vez que se encogía de hombros—. Es un niño muy simpático y cariñoso. Miriam nos ha dejado solos un ratito. Le ha dicho: «Eric, estás con tu papá, pórtate bien». Y te juro que no supe qué hacer. Suerte del tren.

Lo abracé y le dije lo único que podía decirle:

—Los niños son fáciles, ya verás que cuando os conozcáis mejor no tienes problemas.

—El sábado que viene se lo presentaré a mi familia. Quiero que tú también estés.

Yo no estaba tan segura de querer conocerlo tan pronto, pero le sonreí y lo besé en los labios. Él cogió la bolsa que estaba sobre la cama y salimos de la habitación

Nos despedimos de mi hermano e Irene, que estaban en la cocina. Hablamos un momento con ellos, se interesaron por cómo le había ido.

—¿Te apetece que comamos algo por algún lado y luego nos vamos a casa?
—preguntó al guardar la bolsa en el maletero.

—Sí, podríamos ir a Milano. Está cerca. Habrá música en directo.

—Perfecto.

Decidió meter el coche en el parking de la plaza Cataluña. Es enorme y suerte que se lo conocía porque, si hubiera sido yo, habría aparcado en la punta más lejana a la salida que nos interesaba.

Tomamos una copa de vino con pan de coca y jamón, nada complicado, luego nos invitaron a un coctel. Yo me pedí un margarita y él un *gin-tonic*. Tocaba una banda de *blues*. Nos acomodaron en una mesita redonda en un lateral. Por lo que escuchamos, el grupo había tenido dos bajas, pero los sustitutos se adaptaron a la perfección y nos ofrecieron una sesión fantástica. El pianista era, a la vez, la voz del grupo y, tras varias canciones, al grito de «Hari Hari Hari Ho» buscó la complicidad del público, que lo seguíamos entregados al compás del piano, la guitarra, la batería y el bajo.

Diego no quería hablar demasiado y respeté su silencio. De vez en cuando se me acercaba y besaba mi cuello o buscaba mis labios y me susurraba algo sobre ellos. Me encendía con pequeños roces.

—Ha sido un acierto venir —comentó en mi oído—. Creo que necesitaba algo así.

—Los mejores planes son los que no se planean —respondí risueña.

La música nos envolvió, el vocalista nos hizo remover en las sillas, bailando a un son rítmico y pegadizo que nos contagiaba y nos obligaba a mover los pies, las manos y el cuerpo en busca de una liberación que llegaba a golpe de platillo y tambor. Eché de menos un saxofón, pero la pericia del

guitarrista hizo que por momentos lo confundiera.

Fueron dos horas de música y espectáculo magníficas. Al terminar, decidimos irnos a casa. Al salir había llovido un poco, caminamos cogidos de la mano hacia el coche.

—¿Qué has hecho esta tarde?

—He salido con Irene de tiendas.

—¿Y no te has comprado nada interesante? —preguntó travieso.

—Pues no, ¿alguna sugerencia para la próxima vez?

—Me gusta que me sorprendas, aunque lo que más deseo es tenerte desnuda en mi cama y encima de mí.

—Deseo concedido.

Nos miramos con la urgencia de una promesa.

Tuve la impresión de que Diego se esforzaba por normalizar las cosas y pensé que debía ayudarlo. Si necesitaba dejar de pensar en otras cosas, yo lo distraería y sería lo que él necesitase.

Al llegar a su casa fuimos directos al dormitorio. Dejó la bolsa sobre el sillón y nos deshicimos de los abrigos. Se me acercó, colocó sus manos en mi cintura y me miró muy serio.

—Hoy he visto cómo podría haber sido mi vida y no me ha gustado.

—¿Por qué?

—De repente, no sabía de qué hablar con Miriam, su madre estaba con nosotros al principio y me he dado cuenta de que cuando salíamos hacíamos mucha vida con su familia, en su casa, en el sofá viendo la tele. Estaba anestesiado —respondió a la vez que paseaba una de sus manos por mi costado—. No quiero eso. Hoy solo pensaba en ti, en nuestras charlas, en ti cuando trabajas con tu ordenador en mi sofá, mientras yo juego con la Play a tu lado. En ti, en mi sofá, con esas mallas ajustadas que me provocan. En ti y en mí ocupados en mi sofá disfrutando el uno del otro. En ti, conmigo, sin nadie más.

—Estoy contigo, Diego —susurré, usé sus palabras para que me entendiera.

Aún no era capaz de decirle que lo quería, no sé por qué se me atragantaba.

—Necesito escuchártelo.

Supe a qué se refería, pero en vez de decirlo lo besé y él se entregó a ese beso. Lo profundizó y nuestras manos se perdieron buscando tocar piel. Nos fuimos desvistiendo el uno al otro entre besos y caricias provocadoras. Cuando me tuvo en ropa interior, me sujetó por las nalgas y me alzó. Por inercia rodeé sus caderas con mis piernas hasta que me depositó a los pies de su cama y se terminó de retirar el pantalón. Se desnudó del todo frente a mí y se inclinó sobre mi cuerpo en busca de mis labios. Yo repté hacia atrás en la cama y él, incapaz de separarse de mi boca, con sus rodillas sobre el colchón, me siguió.

—Quiero que nos vayamos de viaje. Tú y yo, solos, donde no haya nadie que nos conozca —dijo a la vez que repartía besos por mi torso y retiraba con pericia el sujetador.

—¿Dónde? —quise saber fascinada al sentir sus labios en mi cuerpo.

—Dónde tú quieras, en el puente de diciembre.

Me retiró con cuidado las braguitas y hundió su cabeza en mi sexo. Solté un gemido que lo enloqueció. Me sujetó los muslos y supe que al día siguiente podría tener algunas marcas de sus dedos, pero no me importó. Diego estaba desatado, perdido en una pasión que lo desbordaba y me arrastraba con él. Mi respiración se aceleró, estaba muy sensible e inicié un vaivén en el que me alejaba y acercaba al mismo tiempo.

—Diego... —supliqué con la voz tomada—. Te necesito ya...

Tocó con la punta de su lengua un lugar mágico que me hizo incorporar como si tuviera un resorte. No sé cómo tiré de él y me coloqué a horcajadas sobre sus caderas, se introdujo en mí con un quejido.

—Tina...

Me sujetó por las caderas y me movió a su antojo.

—Me gusta verte así.

—Me gusta tenerte así —respondí pícaro y él, embistiéndome desde abajo,

hizo que gritara al sentirlo muy profundo.

Se incorporó para besarme y luego masajéo mis pechos y se los llevó a la boca, le gustaban y a mí me encantaba la atención que les dedicaba.

Diego era la locura, nos entendíamos y compenetrábamos a la perfección. Conocía mi cuerpo mejor que yo y, cuando estaba a punto de estallar, me dijo que me soltara. Me hizo volar e, imbuida de una nube de placer y deseo, incliné mi cabeza hacia atrás, dejé libre mi cuello, que lamió y besó a su antojo y, embrujada, repetí unas palabras que una vez me dedicó.

—Diego, mi amor.

Él también se dejó ir y me arrastró con él, sobre su pecho, hacia el colchón.

Nos tapamos cuando el frío se hizo notar en nuestra piel, y abrazados nos hicimos confidencias. Nos venció el cansancio y el sueño.

Diego me sorprendió con un suculento desayuno. Se había esmerado, chocolate caliente y melindros. Nos lo tomamos en la mesa de la cocina mientras hacíamos planes para nuestro viaje.

—Son cinco días. ¿Dónde te gustaría ir? ¿Londres, Roma, Ámsterdam, París, Berlín? ¿Dónde?

Me hizo reír al levantar los dedos de su mano derecha cada vez que nombraba un sitio como si ese que decía fuese a ser el elegido.

—¿Y a ti? —pregunté a la vez que sumergía un melindro en el chocolate y se lo metía en la boca—. ¿Dónde te gustaría ir a ti?

—A París, la ciudad del amor —propuso y levantó sus cejas varias veces, me hizo reír—, o a Roma, la ciudad de las piedras.

—¿Ciudad de las piedras? —Me carcajeé.

—Dicen que está llena de restos históricos, vamos, que abren un socavón y encuentran algo de la era de Cristo, por lo menos —explicó muy serio—. Podemos ir a ver monumentos, visitar la ciudad, ir a restaurantes románticos del *Trastévere* o no salir de la habitación. Lo que tú prefieras.

—Hacemos una cosa. Tú escribes un sitio en un papel, yo otro, los doblamos, los metemos en un vasito y elegimos uno —propuse.

—¿Nuestra primera decisión importante y ya tenemos una crisis?

Volví a reírme. Mirándolo así, tenía razón. No podía ser tan difícil elegir un sitio. Él esperaba que lo hiciera yo y yo, que lo escogiese él.

—París, me gusta París —admití.

Me miró con una sonrisa.

—Que sea París.

—Pero ¿podrás irte tantos días?

—Sergio es mi segundo y yo soy el jefe. Yo me tomo el puente.

—Lo digo por Eric.

Se quedó sin decir palabra y su cara mudó.

—No había pensado en él. —Apretó los puños en señal de frustración—. He quedado con Miriam de ir a un abogado en esta semana y empezar a arreglar los papeles de la custodia y esas cosas. A ver qué nos dicen de cuándo lo tengo que tener.

—Creo que eso no va así —refuté—. Me parece que podéis acordar vosotros los días de visita y el tipo de custodia que queréis; si no os ponéis de acuerdo es cuando la ley aparece como ese gran otro que decide.

—Bueno, entonces París, pero lo aparcamos de momento hasta saber los días, ¿vale?

Le dije que no se preocupara, que ya adaptaríamos nuestros planes a cuando tuviera al niño. Me abrazó y creo que se quedó más tranquilo.

Salimos a dar un paseo, como ya era nuestra costumbre, y de vuelta entramos en una bodega y compramos un vino. Diego me habló durante gran parte del camino de cómo se había sentido al ver al niño por primera vez. Hasta me enseñó un par de fotos que le había hecho cuando se había quedado solo con él. Tenía una cara regordeta y unos ojos oscuros, con una chispa simpática que auguraba que iba a ser guerrero. No parecía tímido, tenía una sonrisilla que me lo recordó.

Compramos un Ribera del Duero y comimos arroz al curri que hice mientras él hablaba con alguien que lo llamó. Cuando entró en la cocina, casi

estaba terminado.

—Perdona, es que... Era Miriam... Quería saber si me gustaría ver al niño.

—¿Te gustaría?

—Creo que sí.

—Pues queda con ella y pasas un rato con él.

—¿Vienes?

—No, Diego —respondí convencida—. Tiene que familiarizarse contigo primero. Yo, más adelante. Irene dice que es muy importante que establezcas un buen vínculo y mucha gente nueva a la vez no creo que sea bueno.

Me preguntó si la llamaba, lo vi algo perdido. Me acerqué a él y le acaricié la cara.

—Llámalas y queda con ella, yo a media tarde me iré a casa pero, si quedas antes, pues no pasa nada. Si quieres, cuando regreses te pasas por Fontanella.

La llamó delante de mí, quiso quedar en un parque, pero acabó aceptando ir a su casa de nuevo.

Después de comer empezamos a ver una película tumbados en el sofá y, como era ya nuestra costumbre, acabamos dormidos. Me despertó a base de besos y caricias que me deleitaron hasta que encendidos hicimos el amor.

Me llevó a casa a las seis y se fue para la de Miriam. Me sentí extraña al despedirme, era como decirle adiós para que se fuera con su familia. Borré aquel pensamiento con rapidez, pero no fue suficiente. Creo que, aunque solo cruzó mi mente una décima de segundo, tuvo el efecto de dardo envenenado.

A Diego le dolió separarse de Martina, quizás ella no se dio cuenta, pero al despedirse una nube entristeció sus ojos. Le dedicó una sonrisa, aunque no le alegró la cara. Supo que su chica hacía un esfuerzo por dejarle espacio. No había tenido ningún comentario de rechazo a la situación y trataba de adaptarse sin crear interferencias. No como su hermano Javier, que lo

primero que le dijo fue si el niño era suyo y le pidió que se asegurase antes de hacer nada. Su chica era generosa y no quería que sintiera dudas ni celos. Temía que se alejara. Le dijo varias veces que la quería, necesitaba escuchárselo decir a ella, pero no obtuvo la respuesta esperada. Sin embargo, cuando la escuchó llamarlo «mi amor» en pleno éxtasis, casi estalló de júbilo. El «ven si quieres» o el «nos llamamos» que dejó escapar en el momento del adiós no le servían. Entendía que ella se protegía. Si él todavía no tenía asimilada la noticia de la existencia de Eric, ni que Miriam estuviera revoloteando alrededor de su vida, Martina tenía que estar alucinando.

Llamó a Sergio y a su hermano para decirles que no estaría en casa. Había querido espaciar sus quedadas los domingos por la tarde para jugar a la Play por estar con ella, pero Martina, al saberlo, le dijo que no renunciara a eso que le gustaba y él le pidió que se quedara con ellos. Se adaptaron. Ella solía acompañarlos, incluso alguna vez hicieron una partida por equipos y fue muy divertido, aunque perdieron. Con ella podía compartir cosas que con su ex nunca pudo y eso le llenaba el corazón.

Al llegar a casa de Miriam, lo esperaban con una merienda preparada. Sintió que aquello era una pequeña encerrona. Aprovechó para hablar con ella y acordar algunas cosas. Le dijo que quería tenerlo algún día solo, para llevarlo a casa de su padre y presentarlo a la familia. Por la expresión que le puso, supuso que ella quería estar presente, pero no le dejó mucha opción.

—Si quieres, puedes llevártelo este domingo.

—Que venga a recogerlo por la tarde, después de la siesta —se entrometió su madre.

Le molestó el comentario y quiso saber si no podía llevárselo todo el día o un fin de semana. Carmen preguntó si lo que pretendía era pedir la custodia compartida y con una autoridad que no tenía le dijo que se olvidara del tema.

—Mamá, por favor —la censuró la hija y con una sonrisa amable hacia él, añadió—: ¿Cuándo quieres venir?

—No sé, había pensado llevarlo a la hora de comer a casa de mi padre.

Miriam le dijo que viniera a por él sobre las doce, que le tendría preparada su comida. Carmen no estuvo de acuerdo, pero tuvo que aceptar la situación.

El niño se le acercó con su jirafa de goma en la mano y se la ofreció como el intercambio de un juego. Él lo sentó en su regazo y, más tranquilo que el día anterior al saber que Eric lo había reconocido, lo hizo reír con pedorretas en la barriga.

Se dio cuenta de que de pronto el niño empezó a oler mal, el aroma era literalmente a mierda y frunció el ceño. La madre de Miriam, que no les quitaba el ojo de encima, soltó:

—Los pañales están en su habitación, puedes ir tú mismo y lo cambias.

Miriam salió en su defensa.

—Trae, ya voy yo. —Cogió el niño y miró a su madre con un gesto de desaprobación.

—La muchacha puede hacerlo.

—Sabes que me gusta hacerlo a mí —refutó ella y se dirigió a Diego—. Si quieres venir...

No se lo pensó, si se iba a quedar con él, tendría que aprender. La siguió. Observó la habitación, pintada de azul y con nubes en las paredes. Estaba muy equipada y supo que él tendría que preparar una en su casa. No lo había tenido en cuenta. También iba a necesitar una cama. Hizo todo un recuento de las cosas que allí había solo para cubrir las necesidades y cuidados del niño.

Cuando Miriam destapó el pañal del todo, casi tuvo una arcada, ella le sonrió y le dijo, ante su cara de vergüenza, que era normal, pero que se acostumbraría. La mujer que tenía al lado no se parecía en nada a la que fue cuando eran novios. Siempre esquivaba y superficial, hasta que conoció a Tina no se había dado cuenta. Lo que podía cambiar una persona ante la crudeza de una enfermedad. Desechó esos pensamientos y observó muy atento cómo debía hacerlo. Ella sonreía mucho y le hablaba continuamente al niño, no dejaba de mirarlo. Él respondía con sonidos y algunas cosas que no fue capaz

de entender.

—Sí, papá nos mira —dijo al niño sin dejar de sonreírle, luego lo miró, animándolo a decirle algo.

—Hola, Eric, soy papá... Olías muy mal. —Se rio y el niño lo imitó.

—Ahora ya está limpito. —Miriam lo cogió y se lo colocó en sus brazos—. Hala, ya está, marranete. Ahora, con papá.

Diego se permitió abrazarlo y lo besó en la cabeza. Una emoción muy intensa le recorrió el pecho. Las fosas nasales se le llenaron del aroma a bebé, sin duda la colonia que ella le ponía.

—Te pido que disculpes a mi madre —demandó ella—. Se cree que la apartarás del niño. Prométeme que no lo harás, Diego, prométemelo.

Se inquietó al escucharle decir aquello y tuvo que tragarse las emociones.

—Jamás haría algo así —afirmó—. Si me das la oportunidad, quiero estar con él, formar parte de su vida. Tengo que aprender muchas cosas y seguro que no lo haré bien.

—Si yo he podido, tú también —bromeó—. Vamos, salgamos y te tomas el café.

Diego cargó al niño en brazos y, cuando llegaron al salón, este quiso bajar al suelo y fue, con pasos torpes, hacia su abuelo, que tenía un juguete con música y luces.

—Traidor —mencionó en un tono que simulaba estar ofendido—. Me cambia por un coche.

—Le encantan los coches —dijo el abuelo, orgulloso de haber captado la atención del niño—. Empieza pronto.

Las siguientes dos horas pasaron muy rápido. Presenció el baño del niño y la cena; cuando su madre lo metió en la cuna, decidió que era hora de marcharse. Carmen, menos beligerante, le ofreció quedarse a cenar, pero él declinó la invitación y dijo que iba a ver a su novia. Se hizo un silencio, pero quiso tenerla en cuenta, que supieran que había otra persona en su vida.

—Por las mañanas paseamos por el parque que hay aquí cerca, por si te

quieres pasar algún día, estamos sobre las once —le informó Miriam cuando se despedía.

Él le dijo que, si podía, se escaparía algún rato. Si no se veían, ya lo harían el miércoles, que tenían cita con un abogado.

Al salir iba a llamar a Martina, pero vio que tenía una llamada perdida y un par de Whatsapp. Se había ido al cine con Irene y Álvaro. Decidió irse a casa.

CAPÍTULO 20

Estaba nerviosa porque comía en casa del padre de Diego. Ya los conocía a todos. La tía Julia y Ramón eran encantadores, siempre dispuestos a echar una mano. Como Asier. Me presentó a su mujer, Roser, que estaba embarazada de seis meses. Me gustó su historia de amor. Ella se había trasladado de un pueblo de Gerona a trabajar en la universidad. Daba clases en la facultad de Biología mientras concluía su tesis. Necesitaba un piso con urgencia y una amiga le había dado la dirección de la inmobiliaria, pero ella se equivocó al mirar por Internet y apareció en las oficinas centrales de las fincas. Asier la atendió y le buscó un piso. La ayudó a instalarse y una cosa llevó a la otra. Al cabo de medio año volvió a ayudarla a mudarse, esa vez a su propio piso, para vivir juntos. Y a los pocos meses se quedaron embarazados. Estaban felices y contentos. A Javier y Sergio ya los conocía, y me sentía muy cómoda con ellos. Miguel se mostraba serio y distante, pero creo que era una pose porque siempre procuraba incluirme en las conversaciones o hablábamos del trabajo que hacía con ellos. Decía que ya era parte de la familia Luján y nunca le dije lo mucho que valoraba aquellas palabras. Alguna vez había traído a Elena, pero mantenían su relación al margen de todos, algo que nunca entendí. Y Diego, Diego era un amor, siempre a mi lado y pendiente de que estuviera a gusto.

Sin embargo, aquel día estaba inquieta porque Eric era presentado en familia. Mi chico me había pedido que lo acompañara a recogerlo, pero le dije que no, no quería ver la escena de él con Miriam y el niño. Así que Javi

pasó a recogerme por casa y me llevó. Álvaro fue quien le abrió la puerta y él se apresuró a decir que venía a buscarme. Irene le ofreció una cerveza que él rechazó, apenas hablaron. Lo vi nervioso como nunca lo había visto. En su coche me dijo algo que me dio qué pensar.

—Te hermano es un tío con suerte, espero que no la cague porque yo estaré ahí y no me haré a un lado.

Lo miré con cara de alucinada y él dijo en voz alta, como si hablara más para sí que para mí.

—Cuando pierdes a alguien te das cuenta de lo que realmente significaba en tu vida. Algunas personas pasan sin pena ni gloria, pero otras te tocan de una manera especial y son esas las que te han jodido un poco, porque tienes que inventarte cómo seguir con ese vacío.

Intenté poner humor a aquel momento de vulnerabilidad en el que Javi estaba y no se daba cuenta.

—No sabía que eras un romántico.

—¡Joder! Me habré contagiado con tanto amor a mi alrededor.

Estaba perdida en mis pensamientos cuando vi aparecer un carrito de niño y a Diego, que sonriente lo empujaba. Sacó a Eric del carro, era muy risueño y miraba todo con los ojos muy abiertos.

Todos habíamos traído un pequeño presente para él y la tía Julia le había hecho una tarta, como esas que los padrinos regalan a sus ahijados el día de Pascua, una *mona*, con varios coches de decoración.

Se hizo un círculo a su alrededor, yo me mantuve al margen, no sé qué me ocurría, no quería ser una intrusa. Roser se quedó conmigo en el sofá, agarró mi mano y me susurró:

—Solo es un niño.

Diego llegó hasta nosotras con el crío de la mano, Roser le dio un beso y le hizo unas carantoñas.

—Y esta, Eric, es Martina. Ya te he hablado de ella, ¿verdad, campeón? — Estaba tenso y le sonreí con ternura, él me devolvió un mohín cómplice. Miré

al pequeño y me agaché a su altura.

—Hola, Eric. Estás muy guapo.

El niño hizo un puchero. Tal vez no le gusté o estaba agobiado, pero se puso a llorar.

—Quizás tendría que haber venido su madre —conjeturó la tía Julia—. ¿Tendrá miedo? No nos conoce.

Como si estuviéramos ante un enigma a descifrar, todos nos quedamos mirando. Diego se arrodilló a nuestro lado con cara de susto y yo, quiero pensar que mi inconsciente recordó alguna de las mil cosas y consejos que mi madre se había encargado de darme el día anterior y aquella misma mañana, lo abracé y le dije que no pasaba nada. Él agarró el colgante que llevaba, lo enredó en sus deditos y al cogerlo rozó mis pechos.

—¡Aprovecha, Eric! —soltó Sergio con guasa.

—¡Vale! Fijo que es Luján —bromeó Javi—. Le gustan las tetas.

Eric se carcajeó al escuchar las risas que estallaron a nuestro alrededor y miré a Diego, que me sonreía con cautela. Le lancé un beso y dije en voz alta que todo estaba bien. No sé si era una especie de mantra para Diego, para el niño o para mí.

Roser propuso que le diéramos espacio y actuásemos con normalidad, tanta atención lo pondría nervioso, pero Miguel quiso que le diéramos los regalitos. Él fue el primero y se lo veía encantado con el niño. Tenía buena mano. Lo sentó en su regazo y uno a uno le dimos nuestros obsequios. Yo le había comprado un camión de bomberos con actividades, en Imaginarium. Pero lo que más le gustó fueron un coche y un helicóptero que Javi le regaló. Reconocí los juguetes, los había comprado Irene cuando me acompañó a la tienda, al preguntarle me dijo que era un encargo y supuse que para el colegio. No quise pensar mal. Ellos eran amigos y los amigos se echan cables.

Tras ese momento, el niño llorisqueó un poco, Diego dijo que tendría hambre porque siempre comía sobre la una y ya pasaba bastante rato. La tía

Julia tomó rápido el control y fue con su sobrino a la cocina para preparar las cosas que había llevado en una bolsa termo. Entre los dos le dieron de comer y al terminar, mientras los demás poníamos la mesa para el resto, se quedó dormido en brazos de su padre. No sé qué me impactó más, si la escena en sí o la cara de Diego. No pude evitar coger mi móvil y, sin que se diera cuenta, le saqué una fotografía. Estaba convencida de que le gustaría. Lo llevó a la que había sido su habitación y casi le construyó una fortaleza de la que no podría caerse, al colocar varias sillas que hicieron de parapeto. Roser, más práctica, le trajo cojines y almohadas que cogió de las otras habitaciones y colocándolos formó una barrera. No obstante, él se negó a retirar las sillas.

El resto de la tarde fue agradable. Eric durmió más de dos horas, le gustó mucho la tarta y sobre todo los cochecitos que agarró uno en cada mano. Tras la merienda, Javi llamó la atención de su hermano y le dijo que el niño comía gloria, pero que olía fatal.

La tía Julia se apresuró a levantarse, pero Diego le cogió el niño a su hermano.

—Trae, yo cambio a mi niño —soltó y su frase me llamó la atención, pero creo que no fui la única que se quedó perpleja. Era cierto, era su niño. Su padre nos había mostrado una foto de él de pequeño y el parecido de Eric era asombroso.

Lo llevó a su habitación donde tenía todos los bártulos que acompañaban al pequeño. Llena de curiosidad, lo seguí. Lo observé en silencio y cuando terminó me preguntó si lo quería coger. Al principio me sentí rara con él en los brazos. Ya lo había tenido en mi regazo, pero en ese momento era distinto, creo que me afectaba la intimidad del momento, solos nosotros tres.

Me dio en beso en los labios muy tierno.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—Por estar aquí hoy.

Le devolví el beso con más entusiasmo.

—Quédate conmigo esta noche, Tina —me pidió y no pude negarme.

El sonido de su teléfono rompió el momento, al mirar la pantalla dijo que era Miriam, era la segunda vez que llamaba. Por lo que pude escuchar le preguntó por Eric. Diego sonrió al decirle que había hecho buenas migas con su padre y le comunicó que en una hora se lo llevaba.

Me despedí de Eric con un abracito y un beso, y esperé en el coche mientras Diego lo subía a su casa. Tardo veinte minutos en bajar. Veinte minutos en los que, al no saber qué hacer, llamé a mi madre y le conté cómo me había ido.

—Prueba superada —me dijo ella y me hizo reír.

Le concedí su tiempo, sabía que no volvería a ver a Eric hasta el miércoles, día que habían acordado que él lo tendría entre semana y luego cada quince días un fin de semana completo, aunque Miriam le había dicho que lo podía ver cuando quisiera.

Al llegar a casa, Diego se convirtió otra vez en mi chico y dejó su papel de papá responsable. Nada más entrar en el salón me acorraló y a trompicones, entre besos y caricias, llegamos al dormitorio. Desnudos y anhelantes caímos sobre la cama, desesperados por sentirnos y gozarnos. Diego me sujetó las manos por encima de la cabeza y, con los dedos entrelazados, sus ojos clavados en los míos, su aliento sobre mis labios, su nombre en mi boca, nublados de placer nuestros rostros y sus besos locos, nos fue llevando a un lugar de no retorno. Estallamos como un fin de fiesta de una noche de verbena. Apoyó su frente en la mía después de regalarme la mejor de las sonrisas y esperamos a que nuestros corazones se acompasaran. Quiso bajarse de mi cuerpo, pero no lo dejé.

—Voy a aplastarte.

—No soy tan débil como piensas.

—Lo sé, pero no quiero que te enfríes. —Me hizo cosquillas—. Ni yo coger una pulmonía.

Me entró la risa y fue catártico soltarla a carcajadas.

Me encerró en sus brazos debajo del nórdico, sintiendo piel contra piel. Con caricias lentas atrapó mis pechos, paseaba las yemas de sus dedos por la aureola y rodeaba su contorno con pericia.

—¿Te los cuidas? —preguntó de pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Que si vas al médico y esas cosas.

Entendí a qué se refería y pude notar preocupación en su voz.

—Sí, voy al ginecólogo cada año y hago todas mis revisiones.

Se quedó en silencio y siguió con su pequeña inspección por mis senos. No había nada erótico en ella, parecía concentrado en algo. Me dijo que había mirado en Internet cómo había que tocar los pechos para buscar bultos. Me conmovió.

—¿Qué te preocupa?

—Nada.

Nada. Nada es una palabra que está llena de matices. Pensé que a mi chico le hacía falta hablar y le tiré un poco de la lengua. No dejé de tocar mis senos, pero con la yema de los dedos, de una forma distraída.

—¿Cómo está?

—¿Miriam? —Solté un sonido gutural, entendió que sí, me refería a ella, ¿a quién si no?—. Dice que se encuentra bien, pero yo la veo demasiado delgada. Hace poco acabó con unas sesiones de quimio y hasta que pase un tiempo no le pondrán otra tanda. Se ha cortado el pelo, dice que así es mejor por si se le cae otra vez.

—Entonces nos quedamos con eso. Creo que se trata de ver el día a día, de momento.

—Me ha dicho que, cuando me quede un *finde* entero a Eric, se irá con sus primas de fin de semana —comentó, abstraído en aquellas caricias que me ponían tonta—. No te lo he dicho, pero podemos irnos en el puente. Me dejará al niño el martes en vez del miércoles. París, ¿verdad? He reservado hotel y ya tengo los billetes.

—París es muy buena opción.

—¿Te importa?

—¿Ir a París? Para nada. Es la ciudad del amor, ¿recuerdas? —bromeé.

—Me refiero a pasar tiempo con Eric, tengo que estar con él. Es cariñoso, ¿verdad?

—Es un encanto, como el padre —respondí—. Y no me importa pasar tiempo con él, forma parte de ti. Tienes buena mano para los niños.

—Me gustan, ¿a ti no?

—Sí, aunque no conocía a ninguno.

De ahí pasó a preguntarme si quería tener hijos y me encontré ante ese interrogante con la idea de que nunca me lo había planteado seriamente. Supongo que, con la educación de la señora Belén, venía incluida la impronta de tener hijos en algún punto del camino. Le contesté que sí, en algún momento, pero que no lo tenía planeado. Dijo muy serio que él tampoco lo planeó nunca, aunque sabía que quería tenerlos. Volvió a nombrar al niño, lo bueno que era y lo bien que se había adaptado a su familia. Pero lo que me tocó el corazón fue escucharlo decir que nunca supo que podía querer tanto a alguien en tan poco tiempo. Eric le había robado el corazón y por un segundo me sentí miserable porque tuve celos de él.

—Es un pequeño pícaro, te ha tocado bien los pechos, a mí no me dejaste nada más conocerte.

—No, pero mira cómo estás ahora.

Su respuesta vino en forma de acto, bajó el nórdico y acercó su cara. Noté la punta de su lengua en mi aureola y se me escapó un gemido. De repente, todas mis dudas desaparecieron y me centré en lo que me provocaba.

—Me encantan, son todo míos.

Se dio un buen festín y nos encendimos tanto que volvimos a hacer el amor.

Nos entró la risa cuando, a medianoche, nos levantamos a comer. Nos habíamos dormido exhaustos, pero el hambre nos despertó a los dos. Preparamos unos sándwiches y los comimos en la cocina mientras

planificábamos nuestra semana. Él tenía un viaje, había hecho una prospección de terrenos y casas posibles en Menorca, donde tenía algunos apartamentos en alquiler. Me sorprendió el dato y me explicó que había ido un par de veces. Lluís era el que le había facilitado los contactos. Tenía todo un mercado exclusivo interesado en la isla como lugar de descanso, vacaciones o segunda residencia. Me pidió que lo acompañara; me hubiera gustado escaparme con él, pero esa vez, por lo menos, no iba a poder ser.

—¿Sigues interesada en el pisito? —me preguntó con curiosidad.

—¿Vas a sacarlo al mercado?

—Es que...

—De momento voy a seguir con Irene y mi hermano, aunque me buscaré con probabilidad otro lugar a primeros de año.

—Me gustaría tenerte más cerca —señaló—. Lo decía porque mi hermano Javier me ha pedido trasladarse a él. Vamos a montar una oficina en el local. Podrías tener ahí un despacho, total, trabajas para la casa y podrías abrir tu cartera de clientes e independizarte.

Me pareció algo lejano, pero sabía que solo era empezar y estaba en ello.

—Paso contigo bastante tiempo, ya me tienes cerca.

Se levantó de su asiento y se acercó a donde estaba apoyada en la mesa, metió sus manos entre mi pelo y susurró sobre mis labios.

—Te propongo que cuando decidas mudarte te instales en mi habitación, te quiero cerca todos los días.

—Eso sí que es una propuesta indecente...

—¿Quieres una propuesta indecente?

No me dejó contestar, se apoderó de mi boca y me besó con muchas ganas, siguió por el cuello hasta que llegó a mis pechos, tiró del cinturón de la bata que llevaba puesta y la abrió. Sus manos me acariciaron y llegó hasta mi sexo, lo tocó con suavidad a la vez que me miraba a los ojos. Cuando metió un dedo dentro contempló todas las emociones que me recorrían el cuerpo. Diego tenía ese efecto en mí, me tocaba y me deshacía. Me torturó despacio

sin apartar sus ojos de los míos. En el momento en que los gemidos empezaron a salir por mi boca, me besó, perdí la cabeza cuando atrapó un pezón con los labios y succionó fuerte.

—Diego...

—Quiero escuchártelo decir, quiero que me digas que vivirás conmigo.

Quise meter mis manos por su pijama, pero se movió y no me dejó. Supe que quería tenerme a su merced y darme lo que le pedía en el momento que él controlara.

Estaba muy excitada con sus atenciones.

—Diego... amor.... Más, quiero más.

—Yo también quiero más, lo quiero todo.

—Sí, sí, sí viviré aquí, contigo —exclamé a la vez que me inundaba una ola de placer delicioso y buscaba su boca para fusionarme en él.

Me dio la vuelta muy rápido, apenas me di cuenta de que se deshizo de su pantalón, mi bata cayó al suelo y se fundió conmigo de la única manera en que nos convertíamos en uno.

—¡Tina...!

Su grito de pasión me revolvió por dentro y lo seguí en su camino al éxtasis.

Me llevó de nuevo a la habitación, subida en sus caderas, agotada del esfuerzo y casi con los músculos en gelatina. Con mi cabeza apoyada en su pecho escuché los latidos de su corazón, que poco a poco se acompañaban. Nos acostamos y se colocó a mi espalda, me abrazó por la cintura y noté su aliento en mi nuca. Le gustaba dormir así, pegado a mí, y yo me había acostumbrado, aunque al despertar podíamos estar cada uno en una punta de la cama.

Casi cuando estaba a punto de dormirme, susurré muy bajito:

—Te quiero, Diego.

No sabía si me había escuchado, su respiración pausada me hizo creer que no, pero entonces encendió la luz y se levantó. Me incorporé extrañada. Lo vi

trastear en un cajón, sacó una bolsita y me la entregó. Al abrirla encontré una cajita, el corazón me bombeó con fuerza y él se sonrió. Era un colgante, con un infinito. Necesité unos segundos para apaciguar mi corazón. Esa joya simbolizaba el amor eterno.

—Pensé que el día que me lo dijeras tenía que ser especial. —Me besó con mucha dulzura—. Yo también te quiero, amor.

CAPÍTULO 21

Desde aquella noche, Diego y yo pasamos muchas juntos. Casi estaba más tiempo en su casa que en la mía, incluso me dio una llave. Pero nos habíamos dado una fecha, a primeros de año. Era como algo simbólico. Año nuevo, vida nueva.

Eric se adaptó a nosotros y nosotros a él. Ayudé a mi chico a montar una habitación de niño. Había encontrado en Internet una tienda que hacía en vinilo lo que les pidieras y diseñé unos modelos de coches, inspirada en algunos dibujos que a Diego le encantaron, y los pegamos en las paredes, junto a un árbol del que colgamos, como si fueran manzanas, fotografías de las personas significativas de Eric. Completaban la escena una alfombra de carreteras, vías y zonas donde aparcar, como si fuera una gran avenida, una cuna que más adelante se convertiría en cama y un montón de ajuar que usan y necesitan los niños.

También me adapté a Miriam. Se hizo bastante presente en nuestras vidas, Diego le restaba importancia y yo traté de llevarlo con normalidad. Una tarde se presentó en casa con la excusa de que el niño quería ver a su papá. Era sábado y estábamos retozando en el sofá cuando llegó. Una situación algo incómoda que solventamos muy bien.

Él estaba encantado con el niño, se lo veía feliz. Sabía que casi todas las mañanas pasaba por el parque donde solía estar para verlo y jugar con él un ratito. También sabía que Miriam lo iba a visitar más veces de las que yo hubiera deseado.

Noviembre pasó con un montón de planes en nuestro haber.

Llegó París. Una escapada de ensueño en la que nos dijimos te quiero casi en cada esquina y cada plaza que visitamos, en lo alto de la Torre Eiffel y en la puerta de la Ópera.

Los Campos Elíseos, de los que tanto me había hablado mi madre, nos acogieron majestuosos, con el Arco de Triunfo al fondo, en un *selfie* que inmortalizó un beso de tornillo que nos dimos cruzando la calle, al más puro estilo de aquella imagen del fotógrafo Robert Doisneau, ícono del amor parisino.

Nos gustó pasear por Montmartre, con sus pintores bohemios que me recordaron a los que los días festivos pueblan las plazas del casco viejo de Barcelona. La ciudad condal no tenía que envidiar a la ciudad del amor, era tan bonita como ella.

Decidimos no ver ningún museo porque nos comerían el tiempo y lo dejamos para una siguiente ocasión. Irene no me perdonó que no entrara a ver la Victoria de Samotracia, la Venus de Milo, o la Gioconda, de Da Vinci, en el Louvre, ni siquiera que visitara el Museo de Orsay, que alberga la mayor pinacoteca de impresionistas del mundo. Como ella me dijo un día, nos dedicamos a pasear y disfrutar nuestro amor por sus calles, plazas, puentes, cafés y, sobre todo, en la buhardilla que teníamos por habitación en un hotel del bulevar Saint Michel, cerca de la Sorbona.

Diego no me dejó pagar nada del viaje, así que contraté un crucero romántico por el Sena que consistía en una cena a la vez que podíamos contemplar, desde sus ventanas, una vista excepcional de los puentes y monumentos iluminados a lo largo del río.

Cada noche hacíamos el amor, y al despertar, como si aquellos días fuesen el prelude de una vida que estaba por llegar.

Yo vivía en una nube y quizás por eso no me di cuenta de algunas cosas que pasaban a mi alrededor. A la vuelta de nuestro viaje, comimos en casa de mis padres. Por la tarde, Diego dijo que iba a recoger al niño. Me quedé con Irene

y fuimos, como solíamos hacer, a mi antigua habitación a cotillear de nuestras cosas. Yo hablaba y hablaba de París como si nunca hubiera salido del pueblo y de pronto su silencio me llamó la atención.

—¿Te pasa algo?

—Álvaro me engaña —lo dijo así, sin ningún aspaviento, ni grito, ni histeria.

Me sorprendió su denuncia y fui yo la que se sobresaltó.

—¡Cómo!

—Él no sabe que yo lo sé.

Me explicó que un día se le ocurrió ir a buscarlo a su oficina, no estaba; sin embargo, en casa le dijo que no había salido en todo el día de allí. Se quedó con la mosca detrás de la oreja y otro día volvió a ir, a la misma hora, tampoco lo encontró, pero esa vez sí que lo vio. Estaba en una cafetería con una chica y para su desgracia se dieron un beso al despedirse. Aunque en realidad no se despidieron, se fueron juntos hacia el trabajo. De eso hacía dos semanas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Estás feliz, no quería preocuparte y que hablaras con él —respondió—. No quiero que le digas nada, esto es entre él y yo.

—No sé si voy a poder callarme, Irene. Eres mi mejor amiga.

—Y él es tu hermano. No quiero que tengas que elegir un bando.

—¡Será capullo!

—Sí, me ha destrozado —sollozó con tristeza y retuvo las lágrimas. Bajó la voz y continuó—: No me esperaba esto de él. Había dejado de hablar con Javi para que no se molestara. Cuando me llamó para decirme que le aconsejara qué comprarle a Eric, le dije que no volviera a hacerlo, no quería que él viera en mi teléfono su llamada. Ya sabes que el regalo que compré en Imaginarium era para él. El día que se lo di fue el último que nos vimos. Te juro que no ha pasado nada entre nosotros, nada.

—Te creo.

—Si fue un arrebato, tiene que explicarme qué me he perdido, qué le ha pasado conmigo —afirmó convencida—. Pero si es algo que continua en el tiempo, no llegaremos a las navidades.

Picaron a la puerta y ella se recompuso como una buena actriz, se limpió la cara de lágrimas y dibujó su mejor sonrisa. Mi madre entró con los cafés y mientras lo tomábamos charlamos de lo bonito de París.

—Álvaro y tú podríais ir en algunas vacaciones, te gustará mucho. Un viaje sienta siempre muy bien —dijo mi madre—. Cuanto antes, mejor. —Me miró y añadió—. Tú te vas con Diego, ¿no? Hay que preparar la mudanza.

—Caray, mamá, cómo estás de organizadora.

—Sí, Belén. ¿Qué te pasa? —preguntó Irene—. ¿Tendremos que salir a comprar lencería?

Me reí de su ocurrencia y acabamos las tres rotas a carcajadas.

Picaron a la puerta y, sin esperar a que diéramos pasó, Álvaro asomó la cabeza.

—Había pensado irme a casa, ¿os vais de compras?

—Lo dejamos, chicas —soltó mi madre—. Anda, Irene, vete con él y tú, Martina, llévate un táper de esa carne, a Diego le ha gustado.

—No quiero fastidiar, están las tiendas abiertas —intervino Álvaro—. Puedo irme solo. O con Santi.

—Deja a tu hermano, que se va de ligoteo, y vosotros podríais ir al cine.

—Un cine estaría bien —comentó Irene—. Hace tiempo que no vamos.

Álvaro miró la hora y al final sonrió.

—Venga, vamos —aceptó y se dirigió a mí—. Si te das prisa, te llevamos con Diego.

Iba un poco cargada cuando entré en casa, llevaba el táper de mi madre y una bolsa que había cogido con ropa, así no tenía que ir por la mañana a cambiarme. Escuché risas en el comedor e imaginé a Diego con Sergio, su hermano y el pequeñajo. Pronto lo estaban acostumbrando a las maquinitas, pero mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme sentada en el sillón a Miriam

y a Diego tirado por el suelo, con el niño.

—Hola —saludé intentando disimular mi asombro.

Ella se levantó y se acercó a darme dos besos, Diego solo me saludó desde el suelo y cogió la manita de Eric e hizo que me saludara.

—Voy a la cocina, perdonadme. —Dejé la bolsa en el suelo y salí de allí. Metí la comida en la nevera y saqué una Coca Cola. Necesitaba beber algo. Podía ser muy comprensiva, pero me fastidió encontrarla allí. Di varios tragos de la lata antes de verterla en un vaso y entré en el salón, muy digna.

—No tomas nada, Miriam, ¿te apetece algo?

—No, gracias. Hemos merendado hace un rato en una cafetería.

Eric se me acercó, no sé si a mí o al líquido negro del vaso que sostenía en mi mano.

—No, esto no lo toman los niños traviesos —murmuré con cariño—. ¿A qué juegas con papá?

Dijo algo en gaélico, por lo menos, yo no entendí casi nada y eso que otras veces me defendía bien, decía muchas palabras para su edad. Mi cara debió reflejar la incomprensión.

—Dice que le gusta el coche —tradujo su madre y me señaló el que había sobre la alfombra.

Diego se levantó entonces y se sentó a mi lado, me dio un beso en los labios y cogió mi vaso para beber.

El niño pidió agua y Miriam le dio de una botella que había sobre la mesita. Debía de estar sediento porque casi se la acabó. Ella se puso de pie.

—Diego, nos vamos a marchar, se hace la hora del baño y de acostarse, y tiene que cenar. —Cogió del carro, que estaba en un lateral, el abrigo y lo llamó—. Eric, ven.

—Os llevo —propuso él.

—No, mi padre estará al llegar. Le envié un mensaje para que viniera a buscarnos cuando salimos de merendar.

—Pensé que Eric se quedaba —intervine sin entender muy bien la

situación.

Como si el niño sí la entendiera y no quisiera marcharse, empezó a llorar y se pegó a su padre.

—Eric, hemos venido un ratito, no puedes quedarte.

Sonó un móvil y ella dijo que era su padre. Observé la escena. Con prisa intentó ponerle el abrigo al niño, que no se dejaba. Emocionaba ver la pena con la que lloraba. Diego acabó de ponérselo y lo cogió en brazos, le susurraba cosas para que se calmara.

—Eric, pórtate bien, te vas con mamá y mañana nos vemos.

Nos despedimos rápido y se marcharon. Él los acompañó a la calle. Subió a los cinco minutos, me dijo que creía que era la abuela la que no quería que se lo dejara esa noche porque se había ido todo el puente de viaje.

—Es injusto —repliqué molesta—. Si lo viste antes de irte y, total, este *finde* no te tocaba.

—Ya, pero estuvo malito el jueves y yo ni lo llamé.

Me sentí tremendamente culpable porque era cierto, había llamado muy poco a Miriam para preguntar por Eric.

¿Conocéis esa sensación de estar feliz y contenta, pero el mundo parece estar en tu contra y trata de amargarte? Yo me sentí pletórica al salir de casa de Diego, habíamos tenido un despertar muy gratificante, pero el día se fue estropeando por momentos.

Cuando llegué a la oficina, mi jefe no estaba de buenas. Lo escuché discutir con alguien al teléfono. Al rato apareció Daniel con cara de pocos amigos. Tenía que salir para Valladolid, pasaba allí dos o tres días por semana y según él su matrimonio se resentía por la distancia. Entendí que dejar a su mujer sola con el cuidado de dos niños, uno de ellos de apenas unos meses, enturbiaba el asunto. Mientras tomábamos un café lo vi realmente preocupado.

—El trabajo es una mierda —comentó—. Alejo no quería el cliente, sabía que le pediría cosas que nosotros no hacemos. Allí hay un caos enorme. Están

desbordados.

—¿No podría ayudarte alguien? —pregunté con cautela.

—No sé, Alejo es quien lo ha de decidir. Acepté porque me pagaba bien, pero el trabajo no lo es todo.

Mi jefe entró en la pequeña cocina y al ver a mi compañero se sorprendió.

—¡Pero estás aquí! Te esperan en una hora.

—Juanma no estará hasta la tarde en la bodega y su hermano desapareció el viernes —se justificó—. Que arreglen sus pollos y no me mareen. Les dije que llegaría por la tarde.

—¿No se llevan bien los hermanos? —indagué.

—El puto dinero, que es muy cabrón —soltó enfadado—. El padre cedió la dirección a uno de los hermanos y el otro está molesto. No sé por qué, porque pasa un huevo, tiene sus propias viñas y ha ganado un premio con un vino joven. Claro, si fueran más sensatos, no tendrían su negocio patas arriba. Se lo llevaba alguien que los ha dejado colgados, de ahí el caos.

Miró a nuestro jefe y dijo muy serio:

—Yo haré mi parte, lo que acordamos, y me regreso.

Alejo no pareció muy contento, se retaron con la mirada y mi jefe salió de allí. Supuse que para no decir algo de lo que tuviera que arrepentirse.

—Debió derivar al cliente y lo sabe —se justificó Daniel—. Es un trabajo para tu hermano Álvaro.

El resto de la mañana no fue mucho mejor. La mayoría de los clientes que llamaron llevaron problemas.

Comí temprano y me acerqué a la oficina de mi padre, me había llamado por un posible cliente que podría interesarme. Al llegar, en la puerta había una moto reluciente, de esas de moteros. No sé lo que más llamó mi atención, si la motocicleta o la pareja que se besaba a brazo partido al lado. Entorpecían el paso y tuve que darles tiempo para poder pasar. Cuando se separaron me sorprendí al ver a la chica.

—¿Sandra? —pregunté.

—Ho...hola, Martina —respondió azorada.

—¿No hay nadie? —Señalé la puerta de acceso.

—Tu hermano, cierra él. Se han ido todos, hasta las cuatro no regresan, pero tu padre dejó un sobre para ti —respondió, miró al chico y le dijo—: ¿Me esperas? Voy a dárselo.

—No te preocupes, ya lo cojo yo.

—Vale. Es un sobre blanco con tu nombre escrito, si no lo ves en recepción, estará en su despacho.

Les sonreí y me despedí. Irene podía estar tranquila. La puerta estaba cerrada, piqué al timbre, pero no me abría, busqué en mi bolso si llevaba las llaves que tenía del local y tuve suerte. Por la quietud del centro deduje que Álvaro se habría ido mientras la chica y su novio se daban el lote del siglo. En recepción no vi ningún sobre, así que fui a la oficina de mi padre. Escuché ruido y me intrigó. Llamé a mi hermano con voz alta, no hubo respuesta. Abrí una sala y nada, allí solo había ordenadores. Entré en el despacho de mi padre y encima de su mesa reposaba el sobre, lo cogí y salí. Un murmullo, como unas risas, llamaron mi atención. Fui hasta la oficina de Álvaro y entré decidida, pero me quedé con la mano agarrada al pomo de la puerta. Mi hermano le comía los morros a una chica que, sentada en su regazo, tenía la falda por la cintura. Esa chica no era Irene.

Estaban tan concentrados en lo suyo que no se dieron cuenta de mi presencia, tuve que carraspear, pero ni se inmutaron, así que para no seguir viendo cómo mi hermano le ponía unos buenos cuernos a mi querida amiga, pegué un silbido muy fuerte. Él dio un bote y ella se cayó de sus rodillas.

—¡Ma...Martina! No...no...

—Ni se te ocurra decir que no es lo que parece —lo corté muy enfadada—. ¿Quién es esta?

La chica se levantó del suelo muy digna y se arregló la ropa.

—¿Y tú? ¿Se puede saber quién eres tú? —preguntó un poco chula.

—Es... Sandra, la nueva ingeniera —contestó Álvaro avergonzado, casi no

se atrevía a mirarme—. Ella es mi hermana.

—¡Qué susto! Pensé que era tu noviecita.

—¿Noviecita? Así que sabes que tiene novia y ¿qué hacías? ¿Así piensas ascender?

—Martina, por favor... no digas nada.

—Claro que no pienso decir nada, serás tú quien lo haga.

Miré a la chica con cierto desdén, no me cayó nada bien. Salí de allí sin despedirme siquiera, cogí la moto y en menos de lo que solía tardar otras veces llegué a mi oficina. Necesitaba hablar con alguien y llamé a Diego, me atendió una voz de mujer.

—¿Diego?

—Sí, este es su teléfono, no puede ponerse. Soy Miriam, Martina.

—Miriam. —Intenté mantener la calma y bloqueé una escena que se representó en mi cabeza, la que acababa de ver de Álvaro, pero el protagonista era mi chico—. ¿Dónde está?

La escuché hablar muy bajito con alguien, debió tapan el micrófono. De pronto me entraron unas ganas de llorar enormes. No quería ser celosa, pero lo estaba.

—Hola, Martina. —Era Diego, me dolió que no me llamara por mi diminutivo—. Estaba en el baño.

—Hola —susurré.

—¿Estás bien?

Le dije que sí, pero la voz se me cortó y traté de parecer lo más neutra que pude, pero necesitaba saber qué hacía con Miriam.

—¿Has ido a ver a Eric?

—No, estamos comiendo cerca de la agencia, Miriam se ha pasado por allí, Eric está con la abuela.

Bueno, pues estaban los dos solos. Fantástico.

—¿Estás bien, cariño? Te noto rara.

—¿Puedo ir a dormir esta noche a tu casa?

Lo escuché reír y me llenó un poco el corazón al decirme que podía ir cuando quisiera.

Colgué con una sensación extraña en el pecho. De repente me dio por pensar que yo era como esa Sandra que se metía en la relación de mi hermano y mi amiga. De alguna manera, yo me había metido en la relación de Diego y Miriam. Era la usurpadora. La que, al cruzarse en su camino, hizo que el de ellos no volviera a juntarse. Quizás ella quería recuperar lo que fue suyo. Lo sé, era un pensamiento muy absurdo y poco realista. Yo no me había metido entre ellos, ella lo abandonó, pero entonces, con la mente obnubilada, mi neurosis me llevó a ese razonamiento. Lo peor fue que me costó desprenderme de él.

CAPÍTULO 22

Evité dos días ir por casa y hablar con Irene o mi hermano. Sabía que mi amiga me notaría algo y, con sinceridad, no me apetecía encontrarme con Álvaro, me había defraudado. Le conté, llena de congoja, a Diego lo que había visto; él no le quitó importancia, pero dijo que no me metiera, ellos debían resolver sus cosas, era mejor. Le pedí que no contara nada. Imaginé a Javier como un caballero de brillante armadura que le partía la cara a mi hermano y tampoco quería eso, aunque se lo mereciera.

Por la oficina las cosas no fueron mejor. Alejo y Daniel estaban enzarzados en una discusión diaria, daba igual que fuera en persona o por teléfono. Mi jefe me llamó a su despacho y me dijo que, en Navidad, cerraría por vacaciones. Me comentó que Daniel no seguiría con el cliente de Valladolid, se regresaba. Iba a pasarle el contacto a otra empresa. Sin embargo, si yo estaba interesada, me lo pasaba a mí, para llevarlo por cuenta propia. El resto de mis compañeros tenía sus tareas y funciones muy distintas a lo que esa cuenta requería. Acepté y, sin pensar, le dije que a primeros de años dejaría su empresa porque me iba a lanzar en solitario.

—Era algo que esperaba, aquí estás desaprovechada —reveló para mi sorpresa—. Te irá bien. Podremos colaborar, ten por seguro que te pasaré esas cuentas que ahora dejamos escapar.

Un segundo después de decírselo, no lo veía tan claro, pero el hecho de comunicarle una decisión tan importante me dio un subidón increíble. Algunas decisiones se toman así, de pronto, aunque llevemos tiempo

meditándolas.

Llamé a Diego para contárselo, se alegró por mí y dijo muy seductor que teníamos que celebrarlo. Mis padres también se alegraron, hablé con ellos por separado. A mi madre le preocupó que me viera sobrepasada de tareas, pero me dijo que se sentía orgullosa de que diera el paso, y mi padre me comentó que podía hacer uso de sus despachos libres cuando quisiera. Todo iba viento en popa, como se dice, pero el karma es muy puñetero.

Esa noche, miércoles, Diego había llevado a Eric. Yo estaba liada con mi portátil, trabajando en la cuenta del cliente que me había pasado mi padre, mientras él se ocupaba del niño. Cuando salió de su habitación, señal de que Eric estaba medio dormido, guardé mis cosas y nos metimos en la cocina para cenar, después nos fuimos al sofá donde nos gustaba acurrucarnos mientras veíamos alguna película.

Teníamos los teléfonos sobre la mesa, primero sonó el mío. Era un mensaje de Irene, me pedía quedar al día siguiente. Supuse por qué sería, intenté llamarla, pero había apagado el teléfono y me limité a enviarle una carita sonriente con un beso y decirle que a las siete estaría en casa. Al soltar mi móvil, sonó el de Diego, me preguntó quién era.

—Miriam —respondí, puso cara de extrañeza. Al dárselo lo apoyó en mi pecho y activo el altavoz.

La saludó y antes de que él pudiera decirle nada más, ella le dijo que suponía que el niño dormía. Tras un suspiro, en el que tuve la impresión de que tomaba aire, empezó a hablar.

—Lo pasé muy bien el otro día, cuando comimos. Fue como en los viejos tiempos...

Diego me miró extrañado y yo abrí los ojos, con una sonrisa tensa en la cara.

—Miriam, estás en el manos libres —avisó, pero creo que ella no se dio cuenta, porque siguió como si tal cosa.

—... Sentí cosas. Estoy impaciente de ir el domingo por la mañana al zoo, a

Eric le gustará. Podremos pasear como una familia, como debió ser, como somos, Diego...

Su cara era de asombro y creo que también vergüenza porque yo escuchaba aquello. De pronto, y como si nos salvara la campana, el niño empezó a llorar. Le di el teléfono y me levanté, él hizo un amago de incorporarse, pero con un gesto lo frené. Le dije que iba yo. Escuchar aquello me dolía.

Entré en su habitación sin encender la luz, la del pasillo nos iluminaba, además en un enchufé había una lucecita de esas de color azul en forma de nube. Eric lloraba de pie en su cuna, me tiró los bracitos para que lo cogiera.

—Ma-ma —dijo entre sollozos—. Susto.

—No, cariño, no soy mamá. Soy Martina —susurré al cogerlo, olía a colonia y a niño pequeño—. ¿Tienes miedo? ¿No te ha gustado lo que soñabas?

Se me abrazó sin deja de sollozar y sentí cómo su pequeño cuerpo temblaba. Le ofrecí un poco de agua de una botella a la vez que me sentaba en un sillón y la aceptó. Bebió un trago y me la dio. La puse en la mesita y me recliné en el respaldo, con él recostado en mi pecho. Con la yema de los dedos inicié pequeñas caricias por su espalda, supuse que así se relajaría. Dejó de llorar poco a poco, a medida que el sueño lo vencía.

Descubrí a Diego que nos observaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Se ha dormido? —susurró.

—Creo que está en ello.

Me incorporé y lo metí en la cuna, se revolvió un poquito, pero se quedó tranquilo. Salimos de la habitación y Diego entornó la puerta. Yo me dirigí para el dormitorio, pero él me cogió del brazo y me detuvo.

—Tina, ¿todo bien?

Vi duda en sus ojos y no quise hablarle de la zozobra que a veces tambaleaba mi corazón. Escuchar que iban a ir al zoo el domingo me había molestado porque era nuestro día de paseo matinal, pero me censuré aquel pensamiento. No quería quejarme; sin embargo, aquella frase «como una

familia» era como una espinita.

—Sí, todo bien.

—¿Vamos a la cama?

—Vamos.

Me besó muy dulce y apagamos la luz del pasillo.

Nos acostamos, casi en silencio, él me cobijó bajo su brazo y me dijo que Miriam echaba de menos al niño, estaba angustiada porque tenía que ir a una revisión en un par de días.

—Te dije una vez que nunca volvería con ella —murmuró—. Sabe que estoy contigo, solo está asustada.

—Lo entiendo... pero es que a veces... —Me mordí la lengua, no quería decirle que a veces sentía que sobraba.

—A veces ¿qué?

—Siento... no sé cómo actuar.

—Cariño, los dos estamos aprendiendo. —Me reconfortó escucharlo—. Yo también me siento así muchas veces.

Nos besamos con ternura, él profundizó el beso y lo convirtió en necesidad.

—No se te ocurra hacer ruido —susurró a la vez que empezaba a deshacerse de mi pijama.

Fui a casa después del trabajo. Encontré a Irene en el sofá, tumbada, medio acurrucada sobre sí misma y con la televisión apagada. No pintaba bien. Cruzamos nuestras miradas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quieres la versión larga o la corta?

—La que tú prefieras.

Se sentó y yo a su lado.

—Dice que se ha enamorado, que no sabe qué le ha ocurrido, estaba bien conmigo, pero... —La voz se le cortó y enjugó una lágrima que resbalaba por su mejilla. La abracé, era duro verla tan triste. Me di cuenta de que yo también tenía los ojos húmedos.

—¿Y tú qué dices?

—No sé, me ha dolido saber que está con otra.

Irene, con bastante más serenidad de la que yo habría utilizado, me explicó que Álvaro le había confesado que había otra mujer. Se sentía mal por hacerle daño, pero no podía vivir una mentira. Se entendían bien en el plano sexual, pero en otros aspectos sentía que les faltaba algo. Ella llegó a recriminarle sus celos injustificados por Javier y él ni siquiera trató de defenderse.

—Por lo visto, es una compañera de facultad, se reencontraron y supongo que una cosa llevó a la otra.

—Trabaja con él.

—Me lo dijo también y que los pillaste. —Se limpió la cara con las manos—. Eso precipitó que hablara conmigo.

—Lo siento, quería que fuera él quien te lo dijese; si me veías, adivinarías que escondía algo.

—Traía el discurso preparado, pero se lo leí en la cara.

—¿Qué le dijiste?

—Que se fuera lo antes posible. Si no me quiere, no iba a suplicarle.

Ni siquiera hablaba de él con odio o rabia, sino que su tono era el de alguien resignado a que lo que soñó se había desmoronado. Lloró en mi hombro mucho rato y entre lágrimas y sollozos murmuró muy bajito.

—¿Me harías un bizcocho con chocolate?

—Claro que sí, y magdalenas —respondí en su mismo tono—. Es lo mejor que hay para las horas bajas. Una buena cantidad de calorías extras para el cuerpo.

—Los expertos dicen que combate la depresión.

—¿Qué expertos?

—Los que están deprimidos, supongo.

Se levantó y fue al baño. A su regreso quiso saber si me iría con Diego y le dije que no. No quería dejarla sola, mi chico sabía que mi amiga me necesitaba. La noche nos sorprendió metidas en la cocina. Aparte de los

dulces, preparé masa de pizza e Irene se dedicó a decorarla con un montón de verduras que encontró en la nevera. Nos la cenamos con una botella de vino que sacó de un armario. La había comprado para una de sus cenas con Álvaro. Nos la bebimos a nuestra salud y acabamos un poco piripis.

Nos metimos en su cama a chismorrear. Ella empezó a filosofar sobre el amor y esas cosas, por cómo se puede escurrir entre los dedos. Si alguien se coló entre ella y Álvaro era porque algo fallaba, había fisuras. Dedujo que quizás él lo había sentido siempre y por eso se molestaba tanto con la presencia de Javi. Me soltó un monólogo en el que no me atreví a interrumpirla.

—Creo que Álvaro nunca me ha querido como yo quería que lo hiciera. El hecho de que yo estuviera colada por él desde los quince años supongo que lo animó. Lo ponía a cien y le gustaba un montón, pero solo eso. No voy a hablarte de los gustos sexuales de tu hermano pero, si lo pienso, creo que es en el único aspecto en que nos entendíamos bien, luego siempre había flecos. Las tareas de casa, por ejemplo, yo quería que fuera más participativo y él se columpiaba, otras veces tenía la impresión de que esperaba a que terminara de hablar para contarme algo suyo. Ni siquiera vino a la representación de teatro de *La Castañera*, con los niños, y no iba a tener mejor suerte con la obra de Navidad. Es bastante cuadrulado y cuesta sacarlo de sus convicciones.

De pronto, como si hubiera tenido una revelación me miró con cara angustiada.

—No vendré en Navidad a casa de tu madre. Lo entiendes, ¿verdad?

Irene llevaba los últimos siete años pasando la Navidad conmigo. Su familia solía marcharse al sur, a Córdoba, con los hermanos de su madre. Ella prefería quedarse en Barcelona que ir a un pueblo. Pasado Año Nuevo regresaban y celebraban juntos el día de Reyes y su cumpleaños.

—Me iré con mi madre al pueblo en vacaciones. Regresaré para iniciar la escuela.

No me gustó, era como mi hermana, pero entendí que ella necesitaba distancia con Álvaro. Volvió a llorar. Y se acurrucó en mi pecho.

—Me sabe mal por tu madre, pero no soy capaz de hablar con ella.

—Ella no dejará que eso ocurra, te llamará cuando se entere. Pondrá el grito en el cielo.

Me desperté con dolor de cabeza. Mientras desayunaba con mi amiga, me tomé un ibuprofeno y ella otro. Culpamos al vino al ver la botella vacía, no debía de ser muy bueno. Eso la hizo reír. Me preguntó cómo llevaba lo de Eric y Miriam, y le dije que bien. Ella, que me conoce, no lo creyó, pero no metió el dedo en la llaga. Cambié de tema y le conté mis planes de ir por libre, empezó a imaginar posibles nombres para mi negocio.

Tuve la sensación de que se iba tranquila para la escuela, me dijo que los niños le daban energía. Aunque, claro, la procesión iba por dentro. Me hice una nota mental para llamar a mi madre y averiguar qué sabía, para que no metiera la pata. Con mi hermano quería poner distancia, estaba enfadada con él.

Empecé a organizarme en el trabajo, Daniel había regresado y me puso al corriente de algunas cosas. Me dijo que sería interesante que hablara con los clientes para decirles que yo me haría cargo de su cuenta. Lo hice y, después de más de media hora al teléfono, ya tenía una idea de lo que necesitaban y me comprometí a llevarles algunas ideas cuando fuese a verlos la semana siguiente.

Por la tarde regresé a casa; Irene me reprendió, me dijo que no era una niña pequeña que necesitaba compañía y me aconsejó que me fuera con mi chico. Estaba arreglando su armario y reorganizaba el espacio. Álvaro ya se había llevado sus cosas, había vuelto a compartir piso con Santi. Sacó una caja rectangular, echó un breve vistazo al contenido, la cerró y me la entregó.

—Toma, un regalo. Yo no voy a utilizarlo.

Abrí lo que parecía una caja con lencería. Contenía una combinación negra de tirantes. Era un modelo con ribete de encaje y una abertura en un lado, a la

altura del muslo, muy bonito y sexi.

—¿Qué hago con esto?

—¿No esperarás que te lo explique? —se burló, pero decidió hacerlo—. Sorprende a Diego, vete de comando con eso puesto a su casa.

Me imaginé la escena y no me desagradó. Sabía que no saldría, le tocaba el niño y ya estaría dormido, así que con una sonrisa pícaro en los labios me despedí de ella y me fui a prepararme para mi travesura.

Llegué en moto. Me había puesto unas mallas y un jersey sobre la prenda y unas botas altas. Hacía frío. Entré con mi llave en el edificio y subí andando para no delatarme. Cuando estaba en su rellano decidí quitarme todo y entrar descalza, solo con el modelito, para sorprenderlo. Dudé de si ponerme el abrigo o no. Estaba en eso cuando de pronto alguien me sobresaltó a mi espalda.

—¡Hostias!

Me giré asustada, pero sobre todo avergonzada porque Javier me viera así. Quise morirme en aquel instante, nunca había vivido una situación tan embarazosa. Traté de taparme con el abrigo. No recordaba que se había instalado en el piso de abajo.

—Voy a buscarme otro plan porque no creo que me queráis incluir en el vuestro —se burló y sacó su móvil del bolsillo.

—¿Está Sergio con él? —pregunté con temor. Ni siquiera se me había ocurrido esa posibilidad.

Javi me sacó de dudas, me coloqué el abrigo con prisa, empezaba a tener frío. Aquello era surrealista.

—Sergio, tío, ¿dónde estás? —dijo al teléfono—. Espérame... No, cambio de planes.

Me sonrió a la vez que negaba y guardaba el móvil.

—Ya me gustaría a mí que alguien me sorprendiera así —bromeó—. Déjate el abrigo, aumenta su tortura. —Se rio y se dio la vuelta para marcharse, pero se giró y preguntó—: ¿La has dejado bien?

Supe a quién se refería, las noticias corrían rápido; asentí.

—Llámalas, necesita un amigo.

Dejé la ropa en el recibidor y entré al salón. Diego estaba sentado en el sofá con el mando de la Play entre las manos. Al verme, lo dejó sobre la mesa y me miró algo confuso. Mis pies descalzos llamaron su atención, necesitó unos segundos para hacerse a la idea. Fue a levantarse y lo frené con un gesto. Empecé a desabrochar los botones uno a uno, despacio y sin apartar la vista de su rostro.

—¡Joder, Tina!

Dejé caer el abrigo al suelo y sentí su mirada por todo mi cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la cara.

—Si esperabas otro plan, olvídalo —le informé al acercarme. Me senté sobre sus rodillas. En un segundo me acogió en su regazo y me pegó a él.

—Mi hermano está a punto de llegar. —Negué con la cabeza—. ¿Te ha visto así?

—Para mi vergüenza, sí.

—Voy a tener que matarlo.

No dijo nada más porque atrapó mis labios y me besó con ansia. Sus labios bajaron por mi cuello y se perdieron en el escote.

—Qué idea, me encanta. ¿No llevas nada debajo?

Negué con la cabeza. Deslizó con una mano los tirantes y con la yema de los dedos acarició mis senos, se me escapó un suspiro y otro al notar cómo se metía uno en la boca y jugaba con su lengua sobre el pezón, me removí inquieta por el anticipo y la expectación de lo que anunciaba aquel encuentro. Acarició mi costado con una mano, me hizo sufrir al saber hacia dónde se dirigía. Encontrarse sin barreras lo enloqueció y succionó mi piel con ganas. Me dejé llevar al sentir un dedo en mi interior. Mi cabeza, ida por la lujuria, se inclinó hacia atrás, y me ofrecí más a él. Era un momento de pasión intenso. Apoyé con fuerzas las rodillas sobre los cojines del sofá y me tensé, mi cuerpo rígido le avisó de que el clímax me atravesaba. Me movió con

rapidez. Se quitó el pantalón deportivo que llevaba y la camiseta, y, con una sonrisa traviesa en su cara, me tumbó. Al segundo lo tenía dentro de mí, susurrando lo que le gustaba la sorpresa que le había dado. Estallamos juntos, cada uno con el nombre del otro en los labios. Extasiado y abrazado a mí, me dio pequeños besos a la vez que susurraba lo traviesa que me había vuelto.

Me levanté y re Coloqué la combinación sobre mi cuerpo, parecía un cinturón ancho en mis caderas. Fuimos al baño, pero al pasar por la habitación de Eric, movidos por la curiosidad, Diego abrió la puerta y metimos las cabezas para verlo. Dormía como un bendito.

CAPÍTULO 23

Muchas veces me he preguntado qué ocurrió para que después de un «te quiero» y un beso de despedida las cosas se torcieran tanto.

Había sido un fin de semana agotador, creo que las ganas de estar juntos chocaron con la energía de Eric y tuvimos algunos momentos tensos en los que el niño reclamaba la atención con pequeñas rabietas. En esos momentos, Diego se deshacía en complacerlo; pensé que no era el camino, a los niños hay que decirles no de vez en cuando, pero ¿quién era yo para inmiscuirme? ¿Qué sabía yo? Era normal, nos estábamos adaptando a la situación, me decía. Sin embargo, mi Pepito Grillo particular me susurraba que no me engañara, nosotros no éramos una familia. El niño siempre estaría entre los dos.

Pasada la tormenta, el lunes amanecimos más tranquilos. Compartimos la ducha. Diego se dedicó a lavarme con mucho mimo, sus manos enjabonadas resbalaron por mi cuerpo y despertaron mi libido y mis ganas de sentirlo dentro. No me importó la hora, solo deseaba disfrutar de aquel momento en el que me hacía sentir lo más especial para él. Me giré entre sus brazos y me eché gel en las manos. Las coloqué en su pecho, ese pecho duro y trabajado con la natación, y fui lavándolo yo también. Atrapó mis labios y nos fundimos con un beso ardiente. La pasión nos envolvió. Se colocó a mi espalda y metió una pierna entre las mías, besó mi cuello y se ancló a mis pechos, acarició con demasiada lentitud mis pezones con su pulgar para llevarme a un estado de enajenación y necesidad en el que no podía dejar de

gemir.

—Diego... por favor, no me hagas esperar.

—No quiero que peleemos —musitó sobre mi piel—. Te necesito tanto.

Sus dedos buscaron esa perla de placer y yo, sin querer que entre nuestros cuerpos hubiera una fisura, lo incité apretándome contra él.

Se introdujo en mí despacio y apoyé las manos en las baldosas para sostenerme. Empezó a moverse con lentitud, con sus dedos agarrados a mis caderas y su boca en mi cuello, repartiendo pequeños besos que me enloquecían. Se aceleró hasta convertir el instante en un frenesí.

—Me gusta estar así —murmuró con la voz tensa y entrecortada—, pegados, yo dentro de ti y tú con mi nombre en los labios.

No aguantamos mucho más, la intensidad y las ganas reprimidas del fin de semana nos hicieron estallar.

Nos costó separarnos, nos dijimos cosas bonitas y cada uno se fue a su trabajo.

Tuve una conversación telefónica de más de media hora con el cliente de Valladolid. Me pidió reunirnos al menos una vez antes de las fiestas. Se lo notaba inquieto y con dudas por el cambio de informático. No quería perder al cliente, así que le aseguré que intentaría ir en cuanto encontrara vuelo. Sabía que en las fechas en las que estábamos no iba a ser fácil. Pero tuve suerte y encontré uno que salía aquella misma tarde y podía regresar en dos días. No lo pensé y compré el billete. Daniel me pasó el dato del hotel donde se hospedaba cuando iba e hice una reserva.

Reorganicé mi agenda, el martes tenía reunión con Miguel y Asier, llamé a las Fincas y me pasaron con el padre. Le expliqué que tenía que marcharme a ver a un cliente fuera de la ciudad y lo entendió, me dijo que no me preocupara, algún día de las fiestas podríamos hablar de forma distendida sin la seriedad del despacho.

—Supongo que vendrás con Diego a la comida de Navidad.

—Miguel, ese día seguro que estoy con mis padres —me disculpé, no había

sido capaz de decirle a mi madre que Diego me había pedido acompañarlo con su familia.

—Es normal, entonces en Noche Buena o Sant Esteve —pidió amable—. Ya eres de la familia.

La familia. La familia no solo es un lugar, o una institución, también es un sentimiento y no sé si yo lo tenía.

Me despedí de él con cariño, la verdad es que siempre me hizo sentirme como en casa.

Recogí todas las cosas que pensé que podría precisar y, después de hablar con Alejo, me marché. Antes de ir a casa a preparar algo de equipaje, me dirigí a la agencia de Diego, lo había llamado y no atendía, supuse que estaría ocupado. No quería irme sin verlo, ni tampoco quería dejarle un *whatsapp* en el que le dijera que me marchaba. Necesitaba verlo, esa era la realidad.

Sergio me interceptó al verme entrar, me piropeó un montón y entre risas dijo que quería una chica igual de atrevida que yo. Maldije a Javi por lo bajo, pues imaginé que se había ido de la lengua.

—¿No está Diego? —pregunté algo incómoda.

—Perdona, Martina, no le digas nada a Javi. Se le escapó —se disculpó y yo sonreí aliviada—. Diego, sí, pero está ocupado. ¿Te apetece un té mientras esperas?

—Tengo algo de prisa —dije y solté el casco sobre una mesa.

—Será un momento, anda, vamos —me invitó a salir, pero su cara de tensión encendió mis alertas.

—He de coger un vuelo en unas horas y aún tengo que pasar por casa, ¿con quién está?

En sus ojos vi duda.

—Sergio, ¿con quién está?

—No es buen momento, de verdad —se justificó y el misterio me generó más curiosidad. Si hubiera estado con un cliente, lo habría dicho más claro.

Me moví en dirección a su despacho que, para más tensión, tenía la puerta

cerrada. La abrí y entré decidida; si estaba con un cliente, ya me disculparía, pero no hizo falta. Me quedé paralizada con la escena que se representaba ante mis ojos. Miriam estaba en brazos de Diego, que la sostenía con fuerza por los hombros y ella estrellaba sus labios en los de él, sin que él los rechazara.

Un aullido, amortiguado por mi mano, salió de mi boca y de pronto mi cerebro se cortocircuitó. Era la segunda vez que veía esa escena. Se separaron por la sorpresa, solo fui capaz de ver la cara llena de lágrimas de ella y de susto, la de él. Me di media vuelta y salí corriendo de allí. Agarré el casco al vuelo al pasar junto a la mesa donde lo había dejado y me lo coloqué, mientras escuchaba a Diego gritar mi nombre en mitad de la agencia. No quise detenerme, no quise que me convenciera de que aquello que había presenciado no era lo que parecía. Solo quise montarme en mi moto y salir pitando de allí como alma que lleva el diablo.

Dejé la vespa en el lugar de siempre y subí a casa muy deprisa. Las lágrimas seguían resbalando por mis mejillas, no sabía decir ni cómo llegué a mi calle. El cuerpo y el alma me dolían como no lo habían hecho antes, quise tirarme en la cama y llorar mi pena, pero la cabeza me decía que no tenía tiempo para pararme a pensar. Busqué una maleta pequeña para meter cuatro cosas que pudiera necesitar y una muda. Si mi madre hubiera visto cómo dejé caer las cosas, al montón, le hubiera dado un síncope. En nada se parecía al equipaje ordenado y organizado al milímetro que ella me enseñó. La cerré con rabia, como si la maleta tuviera la culpa de algo, cogí el cargador del móvil y me colgué al hombro el bolso y el portátil.

Justo en el instante en que abrí la puerta para salir, mi querido novio apareció frente a mí para tocar el timbre. Entró asustado, casi me empujó, y me dijo que tenía que escucharlo.

—Tengo prisa, he de coger un avión —espeté con desdén.

—No es lo que crees. Ella, ella...

—Ella, ella ¿qué...? ¡Te besaba y no vi que la rechazaras! —grité

enfurecida—. Es la madre de Eric, lo sé. Tú dices que no la quieres, pero no es cierto, veo cómo la miras, cómo te mira. ¿Te estorbo? No hay problema, me marcho.

Hice ademán de salir y él me cogió del brazo y me frenó.

—¿Se puede saber qué sarta de tonterías estás diciendo? —preguntó incrédulo.

Lo reté con la mirada. Me soltó, nervioso se pasó las manos por el pelo y lo echó hacia atrás. Estaba tenso, mucho.

—Ella está enferma... —musitó casi con la voz rota.

Ya sabía que estaba enferma, lo que no sabía era que tuviera que estar tan presente en nuestras vidas. Quizás era egoísta.

—Se me hace tarde —alegué, no podía tener esa discusión en aquel momento, yo no quería que tuviera que elegir entre ella y yo. Tenía miedo de no ganar la partida.

—¿Dónde vas?

—A Valladolid, no puedo perder el vuelo.

—Tenemos que hablar, quiero explicarte...

—Creo que no hace falta. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

—Tina, no me hagas esto.

—¿Qué te hago? Dime. No quiero ser una molestia, vosotros dos... —Se me rompió la voz.

—¡No me jodas con eso! —bramó y casi me asusté—. ¿Tienes celos? Es la madre de mi hijo. No soy capaz de darle la espalda. No puedo.

—Entiéndeme...

—¡Que te entienda! Entiéndelo tú. Se muere. ¡No la puedo dejar! Tenía una vida con ella.

Ya estaba dicho y, si seguíamos gritándonos, íbamos a decir algo realmente horrible. Traté de mostrarme serena, aunque por dentro sentía que se me rompía el corazón.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y entonces mi mente recolocó todas las

piezas. Dijo que me llevaba al aeropuerto y no fui capaz de negarme, lo vi tan abrumado que me dolió y quizás por un breve momento fui la novia que él esperaba.

Durante el trayecto, a la vez que conducía, me contó que a Miriam se le había reproducido el cáncer. Tenía metástasis en un pulmón y la cosa era seria. Estaba asustada. Él no sabía qué hacer. Ella le pedía pasar tiempo los tres. Tenía miedo de que el niño no la recordara.

No pude evitar echarme a llorar al escucharlo. Agarré su mano, que sujetaba el volante con fuerza, y él me miró un segundo, sus ojos también estaban húmedos.

—Diego, yo... no sé qué decir, lo siento.

—Cuando has entrado acababa de decírmelo. No puedo alejarla ahora.

Siempre he pensado que Diego no se dio cuenta de todo lo que salió por su boca durante aquel trayecto. Hablaba de cómo se sintió al saber que estaba enferma y que esa era la causa por la que lo abandonó; dijo que, si lo hubiera sabido, quizás las cosas habrían sido distintas y le dio un sentido diferente a su relación en los últimos tiempos. Tal vez en su cabeza se mezclaban recuerdos de lo que fueron como pareja y de la experiencia que vivían. Quizás la existencia de Eric lo cambió todo, porque se lamentaba de lo duro que iba a ser criarlo sin ella. Me dolió escucharlo, no supe poner distancia, pero es que no vi en ningún momento que me tuviera en cuenta. A veces, por unos instantes, somos conscientes de lo mal que hacemos las cosas y seguimos ajenos al dolor del otro, sin darles el consuelo que nos piden a gritos con un silencio. No supe hacerlo mejor y que él expresara en voz alta sus pensamientos me hizo malinterpretar sus sentimientos.

Llegamos al aeropuerto y por más que le pedí que me dejara en la puerta y se fuera, insistió en acompañarme y aparcó en el *parking*. Al bajar del coche no sé qué pasó por mi cabeza, mi mente cerró el umbral de mi sentido común, fui egoísta e injusta.

—Es mejor que lo dejemos aquí, Diego.

—Te he dicho que te acompaño.

—No. Digo lo nuestro.

Por su cara pasó la incertidumbre y la sorpresa al comprender mis palabras, me miró con tensión y miedo.

—¿Qué quieres decir, Martina?

Martina, él también ponía distancia.

—Debes estar con ella, le espera un tratamiento muy duro, Eric te necesita y yo quiero ser la prioridad de alguien. No quiero compartirte más. Tienes que estar a su lado, yo no importo.

—¿Cómo que no importas? —gritó y captamos la atención de una pareja que salía de otro vehículo—. A mí me importas. Te quiero, Tina. No me hagas esto, no me lo hagas, ahora no, por favor —suplicó y agarró mis manos con fuerza.

—No me lo pongas más difícil de lo que ya es —le pedí.

Noté la desesperación en sus ojos cuando me abrazó con fuerza mientras me pedía que no lo abandonase, que me necesitaba más que nunca. No creo que lo haya querido tanto antes como en aquel instante en el que lo dejé ir. Tenía que estar con su familia, con Miriam y su hijo, en aquellos momentos.

—Es tarde, Diego —murmuré al separarme.

Me miró con mucha tristeza y me soltó. Con el corazón encogido y reteniendo un nudo en el pecho que me iba a explotar, simulé entereza, agarré mi maleta, tiré de ella y empecé a caminar hacia la puerta de Salidas del aeropuerto. Cuando había andado unos metros me llamó, pero no pude girarme, las lágrimas ya inundaban mi cara y no quería que las viera. «No olvides que te quiero» dije como respuesta imaginaria.

Valladolid me recibió con un frío al que no estaba acostumbrada. Aunque mi corazón apenas lo notó, estaba helado. Me registré en el hotel y me avisaron de que a las ocho me esperaba el señor Somosanto en el restaurante. Me dieron una nota en la que se disculpaba porque le había salido un compromiso y tenía que posponer la reunión. Era una cena de cortesía. Pensé

en las jugadas del destino; si lo hubiera sabido antes, quizás no habría ido a ver a Diego para decirle que me venía a las cuatro y habría cogido un vuelo al día siguiente y no habría pasado nada de lo que pasó. Pero allí estaba. Tenía dos horas en las que maldecirme.

Subí a la habitación y, al coger el móvil para llamar a mi madre y avisarle de que ya había llegado, vi que tenía varias llamadas perdidas de Diego, un *whatsapp* y un mensaje de voz. No me atreví a escucharlo, pensé que no podría soportarlo, su mensaje escrito me partió el corazón. Me pedía que lo pensara, que no podía ser tan dura con él y con Eric, que me necesitaban.

Llamé a mi madre y le dije que estaba muy ocupada, que me esperaban los clientes, fue lo primero que se me ocurrió para pasar rápido ese trámite. Ella con su radar de madre me preguntó si estaba bien, que me notaba extraña, le dije que hacía un frío del copón y se rio. Me dio muchos besos y me despedí.

El agua caliente de la ducha me dejó casi nueva. Casi. Bloqueé todos los sentimientos y emociones que me sobrecogían. No podía dejarlos salir en ese momento o no podría asistir a la cena y en ella volqué toda mi energía. Me arreglé, metí en el bolso una libreta y un bolígrafo, y salí de la habitación.

Un camarero muy amable me llevó a una mesa. Un hombre joven, al que no le puse más de treinta y cinco años, esperaba sentado, abstraído en su móvil. Al acercarnos e intuir nuestra presencia, inclinó la cabeza y se levantó, educado.

—Hola —saludé—. ¿Juanma Somosanto? Soy Martina Avilés.

—No, yo soy Jaime, mi hermano ha tenido una pequeña crisis familiar — aclaró serio y tendió su mano para estrechar la mía, intuí un poco de fastidio—. Tendrás que conformarte con el hermano raro.

—¿Raro? —pregunté con curiosidad.

Me miró como si me estudiase, pero ignoró mi pregunta con un gesto de la mano. Me invitó a sentarme.

—¿Te importa si pedimos la cena? Tengo hambre. Así no pierdo el tiempo.

En otro momento no habría hecho caso de aquel comentario, nunca me ha

gustado ser una carga para alguien, pero aquella tarde y con mi haber auestas de dolor y angustia no tenía ganas de soportar nada de nadie. Aunque me contuve, era un cliente y ya se sabe que el cliente siempre tiene la razón. Tuve la impresión de que al hombre le ocurría algo; no sé, estaba a la defensiva y con prisas, yo también las tenía. Supuse que se había visto obligado a recibirme, así que no me anduve por las ramas.

—No es necesario alargar este encuentro, mañana podemos reunirnos a primera hora y concretar las cosas.

Me levanté con dignidad.

—Me temo que tendrás que sentarte de nuevo y de paso cenar. No quiero darle ningún motivo a mi hermano para iniciar otro enfrentamiento —se justificó—. Puedo ser amable. ¿Qué tal el vuelo?

Me pareció un poco cínico, pero yo también tenía hambre y pensé que estar con aquel cretino era mejor que en la habitación conmigo misma y mis pensamientos.

—El vuelo muy bien, gracias. Algo sorprendida, eso sí. No esperaba que la primera vez que visitara la ciudad tuviera la suerte de encontrarme con un capullo.

Me miró con la mandíbula rígida y pensé que me iba a decir que podía marcharme por donde había venido. Creo que, en aquel momento, me importaba un bledo si me despedía, yo también había tenido un mal día y qué leches, también quería pagar mi rabia con alguien.

—Los tienes bien puestos —soltó al cabo de un instante y me sorprendió—. Te pido disculpas.

—Aceptadas —agradecí, pero no bajé la guardia—. Y, ahora, al grano. ¿Llamamos al camarero? Yo también tengo hambre.

Soltó una carcajada y levantó la mano en un gesto de avisar a alguien. A los pocos segundos, una mujer se nos acercó y nos dictó lo que tenían de sugerencias para la cena. Los dos pedimos carne, él no quiso primero y yo pedí una crema de verduras. Necesitaba algo caliente que me arreglara el

cuerpo. De repente escuché mi móvil en el bolso, sonaba con insistencia, lo saqué y vi que se trataba de Javi, pensé que querría saber qué me había pasado. No estaba preparada aún para hablar con nadie de lo ocurrido con Diego. Lo obvié y silencié el teléfono.

No habían pasado diez minutos y su teléfono empezó a sonar con varios mensajes, a medida que los leía se ponía más nervioso. Sin embargo, siguió hablando del proyecto que quería.

—Con tu compañero no me aclaré —me informó—. Básicamente, lo que necesito es posicionarme en las redes, dar salida a mi marca y de paso diferenciar mi producto del familiar. Por otro lado, con la bodega me temo que es más complicado.

Me contó que, por algo que no dijo, su padre había segregado las tierras en la herencia, pero dejaba a Juanma de director de la bodega familiar y a él fuera de toda decisión. Con sus viñas hizo su propio caldo, un vino joven, y estaba teniendo cierto éxito gracias al premio obtenido.

—Eso no es nada complicado pero, con tu hermano, Daniel empezó a realizar la logística informática, y eso es lo que he venido a revisar.

—Sí, mi padre era de la vieja escuela, para él las cuentas eran su libro de contabilidad manuscrito y poco más. Dejaba muchas cosas en manos de un administrador que lo ha dejado todo liado —explicó—. Sabrás que se ha ido y ahí nacieron los problemas con Juanma, ni él ni yo queremos hacernos cargo, su mujer lo asumió y yo no estaba de acuerdo...

Su teléfono volvió a sonar, esa vez, una llamada.

—Disculpa, por favor. —Atendió y no fue muy amable—. Te he dicho que no me llames más, estoy en una reunión de negocios. —Quien fuera le habló, se levantó tensó y puso algo de distancia, pero no la suficiente. Aunque bajó la voz, lo escuché soltar entre dientes—: Basta ya de escenas, no lo soporto.

Traté de disimular con mi móvil. No tenía ningún mensaje y reconozco que me extrañó. Jaime colgó. Regresó a su asiento y siguió su conversación como si nada nos hubiera interrumpido.

—Mañana la conocerás, quiere controlarlo todo.

—No entiendo de negocios, lo mío es la informática, pero espero que estéis de acuerdo en lo que he venido a hacer.

Asintió y dijo que Daniel le había comentado que con un buen programa informático se podían controlar bien las entradas y salidas, y que se facilitaría mucho el trabajo administrativo.

Seguimos un poco más con la charla sobre qué quería o necesitaba. Rápido proyecté algunas ideas para lo que me decía. Era sencillo y sentí que pensar en trabajo me hacía bien. Al rato y, tras los postres, le dije que estaba cansada y que nos veríamos al día siguiente. De pronto, cuando nos estábamos despidiendo, lo vi ponerse pálido.

—Disculpa por lo que va a...

Un hombre se presentó ante nosotros y casi se colocó entre los dos.

—Así que es cierto, ¿lo has hecho?

—¿Qué haces aquí? —preguntó enfadado.

El hombre se dirigió hacia mí y me miró de arriba abajo y volvió a centrarse en él.

—No puedes hacerme esto, lo nuestro no ha acabado.

Jaime cerró las manos como puños y se contuvo, pero en su cara vi pasar la vergüenza y la impotencia a la misma velocidad.

—Está terminado hace meses, pero no te quieres enterar —espetó entre dientes—. Por favor, márchate. Estoy ocupado.

—Tú no eres como tu hermano quiere que seas, piénsalo. —El hombre volvió a mirarme y esta vez con cierto desdén en sus ojos. La pequeña discusión captó la atención de otros comensales y mi acompañante trató de disimular, pero se le notaba afectado—. ¿Es ella con quien me sustituyes? ¿Crees que porque te acuestes con una mujer dejarás de ser quién eres?

Jaime se cubrió la cara con las manos en un gesto de contención.

—No creo que este sea el mejor lugar para discutir estos temas —intervine con ganas de parar aquella escena—. Si nos disculpas, Jaime y yo nos íbamos

a marchar. ¿Nos vamos, por favor?

Estiré mi mano hacia mi cliente que me miró anonadado y se agarró a ella como si fuera un clavo ardiendo. A ojos de quien fuese parecíamos una pareja que huía de un pesado.

El hombre no nos siguió. Dio la impresión de entender y se quedó abatido en mitad del salón. No habíamos salido de él cuando Jaime se atrevió a hablar.

—Gracias. Te habrás dado cuenta de que soy...

—Me he dado cuenta de que no escogiste bien.

Me propuso tomar una copa en el bar y acepté. Me contó su historia, una lista de desamores y malas elecciones porque su padre y hermano no aceptaban su condición y de ahí los problemas familiares. Se sentía desgraciado y, sin pensar, le dije que no era el único. Me atreví a explicarle que había roto con mi novio en el aeropuerto y, cuando le intenté decir los motivos, lloré. Me sentí la persona más cruel y miserable del mundo.

Entre palabras de ánimo mutuas, nos despedimos y quedamos en que pasaría a recogerme a primera hora de la mañana.

Me dormí envuelta en lágrimas y soñé con un niño pequeño que lloraba en la oscuridad y llamaba a su mamá.

Jaime fue puntual y a las nueve ya estábamos junto a su hermano en un despacho de la finca Somosanto. Todo iba bien, las rencillas de las que me había advertido Daniel y que entorpecían el trabajo no aparecieron, y quise pensar que cada uno ponía de su parte para que esa vez las cosas fuesen bien. Creo que pensaban que Daniel los dejó por sus continuas peleas. No los saqué de dudas. Mi móvil sonó en mitad de la reunión, pedí disculpas y miré de quien se trataba, pensé que sería Diego, pero no, otra vez Javier. Me levanté y me aparté un poco, la insistencia de la llamada me desconcertó.

—Dime, Javi, estoy en una reunión, no puedo hablar.

—Diego tuvo ayer un accidente en la autovía de Castelldefels.

—Un... un acci... accidente —tartamudeé, las piernas me temblaron y

necesité sentarme—. ¿Está bien?

—No quise dejarte un mensaje con la noticia, estubo inconsciente, por lo visto hablaba al móvil —dijo preocupado—. Está despierto, preguntó por ti.

—Estoy en Valladolid, no tengo vuelo hasta mañana —sollocé—. ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? Dime la verdad.

—Magullado por todos lados y un brazo roto. Tienes que volver.

Le dije que lo llamaría y colgué, al levantar la vista miré hacia los dos hombres que me miraban expectantes.

—¿Problemas familiares?

Asentí. Me puse muy nerviosa, de repente no quería estar allí, sino con Diego, a su lado. Les dije que tenía que regresar y que podíamos posponer la reunión unos días. Lo entendieron. Entré en Internet desde mi móvil para ver vuelos de regreso y entonces fue cuando me derrumbé. No había ninguno. Tras media hora de hablar con el aeropuerto y las líneas aéreas, me confirmaron que no había ningún vuelo a Barcelona, solo el que ya tenía reservado al día siguiente.

—Desde Madrid tendrá más suerte —dijo Juanma a Jaime.

Jaime me propuso llevarme a Madrid, dijo que serían unas dos horas y media. Desde allí habría más posibilidades, estaba el puente aéreo y el AVE. No tuvo que convencerme demasiado.

CAPÍTULO 24

Correteé por los pasillos del hospital cargada con mi maleta y el portátil. Llegué a la habitación y, cuando iba a entrar, escuché unas voces que salían del interior a través de la abertura de la puerta. Me detuve en seco, era la voz de Miriam.

—Cuidado con hacerle pupa a papá, Eric, está malito.

Me molestó que el pequeño estuviera allí, no por él, sino porque un hospital no es lugar para un niño.

Me asomé con cuidado de no ser vista. Eric estaba sobre la cama, no podía ver a Diego. Ella hablaba de lo mucho que lo iban a cuidar. Entonces Eric se movió y pude verlo. No hacía buena cara, llevaba un collarín y el brazo en cabestrillo. Iba a entrar cuando la escuché decir.

—No vendrá, no la esperes más. La he llamado como me has pedido, no atiende.

—No sé cómo me he equivocado tanto. Pensé que vendría.

—Te vamos a cuidar nosotros y no la echarás ni un poquito de menos.

Después de aquello solté el pomo de la puerta y me retiré, despacio. No era mi imaginación, esa vez lo había escuchado a él decir que se había equivocado conmigo.

Me fui con el corazón roto. Quizás no tenía derechos, los había perdido al abandonarlo en el aeropuerto, pero nunca pensé que se retiraría tan pronto. Esperé el ascensor entre lágrimas y, cuando las puertas se abrieron, Javier salió y se topó conmigo.

—¡Martina! Has venido.

—Me voy, Javi. —Entré en el ascensor y él me siguió.

—¿Cómo que te vas? ¿Lo has visto?

—No, está con Miriam y Eric. No quiero interrumpir.

—Joder, ya está ahí.

Javi insistió en que tomásemos algo en la cafetería. Por cómo hablaba de la madre de Eric, no parecía caerle muy bien; yo la disculpé por su enfermedad, pero él no era tan comprensivo.

—Siento lo que le ocurre, pero vuelve gilipollas a mi hermano. Se aprovecha de él.

—Rompí con él, Javi —solté de pronto—. Ayer, creo que su accidente es culpa mía, me dejaba un mensaje de voz; después de eso no recibí nada más.

—No fue culpa tuya. Es lógico que estés confundida, pero mi hermano te necesita.

—No, tiene que estar con su hijo y con ella.

—Él no la quiere.

—Pero ella a él, sí.

Le conté lo que había escuchado y él me dijo que su hermano había sufrido una conmoción cerebral y que por lo tanto no podíamos fiarnos de lo que dijera. Trató de poner humor, pero yo me mantuve firme. Diego tenía que hacer lo correcto, y desde mi punto de vista lo estaba haciendo, solo que yo no era capaz de estar presente y acompañarlo en el proceso. De una forma posesiva y egoísta no soportaba compartirlo, ni tampoco la idea de que usurpaba un lugar. Le pedí que no le dijera que había ido, no quería ponérselo más difícil.

Trató de convencerme, pero me marché. Fui a casa de mi madre y allí lloré todo lo que no sabía que podía hacer.

Pasaron días hasta que pude escuchar el mensaje de Diego.

Diego Luján: Tina, mi amor, no puedes dejarme. Estoy contigo. Nadie más ocupa mi corazón. Tú y Eric. Te quiero tanto que no sé vivir sin ti.

Vuelve conmigo, por ti soy capaz de todo, voy a luchar para convencerte.
Por ti haré algo que pensé que nunca repeti...

El ruido del chirriar de las ruedas en un frenazo y el estruendo de un golpe rompía la comunicación. La primera vez que lo escuché creí que el aire escapaba de mis pulmones para no regresar. La angustia se apoderó de mí y solo repitiéndome que estaba bien se me pasó al cabo de unos minutos.

Revisé mi móvil muchas veces, pero en ninguna encontré aquellas llamadas que Miriam dijo que me había hecho, ni una llamada perdida suya ni de ningún teléfono desconocido. Ningún mensaje, nada. Fue una mentira en un momento importante.

No regresé a Valladolid hasta pasadas las fiestas. Recuerdo aquellas navidades como las más tristes de mi vida. Había perdido a Diego por un maldito orgullo y mi inseguridad. Irene no estaba. Con Álvaro mantenía distancia. Él hizo intentos por acercarse y hablar, pero lo evitaba y creo que desistió cuando mi madre le dijo que cada cual debía asumir las consecuencias de sus actos y que me diera tiempo. Ella también estaba triste, pero procuraba no quejarse, aunque la pillé llorando al sacar una lasaña del horno y dijo que no se había acordado de que Irene no vendría a casa. Sabía que la había llamado e incluso fue a verla, pero le costaba hacerse a la idea de que ya no formaría parte de nuestra familia. Creo que por eso no quiso tener a nadie nuevo en nuestra mesa aquellas fiestas. Nos advirtió de que no lleváramos a nadie a casa si no pensábamos casarnos por lo menos, dijo que no quería encapricharse con alguien y que después lo dejásemos. Yo parecía un alma en pena y recibía ánimo y consuelo de todos los que me querían. Santi me animó a salir en Noche Vieja, hice creer a mi madre que lo haría para que no me diera la lata, pero di esquinazo a mi hermano y me fui a mi casa.

A la una y media de la madrugada recibí una llamada que me inquietó. El nombre de Diego se iluminó en mi móvil. Dudé en atenderlo, pero moría por escuchar su voz.

—Hola.

—Hola, preciosa, quería desearte feliz Año. —Me pareció que estaba algo bebido.

—Feliz Año para ti también, Diego. —Tenía un nudo en la voz, pero quise saber de él y pregunté—. ¿Cómo estás?

—De puta madre. Todo me va fantástico.

No quise decir nada que enturbiara lo bonito que guardaba en mis recuerdos.

—Cuídate, Diego, cuídate mucho.

Iba a cortar la llamada cuando él volvió a hablar.

—Tú también... Esto... Eric te manda besitos, está dormido, pero seguro que te los mandaría.

—¿Está contigo?

—Sí, dos tíos solos en Noche Vieja, ha sido estupendo... Si quieres, puedes venir, te hacemos un hueco en la cama. Duerme conmigo desde que no estás. Aunque tendrás mejores planes. Quizás esta noche conozcas a alguien que no tiene cargas...

Siempre creí que con aquellas frases cargadas de dolor y sarcasmo me decía muchas cosas, pero no recogí el guante en ninguna de ellas. Durante unos segundos nos quedamos sin decir nada. Rompí el hielo.

—Diego...

—Adiós, Martina, cuídate mucho.

No dormí mucho aquella noche. Casi al alba me levanté y me quité el colgante que llevaba, un infinito que me quemaba en la piel. Lo guardé en una caja de cristal que había comprado en París y que me servía de joyero. El lugar perfecto para esconderlo.

A la semana siguiente, Irene regresó. Su pueblo le había sentado bien. Volvimos a ser nosotras dos. Sin nadie en nuestro haber y con un montón de recuerdos que procesar. Como ese turista que vuelve de un largo viaje y revisa sus fotografías para archivarlas y retomarlas cuando la nostalgia

apriete y sienta la necesidad de revivir los momentos.

La rutina se instaló de nuevo, ella con su trabajo y sus niños, yo con el mío y mis recuerdos. Sí, recordaba a Diego cada noche y a Eric cada día. Poco a poco retomamos las noches de pizza, en las que Santi se dejaba caer, pero Álvaro no volvió nunca a nuestra casa. Yo me instalé en una oficina que me reservó mi padre en su empresa, desde allí y mi casa organicé mi negocio. Servicios Informáticos M. Avilés, un nombre nada complejo y claro en lo que ofrecía. Los clientes me fueron llegando como gotas continuas y me mantenía ocupada bastante tiempo, lo que me permitía no pensar en otras cosas. Visitaba Fincas Luján de vez en cuando, casi siempre hablaba con Asier y, aunque alguna vez lo intentó, nunca lo dejaba que me hablara del niño o de su hermano. Aprendimos a separar los temas y Miguel solía darme un abrazo de oso con el que me hacía reír. Sin embargo, en una de aquellas reuniones apareció la tía Julia y lloré. No venía sola. Eric la acompañaba. Me hizo feliz ver al pequeño Luján, jugamos un ratito juntos y con dolor descubrí que se acordaba de mí. «Maina», me llamó y yo me lo comí a besos.

Mi hermano mayor hizo varios intentos para limar asperezas. Un día, Irene, mientras desayunábamos en nuestra cocina, me dijo que Álvaro había ido a verla. Me sorprendí. Le pidió perdón, aunque ella no pudo dárselo, me dijo. En cambio, me pidió que yo sí lo perdonara, así ella encontraría el camino. Lo veía todos los días en el trabajo y así, poco a poco, retomamos una relación que creo que nunca volvió a ser la misma, porque quien tenía a su lado no era mi amiga, ni siquiera intenté que lo fuera. Con ella iba a necesitar más tiempo.

Las primeras semanas del año viajé a Valladolid bastante seguido. Tenía que estar allí para organizar la información y establecer las prioridades logísticas. Trabajé con los hermanos, que saltaban a la primera, y tuve que poner orden como si fuese una maestra de escuela. Puedo decir que nos hicimos amigos. Irene me acompañó algunas veces. Jaime nos enseñó aquella tierra. Formamos un trío extraño, unido por el desamor, y desde entonces

nunca nos faltó el buen vino.

Una noche de pizza Santi apareció por casa con Sergio. Me alegró verlo. Nos dijo que Miriam había muerto. Recibir aquella noticia, en frío, me impactó y quise correr al teléfono y llamar a Diego, pero su amigo me dijo que él no estaba en Barcelona. Ella le había pedido el día anterior que se llevara al niño. No quería que captara el dolor que había a su alrededor. Pregunté dónde estaba y supe que en Menorca. Lloré por Eric y por Diego y también porque de todos los sitios del mundo tuvo que elegir aquel que representaba tanto para nosotros dos.

Dejé pasar los días a la espera de tener el coraje de llamarlo y darle el pésame, por lo que Miriam había representado para él, pero nunca encontré el momento.

El tiempo, simplemente, pasó.

Jaime vino a Barcelona a una reunión, y quedamos para cenar en un restaurante del centro. Me estaba comentando que había empezado a salir con un hombre que había conocido en Zamora cuando vi entrar a Diego seguido de sus dos hermanos. Reían los tres y me quedé embobada. Nuestras miradas se cruzaron un instante y mi estómago dio un vuelco. No lo veía hacía más de cinco meses y me pareció que estaba más guapo que nunca. Llevaba barba de pocos días y el pelo más corto. Pasaron junto a nuestra mesa, para dirigirse a la suya. No pude evitar saludarlos. El primero en darme dos besos fue Javier, lo siguió Asier y Diego se quedó mirando a Jaime, tuve que presentarlos a todos. No me dio ningún beso, solo un «Hola, Martina» y siguió hacia adelante como si nunca hubiera habido nada entre nosotros dos. La suerte quiso que lo tuviera de frente, en la distancia. Pude recrearme en su rostro. Estaba serio, pero no triste y reía de las cosas que sus hermanos decían. Me fijé en sus labios carnosos y recordé que, sobre mi piel, me erizaban hasta el vello más diminuto de mi cuerpo. Tuve que disimular porque me estaba excitando. Él también me miró y durante un segundo, o mil, nuestras miradas se engancharon.

—Es él, ¿verdad? —preguntó Jaime y rompió mi encantamiento.

—Sí.

—Es un hombre guapo, aunque ninguno de los tres tiene desperdicio —alegó serio, pero con una chispa en los ojos.

Y no lo había visto sin ropa, tenía un cuerpo atlético de nadador y podía volverme loca con sus manos y su lengua. De repente desperté al escucharlo.

—¿Y qué haces aquí, conmigo, en vez de llevártelo al baño y darle un meneo a ese cuerpo oxidado que tienes?

—¡Jaime! —Le tiré la servilleta y solté una carcajada.

—Yo por lo menos lo intentaría. Si vas, seguro que te sigue.

—¿Tú crees? —pregunté curiosa.

—No pierdes nada con probar —dijo risueño y para mi sorpresa cogió mi mano sobre la mesa.

Me solté, nerviosa. De repente, me preocupó lo que Diego pudiera pensar y di un sorbo al vino. Me dispuse a continuar con mi segundo plato. Sin embargo, ante la provocación de mi acompañante, quise comprobar si realmente tenía razón y me seguía.

—Ahora vuelvo —anuncié muy digna y él me guiñó un ojo.

Caminé inquieta hacia los lavabos. No quise mirar hacia atrás. Alisé la falda del vestido que llevaba y empecé a arrepentirme de aquel arrebato absurdo. Crucé la puerta que separaba los servicios y estaba buscando el símbolo del de señoras cuando noté que alguien entraba detrás de mí y me agarraba del brazo. Apenas pude impedir que me volteara.

—¿Quién es ese? —preguntó Diego muy cerca de mi cara.

—Es... es gay.

No pude decir nada más porque sus labios ya estaban pegados a los míos y su lengua exploraba mi boca con pericia y desespero. Con una mano rodeó mi cintura y me pegó a su cuerpo, yo di un pequeño salto y me subí a sus caderas como si fuese un koala. Nos entregamos con aquel beso que nos sanaba el alma.

—Todavía no te olvido —confesó sobre la piel de mi cuello antes de volver a besarme. Con una mano apretaba uno de mis senos con fuerza, con la otra me sostenía por el culo y yo empezaba a estar desatada.

—Diego, Diego, Diego...

—Te necesito tanto —susurró—. Si vuelvo a besarte, no voy a poder parar. Quiero más, mucho más.

—Llévame contigo —le pedí borracha de ganas.

—Recoge tus cosas, te espero fuera.

Me dejó en el suelo y volvió a besarme. Alguien entró y carraspeó, nos entró la risa y salimos de la mano.

—Tina —me llamó y creí por un momento que se lo había pensado, yo no quería ni replantearme qué hacía—. Estás muy guapa.

Le sonreí y fui a por mis cosas. Jaime me esperaba absorto en su móvil. Cogí mi bolso y la fina chaqueta que llevaba.

—Si hubiéramos apostado, habrías perdido —se burló—. Ha sido muy rápido, ¿no?

—Nos vamos.

Jaime se levantó e hizo un gesto al camarero para que trajera la cuenta. Yo lo miré con asombro. ¿Habría entendido que me refería a él?

—No me mires así, me voy a mi hotel a tener sexo telefónico. —Me entró la risa. De reojo vi que Diego se despedía de sus hermanos.

Salí a la calle con Jaime, lo vi alejarse con el móvil en la oreja y esperé en la puerta.

Me sorprendió con un beso en el pelo. Alzó su mano para que la tomara y me agarré a ella como si fuera el asidero que me sujetaba al mundo.

Por el camino apenas hablamos, cada uno iba ensimismado en sus pensamientos, pero en los semáforos nos devorábamos con los ojos y los labios, como preludio de lo que estaba por venir. Entramos en su casa a trompicones, tropezamos con casi todos los muebles porque no éramos capaces de despegar nuestras bocas. Dejé caer el bolso al suelo y me quité la

chaqueta; en mitad del salón, con prisa retiré la americana de sus hombros, la dejé deslizar por sus brazos y cayó unos pasos más lejos; le siguió la camisa, tiré de ella y la saqué de los pantalones, necesitaba sentir su piel.

—El primero tendrá que ser muy rápido —señaló a la vez que tiraba de mi vestido hacia arriba y las braguitas hacia abajo.

—Rómpelas, Diego, te necesito, ya.

Soltó la prenda íntima y cayó por mis piernas, salí de ellas como si me aprisionaran. Me ayudó con el vestido, lo sacó por mi cabeza y quedó esparcido por el suelo. Se quitó un zapato y luego el otro mientras yo devoraba su boca y le desabrochaba el pantalón, se lo quitó a patadas en la puerta de su cuarto.

Caímos ansiosos sobre la cama y rodamos por el colchón, con nuestras bocas pegadas y las manos perdidas en la piel del otro. Se coló dentro de mí sin dejar de mirarme, con los ojos nublados por algo más que el placer, y los dos soltamos un gemido muy alto. La locura nos embriagó. Éramos piernas, brazos y manos que se buscaban y tocaban. Éramos lenguas que se devoraban y bocas que se decían lo que se habían extrañado. Con lágrimas en los ojos no pude esconder lo que mi corazón me empujaba a confesar.

—Te quiero.

Cuando el clímax nos alcanzó, lloré. Todo el amor que tenía reprimido salió en ese momento álgido de placer y no pude retenerlo.

CAPÍTULO 25

Si alguien le hubiera dicho a Diego Luján que volvería a pasar por lo mismo dos años después, no lo hubiera creído, pero allí estaba. Esa vez la capilla que lo acogía era la más hermosa, espectacular y grande del mundo. Una bóveda imaginaria en la que estaba pintado un sol, que en unas horas cambiaría su color para vestirse de rojo al atardecer y luego dar paso al ocaso. Habían encontrado aquel lugar de ensueño en una escapada a la isla y allí fue donde decidieron casarse. En un entorno mágico, frente al mar y con unas vistas envidiables, rodeados de sus familiares y amigos.

Miró el reloj que ella le había regalado. El momento se acercaba, no estaba nervioso; bueno, quizás un poco sí.

Hacía poco más de tres meses que se habían reencontrado en aquel restaurante. Todavía no le había dado las gracias a su hermano por convencerlo para ir. Cuando había visto a Martina acompañada, había creído que su corazón se disparaba y que iba a tener un infarto por la taquicardia que lo amenazaba. Javi le había dicho que respirara y estuviera tranquilo, ni siquiera había sospechado lo que le ocultaba. Aquel encuentro había estado preparado por Irene, quien había contado con un cómplice de excepción, y necesario. En la mesa lo habían provocado, casi habían apostado a que no era capaz de llevársela al baño, pero cuando había visto cómo aquel hombre la cogía de la mano, había sentido que los celos lo invadían. Le entraron ganas de llegar hasta ella, echársela al hombro y llevársela de allí como si fuese un troglodita. Sin embargo, ella se había levantado y tuvo que seguirla. Estaba

loco por ella, no podía olvidarla y solo soñaba con poder verla y tocarla, solo así descubriría si lo que habían sentido tiempo atrás seguía vivo en su corazón. No lo dudó cuando sus miradas se cruzaron. Aquel beso apasionado había respondido todas sus dudas. No iba a dejarla escapar. Quiso atarse a ella aquella misma noche. Hicieron el amor en la cama y en el suelo, en la ducha y en el salón de su casa. Apenas durmieron porque necesitaron probarse, saborearse, pertenecerse y amarse hasta caer vencidos. En un momento en que la pasión le nublaba los ojos y a ella la atravesaba la misma emoción, le había pedido que se casara con él. Ella le había dedicado la sonrisa más bonita que tenía.

—Sí, cuando quieras.

Nunca imaginó que su futura suegra y su tía prepararían una boda en tan poco tiempo y con las referencias que les habían dado. Su isla: Menorca; un lugar: Punta Prima; un mes: cuanto antes. Y agosto fue el mes afortunado.

Lluís y Salva las habían ayudado, se encargaron de buscar quien celebrase la ceremonia, ellos tan solo se ocuparon del papeleo y se dedicaron a decorar y restaurar la que sería su segunda residencia, una finca típica menorquina que él había localizado en uno de sus viajes; cuando se la enseñó, ella se enamoró de la casa y de las vistas, y la compraron. Una casa con un porche de arcos, un terreno precioso donde Eric podría corretear al aire libre, y una diminuta cala en la que disfrutar de unas aguas cristalinas y una arena blanca que invitaba a fantasear.

En aquellos tres meses se dijeron todas las cosas que no se habían dicho. Reconocieron sus errores. Él, dejar tanto espacio a Miriam movido por una lástima que quizás su ex utilizó porque estaba asustada y se sentía sola. Ella, no saber frenar sus celos y pensar que usurpaba un lugar cuando en realidad ella era quien lo perdía. Se pidieron perdón con la piel y los besos, y se prometieron no volver a separarse. Y lo habían cumplido.

La música lo sacó de sus pensamientos. Observó embelesado a la novia, que con paso seguro avanzaba hacia él cogida al brazo de su padre y con un

duendecillo delante que lanzaba pétalos de rosas con más gracia que acierto.

A partir de ese momento todo pasó muy rápido, las palabras oficiales, las de los amigos, los testigos, y por fin, la declaración formal:

—...marido y mujer, puedes besar a la novia.

Ese fue el momento que Diego recordaría siempre, cómo en un segundo su vida se completó.

Apoyada en la barra de las bebidas, observaba a mis chicos reír junto al resto de los hombres Luján. Mamá se me acercó de prisa y me tiró del brazo para que me fijara en una escena que se desarrollaba ajena a miradas curiosas. Ella, entre lágrimas, sollozó por la emoción. Álvaro se acercó a Irene y compartieron algunas palabras. Para mi sorpresa, tras la charla de algunos minutos en los que los dos asentían y negaban por igual, se dieron un abrazo sentido y se separaron con una sonrisa en sus rostros. Busqué con la vista a Sandra y la descubrí en un aparte. Los contemplaba también y en su cara pude ver cómo se dibujaba una mueca de satisfacción. Ese fue el instante en que empezó a caerme mejor. Irene llegó hasta nosotras y mi madre se recompuso en seguida.

—¿Todo bien, amiga?

—Todo bien, rubia.

Compartimos una copa de cava. Enamorada, no dejaba de mirar a mi chico, que ya era mi marido. La música sonaba fuerte. Un DJ nos animaba con el remix de *Despacito*, de Luis Fonsi y Daddy Yankee, que tanto había sonado tiempo atrás, mientras Eric saltaba de los brazos de su padre a los de su tío Javier, entre risas felices.

—Irene —llamó mi madre, que no perdía detalle de nada—, espero que lleves unas bragas bonitas porque allí hay un pedazo de hombre que no te ha quitado ojo en toda la ceremonia.

—Pues feas no son. Pero ese es de los que no se fija.

—Que te crees tú eso —replicó mamá—, un hombre siempre se fija. ¿Qué... qué haces?

Miré a mi amiga y me entró la risa. Se ocultaba detrás de nosotras.

—Voy a asegurarme, Belén —le dijo a mamá y con un rápido movimiento vi que se quitaba la prenda interior y la escondía en su mano—. ¿Vamos?

Tiró de mí y nos acercamos a los chicos.

—Quiero bailar con mi Lujan favorito —pedí risueña.

Irene cogió la mano libre de Javier y le entregó su tesoro. Siguió el camino hacia el hotel. Él la miró perplejo, pero el niño captó su atención.

—Eric, ¿la novia quiere bailar contigo? —Javi lo señaló y luego a sí mismo sin desvelar lo que escondida—. ¿O conmigo?

—Mama *Matina*...baila el nene.

Lo cogí en brazos y lo coloqué en mi cadera, sonreí nerviosa. Se me hacía un nudo en el estómago cada vez que Eric me llamaba mamá, entre feliz y tenso. El niño me colocaba en ese lugar, me alegraba, pero me sabía mal por si la madre de Miriam se molestaba. Miré al cielo por puro reflejo y el niño me imitó, como si buscara algo. Inclino tanto su cabeza que tuve que sujetarlo, le hice cosquillas y empezó a reír agarrado a mi vestido.

Por encima del hombro vi a Javier abrir su mano y seguir a mi amiga con una sonrisa pícaro en la cara.

—¿Así que tu Luján favorito? —Diego me cogió por la cintura y nos encerró en sus brazos, bailó conmigo a la vez que repetía y entonaba sobre mis labios, siguiendo el ritmo—: *Despacito. Quiero desnudarte a besos despacito / Firmo en las paredes de tu laberinto / y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito...*

Eric juntó nuestras caras para que nos besáramos y lo hicimos con dulzura. Se nos iba el cuerpo detrás de cada beso y nos separamos con una promesa en los ojos.

—Eric, agárrate fuerte que bailamos con la chica más guapa del baile. —El

niño obedeció y Diego nos dio vueltas entre risas y miradas cómplices. Después, como si quisiera recordarle algo, añadió—: Hoy dormirás con la tía Julia. ¿Verdad, campeón?

No contestó, se removió para que lo soltara, miramos en la dirección a la que quería irse y vimos a Roser con su niña en su regazo. Lo bajé al suelo y lo dejé ir.

—Es ley de vida, cariño. —Rio Diego y abrió sus brazos en cruz para que me refugiara en ellos—. Pero aquí estoy yo. Soy todo tuyo y no pienso soltarme ni soltarte.

Movió sus caderas y seguimos nuestro propio ritmo. Deseé que fuese mucho más tarde para poder cumplir sus palabras y devorarnos a fuego lento, despacito. Mientras tanto, la música nos encendía.

Quiero respirar tu cuerpo despacito / Deja que te diga cosas al oído / Para que te acuerdes si no estás conmigo...

Después de darle mil besos a Eric, cuando la tía Julia se lo llevó a dormir muerto de cansancio, Diego y yo nos escabullimos de la fiesta. Entramos en la habitación y unimos nuestros labios, dejamos que el deseo nos arrollara y la necesidad de sentirnos creciera. Con manos expertas desabrochó los pequeños botones de mi espalda y, como si fuera un regalo a desenvolver, me fue desvistiendo sin prisa. Mis manos no tenían tanta calma y casi le arranqué la camisa. El rio ante mi impaciencia, pero se tomó su tiempo en un juego de caricias y provocaciones. Las ganas de ser uno nos atraparon entre besos tentadores y revoltosos. Tardamos en saciarnos el uno del otro, quizás el cansancio nos venció.

Los labios de Diego, que recorrían mi nuca y mi espalda llenándolas de besos húmedos, me arrancaron de los brazos de Morfeo.

—Dormilona, despierta.

Con la voz ronca y somnolienta contesté pegándome a su cuerpo.

—Pero si solo hace un ratito que nos hemos dormido. —Ni siquiera abrí los ojos a la espera de volver a dormirme, pero una idea se coló en mi

pensamiento—. ¿Tienes más ganas?

Sonrió sobre mi piel.

—Cuando estás cerca siempre tengo ganas. —Noté que era muy cierto lo que decía, estaba preparado para la acción—. Pero no quiero perderme el primer amanecer como marido y mujer contigo entre mis brazos.

Me removí perezosa sobre él y traté de convencerlo.

—Ponen el amanecer muy temprano —me quejé como si fuera una niña y besé su pecho antes de reclinarme sobre él—, lo vemos luego.

—Luego tenemos que practicar si queremos darle un hermanito a Eric.

—¿Ya quieres darle un hermanito? —Me desperté de golpe y me incliné.

Me sonrió como el que sabe algo y disimulé, me contoneé sobre él y lo besé en los labios.

—Soy muy observador y sé que anoche no tomaste tu pastilla.

—Puedo tomarla por la mañana. — Me zarandeeé y me rocé con él, soltó un pequeño gemido, se contenía para no entrar en mí—. Observador, ¿no?

—Sí, sé que si te beso aquí... —Besó la zona que hay debajo del lóbulo y me hizo estremecer—. Tu piel se eriza, que cuando acaricio tus pechos esperas que los devore con mi boca y que no te gusta que te haga esperar demasiado y sé...

Me volteó y se incorporó, traté de retenerlo con besos, pero tiró de mí entre risas.

—Que no has tomado todas las pastillas del blíster.

Me empujó hacia el balcón, mientras yo le recriminaba que era un chismoso y que había cosas de chicas que él no debía cotillear. No surtió efecto y agarrada a las sábanas las llevé conmigo liadas en mi cuerpo.

Los colores del amanecer nos sorprendieron. El sol, en la parte baja del cielo, se reflejaba en el mar y provocaba una ilusión. Parecía que se desperezaba y salía del agua con un tinte amarillo mezclado de rojo que creaba un naranja concreto. El horizonte se tiñó de violeta, con más rojo que azul y así el astro rey se levantó y nos pilló abrazados, contemplando aquel

nuevo día en nuestras vidas, con mil planes sobre ella y el deseo de amarnos siempre en nuestro pecho. Corazón con corazón, latiendo al compás, nuestros labios se unieron en un suspiro para respirar el mismo aliento. Perdernos el uno en el otro se hizo necesidad.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Me siento afortunada por poder seguir este sueño. Soy consciente de que para continuar con este viaje hay cosas, sobre todo personas, que dejo en espera. Por eso mi primer pensamiento va para mi familia. Sois el pilar de mi vida, aunque no os lo diga a menudo. Gracias por ser como sois, por animarme y por entender que necesito mi espacio en ocasiones. Carolina, sé que todo el tiempo que no te dedico es algo que me pierdo. A veces quisiera poder crear una historia con un final feliz para ti, pero sé que tú ya eres feliz.

Gabriel, la luz que me guía. Sin ti nada tendría sentido. Gracias por todas las veces que me haces la comida y la cena. Soy un desastre, cuando escribo me olvido de comer, pero tú estás ahí para sorprenderme siempre.

Ana, Loles, gracias por leer esta historia y darme tan sabios consejos.

Rosa Mari, la escena de las amigas que charlan en la cama es un recuerdo de infancia, aunque faltan las cremas. Sé que te acuerdas.

Susana, gracias por el calor de tus ánimos, por ser una lectora incondicional, por tu amistad de toda la vida.

Gracias a mis compañeras de Selección por su ayuda desinteresada, por compartir las alegrías y los sinsabores de este oficio de escritor. Gracias a ese grupo de WhatsApps, tan loco y divertido, que tan pronto levanta una sonrisa como resuelve una duda existencial.

A ti, Lola Gude. Gracias y más gracias por confiar en mí, por tus consejos, por tu tesón y por estar ahí siempre con tu incondicional ayuda. Sé que detrás está esa enorme editorial que es Penguin Random House, que sois un equipo, pero sin ti esto no sería lo mismo.

Y, por último, gracias lector, lectora, por dejarme llegar a ti a través de esta historia.

Si te ha gustado

La pasión dormida

te recomendamos comenzar a leer

la otra

de *Sandra Heys*



CAPÍTULO UNO

Lorena miró alrededor para constatar que no era la única impaciente y nerviosa. De hecho, si de impaciencia se trataba, probablemente su padre, Víctor, era el que llevaba la delantera, paseándose de un lado a otro de la sala de espera. Su madre, Camila, se apoyaba en el pequeño Claudio, su hermano menor, que de pequeño no tenía mucho, la verdad.

Un poco más allá, su tía María José cuchicheaba con Isabel, su prima y una de sus cuatro mejores amigas. Adriana, otra de sus amigas, descansaba en Juan, su marido, quien la besaba tiernamente en la frente para calmarla. Pamela, sentada a su lado, apretaba las manos, alterada, por lo que ella estiró su brazo sobre la espalda de la colorina y se arrimó a su lado. En el asiento del frente, la mamá de Pamela conversaba con su hermana y con las madres de Juan y Adriana.

Una puerta se abrió y reveló uno de los motivos de espera, y no el más importante. El gigante rubio se sacó la mascarilla sin dejar de fruncir el ceño y se acercó a María José.

—Mamá —susurró con un acento extraño—, está bien. Todo salió bien.

—¿Fran? —preguntó la mujer tomando la temblorosa mano de su yerno.

—Fran está bien, solo un poco adolorida. Pude hablar con ella cuando la sacaron de la anestesia, pero le pusieron algo para el dolor en el suero y se quedó dormida nuevamente.

—¿Y...?

—Perfectamente. Tienes un nieto maravilloso, mamá.

Una oleada de alivio recorrió la sala.

—Detalles, cuñado, detalles —pidió Isabel después de abrazar a su madre.

—Cuarenta y ocho centímetros y tres kilos doscientos cincuenta gramos —explicó Baran sonriendo—. El neonatólogo dice que probablemente pase una semana en la incubadora porque sus pulmones están inmaduros y no respira

bien, que tal vez tenga reflujo porque su estómago no está preparado para recibir mucho alimento, pero que, dado su tamaño, que no es de un niño prematuro, para los seis meses ya habrá alcanzado el desarrollo normal.

—Todo un bebé ruso, mi nieto, ¿no? —María José sonaba tan tranquila que era imposible para los presentes concebir que era la misma mujer que llevaba horas rezando silenciosamente mientras su hija menor era sometida a una cesárea de emergencia—. ¿Le hicieron todas las pruebas?

—Absolutamente todas —aclaró Baran—. ¿Alguien le avisó a mi familia?

—Yo —respondió Adriana—. Llamé a Malik, dijo que él llamaría a Svetlana y a tus padres. Pietro se encargaría de llamar a John, y él a Tom y Teresa.

—Bien.

—¿Qué pasa, compadre? —preguntó Juan al ver que Baran no dejaba de fruncir el ceño.

—Francisca. Ni siquiera medicada y recién operada deja de ser...

—Descarada —dijeron Pamela y Lorena a coro, imitando el acento de Baran.

—¿Con qué salió ahora mi hermana? —preguntó Isabel.

—A que no adivinas cómo quiere llamar a Dimitri —dijo el ruso.

—Pues, Dimitri —replicó Adriana jocosa.

—De segundo nombre. —Baran lanzó una mirada asesina a la mujer que no se dejó intimidar—. Ni siquiera lo había pensado. Un nombre y dos apellidos suenan bastante bien para mí.

—En Chile la costumbre es dos nombres, dos apellidos —explicó Lorena—. Y en Rusia también, ese nombre raro tuyo... Bueno, ese nombre *más* raro tuyo... Ya sabes, el de tu papá.

—Estamos en Chile, no quiero ponerle nombre patronímico a mi hijo. —Baran lucía abatido, y Lorena se compadeció de él, sabía que cumpliría la voluntad de su esposa, no tendría otro remedio—. Y aquí hay quien no tiene dos nombres. La hermana de Juan, por ejemplo.

—Y a Juan le encantaría no tener segundo nombre —comentó Juan mostrando su acuerdo enérgicamente.

—¿Entonces? —preguntó Adriana impaciente—. ¿El segundo nombre de Dimitri?

—Baranovich —masculló Baran.

—¿Qué significa eso? —Pamela frunció levemente sus rojas cejas—. ¿Por qué no te gusta?

—Significa «hijo de Baran» —explicó Isabel ante el mutismo de su cuñado.

—Ahhh. —María José miró con dulzura a su yerno, apretó los dedos que aún tenía en su mano y le sonrió—. Eso es porque Fran quiere que todo el mundo sepa que es tu hijo.

—Créeme, mamá, una mirada al niño y todos van a saber que es mi hijo.

—¿Se parece a ti? —preguntó Lorena con un gesto travieso—. Voy a ir a alertar a todas las madres para que tengan cuidado y encierren a sus hijas bajo siete llaves de aquí a unos quince años.

—Trece —dijo Baran. Lorena lo miró interrogante—. Baranovich —agregó el ruso apuntándose. Lorena se rio y siguió atenta las preguntas de los otros.

No, Baran no sabía a qué hora podrían conocer al bebé, dependía del diagnóstico del neonatólogo. No, Adriana no podía ir a hablar con ese doctor de pacotilla para apresurar el trámite. No, Isabel no podía llevarlo al taller de mecánica de la familia apenas saliera del hospital. Sí, Juan estaba de acuerdo en que eso de llevar el nombre de tu padre no era lo mejor del mundo, pero más le valía a Baran no hacer nada que provocara la vergüenza de Dimitri, porque ya tomaría cartas en el asunto. Sí, las cuatro amigas estaban de acuerdo con Juan.

—¡Suficiente! —exigió Baran, levantando una mano después de muchas preguntas y cháchara innecesaria para él—. Voy a ir a ver cómo sigue Fran y más les vale no colarse en ninguna parte.

Lorena le hizo un par de morisquetas burlonas cuando él le dio la espalda. Se dio la vuelta para ver que sus amigas hacían exactamente lo que ella

pensaba. Isabel parecía relajada, pero en realidad estaba lista para saltar a la pelea. Adriana lucía furiosa, solo contenida por la mano blanquecina de su esposo. Pamela estaba indignada, pero, era verdad como un templo, la colorina no diría nada de nada a nadie ni para salvar su vida.

Así había sido siempre, desde que eran pequeñas. Lorena sonrió al recordar esos tiempos, especialmente cuando la colorina hija de la secretaria de su tío Cristian se uniera al grupo.

Primero, habían sido ella y su prima Isabel. Casi desde recién nacidas, ambas mostraron el buen humor y disposición a las travesuras, habitual de su familia. Siempre se llevaron bien. Siempre se metían en problemas.

Después, llegó Francisca: perfecta, rubia, delicada, hermosa como un ángel. Parlanchina y metiche, atrevida y aventurera. Seguramente el porqué fue la primera en casarse y ser madre.

A continuación, había llegado Adriana. Gritando y pataleando, no quería ser amiga de Isabel, con quien cursaba los estudios básicos, pero terminaron convirtiéndose, primero, en aliadas y, después, en amigas del alma, cómplices. Lo que también explicaba que se hubiera terminado casando con el único amigo de Isabel. Porque, claro, para una mujer como Isabel era tan fácil conocer gente como muy difícil hacer amistad con el sexo opuesto. No porque no fuera simpática, muy por el contrario, sino que su hermosura era demasiada y todos terminaban enamorándose de ella. El problema era que no veían nada más que su bello exterior, y eso a Isabel no le gustaba.

Hubo un tiempo en el que fueron solo las cuatro, especialmente cuando nació su hermano Claudio, y ella, en ese momento lo comprendía, en un arranque infernal de celos estaba todo el día portándose muy mal y molestando al bebé.

Al final, había llegado Pamela. Catalina, su madre, consiguió el puesto de secretaria del tío Cristian y un día tuvo que llevar a su hija al trabajo, ya que no tenía con quien dejarla. Y por supuesto que la intrusa de Francisca había aprovechado que tenía algún reclamo que hacerle al papá para conocer a la

niña nueva. Teniendo la misma edad, pronto fue evidente que serían muy unidas para el resto de su vida, especialmente cuando Cristian convenció a su empleada de inscribir a Pamela en la misma escuela en la que estudiaban todas ellas, cerca del taller.

A partir de ese día, las cinco fueron inseparables y les encantaba ponerse sobrenombres entre ellas. A Isabel y a Adriana las llamaban «las Grandes». Francisca y Pamela eran «las Chicas». Eso era porque las agrupaban por edad e iban en el mismo curso. Un muchacho llamado Pierre, hijo de un matrimonio propietario de una fuente de soda cercana y que iba en un curso intermedio entre las Grandes y las Chicas, comenzó a llamarlas así. Luego, fue cosa automática para ellas usar ese apodo. Lorena era «la Otra», ya que era la mayor de todas e iba en un curso diferente. Eso era lo que admitían en público al menos, pero entre ellas, las bromas no cesaban.

Cada vez que Isabel y Adriana discutían, lo que era mucho, ambas intentaban convencerla de ser su mejor amiga. Y Lorena se dejaba querer. Lo mismo pasaba con Pamela y Francisca, solo que las Chicas no discutían, sino que Franny se iba a sus prácticas de *ballet* y Pamela la buscaba a ella.

Por otro lado, su unión con la más joven de todas se daba de manera un poco más natural que con ninguna otra, dado el talento que ambas tenían para dibujar y crear, a veces, según la necesidad de Francisca, vestuario, escenarios, lo que fuera.

Así, Lorena siempre fue la Otra, aquella que era buscada cuando una pareja se separaba, aunque fuera solo por un par de minutos, la que servía de pegamento en el grupo, incluso entre las dos parejas.

A ella, muy traviesa desde pequeña, le encantaba. Especialmente cuando vieron una película, a escondidas, claro, porque no era nada apropiada para un grupo de niñas impresionables, donde la protagonista dejaba a su marido para huir con otro hombre al que amaba y que la hacía mucho más feliz. Lorena se sentía orgullosa de ese detalle, ya que la elección de la mujer de la película era la misma que la de su madre, perseguir el amor a pesar de las

convenciones sociales.

Cuando su amistad fue sólida como un bloque de granito, buscaron una manera de identificarse como grupo. En ese tiempo, y gracias a la intervención de su querido tío Ismael, las niñas pasaban el tiempo libre viendo películas antiguas.

Ismael, que no era su tío, sino que el trabajador más antiguo de Soublette e Hijos, el taller de mecánica propiedad de la familia de Isabel y Francisca, tenía cierta predilección por algunos actores, entre ellos, Alec Guinness. Para las niñas era Obi-Wan Kenobi, el maestro del joven *jedi*, pero para Ismael, era el mejor actor del universo, así que las incentivaba a ver sus películas.

De esa manera llegó aquella que las marcaría para siempre. «El Quinteto de la Muerte» Ninguna sabía si el nombre original, *The Ladykillers*, era apropiado para ellas, pero definitivamente, «El Quinteto de la Muerte» les sentaba bastante bien.

De partida, eran cinco. Segundo, eran muy vengativas. Nadie podía ir a molestar a ninguna de ellas y salir bien parado. Para hacer honor a la película, intentaban ser sarcásticas, irónicas y más inteligentes que su rival.

Su tío Cristian era el que las incentivaba a permanecer unidas, pese a las disputas entre ellas. «Ustedes son como los dedos de una mano», solía decir. «Cada una independiente de la otra, pero todas juntas forman la mano» Entonces Adriana había llegado con la mejor frase para describirlas: «Te metes con una y te metes con todas»

Lorena sonrió con melancolía al recordar a su tío, especialmente ese día, el día en que nacía su primer nieto. Habían pasado dos años y algo más desde la muerte de Cristian Soublette, y ella aún lo añoraba. Había sido el mejor tío del universo. En honor a la verdad, Lorena tenía que reconocer que era su único tío. Al menos, el único al que conocía, ya que su madre tenía un hermano a quien no había visto desde el día que supo que jamás sería feliz si rechazaba a Víctor Irribarren.

Lorena entendía a su madre y repudiaba a sus abuelos maternos, de la

misma manera en que ellos rechazaron a Camila por enamorarse de un obrero, un soldador huérfano sin más familia que su hermana, estudiante de enfermería.

Además, Lorena adoraba a su padre. Era un hombre fuerte, que se hizo a sí mismo y se encargó de la hermana pequeña cuando perdieron a sus padres en un accidente automovilístico.

En ese tiempo, más de cuarenta años atrás, los Iribarren Marcoleta eran una familia feliz que vivía en el eterno verano de Iquique. Andrés era un trabajador asalariado como cualquiera. Alejandra era dueña de casa y mamá a tiempo completo. Víctor recién terminaba la enseñanza media y había dejado a su familia en busca de un mejor futuro para él. Por eso, se fue a vivir a la capital, hizo el curso más corto y con mejores posibilidades de buenos ingresos y buscó un modesto trabajo en la construcción. María José era una dulce y simpática muchachita de trece años, inteligente y buena estudiante. A pesar de la distancia con su hijo mayor, la familia era feliz.

Hasta el día que Alejandra quiso ir a La Tirana, un pueblo al interior de Iquique, donde se celebraba anualmente una enorme fiesta religiosa. Víctor nunca dejó de agradecer a los vecinos que ofrecieron cuidar a María José por un par de días.

Después del funeral de la pareja, organizado por los mismos vecinos y al que Víctor casi no llega por la distancia entre las ciudades, pasaron unos tiempos muy complicados para los hermanos. Víctor era mayor de edad, pero no María José, y las autoridades competentes no lo consideraban apropiado para entregarle la custodia de la niña. Presentando un frente unido y demasiada madurez para dos personas tan jóvenes, convencieron a un juez que les permitiera permanecer juntos.

Se fueron a vivir a Santiago, donde Víctor tenía trabajo seguro en una empresa constructora especializada en obras civiles, y consiguió otro limpiando oficinas. Arrendaron un ínfimo departamento de dos habitaciones y María José siguió con sus estudios secundarios, haciéndose cargo también

de la casa y cuidando niños para ganar un dinero extra.

Víctor nunca tuvo ningún empacho al reconocer que el día de la investidura de su hermana, antes de comenzar su primera práctica clínica como estudiante de enfermería, lloró como un crío. Habían sido años muy difíciles, pero juntos lo habían conseguido.

Cuando María José, Coté para los amigos, estaba en el último año de la universidad, Víctor conoció a la hija de su jefe. Una muchacha hermosa, inteligente, dulce y noble. Y una artista increíble con una insospechada vena práctica, ya que todo su talento lo vertía en sus estudios de arquitectura. Algún día, ella y su hermano heredarían la empresa familiar, y ella se preparaba para ese momento.

Lo que nadie esperaba era que se enamorara del jefe de los soldadores, pero todos tenían claro que era una unión que no recibiría la aprobación de los padres de Camila.

Ella intentó razonar con sus padres, los desafió sutilmente y los amenazó con buscar a propósito quedar embarazada. Pero ellos no cedían.

Llegado a ese punto, Víctor quiso dejarla, no porque no la quisiera, sino porque temía que Camila finalmente eligiera la comodidad y la tranquilidad de una sólida fortuna familiar antes que pasar necesidades a su lado. Además, no quería ser quien la privara de una vida de lujos. No quería condenarla a la pobreza.

Pero Camila los sorprendió a todos al abandonar el hogar familiar y llegar al departamento que Víctor y María José compartían, solo con una maleta.

Al día siguiente, él se encontró cesante. Dos días después, el dueño de la empresa de la competencia le ofrecía un trabajo. Lo mejor fue que, conociendo el enorme talento de Camila y sus grandes ideas, también le ofreció un trabajo a ella, a pesar de que no tenía ningún título que lucir. Hay que decir que no lo hizo por la nobleza de su corazón, sino que fue la ciega ambición lo que lo guió. Pero a veces, para que la vida sonría a las buenas personas, también tiene que sonreírle a las malas, por lo que este hombre

empezó a ganar los proyectos a los que postulaba en contra del padre de Camila y siempre por una idea genial de ella.

A una semana de abandonar a sus padres, Víctor y Camila eran marido y mujer.

Víctor y sus chicas, como gustaba llamar a su esposa y a su hermana, buscaron un departamento más grande para vivir todos juntos con comodidad. Por un par de años el arreglo funcionó muy bien, hasta que María José salió de la universidad y encontró un trabajo.

Hablaba de buscar un lugar propio porque sabía que Camila estaba inquieta, quería agrandar la familia; hablaba de necesitar independencia; hablaba de poder descansar bien, porque las vidas activas de su hermano y cuñada y sus turnos de noche no se llevaban bien. Hablaba de muchas cosas, hasta que ya no habló de nada más que del rubio, alto y guapo nieto de su paciente, que remeció su mundo hasta los cimientos y la conquistó con su eterna alegría y su sonrisa franca y abierta.

Menos de un año después, María José estaba casada y sostenía a su sobrina en brazos. Cristian Soubllette quería un hijo, eso lo sabía todo el mundo, pero tentó al destino declarando que quería al menos un par de hermosas criaturas como Lorena.

Ayudados por la generosa familia Soubllette, los Irribarren Arrigorriaga, es decir, Víctor y Camila, renunciaron a los trabajos que odiaban. Camila siguió con sus intereses en el arte y Víctor inició su propia empresa de soldadura con la que prosperó por los siguientes treinta años. Educó a sus hijos y les dio las alas para ser lo que quisieran. Incluso, llevaba varios años pasando por alto el hecho de que ninguno mostraba interés en su empresa, que ya se había resignado a tener que vender, y que tampoco se apresuraran a sentar cabeza y darle nietos.

Claudio, ocho años menor que Lorena, aún era intocable en ese sentido. «Y en casi todos », rumiaba siempre Lorena, ya que andaba por la vida como volantín sin cola, mostrando interés en todo y nada a la vez, excepto las

chicas guapas.

Pero en esos momentos, a unas tres horas del nacimiento de Dimitri, y habiéndolo conocido a través de los vidrios de la incubadora, Víctor y Camila miraban con malos ojos a su hija mayor.

No era que reprobaran su vida. Lorena había salido tan artista como su madre y tan trabajadora como su padre y estaba labrándose un buen camino como diseñadora de modas. Tampoco miraban con malos ojos que ella se divirtiera, pero Camila siempre decía que algo de diversión era bueno, mucha era libertinaje. Y Lorena estaba a punto de caer en el bajo nivel de Sodoma y Gomorra.

Lorena sabía que sus padres jamás rechazarían a nadie que ella quisiera llevar a casa y que la ayudarían en todo lo que pudieran, especialmente en el cuidado de nietos, en plural. Cuando quiso aclararles que no tenía ninguna intención de casarse, replicaron que ser madre soltera no era malo.

Inmediatamente, Claudio preguntó que qué tal era ser padre soltero y Víctor, furioso, le dijo que un Iribarren no se comportaba con ese nivel de irresponsabilidad, que si Claudio dejaba embarazada a una niña, tendría que llevarla inmediatamente al Registro Civil para convertirla en su esposa, aprender a soldar y hacerse con la dirección de su empresa, tal como Isabel se hizo cargo del taller de mecánica de su padre.

Claudio estaba desconcertado.

—¿Está bien ser madre soltera, pero no padre soltero? —preguntó, y sus progenitores contestaron a coro que sí. Y Camila agregó que ellos no se hacían responsables por otros jóvenes, pero que sus hijos cumplirían.

Lorena se reía de la cara perpleja de su hermano cuando discutía ese punto con sus padres, hasta que su mamá le dijo que esperaba que ella se olvidara del bendito condón alguna vez en la vida, ya que sabía que con los ciclos irregulares de su hija, que ningún tratamiento había sido capaz de controlar, era el método anticonceptivo más eficaz.

—Mamá —dijo Claudio, solo por molestar a su hermana—, cuando una

chica está dispuesta a acostarse con tres hombres distintos en la misma semana, debe tener cuidado con más cosas que solo quedar embarazada.

—¡No me importa si se acuesta con cinco! —gritó Camila sorprendiendo a todos—. ¡Con que uno la deje embarazada es suficiente!

—¿Y qué tal diez? —preguntó Lorena, dejándolos a todos con la respuesta en la boca al salir de la casa dando un portazo.

No había que ser un genio para entender que sus padres estaban desesperados por ser abuelos. Tampoco había que tener una inteligencia superior para comprender que Lorena no quería complacerlos.

¿Cómo, si por fin su carrera estaba yendo a donde quería?

Que nadie la malinterpretara, adoraba a su prima, quería mucho al esposo de ella, pero la llegada de Dimitri había metido bebés en la cabeza de todo el «equipo parental», como Claudio llamaba a los padres del Quinteto en su conjunto, incluyendo a sus dos miembros honorarios, Baran y Juan.

Por lo tanto, sabía que Adriana y Juan recibían las mismas insinuaciones de sus padres. A Isabel la dejaban tranquila porque María José tenía a Dimitri. En casa de Pamela nadie hablaba abiertamente de un posible embarazo de la colorina, pero Catalina, ya jubilada, se pasaba el día tejiendo y le había pedido patrones de ropa de bebé a Lorena para coser alguna prenda. Ella decía que se preparaba para la llegada de Dimitri, pero seguía fabricando ropa rosada, incluso después de que la ecografía confirmara el sexo del bebé.

—Mamá está cansada y quiero irme antes que quiebre su habitual silencio y empiece a pedirme nietos —dijo Pamela interrumpiendo los pensamientos de Lorena—. ¿Quieres que te lleve?

—Te lo agradecería —respondió Lorena cáustica—. Mamá ya se ha presentado con tres médicos, dos enfermeros y hasta con el jefe de seguridad del hospital. Todos muy guapos, pero no me interesan.

—¿A ti no te interesan? Todos son PP —preguntó Pamela burlesca, refiriéndose a la única condición que Lorena imponía para que le gustara un hombre, es decir, Pulso y Pene—. Tal vez los enfermeros bateen por el otro

equipo, pero el guardia de seguridad está bastante bien.

—El guardia de seguridad es el que batea por el otro equipo —aportó Isabel cuando se unió a la conversación.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Adriana, dejando a su esposo con su madre al notar que había una reunión improvisada del Quinteto.

—Bueno, no me está mirando y me preguntó si ella —apuntó a su prima— era Lorena Irribarren...

—A mí también me miran los hombres. Que no sea tanto como a ti no quiere decir que no lo hagan —intervino Lorena en su propia defensa.

—La diseñadora de modas, creadora de la marca «I de Irresistible», quien confeccionó el vestido de novia más maravilloso del universo para la esposa de ese guapísimo jugador de fútbol americano, ya saben, la empresaria esa, flacuchenta y horrible, que seguramente se compró tanto marido —terminó Isabel con una sonrisa franca y abierta que sus amigas acompañaron inmediatamente—. No sé qué es más impresionante, que clasifiquen a Anjelica Van der Meer como flacuchenta y horrible, que digan que su esposo es guapísimo o que sepa que tú eres diseñadora de modas.

—Yo diría que es más impresionante que el tipo ese trate de hablar con Baran cuando acaba de ser papá —aportó Adriana.

—Sabe que es Baran Vinográdov —respondió Isabel— y seguramente no pierde la esperanza que al menos sea bi, dado que es bailarín de *ballet* y que, además, ande necesitado y sea infiel.

—Si me disculpan, voy a ir a marcar territorio —dijo Adriana de repente.

Entonces todas las amigas se giraron para mirar al guardia de seguridad sonreír coqueto a Juan, que buscaba desesperadamente a su esposa. Lorena, Isabel y Pamela se rieron del pálido rostro, normalmente moreno, y de la furia desplegada por Adriana.

—Definitivamente, creo que es hora de irse. —Lorena miró a Pamela y la colorina asintió en silencio.

—Luego vas a tener que aceptar que te prepare un automóvil, prima. —

Isabel encabezó la retirada de todos, excepto Baran, quien había conseguido permiso para esperar a que su esposa despertara.

—Mi economía actual no me lo permite —aclaró la diseñadora.

—Pero al taller llegan vehículos de todos los precios —comentó Pamela—. ¿Cómo crees que pude comprar el mío? Dile a Diego que te busque algo bueno.

—Pero ustedes, gracias a la jefa aquí presente —apuntó a Isabel—, pueden pagarlo en cuotas descontadas de su sueldo, yo...

—También, si lo necesitas —intervino Isabel.

—¿Tan bien van las cosas? —preguntó Lorena, ocultando muy bien su envidia.

—Excelente. No le digan a Adriana, pero una de las mejores cosas que me pasaron el año pasado fue contratar a Diego e iniciar el negocio de comercialización de vehículos usados.

—Incluso mucho mejor que el de la certificación —añadió Pamela a las palabras de su amiga y jefa—. Ahora hacemos certificados solo a los que no quieren vendernos su automóvil.

—Pero no pongas esa cara, prima, a ti no te va nada mal tampoco. —Isabel sonrió de medio lado, la sonrisa Irribarren, como decía Lorena, ya que ella también sonreía igual, lo mismo que su tía.

—Económicamente aún no me va del todo bien. Con el hipotecario de mi departamento, el arriendo del local, el sueldo de la costurera que trabaja conmigo y el préstamo del banco para mi negocio, apenas llego a fin de mes —explicó Lorena, ya a un lado del pequeño automóvil azul de Pamela, mientras esperaban al equipo parental—. De hecho, mamá me llena el refrigerador y papá me paga algunas cuentas.

—¿Y el contrato con la cadena de grandes almacenes? —preguntó Adriana, que había alcanzado a sus amigas después de poner en su lugar al guardia coqueto.

—Estoy trabajando en ello, y el adelanto que conseguiste me sirvió mucho

—explicó Lorena—, pero mientras no entregue todos los diseños no hay más dinero. Y como sabes, el grueso llegará a partir del próximo año, cuando mis diseños estén en las vitrinas. Trabajo como china, pero necesito un golpe publicitario enorme en estos momentos, para lo que no tengo presupuesto.

—Sé que rechazaste a Anjelica porque el trato no te beneficiaba —Isabel levantó una mano para acariciar el brazo de su prima—, pero me parecía que Tom...

—Me ofreció un préstamo sin intereses, pero no lo acepté. Era caridad —explicó Lorena ante el desconcierto de sus amigas.

—A mí no me queda nada de ahorros, sino yo invertiría en ti —dijo Adriana, ya que por muchos años había guardado gran parte de su sueldo, pero entre la inversión que hizo en el pequeño negocio de repostería de su hermana Blanca, los arreglos de la casa que compartía con Juan y la luna de miel, había vaciado su cuenta.

—Yo tengo algo —intervino Isabel—, te lo puedo prestar o podemos llegar a un acuerdo para una sociedad. Yo sería una socia tan silenciosa que ni sabrías que estoy ahí.

—Te lo agradezco, pero quiero hacerlo sola. —Lorena le sonrió a todas—. Debo aclarar que no me va tan mal, al contrario, tengo mucho trabajo, muchos encargos muy buenos, gracias al último desfile de modas en el que participé. Es solo que reinvierto cada peso que tengo, mis gastos son muy elevados y no puedo rebajar nada, así que me trago mi orgullo y dejo que mis padres me sigan ayudando en el ámbito personal. Estaba pensando en buscar alguna compañera de departamento. Ya saben que tengo dos dormitorios, aunque el segundo aún está ocupado con telas y cosas y me encanta sentarme ahí a diseñar, pero puedo llevármelo todo al taller y listo. ¿Habría alguna interesada? —miró a Pamela, quien movió negativamente su cabeza.

—Lo siento, Lore —dijo la colorina—, no puedo dejar sola a mamá.

Al llegar a su departamento, Lorena se sentó a la barra de la cocina y comió cualquier cosa que pilló mientras prendía el computador para ver si tenía

algún mensaje. Es decir, algún mensaje importante, porque los diez avisos publicitarios que encontró no le interesaron en lo más mínimo.

Malik, el amigo de Baran, envió un correo dirigido a todos ellos en el que explicaba que tanto la familia Vinográdov como los amigos de los recientes padres, viajarían a conocer a Dimitri en dos semanas. También transmitía el ofrecimiento de Pietro de llevar algún material que Lorena necesitara de París, Londres o Roma, ya que antes de ir a Chile, John y él visitarían a sus familias.

Ella respondió para agradecer y rechazar el ofrecimiento. Le habría encantado encargarles un montón de material, pero no podía.

Luego revisó algunos correos donde le pedían cita, que ella, con mucho pesar, tuvo que denegar. Ya llevaba algo de retraso en la colección otoño-invierno que estaba preparando, no podía aceptar más encargos.

El último correo que abrió era de una tal Gabriela Matus. Era bastante extraño, ya que daba por sentado que le daría una hora para atenderla el siguiente jueves, porque era el único día que podía asistir a su tienda, y además le exigía máximo sigilo en la confección que solicitaría. Por otro lado, le decía que estaba dispuesta a pagar lo que fuera por obtener un modelo de la línea «I de Irresistible-*Exclusive*», que le encantaría comprar todo el material en Europa, Francia específicamente, aprovechando los contactos que Lorena anunciaba tener en tales latitudes, lo cual no dejaba de ser providencial, considerando que Pietro podía hacer todas las compras y traerlas en tiempo récord y que ella podría poner el precio que quisiera.

No estaba totalmente segura, pero le parecía reconocer el nombre de la mujer, así que realizó una búsqueda en internet y lo que encontró no la decepcionó.

Gabriela era la menor del clan Matus, la única mujer, hija de un empresario multimillonario y de una ex Miss Chile. Tenía el pelo rubio, los ojos verdes, altísima y una figura de infarto. Muchos la considerarían más hermosa que la misma Isabel, y era muy, pero muy fotogénica, lo que era bueno, ya que

dirigía la fundación filantrópica de su familia, asistía a todos los eventos importantes en Chile y también a algunos en el extranjero, por lo que salía en todas las publicaciones de mayor circulación del medio nacional y era referente obligado en todos los programas faranduleros de la televisión. Lorena leyó un comentario que le hizo mucha gracia. Un evento social no era nada si Gabriela Matus no asistía.

Miró su excesivamente repleta agenda, considerando los pro y los contra de aceptar la cita de la mujer. Le encantaría ser tan ordenada como Adriana y poder sentarse a escribir una lista, pero ella prefería pasear por el pasillo de extraña forma, que dividía su departamento en dos.

Cuando se cansó de recorrerlo de arriba abajo, se metió en su dormitorio y miró el ropero doble que ocupaba con toda su ropa. Le encantaba hacer eso cuando necesitaba pensar. La visión de las telas de múltiples colores clarificaba su mente.

Después entró al baño y ordenó sus cosméticos. Notó que casi no tenía crema de manos, por lo que salió a buscar la que guardaba de reserva en el otro baño, el que daba al pasillo, volvió sobre sus pasos, guardó el frasco y siguió paseando por su departamento hasta llegar al segundo dormitorio.

Cuando lo compró, con la ayuda de sus padres y de un crédito hipotecario, le pareció muy razonable que tuviera dos dormitorios y dos baños, ya que se instalaría ahí con su negocio. Además, le encantaba el edificio y la ubicación, lo suficientemente céntrico y cercano a las grandes tiendas y *malls* más importantes de la capital, pero aún en un barrio refinado que le ayudaría a dar la imagen que quería proyectar. Adoraba el departamento en sí, con su extraña forma y distribución, le permitía recibir a los clientes con comodidad y le daba privacidad en sus propios espacios, como el dormitorio y la habitación que cumplía con la triple función de ser *living*, comedor y cocina con barra americana.

Que fuera el último departamento que quedaba por vender, y, por lo tanto, tuviera un bonito descuento, también le había gustado mucho, claro.

Se sentó frente a su mesa de dibujo e hizo algunos trazos en el papel en blanco que tenía sobre ella. No sabía cuál podría ser el encargo de la señorita Matus, pero con su imagen en mente pensó en la paleta de colores que le serviría. Considerando su posición social, el vestido que necesitaba podía ser cualquier cosa, desde un traje de dos piezas para trabajar en la oficina de su fundación, hasta un vestido de gala, pasando por uno de cóctel, de... ¿de novia? ¿Podía ser un vestido de novia?

Dada la fama que había adquirido por diseñar ese tipo de vestidos y las veces que había aparecido en las revistas especializadas, no era extraño. Estaba muy feliz por ese aspecto de su negocio, que había empezado cuando su prima se casó con el mundialmente conocido coreógrafo Baran Vinográdov, aunque para ella era simplemente el nuevo primo a quien podía tomarle el pelo.

El broche de oro se lo había dado el vestido de Anjelica van der Meer. Pudo elegir a cualquiera, Vera Wang, por ejemplo. O Carolina Herrera, Armani, Chanel, cualquiera, pero la eligió a ella, y la seguía eligiendo para confeccionar su ropa de trabajo, sus vestidos de cóctel, y ya le había adelantado que luego tendría que pensar en ropa maternal.

A Anjelica le gustaba tanto lo que Lorena diseñaba para ella, que incluso intentó que se radicara en Estados Unidos y le ofreció una sociedad para que iniciara su propia casa de modas. Pondría todo el capital, compraría la propiedad que Lorena quisiera y donde quisiera, contrataría a tanto personal como fuera necesario. Abogados, contadores, publicistas, lo que Lorena necesitara... a cambio del 80% de la propiedad de la empresa y de dejar de lado la marca «I de Irresistible» por «VIP», algo que Lorena jamás haría, por lo que había rechazado el trato.

Anjelica trató de convencerla, le ofreció el 25% de la propiedad, incluso el 30%, pero lo que la empresaria no entendía era que «I» era ella, Lorena, sin importar si tenía cien costureras a su mando o ella daba hasta la última puntada.

Al enterarse de esto, y por el enorme cariño que le tenía a su prima Francisca, Thomas van der Meer le ofreció un préstamo sin condiciones, ni siquiera con fecha de caducidad, pero Lorena le dijo que lo único que necesitaba de cualquier miembro de su familia era que usaran la ropa que ella diseñaba y confeccionaba y que dijeran bien su nombre.

Lorena sonrió al pensar en los amigos de su prima y en los extraños giros que daba la vida. Casi cinco años antes, Francisca había partido a cumplir sus sueños y comenzó por estudiar en una reputada academia de *ballet* dirigida por un tiránico ruso que tenía el toque del rey Midas.

El primer día, la primera hora, de hecho, se había juntado con otro estudiante, John, y desde el primer instante se hicieron inseparables. Durante la hora de almuerzo sumó dos amigos más, ambos norteamericanos; ella, Teresa, de ascendencia cubana, él perteneciente a una de las familias más ricas del mundo. A pesar de eso, Thomas era un joven bastante sencillo, si se puede considerar así a alguien que viaja en su avión privado, regala diamantes para la Navidad y ofrece un número con bastantes ceros de préstamo sin ninguna condición.

Juntos destacaron en la academia, pero Francisca brillaba con luz propia hasta que incluso el director se rindió a sus pies, literalmente.

Con los años, y con el enlace de Baran y Francisca, los amigos de ambos comenzaron a reunirse más y más, trabando amistad también con el Quinteto y participando en la mayoría de los eventos importantes en la vida de todos.

Lorena levantó la mirada para fijarse en una fotografía tomada por Baran. En ella aparecían Francisca y Lorena con la Torre Eiffel de fondo. Suspiró recordando los meses que pasó en París.

Lo mejor, por supuesto, había sido la pasantía que Baran le consiguió en una casa de modas parisina. Excepto tener su propia marca, era el trabajo de sus sueños. Y casi se queda ahí, en teoría, había vuelto a terminar el vestido de novia de Adriana y a ayudarla con su matrimonio. Cerraría su departamento y luego regresaría a Francia. Pero la llegada de Dimitri había

alterado los planes de todos, especialmente los de Francisca y Baran que decidieron regresar en forma indefinida a Chile al término del año escolar en la academia.

Malik y Pietro le dijeron que no tenían ningún problema en que se quedara con ellos, pero Lorena sabía que ellos tenían otros planes que los llevarían lejos de la capital francesa. Y ella pensaba que no se sentiría bien sin amigos en una ciudad bella pero ajena.

Y, muy en el fondo, tenía que reconocer que no era lo que ella, en verdad, quería. Sabía que trabajar en su propia marca era más difícil y un camino mucho más largo que intentar hacerse un espacio en una casa de modas ya establecida, pero era lo que ella quería.

Así que se quedó en Santiago y, en vez de ayudar ella a Adriana con su matrimonio, Adriana, siendo contadora de profesión y auto reconocida genio de los negocios, la ayudó a instalarse definitivamente, conseguir el contrato con una cadena de grandes almacenes que quería vender sus diseños en forma masiva y obtener el crédito bancario que la ayudó a comprar telas y otras cosas e instalarse en un local propio.

Además, en una de esas noches en que el Quinteto conversaba las cosas importantes de la vida como quien era el actor más guapo o por qué todos deberían acudir a Isabel para que ella jugara con sus vehículos, nació una de las mejores ideas que jamás escuchara.

Como estaba un poco alegre por el exceso de alcohol, no sabía quién había comenzado, pero al final tenía tres líneas de negocios muy distintivas. La primera era «Irresistible para todos» nombre con el que se comercializaría la colección que sacaría a través de los grandes almacenes.

Si eso iba bien, podría sacar «Súper Irresistible». Una línea de tallas especiales. No había duda en quien había aportado esa idea. Adriana, siempre acomplejada por su sobrepeso, incluso ahora cuando ya casi no existía, le había dicho que desde que la escuchaba al momento de elegir su ropa, se sentía más confiada, ya que ella, Lorena, tenía un excelente ojo para acentuar

sus partes atractivas y ocultar aquellas que solo Juan podía amar.

La contadora estaba tan convencida de la genialidad de su idea que llamó al representante de los almacenes, sin permiso de Lorena, y se la vendió señalando que cada prenda vendría con consejos personalizados especificando el tipo de cuerpo a quien le sentaría bien. Al hombre le gustó lo suficiente como para ampliar el primer contrato de Lorena y que incluyera los consejos, y aceptó que, de alcanzar un determinado nivel de ventas, automáticamente cerrarían el siguiente trato.

Finalmente, estaba la que más le gustaba a ella, «I de Irresistible–*Exclusive*». Ella recibía a su potencial cliente y le presentaba sus diseños, aconsejándolo y guiándolo para conseguir lo mejor de lo mejor. Su clienta número uno era Anjelica, claro estaba, pero necesitaba más, mucho más. Sobre todo, era imperioso tener a alguien más cercano a su base de operaciones, ya que muchas de las que se interesaban en sus diseños observando a Anjelica, vivían en otro país y no todas contaban con los medios para enviar un avión privado a buscar lo que fuera que Lorena confeccionara.

Probablemente esa sería la función de Gabriela Matus en su vida. Ella le daría el impulso definitivo para despegar, primero en el medio nacional y luego para crecer hasta el infinito, hasta que su nombre, su marca, perdurara más allá que ella misma.

El timbre de la puerta interrumpió sus ensoñaciones.

Sin fijarse en quién era, abrió. Un hombre muy moreno, muy alto y muy guapo esperaba apoyado en la pared junto a la puerta. Vestía un añoso pantalón de mezclilla, una desenfadada camisa a cuadros y una excesivamente seductora chaqueta de cuero. Una botella de vino colgaba de su mano y su sonrisa debía estar prohibida en el mundo civilizado. Automáticamente, Lorena arqueó su espalda, se mordió el labio inferior y lo recorrió de pies a cabeza.

—Hola, guapo —saludó con voz enronquecida.

—Hola, preciosa. ¿Quieres pasar un buen rato?

—Siempre. —Lorena apuntó con la cabeza hacia el interior del departamento y cerró la puerta detrás del hombre.

Era lunes y ella no solía divertirse el lunes, pero a la vista del trabajo extra que acababa de aceptar, tal vez era una buena idea. Necesitaba relajarse, ya lo creía. Le quitó la botella, que estaba abierta y a medio consumir, dio un buen trago y desabrochó los botones de la camisa del hombre para revelar el pecho que recorrería lentamente con la lengua.

Algunos encuentros dejan una huella imborrable



Diego no puede creer que su novia lo plante en el altar sin explicación. Tras varios días de borrachera se va a Menorca a lamerse las heridas. Su hermano Javier y su amigo Sergio no lo dejan solo. No quiere nada con las mujeres. Para él cuanto más lejos, mejor. Hasta que ella se acercó.

Martina ve la oportunidad de su vida cuando su jefe le encarga la campaña publicitaria de un hotel en Menorca. Acompañada de Irene, su mejor amiga, vuela a la isla sin saber que su vida dará un giro de ciento ochenta grados.

Un mal comienzo une a Diego y Martina, aunque la amistad que surge entre sus amigos los obligará a mantenerse cerca. La atracción los atrapa e inician un romance apasionado, pero cuando él se va sin despedirse ella se siente traicionada.

Un año después la casualidad cruza sus caminos. No se han olvidado y la pasión dormida, despierta. Sin embargo, el pasado también regresa para cambiarlo todo.

¿Será su amor tan fuerte como ellos creen?

Nuria Rivera Nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Nuria Rivera

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-036-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

LA PASIÓN DORMIDA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE NURIA RIVERA

CRÉDITOS